



OASIS  
DINER



M. A. Vegara

# OASIS DINER

M.A. VEGARA



[mavegara.blog](http://mavegara.blog)

© Miguel Ángel Végara Pardo, 2019.

**[www.mavegara.blog](http://www.mavegara.blog)**

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra,

ni su incorporación a un sistema informático, ni su

transmisión en cualquier forma o por cualquier medio  
(electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin  
autorización previa y por escrito de los titulares del  
*copyright*. La infracción de dichos derechos puede  
constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño portada: David Sicilia - Diseño Editorial

[www.portadapromo.com](http://www.portadapromo.com)

*A Óscar Ferrando,  
quien compró el primer ejemplar de Wild Jack*

«Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas;

mas no se verá mi rostro»

Éxodo 33:23

## PRÓLOGO

«Eran demonios». Sí; en la cabeza del joven Gonzalo Camacho no cabía más sentencia que aquella: «Eran... *demonios*».

La brumosa mañana del 7 de noviembre de 1504, lánguida y fría como el ánimo de derrota que pesaba sobre quienes, dos años antes, fueran ilusionados tripulantes de la Gracias a Dios, el Santiago de Palos, el Gallego y el Vizcaíno, apenas dejaba entrever los primeros perfiles del Guadalquivir convirtiéndose en mar.

«Sanlúcar», pensó Gonzalo, quien, con tan solo dieciséis años, se embarcara un 9 de mayo de 1502 como escudero del Gallego por recomendación del capitán de aquel orgulloso navío, su cuñado Pedro de Terreros. «Sanlúcar», pensó apesadumbrado al comparar en su memoria cuán diferentes fueron la luminosa partida de aquel mes de mayo desde Cádiz y el gris retorno en el noviembre de hogaño.

«Eran demonios», volvió a pensar mientras, apoyados sus codos sobre un mohoso y vacío barril sobre la cubierta de aquella melancólica carabela —tan distinta del que fuera brioso Gallego—, comenzaban a recortarse en el horizonte los primeros aguafuertes del puerto de Barrameda. «Sí, eran demonios», con un suspiro al ver a don Hernando Colón asomar su agotado rostro en cubierta.

Diezmados ánimos y tripulación, muchos de los que sobrevivieron decidieron no regresar, aunque los más eligieron no permanecer en La Española y aventurarse de nuevo a surcar la Mar Océana junto a su almirante. Quizá los que no arriesgaron en aquel viaje de vuelta porfiaban riquezas y una vida mejor de la que les aguardaba en Castilla; quizá quienes se embarcaron antepusieron la miseria de lo conocido a las promesas de una ventura en la que, solo Dios sabía, tuvieran que volver a enfrentarse a aquellos... *demonios*.

Nadie supo cómo llegó aquella... *familia* a bordo del Vizcaíno. No, nadie lo supo jamás, pero nadie quiso preguntar, sabedores todos los integrantes del cuarto viaje del almirante a las Indias del terror que paralizaba sus corazones con tan solo mentar la existencia de aquellos extraños... *seres* que, furtivos entre las esquinas de las sombras, sumieron en rencillas, odios, desastre y muerte aquella expedición. Solo sabían que eran «demonios», sin nombre, sin origen..., *sin rostro*.

En realidad, ninguno de los que sobrevivió a aquellos dos años de martirio pudo verlos jamás; sin embargo, supieron de su existencia por aquellos que afirmaron ver a los miembros de aquella misteriosa *familia* y que, de forma indubitada, fueron desapareciendo entre las sombras de la noche para más no volver. Sí; ninguno de los ahora vivos jamás los vio, pero algunos jurarían en secreto haber sentido su presencia entre los oscuros recovecos y las nocturnas quejumbres de los podridos mascarones que los conducían hacia el desastre, la desesperación y... la locura.

Nadie fue testigo del horror..., pero todos lo fueron. Sí; silenciosos testigos de una maligna presencia que se alimentaba de las almas de, quizá, los menos piadosos, los menos creyentes, los más... *débiles*. Testigos, sí...; aunque jamás hablaron ni dieron fe de aquello, conjurados en ese trémulo silencio que impone el miedo, el cual, sin embargo, alguno tal vez rompiera con deslavazadas y febriles incoherencias en su lecho de muerte llegado el momento de rendir cuentas ante el Todopoderoso.

—*Eran demonios*— musitó el joven Gonzalo, apretando los dientes hasta casi sentirlos quebrar.



## I. STEINBERG

Jacob Steinberg golpeaba de forma compulsiva el salpicadero del Subaru SVX que conducía sobre el ardiente asfalto de la interestatal 40. Apenas eran las once del día, y los treinta y cinco grados del desierto de Nuevo México comenzaban a cocer los sesos de este comercial venido a menos. Aquel mes de julio de 2018 estaba siendo especialmente caluroso, y Steinberg lo estaba comprobando de primera mano, en el peor lugar y en el peor momento.

—¡Putra mierda de coche! —gritaba sin parar de golpear el ajado salpicadero de plástico barato que había vivido tiempos mejores desde que fuera fabricado a finales de los noventa—. ¡Mierda de aire acondicionado!

Hacía ya casi una hora que salió de Albuquerque, y los casi trescientos mil kilómetros del viejo Subaru de la empresa no daban para muchos más trotes; a pesar de que Jacob Steinberg apenas había levantado el pie del acelerador durante unos segundos durante todo el trayecto, todavía estaba a mitad de camino de su destino final: la factoría de la Bio-Pappel International, en Prewitt.

—¡Jodido McGregor! —continuaba relatando Steinberg mientras intentaba secarse las gotas de sudor que resbalaban por su cuello y que amenazaban con echar a perder su recién estrenada camisa de cincuenta dólares *slim fit* de algodón blanco comprada por internet en Everlane—. Ya podría aflojar la mosca y comprar coches nuevos el muy desgraciado. A ver cómo coño me presento yo en la Bio-Pappel con esta peste a sudor. Así no vendo una mierda —continuó quejándose mientras intentaba bajar la ventanilla del coche para que entrara algo de aire en aquel horno sobre ruedas, lo cual hubiera sido una solución de no ser porque, desde hacía una semana, tampoco funcionaba el motor del elevalunas eléctrico de aquel Subaru SVX que suplicaba ya por un desguace en el que descansar por los restos. «Lo arreglaré, Jake; lo arreglaré», le prometió su jefe, McGregor, lo mismo que hizo con respecto a una *segura* subida de sueldo hacía ya más de un año y que nunca terminaba de llegar—. Un día de estos lo mando a la mierda a él y a sus productos químicos también de mierda —se consolaba en voz alta, a sabiendas de que esa amenaza estaba bastante alejada de la realidad y de sus escasas posibilidades económicas. Tal vez, diez años atrás no hubiera tardado ni una fracción de segundo en dejar plantado a McGregor y a su empresa de productos químicos Delta Chemical; sí, tal vez..., pero corrían otros tiempos.

Jacob Steinberg era, en el año 2008, «el puto amo de las ventas», como siempre le gustaba recordar en los cada vez más frecuentes momentos de bajón que le asaltaban y que solía superar con unos tragos en el Cervantes Restaurant & Lounge de Albuquerque. Y, la verdad, era cierto: Jacob Steinberg era «el puto amo de las ventas» por aquel entonces; era un verdadero tiburón entre los comerciales de las telecomunicaciones; no había cliente que se le resistiera, ya fuera a puerta fría o a puerta caliente; lo que se proponía lo vendía, y daba igual que su cliente fuera una multinacional o el tendero de la esquina. Sí, era «el puto amo».

Desde que entró a trabajar en AT&T en el año 2000, fue creciendo en el departamento comercial como la espuma: en tan solo dos años pasó de vender líneas móviles a particulares puerta a puerta a llevar la cuenta de empresas para toda Indianápolis; al tercer año se convirtió en el jefe de ventas de AT&T para todo el estado de Indiana; y al sexto año se encargó de toda la división comercial de la recién comprada BellSouth por la todopoderosa AT&T y de cuya *familia* se sentía orgulloso de formar parte. Con tan solo treinta y dos años, Jacob Steinberg estaba en la cima y nada ni nadie le hacía sombra. No había ni un nubarrón en el despejado y azulado horizonte personal y profesional de Steinberg; ganaba dinero hasta aburrir y lo gastaba al mismo ritmo que entraba en su cuenta corriente. Sin cargas familiares —ni ganas—, vivía al día, y eso de ahorrar era algo «de pobres»; coches, casas, trajes, fiestas, mujeres, algún que otro coqueteo con la cocaína, buceo en las Bahamas, cacerías en Sudáfrica y escapadas de fin de semana a Tokio, París, Londres o Roma, eran solo algunos de los caprichos que consumían los casi doscientos mil dólares anuales que se embolsaba. Sí, no había límite para Jacob Steinberg...; hasta que llegó la crisis de las *subprime*.

Jamás pasó por su cabeza la posibilidad de que la «reestructuración» —como la llamaban eufemísticamente— de la compañía pudiera afectarle; jamás imaginó que aquella mañana de diciembre de 2008 su nombre pudiera estar en la lista negra del departamento de recursos humanos de AT&T; no podía ni tan siquiera sospechar que, a partir de aquel día, todo comenzaría a ir cuesta abajo. «No te preocupes, Jake», se decía a sí mismo, pensando que se lo rifarían las empresas de la competencia nada más poner el pie en la calle. «Eres el puto amo», pensaba mientras recogía la carta de despido y el cheque con la liquidación de ese mes, más una compensación equivalente al sueldo de tres meses —calderilla para lo que estaba acostumbrado a ganar— y una prórroga de su seguro médico para todo 2009. «Mañana ya estás trabajando en la puta Verizon», se repetía mientras bajaba por última vez en el ascensor de las oficinas de la AT&T en Indianápolis con una sonrisa forzada que intentaba ocultar su frustración frente a quienes, ayer mismo, se deshacían en halagos y saludos hacia él, pero que, aquella mañana, le rehuían la mirada como si de un leproso se tratara; sin embargo, ni al día siguiente consiguió trabajo en la «puta Verizon», ni al siguiente, ni al otro..., ni nunca.

Tras varios meses tirando de contactos sin resultado alguno, terminó por convencerse de que era uno más de los cientos de miles que todas las compañías comenzaron a despedir al inicio de la crisis. Un año después, no era más que uno entre los varios millones de comerciales venidos a

menos que pugnaban por un puesto como vendedor de aspiradoras en algún comercio local. Y sí, al final lo consiguió: durante un año estuvo vendiendo aspiradoras en el WestSide Vacuum & DYSON Center de Indianápolis; aunque, al año siguiente, su *ambición* le llevó a dejar el empleo por el de vendedor de libros puerta a puerta para la librería Indy Reads Books —ganaba un 5% más en comisiones que con lo de las aspiradoras y, aquello, en su penosa situación, era todo un avance—. Finalmente, tras varios años devorado por las deudas y los embargos, un antiguo compañero de la AT&T le habló de una oferta de trabajo como comercial en una empresa química de Nuevo México en Albuquerque —Delta Chemical—, en la cual podría ganar más del doble de lo que hasta entonces le pagaban en Indy Reads Books, incluyéndose en el sueldo el alquiler de un pequeño apartamento, dietas y unas comisiones fijas del 15%. Sin duda, aquello era infinitamente mejor que lo de la venta de libros; de paso, se alejaría de una Indianápolis en la que todo le recordaba lo que en realidad ya era: un perdedor.

—¡Puto aire acondicionado! —repetía Jacob Steinberg, al tiempo que con su mano derecha empapada en sudor seguía golpeando con desesperación el salpicadero del Subaru—. Tenía que haber parado en el Sky City Casino, haber alquilado una habitación y ducharme. Doy asco —decía en voz alta mientras se cocía en el interior de aquel destartado coche.

Estaba a la altura del pequeño poblado de San Fidel y, por unos instantes, cruzó por su mente la idea de desviarse a la derecha, abandonar la interestatal 40 y buscar algún tugurio en el que asearse un poco y cambiarse de camisa. Jacob Steinberg era un hombre ordenado y meticuloso con su ropa, y siempre llevaba una muda completa en su pequeña *trolley* Samsonite gris «por si las moscas», siendo triple la muda de calzoncillos porque, como siempre le advertía su madre, «los calzoncillos siempre limpios por si te tienen que llevar al hospital, Jake»; aquella máxima se le grabó en la mente desde pequeño, y la perspectiva de que sanitarios, médicos y enfermeras pudieran ver sus calzoncillos con *algo más* que algodón era algo que realmente le aterrorizaba. Sin embargo, desechó la idea de desviarse hacia San Fidel: quería terminar con el asunto de la Bio-Pappel aquel mismo jueves de mediados de julio y estar de vuelta para el viernes en casa; no es que fuera especialmente devoto, pero el ser hijo del rabino de la comunidad judía de Indianápolis siempre le marcó y le gustaba respetar, en la medida de lo posible, el *sabbat* y no estar de viaje un viernes por la tarde. No obstante, sabía que con aquel olor a sudor no podía plantarse en Prewitt y, en algún momento de su viaje, debería parar para asearse; quizá lo hiciera más adelante, en el Sands Motel de Grants, ya que apenas tendría que desviarse de la interestatal y aquello no le llevaría más de media hora.

«Jake, tranquilízate, ya tienes un plan», pensaba Steinberg mientras respiraba profundamente. Además de meticuloso y ordenado, era un tipo obsesivo con los asuntos más insignificantes; incluso, una vez leyó un artículo en una revista médica mientras esperaba en la consulta del dentista que hablaba del llamado «trastorno obsesivo compulsivo» y aquello le hizo ver la luz:

## Quizá tenga TOC y no lo sepa

Rezaba el titular de aquel artículo. Hasta ese momento jamás oyó hablar de aquella *cosa* y, tras leer con avidez las dos páginas que ocupaba el reportaje que firmaba la Clínica Mayo, pensó para sus adentros: «Yo tengo esa mierda». Quizá sí —o quizá no— padeciera TOC, pero desde entonces asumió que sufría un trastorno que tenía que controlar. La verdad, tampoco es que le disgustara aquella perspectiva; en cierto modo, aquello le daba orden y sentido a su anodina vida diaria: a unos les daba por ser veganos, a otros por machacarse en el gimnasio y, a Jacob Steinberg, le dio por tener TOC.

Efectivamente, tras unos minutos rumiando su plan, Steinberg se tranquilizó y hasta le dio la sensación de que el aire acondicionado del Subaru comenzaba a soltar un hilillo de frío; en realidad era pura sugestión, pero ese objetivo vital de muy corto plazo recién adquirido le serviría para aguantar el resto del trayecto metido en aquel horno sobre ruedas —o al menos hasta el Sands Motel, en Grants—.

Había pasado ya junto al Sky City Travel Center Express y dejado atrás la bifurcación que conectaba la interestatal 40 con la Ruta 66; apenas le quedaban diez kilómetros para llegar a Grants, darse una ducha, cambiarse, tomar algo y retomar la marcha hacia su destino final en la factoría de la Bio-Pappel International de Prewitt. Todo iba según el plan previsto: le vendería a los de Bio-Pappel alguna de las «mierdas» químicas que fabricaba McGregor, haría noche en Prewitt y, a la mañana siguiente, volvería a Albuquerque y se tomaría el resto del día libre para empalmar con el fin de semana; a McGregor le largaría cualquier cuento más o menos creíble, le pasaría también la dieta del viernes entero y punto —de paso, le diría cuatro cosas sobre el *jodido* Subaru—.

## OASIS DINER

**Desayunos - Comidas - Cenas**

## **Servicio de ducha**

### **Próxima salida**

—Eso es nuevo —dijo Steinberg mientras miraba extrañado aquel cartel indicador que jamás antes había visto en aquel lugar, a pesar de que había hecho ese trayecto una docena de veces en el último año. Además, sabía a la perfección que la siguiente salida de la interestatal era la del Walmart Supercenter de Grants, y eso quedaba todavía a unos diez kilómetros de allí—. ¿Quién coño habrá montado un bar de carretera en mitad del desierto? —se preguntó en voz alta.

Jacob Steinberg tenía toda la razón: entre los diez kilómetros que separaban el Sky City Travel Center Express y la pequeña localidad de Grants se extendía la nada más absoluta; nadie en su sano juicio montaría un negocio de comidas allí, rodeado de desierto y matojos secos achicharrados por el sol; y, lo que le resultaba más extraño, es que algún político de Santa Fe hubiera aprobado el presupuesto necesario para construir a propósito una salida en la interestatal 40 que condujera exclusivamente a aquel negocio sin futuro alguno —o al político de turno lo habían untado a base de bien o aquel garito merecía realmente la pena—.

## **OASIS DINER**

**Desayunos - Comidas - Cenas**

## **Servicio de ducha**

### **Próxima salida**

—¡Joder! ¿Otra vez? —exclamó sorprendido Steinberg. Aquello comenzaba a llamar su atención e interés, especialmente por el servicio de ducha que se anunciaba; y, estirando la cabeza por encima del volante, empezó a otear el despejado horizonte que se extendía a la derecha de la interestatal, buscando ese «Oasis Diner» que con tanta cartelería se anunciaba.

El nombre escogido ya le parecía, cuando menos, pretencioso: todo hijo de Indianápolis conocía el Oasis Diner de Plainfield; el pretender competir con él en nombre y calidad era poco menos que arriesgado; y más aún en un lugar perdido de la mano de Dios como aquel.

## **OASIS DINER**

**Desayunos - Comidas - Cenas**

**Servicio de ducha**

**Salida**

—¡Hostia! —Aquel último cartel indicador apareció de la nada, de repente, junto al arcén de la interestatal y, efectivamente, a unos pocos metros de él se abría, como por arte de magia, una salida que, sin duda, conduciría a ese tal «Oasis Diner».

De forma casi instintiva, picado por la curiosidad, y no menos espoleado por el deseo de sentir lo antes posible correr sobre el pegajoso sudor que tapaba los poros de su piel el agua de una ducha bien fría, Jacob Steinberg giró bruscamente hacia la derecha el volante del Subaru SVX y tomó aquella salida que apareció de forma sorpresiva ante sus ojos. Sin embargo, a los pocos minutos comenzó a arrepentirse de su irracional decisión: se había salido de su plan inicial, y una sensación de inseguridad empezó a acelerar su corazón; la angustia se apoderó de su garganta, y las gotas del pegajoso y agobiante sudor que brotaba de su ardiente cabeza comenzaron a descender nuevamente por su cuello. «Es el jodido TOC, Jake», pensaba en un intento de recuperar la paz interior perdida hacía unos instantes tras tomar aquella salida de la interestatal de forma tan impulsiva; aunque en poco —o nada— le ayudaba a recuperar la calma el que el negro asfalto por el que se deslizaba el Subaru comenzara a difuminarse en un polvoriento camino de tierra cada vez más estrecho, en el que no se divisaba un alma y cuyo horizonte no daba pista alguna del *jodido* Oasis Diner.

## **OASIS DINER**

**A 5 Km.**

—¡Joder! ¿Todavía cinco kilómetros? —exclamó mientras golpeaba con sus dos manos el volante del Subaru, cuyo parabrisas comenzaba a velarse por el fino y blanquecino polvo del camino. En ese mismo instante hubiese dado la vuelta, pero a ojo midió la anchura del camino y se

percató de que cada vez se iba haciendo más angosto, por lo que maniobrar en aquellas circunstancias para volver a la interestatal suponía arriesgarse a romper el eje y quedarse atrapado en la cuneta en mitad del desierto—. Habrá que seguir; a ver a dónde coño lleva esto — intentaba convencerse mientras su corazón se aceleraba y el pegajoso sudor empapaba su rostro.

¡Troc!, ¡troc!, ¡troc!...; gemía la sufrida suspensión del viejo Subaru.

—¡Me cago en la puta! ¡Me juego los huevos a que me quedo tirado en mitad del puto desierto! —gritaba desesperado Steinberg mientras se limpiaba el rostro con la manga de la, ya no tan flamante, camisa blanca de Everlane.

## OASIS DINER

### A 2 Km.

¡Troc!, ¡troc!, ¡troc!...; continuaban quejándose los muelles de la suspensión mientras Steinberg comenzaba a ser consciente de que tomar aquella salida de la interestatal 40 fue un verdadero error.

¡¡¡TROOOOC!!!

—¡¡¡Mierda, mierda y mierda!!! —gritó desesperado tras escuchar y sentir en sus huesos aquel golpe en los bajos del maltratado Subaru SVX que pareciera estar dando sus últimos estertores allí mismo—. Se acabó; doy la vuelta.

Jacob Steinberg pisó el freno y giró la llave de contacto para detener el motor, a pesar de lo cual el Subaru ronroneó durante unos segundos más hasta quedar en silencio. «La electroválvula», pensó; aunque, en realidad, Steinberg no tenía ni la más remota idea de lo que era aquella pieza y si el Subaru la tenía realmente —sus conocimientos de mecánica no pasaban de lo que soltaban sus amigotes sobre el tema frente a unas cervezas en la barra del Rock & Brews de Albuquerque los viernes noche—.

Cuando el motor dejó de quejarse, Steinberg respiró hondo y, fugazmente, su mirada se cruzó con su propio reflejo en el espejo retrovisor interior; se dio cuenta de que sus avellanados ojos, enmarcados en unos párpados hinchados por el cansancio, delataban la derrota de un cuarentón sin futuro. «Necesito asearme; eso es todo», murmuró para sus adentros, intentando negar el evidente fracaso que su sempiterna sonrisa de comercial apenas podía ocultar. Permaneció unos segundos

en silencio con la mente vacía y, tras volver a respirar profundamente, dijo:

—En fin.

Abrió la puerta del Subaru y el fuego del desierto de Nuevo México terminó de abrasar el sudado cuerpo de un Jacob Steinberg que, en esos instantes, hubiera dado su brazo derecho por una ducha bien fría. Bajó del coche y una ardiente brisa lo envolvió con un polvo del desierto que ya comenzaba a tornar el verde *hurlevent* metalizado del Subaru SVX en color arena pálido.

—Estamos arreglados —dijo en voz alta Steinberg mientras ponía sus brazos en jarras contemplando el lío en que se había metido.

Dio una vuelta alrededor del Subaru para confirmar el penoso estado en el que se encontraba aquella reliquia de los noventa y, sopesando las posibilidades de que disponía para maniobrar en aquel estrecho y pedregoso camino, decidió que se arriesgaría en lo que se adivinaba más adelante como un pequeño ensanche en el escaso arcén derecho. Así, decidido a poner en práctica su plan de huida de aquel infierno, se volvió a subir al coche, no sin antes echar un vistazo al horizonte en un último intento esperanzado por divisar el *jodido* Oasis Diner. En vano: ni rastro del «puñetero» restaurante; tan solo el desierto más inhóspito se extendía ante él, distorsionado por la refracción de la luz contra el abrasador aire del mediodía de Nuevo México.

—Me largo de aquí. Que le den por culo —sentenció mientras cerraba de un portazo el habitáculo del horno sobre ruedas japonés, decidido a salir como fuera de aquella ratonera.

Arrancó el Subaru y, lo más lentamente que pudo, para evitar una avería que lo dejara tirado en mitad del desierto, se aproximó hacia aquel ensanche que se le mostraba más adelante como si de un salvavidas frente al naufrago en mitad del océano se tratara. Lo alcanzó pasados unos escasos minutos que se le asemejaron horas y, en ese momento, respiró profundamente antes de maniobrar para dar la vuelta, tras lo cual dijo:

—Vamos allá, Jake.

Comenzó la maniobra girando lentamente hacia la izquierda del camino. Cuando el morro del Subaru alcanzó el inexistente arcén izquierdo, frenó; miró por el retrovisor interior e introdujo la reversa, iniciando así la marcha atrás hacia el escaso arcén derecho que le regalaba el pedregoso y polvoriento camino en aquel minúsculo ensanche, el cual, de ir todo bien, lo sacaría de allí definitivamente en dirección a la suave y aterciopelada sensación que ofrece el caucho rodando sobre el negro asfalto.

—Pero... ¿qué mierda...? —dijo sorprendido Steinberg mientras sus ojos se quedaron clavados en el espejo retrovisor interior.



## OASIS DINER

—No puede ser —dijo extrañado, al tiempo que volteaba su cabeza junto al reposacabezas para confirmar que lo que le mostraba el retrovisor era cierto.

## OASIS DINER

Sí, Jacob Steinberg comprobó que, efectivamente, el espejo retrovisor no le engañaba, aunque, para asegurarse de que no era víctima de un efecto óptico como consecuencia del blanquecino polvo acumulado en la luneta trasera, buscó a tientas con su mano derecha la varilla que se encontraba junto al volante para accionar el limpiaparabrisas trasero; sin embargo, tras varios intentos infructuosos moviendo la varilla arriba y abajo, por fin cayó en la cuenta de que el aire acondicionado y el motor del elevalunas eléctrico no eran lo único que no funcionaba en aquel Subaru SVX. «Mierda de coche», masculló para sus adentros sin dejar de mirar el luminoso de letras rojas sobre fondo amarillo que, jalonado por unas también luminosas palmeras verdes, le anunciaba, a través de la polvorienta luneta trasera del Subaru, que había llegado al «puñetero» Oasis Diner.

Aquello que le pareció hacía unos minutos un pequeño ensanche en el camino, ahora era, al parecer, el acceso al bar de carretera que tanto anunciaban las señalizaciones de la interestatal 40; sin embargo, Steinberg estaba lo suficientemente sobrio como para saber que aquello no estaba allí cuando comenzó la maniobra de giro con el Subaru tan solo hacía unos instantes. «Raro de narices», pensó, a pesar de lo cual reanudó la marcha atrás para adentrarse en el estacionamiento del restaurante que súbitamente había aparecido detrás de él y al que se accedía, precisamente, por el pequeño ensanche en el camino que minutos antes había planeado utilizar como única vía de escape de aquel lugar.

—Como no valga la pena los voy a brear en el Tripadvisor —dijo en voz alta mientras el Subaru SVX continuaba su marcha atrás hacia el amplio y vacío estacionamiento del *jodido* Oasis Diner; aunque, la verdad, sospechaba que un lugar como aquel difícilmente aparecería en el listado de restaurantes de Tripadvisor, en el que tan acostumbrado estaba Steinberg a descargar toda su furia con sus críticas más ácidas cuando algún desafortunado camarero tardaba un segundo más del tiempo que, para él, era lo aceptable en atenderle. Sí, Steinberg era un verdadero justiciero de la red en eso de fustigar con el teclado a todo restaurante, bar, hotel, motel o hasta

garito de mala muerte que tuviera la desgracia de caer en sus garras y apareciera en Tripadvisor. «¡Ya te tengo!», exclamaba siempre que encontraba a su próxima víctima en la plataforma de viajes, para, acto seguido, enmascarado tras el usuario *Jake9000*, dejar unas valoraciones y comentarios en los que las palabras «mediocre», «pésimo», «sucio», «caro» y «cucarachas» solían ser lo más amable que desparramaba Steinberg por la red como tarjeta de visita.

—Esto está vacío —dijo con un gesto de desagrado mientras estacionaba frente al local, lo cual confirmó cuando, tras quitar la llave del contacto y bajar del coche para volver a sentir en su rostro el impacto del ardiente sol del desierto, echó un vistazo al desolado estacionamiento que se extendía frente al restaurante—. Esto no dura ni un mes abierto —sentenció mientras comenzaba a caminar sobre la gravilla blanca del aparcamiento hacia la terraza de mesas blancas y sillas rojas vacías que, achicharrándose bajo el abrasador sol, poco o nada invitaban a sentarse en ellas.

Tras atravesar la terraza, subió los dos escalones que daban acceso al pequeño porche de entrada al local y, de repente, en un A4 pegado con papel celofán transparente en el cristal de la puerta, una escueta leyenda escrita a mano con rotulador negro de trazo grueso llamó su atención:

## SERVICIO DE DUCHA EN EL INTERIOR

A esas alturas, aquello le sonó a Steinberg como la «jodida» tierra prometida para el pueblo de Israel; ya daban igual todas las penurias que había pasado para llegar a aquel lugar que, verdaderamente, en tales circunstancias, comenzaba a asemejársele como un auténtico oasis.

Alargó la mano derecha sobre el tirador de la puerta de entrada, no sin antes echar un vistazo rápido a la pinta exterior del local: «Es igualito al Oasis Diner de Plainfield», pensó, al tiempo que se preguntaba si allí también servirían el Columbus - Steak and Eggs del de Plainfield.

—¡Mierda! —exclamó mientras ya empujaba la puerta—. No he cogido la *trolley* del maletero para cambiarme... Da igual: comeré algo y después volveré a por ella —dijo, al tiempo que terminaba de empujar la puerta acristalada para franquear la entrada al local, la cual, una vez que accedió al interior, se cerró tras él suavemente con un apenas leve, pero firme, chasquido.

Pasó media hora sin que Steinberg volviera al viejo Subaru SVX a por la *trolley* que contenía

la muda. Pasó otra media hora y Steinberg continuó sin salir. Dos horas y el destartado Subaru cubierto del fino polvo del desierto continuaba estacionado sobre la gravilla blanca frente al restaurante sin que Steinberg hubiera salido para recoger su pequeña *trolley* Samsonite gris. Comenzó a atardecer y el Subaru de Jacob Steinberg continuaba siendo el único vehículo aparcado en el solitario estacionamiento de aquel «Oasis Diner» perdido en mitad de la nada, tan parecido al Oasis Diner de Plainfield, pero, a la vez..., tan distinto.

Llegó la noche y los neones del local resplandecían de forma grotesca en mitad de la oscuridad cerrada del desierto de Nuevo México. Todo permanecía en un absoluto silencio tan solo roto por el sonido sordo y lejano de los neumáticos que se deslizaban sobre el asfalto de la interestatal 40 por el que horas antes rodara el desvencijado Subaru SVX que ahora descansaba en el solitario estacionamiento de aquel..., extraño..., «Oasis Diner». Sí, todo permanecía en silencio y en el mismo estado en el que quedó cuando Steinberg franqueó la puerta de entrada al restaurante; todo, excepto el A4 que horas antes anunciara los servicios de ducha que terminaron por seducir a Jacob Steinberg. Así era: sujeto al cristal de la puerta de acceso, con el mismo papel celofán transparente de antes, aquel A4 garabateado con rotulador negro de trazo grueso ahora anunciaba algo muy diferente:

BIENVENIDO, JACOB STEINBERG

## II. HORTON

Larry *Ballena* Horton hacía honor a su apodo: con sus más de ciento cincuenta kilos embutidos en apenas metro setenta y cinco, el enorme Ford Explorer gris metalizado que conducía aguantaba bien el sobreesfuerzo que suponía transportar a este orondo y orgulloso miembro de los autodenominados «Patriotas Unidos» a través de los más de quinientos kilómetros que separaban su ciudad natal de Gallup de la de Sunland Park. Larry *Ballena* Horton no era la primera vez que cruzaba el estado de Nuevo México de un extremo a otro; lo solía hacer unas tres o cuatro veces al año para —como solían decir sus compañeros de los Patriotas Unidos— «cazar mexicanos».

Conocía aquel trayecto como la palma de su mano; le gustaba hacerlo de noche y casi del tirón, con apenas dos o tres paradas durante el camino, apurando las casi siete horas que le llevaba completarlo, hasta llegar a su destino en la frontera con México acompañado por las primeras luces del amanecer. Conducir en mitad de la noche le resultaba bastante más económico que hacerlo durante el día: cuando el desierto de Nuevo México alcanzaba los cuarenta grados, a eso de las tres de la tarde a mediados de julio, el interior de su Ford Explorer podía llegar hasta los cincuenta, por lo que mantener funcionando el aire acondicionado de aquel monstruo de 365 CV de potencia durante todo un trayecto diurno le podía llevar a engullir perfectamente los dieciocho litros a los cien. Pero, además de económico, viajar durante la noche resultaba menos agotador para esos más de ciento cincuenta kilos que, encajados entre el volante y el asiento del Explorer gris metalizado, siempre agradecían los diecisiete grados nocturnos que el termómetro del desierto les regalaba.

La tracción total permanente del 4x4 de Larry *Ballena* Horton lo transportaba por la interestatal 40 a eso de las diez de la noche de aquel jueves de julio de 2018, a la altura de Grants. A través de la ventanilla del conductor, Horton podía contemplar el tembloroso tintineo de las lejanas luces de la capital del condado de Cíbola a su izquierda, lo que le anunciaba que estaba a mitad de camino de la primera parada que haría al abandonar la interestatal para tomar la estatal 6, ya en el condado de Valencia: repostaría gasolina; estiraría sus varicosas e hinchadas piernas; comería algo dulce con extra de mantequilla; y, tras vaciar el «depósito», echaría un cigarrillo contemplando la fría y desolada inmensidad del desierto de Nuevo México bajo la luz de la luna nueva de julio. Mientras esos pensamientos cruzaban por su más que generosa caja craneana, los rechonchos dedos de Larry *Ballena* Horton tamborileaban sobre el volante forrado de cuero genuino al ritmo del *Don't Rock the Jukebox* de Alan Jackson que, en esos momentos, sonaba a medio volumen en la KRST 92.3 FM.

Sí, todo iba a pedir de boca en aquel viaje a la frontera con México para este destacado miembro de los Patriotas Unidos, dueño, además, de la tienda de armas Golden Gun Shop de Gallup; un próspero negocio cuyos ingresos comenzaban a multiplicarse con la venta de toda clase de armas —legales..., e ilegales— a los cada vez más numerosos grupos de supremacistas que, como el suyo, se dedicaban a hacer batidas a lo largo de la frontera sur de los Estados Unidos para —como anunciaban los panfletos que distribuían entre sus potenciales acólitos— «luchar por la libertad». Sí, todo iba como la seda para Horton...; salvo por un pequeño detalle que le acompañaba durante aquel viaje, adherido a los bajos de su Ford Explorer gris metalizado y de cuya existencia ni tan siquiera hubiera podido sospechar.

Casi diez kilómetros después de dejar atrás Grants, y aunque Horton había cenado de forma generosa antes de iniciar su largo viaje nocturno —un filete de buey poco hecho untado con mantequilla derretida y acompañado de medallones de langosta, generosamente servido todo ello en el Badlands Grill de Gallup y bien regado con un par de micheladas frías—, su voluminosa tripa comenzó a quejarse pidiendo «más combustible», como solía decir de forma socarrona entre lata y lata de cerveza Lobo Red que, de forma compulsiva y como si de Coca-Cola se tratara, consumía en las barbacoas dominicales que sus amigos de los Patriotas Unidos y él celebraban una vez al mes en su pequeño rancho de Red Rock, en las cuales las prácticas de tiro entre tragos y vueltas a la carne sobre las brasas —sin olvidar las soflamas políticas con las que disparataban cuando la ingesta de alcohol les disipaba cualquier vestigio de inhibición— completaban lo que ellos llamaban «domingos de cojones», los cuales, por lo demás, explicaban a la perfección que los niveles de colesterol en las arterias de Larry *Ballena* Horton jamás bajarán de cuatrocientos, lo que, a sus cincuenta y dos años, lo dirigía hacia la tumba a velocidad de vértigo.

«Tengo gazuza», pensó Horton mientras se pasaba la mano izquierda sobre su voluminosa barriga, como si de un sobrealimentado gato al que acariciase se tratara. Aunque durante ese tipo de viajes era habitual que en el asiento del acompañante siempre llevara un amplio surtido de fruslerías con las que aplacar sus frecuentes ataques de apetito, no contaba con que uno de estos le llegara tan pronto, por lo que los paquetes de nachos, bolsas de patatas sabor a queso, barritas de Mars, Snickers, Kit Kat y similares, que le hacían la soledad del camino más llevadera, permanecían inaccesibles en ese preciso instante de necesidad en el maletero del Ford Explorer, haciendo compañía a su flamante AR-15 de ochocientos dólares, un modelo que Horton había bautizado en su tienda de Gallup con el atractivo nombre de «el rifle de América» —ese nombre fue todo un acierto y, efectivamente, lo vendía como rosquillas—, así como a seis cajas repletas de munición y a lo más variado en accesorios militares, incluyendo dos uniformes completos de camuflaje que Horton ofrecía a la clientela de su comercio diciendo siempre la frase: «Cuidado, amigo, que son los de la Operación Tormenta del Desierto» —no había cliente que se resistiera a aquellas palabras ante la perspectiva de lucir como el mismísimo general Schwarzkopf ante los demás miembros del club local de *airsoft*—. Completaba el variopinto contenido del maletero un

*indispensable* fajo de unos doscientos panfletos de los Patriotas Unidos que siempre llevaba consigo para, si se terciaba, repartir a diestro y siniestro como si de caramelos en la puerta de un colegio se tratara. Eso sí: lo que nunca llevaba en el maletero era su pistola Glock de 1980, ya que constantemente la portaba aprisionada en su sufrido cinto..., «por si las moscas».

«Aguantaré», pensó sin terminar de creérselo, al tiempo que sus tripas emitían algún que otro quejumbroso rugido mientras sus glándulas salivares comenzaban a reclamar protagonismo.

## **OASIS DINER**

**Desayunos - Comidas - Cenas**

**Abierto 24 horas**

**No se admiten mexicanos**

**Próxima salida**

—Vaya..., vaya... —musitó Horton mientras contemplaba aquel cartel indicador que resplandecía en el arcén de la interestatal 40 ante el reflejo de los faros del Ford Explorer en mitad de la noche—. Interesante —dijo, al tiempo que intentaba alargar su frondoso cuello sobre el volante forrado de cuero, contra el cual rozaba su prominente barriga en aquel movimiento forzado por la curiosidad. Y es que, lo que realmente llamó la atención de Horton no fue el que nunca antes hubiese visto aquella indicación en ese tramo de la interestatal 40, sino el que, de forma tan explícita, una señalización contuviera aquella prohibición tan llamativa: «No se admiten mexicanos».

—La ola empieza a crecer —dijo con expresión ufana. Horton estaba convencido de que, lo que él llamaba «la ola», en referencia al movimiento supremacista del que era partícipe, terminaría por imponerse en pocos años y, desde luego, aquello era para él una prueba más que evidente de que sus teorías se estaban cumpliendo—. Cada vez somos más. ¡Oh, Señor! —exclamó jubiloso, al tiempo que levantaba su mano derecha, tal y como solía hacer durante el salmo de los domingos en la iglesia presbiteriana de Gallup en señal de testimonio cuando el pastor Phillips así lo requería.

## **OASIS DINER**

**Desayunos - Comidas - Cenas**

**Abierto 24 horas**

**No se admiten mexicanos**

**Próxima salida**

—A lo mejor... —musitó Horton mientras acariciaba la idea de detenerse un momento en aquel lugar para ver qué se cocía por allí. Tal vez pudiera repartir algunos de sus panfletos de los Patriotas Unidos y captar algún que otro adepto para «la causa»; desde luego aquella señal indicadora le auguraba un éxito casi seguro... y, de paso, tampoco le parecía mala idea parar a tomar algo y aplacar así las protestas de su exigente estómago.

«Decidido», pensó mientras alargaba el cuello buscando la salida de la interestatal 40 que daba acceso a ese inesperado y *prometedor* bar de carretera.

## **OASIS DINER**

**Desayunos - Comidas - Cenas**

**Abierto 24 horas**

**No se admiten mexicanos**

**Salida**

El intermitente derecho del Ford Explorer gris metalizado comenzó a parpadear con su hipnótica luz anaranjada en mitad de la noche, al tiempo que Larry *Ballena* Horton empezaba a girar suavemente el volante para salir de la interestatal 40.

Cuando hubo abandonado la interestatal, se sorprendió al encontrarse rodeado de la oscuridad

más absoluta, tan solo rasgada por la tenue luz de la luna nueva de julio y las luces largas de su Explorer que le anunciaban lo que más adelante parecía un camino de tierra.

—Qué extraño —murmuró mientras oteaba entre las sombras de la noche, buscando algún indicio de ese «Oasis Diner» que ya no debería quedar muy lejos—. Tiene que estar por aquí —se decía en voz alta, extrañado por no ver neón alguno en la noche cerrada del desierto de Nuevo México.

## OASIS DINER

A 5 Km.

—¿Cinco kilómetros? —se preguntó extrañado Horton, aunque, acto seguido, se respondió a sí mismo—: Es lógico. —Aunque «la ola» estaba creciendo, Horton sabía que su movimiento todavía tenía bastantes detractores, a los que llamaba despectivamente «antipatriotas», por lo que consideró normal que un lugar como ese «Oasis Diner», que políticamente se significaba con tanta claridad desde la interestatal, se lo pusiera difícil a curiosos no comprometidos con «la causa».

En esos razonamientos consigo mismo estaba Horton cuando el 4x4 comenzó a traquetear al abandonar el asfalto para adentrarse en lo que los potentes faros de xenón direccionales le anunciaran minutos antes como un camino de tierra y que, ahora, confirmaba la sólida suspensión de su Explorer. Sin embargo, Larry *Ballena* Horton sabía que los casi sesenta mil dólares que pagó al contado por aquella belleza en el concesionario Ford de Sam Gurley en Gallup aguantarían esas caricias sin problema alguno; es más, cada vez que ponía a prueba su «juguete», Horton recostaba su amplia espalda sobre el respaldo de cuero negro de su asiento y, con la seguridad de quien se sabe con el poder de 365 CV de potencia entre las manos, asía con fuerza el volante pensando: «¡Chúpate esa!». Sí, Larry *Ballena* Horton estaba decidido a llegar a ese restaurante de nueva factura que imaginaba repleto de «patriotas»; daba igual el tipo de terreno que se interpusiera en el camino de sus llantas Premium de aluminio de veintiuna pulgadas; el poder de los casi sesenta mil dólares pagados al contado estaba de su lado.

## OASIS DINER

A 2 Km.



—¡Ya queda menos! —exclamó con seguridad Horton, a pesar de que, a partir de aquel punto, el camino comenzaba a estrecharse cada vez más frente al potente haz de luz de los faros de su Explorer.

¡Troc!, ¡troc!, ¡troc!...; golpeaban los cantos rodados del camino sobre los bajos del 4x4. «Mariconadas», pensó con satisfacción Horton mientras sujetaba con fuerza el volante forrado de cuero negro, al tiempo que sus azules ojos no se despegaban del camino que iba devorando sin problema alguno su poderoso Explorer.

Sin embargo, cuando el cuentakilómetros comenzaba a acercarse a esos dos kilómetros que le anunciara el último cartel indicador, Larry *Ballena* Horton empezó a inquietarse al no ver todavía ninguna luz que le augurara la cercanía de restaurante alguno; es más, el blanco haz de luz de sus faros tan solo le mostraba la desolada y nocturna oscuridad del desierto.

—¿Qué demonios? —dijo Horton cuando el cuentakilómetros rebasó de sobra aquellos dos kilómetros prometidos minutos atrás por la última señalización—. Quizá leí mal. —Podía ser, ya que, últimamente, la vista de Horton parecía necesitar de una «pequeña puesta a punto», como solía decir cuando se esforzaba para fijar la mirada en la distancia; sin embargo, hubiera puesto la mano en el fuego por que aquella señal, negro sobre blanco, le había anunciado dos kilómetros con toda claridad—. Te haces viejo, Larry —se dijo a sí mismo, en un intento de infundirse seguridad.

Pero no: casi diez kilómetros después, todo seguía a oscuras en mitad del desierto por el que avanzaba el 4x4 de Horton a través de aquel, cada vez más angosto, sendero.

¡Troc!, ¡troc!, ¡troc!...; continuaban golpeando los cantos rodados del camino en los bajos del Ford Explorer, mientras que la seguridad de Horton, que minutos antes comenzara a tornarse en inquietud, ahora se transformaba en desazón.

—Media vuelta —aseveró, al tiempo que, con decisión, giró el volante del 4x4 para dar la vuelta en aquel estrecho y pedregoso camino, de regreso a la interestatal 40. Larry *Ballena* Horton era un tipo sin remilgos, de modo que, si algo no le convenía, no tenía reparo alguno en cambiar de planes inmediatamente para probar otra solución.

—¡No me jodas! —exclamó de repente.

**OASIS DINER**

—¿Será posible? —Justo cuando estaba maniobrando en mitad del reducido derrotero de tierra, a su derecha, adivinó lo que parecían unas luces de neón que le anunciaban su ansiado destino—. Pues vamos allá —dijo de forma decidida, volviendo a maniobrar en mitad del camino para dirigir el rumbo de su Ford Explorer gris metalizado hacia aquel escurridizo restaurante que, súbitamente, aparecía de la nada en la noche del desierto de Nuevo México. Ni tan siquiera se planteó que lo que acababa de ocurrirle era, cuando menos, extraño; sin embargo, Larry *Ballena* Horton no era hombre que se amilanara ante algo que escapara a la razón, ya que, sencillamente, no había nada que pudiera escapar a su simplificada comprensión de la realidad.

—Esto está vacío —dijo mientras su 4x4 accedía al amplio estacionamiento de aquel restaurante que, de no ser por lo que parecía un Subaru bastante anticuado que allí descansaba solitario, habría estado completamente huero.

Los poderosos neumáticos del Ford Explorer de Horton avanzaban sobre la gravilla del estacionamiento haciéndola crepitar a su paso, al tiempo que unos neones rojos sobre fondo amarillo dibujaban sobre el cristal del parabrisas el nombre de aquel solitario local, jalonados por dos fosforescentes palmeras verdes que, en opinión de Larry *Ballena* Horton, le daban un toque de... «buen gusto».

Cuando llegó a la altura del solitario y desvencijado Subaru que divisara segundos antes, Horton estacionó, detuvo el motor de su 4x4, se desabrochó el cinturón de seguridad que aprisionaba su prominente barriga y, tras ajustarse al cinto su Glock de 1980, descendió no sin esfuerzo del Explorer para, tras cerciorarse varias veces de que sus puertas habían quedado perfectamente cerradas dando repetidos toques al mando a distancia de la llave electrónica inteligente, echar un vistazo al viejo y polvoriento coche junto al que estacionó.

—Subaru SVX de los noventa —sentenció con su ojo clínico para los coches—. Está para el arrastre —convino consigo mismo para, acto seguido, dirigirse hacia la terraza del restaurante, en la que un grupo de mesas blancas y sillas rojas vacías reflejaban las cálidas luces de neón de la fachada.

Tras subir los dos escalones que daban acceso al pequeño porche de entrada al local, pudo leer, escrito con rotulador negro de trazo grueso sobre un A4 sujeto con celofán transparente sobre el cristal de la puerta de entrada, algo que le hizo esbozar una sonrisa socarrona:

NO SE ADMITEN MEXICANOS

«Qué huevos tienen», pensó, sin borrar de sus labios la sonrisa que segundos antes esbozara, al tiempo que, decidido, empujó la acristalada puerta de entrada, a través de la cual escapaba, hacia la fría oscuridad de la noche del desierto, la blanca luz del interior del restaurante.

—¡Buenas noches! —saludó un entusiasmado Horton mientras tras él se cerraba la puerta del local con un leve, aunque firme, chasquido.

Cuando la puerta se hubo cerrado totalmente tras Horton, el silencio más absoluto respondió a su efusivo saludo de buenas noches, al tiempo que las letras manuscritas sobre el A4 del cristal de la entrada comenzaron a difuminarse de forma fantasmagórica hasta formar una nueva e inexplicable composición:

BIENVENIDO, LARRY HORTON

Pasaron las horas y por aquella puerta no volvió a salir el orondo cuerpo de Larry *Ballena* Horton. Sobre la blanca gravilla del estacionamiento permanecían el poderoso Ford Explorer gris metalizado y el desvencijado Subaru SVX, tan solo acompañados por los coloridos neones de la fachada de aquel solitario restaurante y la mortecina luz de la luna nueva de mediados de julio. Mientras, la lúgubre llamada de algún lejano coyote competía con el esporádico y sordo rodar de neumáticos sobre el negro asfalto de la distante interestatal 40, en la que nunca más volverían a deslizarse los casi sesenta mil dólares sobre ruedas de Larry *Ballena* Horton...; o, al menos, con él al volante.

### III. BRADLEY Y SANTORO

—¿Sabías que la causa principal de la infelicidad nunca es la situación, sino tus pensamientos sobre ella? —preguntó el agente especial del FBI Santoro.

—Ajá —asintió con desinterés su compañero Bradley, quien no despegaba la vista de la oscuridad que, sobre el asfalto de la interestatal 40, rasgaban los faros del Toyota Prius blanco de alquiler que conducía.

—¿Te das cuenta del poder que tiene nuestra mente? —continuó cuestionando Santoro desde el asiento del acompañante, al tiempo que giraba la cabeza hacia su compañero, esperando, no sin inocencia, alguna articulada respuesta por su parte.

—Ajá —volvió a asentir Bradley, sin ocultar lo más mínimo su nulo interés por las inquietudes de su compañero.

—Lo que quiero decir es que la mente es maravillosa —dijo Santoro, inclinándose levemente hacia Bradley, al tiempo que, con indisimulada emoción, comenzó a gesticular con las manos para reforzar su discurso—. Si asumes tu propia realidad, eres capaz de controlar tu vida y tu destino —sentenció mientras clavaba la mirada sobre su compañero, como si de una verdad absoluta que estuviese predicando se tratara.

—Ya —rompió sus onomatopéyicas respuestas el agente Bradley, aunque sin apartar los ojos de la nocturna monotonía de la carretera.

—Es evidente...; es evidente —convino consigo mismo Santoro sin ocultar su satisfacción, acomodándose nuevamente en su asiento, como si el haber obtenido aquella más que escasa respuesta por parte de su compañero supusiera una verdadera victoria dialéctica—. Sí, la mente es maravillosa —concluyó mientras hacía descansar su codo sobre el reposacabezas de tela gris oscura del Prius, al tiempo que perdía su trascendente mirada en el negro asfalto que los faros led devoraban al pasar a la altura de la pequeña localidad de Grants.

David Charles Bradley era un tipo huesudo, aunque la práctica regular de ejercicio hacía que su trabajada musculatura disimulara una natural complexión leñosa que, contenida en su casi metro noventa, le daba un toque de respetabilidad que se correspondía con un carácter igual de seco que

sus facciones. Lo anterior, más sus treinta y cinco años —seis más que Santoro—, lo convertían en el líder natural de aquel dúo de agentes que, en misión de seguimiento, avanzaba por la interestatal 40 bajo la mortecina luna nueva de aquel jueves de mediados de julio. Y así, perfectamente conocedor de la subjetiva superioridad que ostentaba sobre su joven compañero, Bradley decidió poner fin a la esquelética conversación que se desarrollaba en el interior del oscuro habitáculo del Prius con una de sus frases preferidas:

—Eso es mierda pura.

Aquella lacónica sentencia por parte de Bradley hubiera arruinado la autoestima de cualquier otro; sin embargo, Michael Santoro llevaba más de un año de servicio junto a su espigado y huesudo compañero, por lo que estaba acostumbrado a sus desplantes y sabía cómo lidiar con sus acerados y escuetos comentarios, hasta el punto de haber sido capaz de adquirir la extraña habilidad de saber cómo encender el frío verbo de Bradley:

—Es ciencia, *querido* David.

Aunque Bradley no retiró ni por un segundo la mirada del asfalto que frente a él engullía el Prius blanco, sabía a la perfección que aquella burlona aseveración de su compañero iba acompañada de una más que segura socarrona mueca, acentuando ello los hoyuelos que siempre se dibujaban en las pulidas mejillas de aquel italoamericano de metro setenta y tres que ocupaba el asiento del acompañante. «Estamos *graciosos* esta noche», pensó Bradley, y aunque no era un tipo que entrara fácilmente al trapo de provocaciones, adivinaba que Santoro continuaría pinchándole durante buena parte del trayecto si no le ponía coto al asunto de forma inmediata y contundente, por lo que, sujetando firmemente el volante forrado de polipiel gris del Prius, y girando su cuello apenas unos centímetros para mirar de reojo a su compañero, se arrancó diciendo:

—El que esa mierda de autoayuda que lees esté impresa en papel y te la vendan por diez dólares, con un sonriente tipo en la portada que te promete la jodida... *felicidad*, no significa que sea ciencia ni nada de eso.

—Es tu opinión —le respondió Santoro, dibujando en sus carnosos labios una felina sonrisa de satisfacción.

—No son más que los charlatanes del siglo XXI —continuó Bradley, mientras que, levantando su huesuda mano derecha del volante, comenzó a gesticular de forma ostentosa en refuerzo de su diatriba—. Esos tipos de la *autoayuda* se forran a costa de la gente como tú; os venden su superchería vacía a cambio de unos dólares y se hacen ricos mientras vosotros os tragáis su mierda. Solo venden humo, y vosotros os lo fumáis para colocaros con esa mierda barata de la «ilusión», el «crecimiento interior» y todas esas zarandajas que cacarean —concluyó, mientras que con su alargado índice derecho golpeaba sobre el salpicadero gris del Prius al ritmo de cada palabra que pronunciaba.

—Pues sí que has leído libros de autoayuda, ¿eh? —respondió un ladino Santoro mientras se volvía para corresponder a las invectivas de su compañero con una sonrisa burlona.

Bradley fijó sus azulados y penetrantes ojos sobre los oscuros de su compañero, y desarmado, se limitó a responderle:

—Vete a la mierda.

—¡Ja, ja, ja! —estalló en carcajadas Santoro—. Te he pillado, ¿eh? —añadió, guiñando su ojo derecho a Bradley.

—Sí, los cojones me has pillado.

—Reconócelo, David: has leído esa «mierda» de la autoayuda —continuó pinchando Santoro.

—Vamos a ver... Claro que he leído esa mierda...; como todo el mundo... Por eso sé perfectamente de lo que hablo —intentó explicarse Bradley—. Los tipos que escriben esos libros y dan esas charlas que cuestan un dineral, no son más diferentes que los predicadores esos que salen por la tele y que se forran a costa de los infelices que compran su mercancía —prosiguió mientras dirigía su mirada hacia la oscuridad de la noche que se abría ante los faros del Prius.

—Pero, en realidad, funciona. No lo niegues —interrumpió Santoro, quien borró la anterior sonrisa socarrona que se dibujara en sus labios hacía unos instantes para reconducir ahora la conversación hacia derroteros más *científicos*, sabedor de que su compañero estaba realizando ímprobos esfuerzos por explicar su postura. Era el momento de ponérselo fácil a Bradley.

—Sí. No te niego que pueda funcionar en algunas personas durante algún tiempo; pero no es algo distinto a quien se compra una Harley o un caniche para darle sentido a su vida: al final te acabas aburriendo; te das cuenta de que te has gastado el dinero para nada; y vuelves a la casilla de salida, más deprimido aún que al principio —relataba Bradley mientras continuaba gesticulando con su mano derecha—. Te diré, de forma muy resumida, cómo funciona esta mierda para que te enteres: naces, comes, cagas, follas y te mueres. Así de sencillo. Pronto, tú y las personas que conoces, estaréis criando malvas. Cuanto antes asumas eso más feliz serás —concluyó, volviendo a asir con su huesuda y alargada mano derecha el volante.

—Vaya. Visto así... —asintió pensativo Santoro—. Aunque es un punto de vista muy... gris, ¿no? —añadió, mientras giraba la cabeza hacia la oscuridad del desierto de Nuevo México que el cristal de su ventanilla le mostraba.

—Sí, pero es la realidad —sentenció Bradley.

—Bueno..., supongo que se me pasará.

—Se te pasará. Te lo digo por experiencia —dijo Bradley compasivo, sabedor de que sus palabras habían hecho mella en el positivo espíritu de su joven compañero.

Pasaron aproximadamente quince minutos de aquella conversación, y casi diez kilómetros desde que dejaran atrás la localidad de Grants. El interior del Toyota Prius blanco de alquiler permanecía en silencio, mientras que Michael Santoro, entre pensativo y adormilado, cabeceaba contra el cristal de su ventanilla. Por su parte, Bradley escudriñaba el oscuro horizonte de negro asfalto que el haz de luz blanco de los faros del híbrido que conducía abría ante sus ojos. A lo lejos, de pronto, divisó las primeras luces del Sky City Travel Center Express, en cuyo estacionamiento destellaba el cromado brillo de los camiones que, como si de mastodónticos animales mitológicos se tratara, allí dormitaban a la espera de reanudar la marcha hacia sus anónimos destinos.

—¿Habrá parado ahí? —preguntó Bradley, con la mirada puesta en los titilantes destellos procedentes del área de servicio cercana.

—¿Eh? —reaccionó el adormecido Santoro, entreabriendo sus párpados.

—El Ballena, digo; ¿habrá parado ahí? —repitió Bradley, apuntando con la mirada hacia el cercano Sky City Travel Center Express.

Santoro se desperezó y, tras atusarse su corto y ensortijado cabello negro, respondió:

—A ver...

Se inclinó hacia la guantera del Prius, y cuando la abrió, su cálida y amarillenta luz interior iluminó el iPhone X gris espacial de 64 GB de Santoro, el cual, tras cogerlo, se desbloqueó inmediatamente al identificar la aguileña nariz que perfilaba el moreno y redondeado rostro del italoamericano. Con su pulgar derecho deslizándose sobre la pantalla OLED de 5,8 pulgadas del dispositivo, rebuscó entre las decenas de coloridas aplicaciones instaladas, hasta que su búsqueda se topó con un icono azul oscuro, en cuyo centro se podía leer, con letras blancas, «GPS». El pulgar de Santoro se posó sobre aquella aplicación y, tras abrirse, un mapa de tonalidad amarilla pálida le mostró la zona por la que, en esos momentos, su compañero y él se desplazaban a bordo del Prius blanco de alquiler, el cual aparecía señalizado sobre aquel luminoso mapa mediante un

globo verde que lentamente se desplazaba sobre una irregular línea gris que representaba la interestatal 40.

—¿Y? —preguntó un expectante Bradley, mientras, entre las sombras de la noche, buscaba la salida hacia el Sky City Travel Center Express.

—No puede ser —respondió Santoro, sin dejar de mirar la luminosa pantalla de su iPhone.

—El qué —requirió con inquietud Bradley.

—Que no aparece —respondió Santoro mientras su pulgar se deslizaba de forma nerviosa por el mapa que le mostraba la pantalla del móvil—. Se ha esfumado.

—¡No me jodas! —exclamó Bradley, al tiempo que giraba el volante del Prius hacia la derecha para abandonar la interestatal—. ¿Has probado a cerrar la aplicación y volver a abrirla? —preguntó mientras volvía su cabeza levemente para posar su mirada sobre el iPhone en el que Santoro trasteaba con inquietud.

—Sí...; pero nada. El coche de Horton no aparece.

—¿Hay cobertura?

—Sí.

—¿Entonces? —preguntó Bradley mientras dirigía el Prius hacia el estacionamiento repleto de camiones del Sky City Travel Center Express.

—Pues que no sale —respondió desesperado Santoro, sin levantar la mirada de la resplandeciente pantalla de su iPhone X.

Bradley comenzó a contagiarse del nerviosismo de su compañero, por lo que, cuando hubo estacionado frente a la entrada al restaurante del área de servicio, detuvo el motor y, tras quitarle de las manos el teléfono a Santoro, dijo:

—Déjame a mí.

Tras varios minutos de trasiego, entre desesperado y nervioso, con la aplicación de geolocalización, Bradley le volvió a pasar el teléfono a su compañero diciendo:

—Se ha esfumado.



—Te lo dije —aseveró Santoro mientras recogía el móvil.

—¿No habrá encontrado el dispositivo que le pusimos y lo habrá quitado? —preguntó esperanzado Bradley, revolviéndose en su asiento para mirar a su compañero.

—Imposible —sentenció Santoro—. Horton está tan gordo que no podría ni doblar sus rodillas para mirar debajo de su coche. Además, tendría que haberse metido en los bajos para retirar el geolocalizador que le puse, lo que me costó horrores... Imagínate él con su barriga —concluyó, mientras una sonrisa burlona se dibujaba en sus labios.

—Se puede haber caído, ¿no?

—Lo puse yo y, desde luego, te garantizo que ese trasto se pega a la carrocería como una sanguijuela. Imposible —dijo con absoluta seguridad Santoro, al tiempo que guardaba el iPhone X gris espacial en el bolsillo delantero izquierdo de sus vaqueros—. Además, desde que salió de Gallup, Horton no ha parado en ningún momento; al pasar por Grants, le eché un ojo a la aplicación y sí que aparecía su coche en movimiento por la interestatal. Desde Grants hasta aquí no hay ninguna salida, así que es imposible que haya parado para quitar el geolocalizador.

—¿La batería? —preguntó un nuevamente esperanzado Bradley.

—Imposible también: dura más de cinco días, y se lo coloqué en el coche esta misma mañana.

—¿Entonces?

—Pues yo qué sé —respondió Santoro encogiéndose de hombros.

—Estamos arreglados —dijo en tono de reproche Bradley, al tiempo que abría la puerta del Prius para salir del coche.

—Vamos a echar un vistazo por aquí, a ver si está el Explorer de Horton —dijo Santoro mientras descendía también del Prius.

—Vamos —respondió con desgana Bradley tras cerrar con la llave electrónica las puertas del Prius blanco, cuyos intermitentes respondieron con un breve destello anaranjado en mitad de la noche.

Serían ya las once y media cuando los dos agentes especiales del FBI terminaron de rastrear el inmenso estacionamiento del Sky City Travel Center Express, repleto de coches y camiones que, en un interminable ir y venir, dificultaban las pesquisas de, unos cada vez más desanimados, Bradley y Santoro.

—Nada. Ni rastro —dijo Santoro cuando se volvió a reunir con su compañero junto al Prius blanco.

—Jodido gordo —masculló entre dientes Bradley.

—Lo hemos perdido —dijo con enojo Santoro.

—Vamos adentro y preguntamos. De paso nos calentamos —ordenó Bradley mientras gesticulaba para entrar en calor. En su afán por pasar desapercibidos, su compañero y él se vistieron de la forma más casual que pudieron: camisetas de manga corta, vaqueros y zapatillas de deporte. Casuales, sí; pero una indumentaria a todas luces insuficiente para cuando el mercurio en la noche del desierto de Nuevo México comenzaba a bajar vertiginosamente, por mucho que estuvieran en pleno mes de julio.

Y, ciertamente, en cuanto Bradley y Santoro entraron en el restaurante del Sky City Travel Center Express, decenas de ojos se posaron en aquellos dos tipos que, a kilómetros de distancia, se notaba que no eran de por allí. Así, avanzando entre las abarrotadas mesas del local, los dos agentes podían notar cómo se clavaban en ellos las curiosas miradas de una multitud de camioneros que, abrigados hasta las orejas mientras apuraban sus tardías cenas antes de reemprender la marcha a través de la interestatal 40, seguro se estarían preguntando de qué parte de Florida serían aquellos dos «figurines» —no irían nada desencaminados: Bradley era de Tampa, mientras que Santoro de Sarasota; apenas llevaban destinados en Nuevo México unos meses y eso se notaba a la legua—.

—Esto está lleno —dijo Santoro mientras su compañero y él tomaban asiento en dos taburetes libres al fondo de la sobrepoblada barra del restaurante.

—Vaya que sí —le respondió Bradley, al tiempo que echaba un vistazo panorámico al conjunto del local.

—¿Qué va a ser..., *guapos*? —preguntó tras la barra, no sin ironía, una más que frondosa camarera que, embutida en un descolorido uniforme tirando a rosa, se disponía a tomarles nota, pequeño bloc y bolígrafo en ristre.

—Café para mí..., *Stephanie* —respondió Santoro en el mismo tono irónico, tras comprobar

el nombre impreso en la chapa azul claro que, prendida del generoso pecho de la expectante camarera, amenazaba con salir disparada de un momento a otro por la evidente presión que soportaba.

—Lo mismo para mí —respondió también Bradley, quien continuaba oteando el local, sin apenas prestar atención a la camarera que les atendía, con la vana esperanza de divisar a Larry *Ballena* Horton entre aquel murmullo de gente que llenaba las mesas del amplio restaurante del área de servicio.

—¿Ya? —preguntó con desagrado Stephanie, al tiempo que sostenía entre sus gruesas manos el bolígrafo y el bloc de notas como si de dos inútiles objetos se tratara.

—Sí —respondió Santoro.

—Vale —sentenció Stephanie mirando al par de agentes de arriba abajo, mientras sus gruesos labios dibujaban un gesto de indisimulado desprecio que exageraba el volumen de sus perfectamente redondeados mofletes.

—Un *bomboncito*, ¿eh? —susurró irónico Santoro a su compañero mientras la camarera se alejaba bamboleando sus amplias caderas en busca del café.

—¿Eh? —preguntó Bradley, todavía absorto en sus pesquisas.

—¿Has visto algo? —cambió de tema Santoro.

—No —respondió Bradley, mientras apoyaba sus brazos sobre la metálica y fría barra del restaurante.

—Aquí tienen. *Invita la casa* —dijo en tono burlón Stephanie, quien había vuelto con la jarra de café caliente en una mano y dos tazas en la otra, sobre las que comenzó a verter el negro y humeante líquido frente a las atentas miradas de Bradley y Santoro.

Cuando hubo terminado de servirles, y sin regalar sonrisa alguna, se dispuso a dirigirse hacia otro punto de la barra para atender a un par de camioneros que en ese mismo instante apoyaban sus posaderas en sendos taburetes, momento en el que Santoro interrumpió la marcha de la camarera para preguntarle:

—Por cierto...

Ante tal requerimiento, Stephanie detuvo sus pasos y, volviendo su casi inexistente cuello, con una mirada no exenta de desprecio, preguntó:

—¿Sí?

—¿No habrá visto a un tipo...? —Santoro dudó una fracción de segundo—, digamos..., ¿bastante... gordo? —En ese preciso instante supo en su fuero más interno que no tenía que haber utilizado aquel último adjetivo.

—Muy gra-cio-so —respondió Stephanie con una mirada de odio encendido hacia Santoro, tras lo cual, dio media vuelta y continuó su camino sin pronunciar más palabra.

—Buena la has liado —le dijo Bradley a su compañero, dibujando una sonrisa cómplice en sus finos labios.

—Sí, no he estado muy... *diplomático* que digamos —respondió Santoro, también sonriendo.

David Charles Bradley y Michael Santoro permanecieron media hora más dándole vueltas a aquellos primeros y únicos aguados cafés que Stephanie les sirviera sin demasiado entusiasmo. Durante aquellos treinta minutos, se debatieron entre qué hacer a continuación y las explicaciones que le darían al director Van Keulen, a quien ya podían visualizar, con sus casi dos metros de altura —a juego con su medio metro de ancho de espaldas—, gritándoles desde el otro lado de la mesa de su despacho en las oficinas del FBI de Santa Fe, con la vena del cuello a punto de estallar y su cara roja como un cangrejo de río. Le habían perdido la pista a Larry *Ballena* Horton y, probablemente, echado a perder una investigación de meses centrada en los autodenominados «Patriotas Unidos»; un grupo de supremacistas que llevaba varios años haciendo bastante ruido en la frontera con México mediante una serie de acciones —algunas de ellas violentas— como milicia civil armada contra los inmigrantes indocumentados que cruzaban hacia los Estados Unidos Su misión era relativamente sencilla: seguir a Horton hasta el punto de la frontera en el que se reuniría con el resto de miembros de la organización y, una vez allí, dar el aviso para que decenas de agentes del FBI se abalanzaran sobre ellos en una operación que abriría todos los informativos al día siguiente; sabían a ciencia cierta que aquello sería el fin de los Patriotas Unidos cuando los «pescaran» con lo más variado en armas ilegales. Sin embargo, los dos agentes fiaron todo el seguimiento a un cachivache de apenas cincuenta dólares que, en un alarde de improvisación, Santoro compró por Amazon y que colocaron en los bajos del Ford Explorer gris metalizado de Horton, contraviniendo con ello todos los protocolos establecidos por el FBI en cuanto a la utilización de dispositivos no homologados. Sí, David Charles Bradley y Michael Santoro la habían cagado a base de bien.

Apuraron el café, abandonaron el restaurante del Sky City Travel Center Express a eso de las

doce y media pasadas, acompañados de reojo por la rencorosa mirada de una más que ofendida Stephanie, y tras adentrarse de nuevo en la oscuridad de la interestatal 40, entre más silencios que palabras, convinieron en dirigirse a Grants, alojarse en el primer motel que encontraran y, a la mañana siguiente, comenzar a redactar el informe que presentarían a Van Keulen. En realidad, sabían que poco importaba lo que escribieran en aquel informe: Van Keulen se los comería vivos. Tan solo un milagro podría salvar el pellejo de aquel par de infelices.

## IV. DEBRA TORRES

«Federales», pensó Debra Torres. «Y, además, no son de por aquí», volvió a rumiar mientras dirigía una fugaz mirada hacia aquellos dos tipos que estaban sentados frente a la barra del restaurante del Sky City Travel Center Express. «De Florida, por lo menos», zanjó sus pensamientos con respecto a aquellos dos que, vestidos como quinceañeros, parecían mantener una *amistosa* charla con la voluminosa camarera del restaurante.

Aquel jueves de mediados de julio estaba tocando a su fin, cuando Debra Torres abandonaba el restaurante del área de servicio de la interestatal 40 en dirección a su Mercedes Clase A rojo de 2009. Aunque esta joven congresista demócrata por el estado de Nuevo México podía permitirse muchísimo más que aquel sencillo compacto, sus humildes orígenes le enseñaron a vivir con modestia y a apreciar el valor de las cosas obtenidas con esfuerzo. «Debby..., las cosas que compras no son solo objetos, sino el premio a tu trabajo y al de tus padres, que te dieron la posibilidad de conseguir todo lo que tienes...; cuídalas», aprendió de su abuelo Francisco, quien, con una mano delante y otra detrás, llegó a los Estados Unidos hacia los años treinta buscando sustento y futuro para una pequeña familia de tres que, dos generaciones después, pasó a ser de veinte. Sí, a sus treinta y cinco años, Debra Torres era inteligente, responsable y el orgullo de su familia, así como de la comunidad hispana de Nuevo México, incluida la de su Grants natal.

«Tardísimo», pensó mientras miraba de reojo el luminoso reloj digital que, bajo el fosforescente cartel del Sky City Travel Center Express, anunciaba que la medianoche estaba a un minuto de caer. A la mañana siguiente tenía que estar puntual a las diez en el Instituto de Secundaria de Grants, donde había sido invitada para asistir a la ceremonia de graduación de aquel año y pronunciar un emotivo discurso ante toda la promoción de 2018. Obviamente, no era la primera vez que Debra Torres pronunciaba un discurso; sin embargo, el hecho de hacerlo en el mismo instituto en el que se graduara como primera de su promoción, allá por el 2001, y del que era toda una referencia para su profesorado y alumnos, suponía para esta nieta de inmigrantes mexicanos todo un honor. Y es que Debra Torres era en la pequeña localidad de Grants toda una institución, además de un símbolo de esfuerzo y superación; hasta el punto de que la ceremonia de graduación de aquel año se retrasó casi dos meses para que ella pudiera actuar como madrina.

—Vamos, Debby —se dijo en voz alta mientras aceleraba el paso hacia su compacto alemán, estacionado a unos cien metros del restaurante, entre los relucientes cromados de decenas de camiones que, bajo la luz de la luna nueva de mediados de julio, allí descansaban antes de reanudar la marcha hacia algún anónimo lugar. Aunque llevaba zapato plano, a juego con un

pantalón de pinzas negro entallado y una vaporosa camisa de lino blanco, la gruesa grava del estacionamiento impedía que fuera más deprisa, lo que constituía una de esas pequeñas situaciones que podían llegar a desesperar a una más que exigente consigo misma Debra Torres.

Cuando llegó a la altura del Mercedes rojo, las anaranjadas luces intermitentes del compacto parpadearon con el accionar del mando a distancia de su llave codificada. Rápidamente, subió al coche, arrancó y, en apenas unos minutos, ya estaba tomando la incorporación a la interestatal 40, sentido Grants; en una media hora, más o menos, estaría en casa de sus padres y, en otra media, esperando a Morfeo en la pequeña habitación de adolescente que, diecisiete años atrás, abandonara para ir a estudiar derecho en la Universidad de Columbia gracias a una beca de mérito. Sin embargo, esta jovencísima y prometedora congresista pronto descubriría que, aquella noche, una serie de extraños acontecimientos le iban a deparar un destino bien distinto al que su rutina mental planeaba mientras conducía.

Diez minutos después de abandonar el Sky City Travel Center Express, Debra Torres empezó a mostrar signos de cansancio; llevaba dos horas conduciendo ininterrumpidamente desde Santa Fe y, aunque la reciente parada le sirvió para despejarse un poco —café con doble de sacarina y medio bocadillo vegetal—, la vuelta a la carretera le devolvió nuevamente aquella sensación de entumecimiento en los brazos que le obligara a detenerse en el área de servicio hacía unos instantes. Había hecho cientos de veces ese trayecto, pero, aquel día repleto de reuniones, salió demasiado tarde de su oficina de Santa Fe, y el cansancio acumulado comenzaba a pasarle factura; aquello, más el vuelo del día anterior desde Washington, hicieron el resto.

## **OASIS DINER**

**Desayunos - Comidas - Cenas**

**Habitaciones disponibles**

**Próxima salida**

Aquel cartel indicador apenas llamó su atención, a no ser por la novedad que suponía en ese trayecto: tan solo tres meses atrás, aquella señalización no existía o, al menos, no cayó en la

cuenta de su presencia la última vez que pasó por aquel lugar de camino a su natal Grants.

«¿Quién lo habrá montado?», se preguntó en silencio mientras las manecillas del reloj del salpicadero marcaban veinte minutos pasada la medianoche. «No creo que dure», pensó, con un gesto de pesadumbre del que ni tan siquiera fue consciente. Ciertamente, el tener a tan pocos minutos el Sky City Travel Center Express hacía que el futuro de aquel «Oasis Diner» fuera poco halagüeño.

—Mi reino por una cama —musitó mientras esbozaba una sonrisa de satisfacción al pensar que, en pocos minutos, estaría llegando a casa de sus padres, donde su mullida cama de adolescencia esperaba. Le reconfortaba la idea de no ser aquella noche uno de esos viajeros sin un cálido destino al final del trayecto; uno de esos viajeros de larga distancia obligado a dormir en un impersonal camastro en el que habitan los antiguos y vaporosos recuerdos de otros cientos que, como él, confiaron su sueño a perfectos desconocidos a cambio de unos fríos números troquelados en el plástico de una impersonal tarjeta de crédito. Sí, aquella idea reconfortaba a Debra Torres porque, a pesar de su juventud, en no pocas ocasiones ella también había sido una viajera sin ese cálido destino que, aquella noche, sin embargo sí la esperaba a escasos kilómetros.

## **OASIS DINER**

### **Desayunos - Comidas - Cenas**

### **Habitaciones disponibles**

### **Próxima salida**

El Mercedes Clase A superó como una exhalación aquel cartel indicador al que Debra apenas prestó atención, más que para confirmar que, con la velocidad a la que conducía, en tan solo diez minutos ya divisaría las primeras luces de Grants.

—¡Ay, Dios! —exclamó al recordar en aquel preciso instante que todavía no había llamado a su esposo para darle puntual cuenta del desarrollo de su viaje y de que, por supuesto, todo había ido bien—. Pobre Bob; me olvidé por completo —añadió con gesto de preocupación mientras su pulgar derecho buscaba en el volante el botón para activar el manos libres del coche. Sin embargo, cuando lo encontró, la pequeña pantalla central del salpicadero le devolvió el mensaje: «No hay ningún dispositivo enlazado». Debra Torres siempre tenía por costumbre activar el Bluetooth de su Samsung Galaxy S8+ antes de subirse al coche, aunque, por la premura, en aquella ocasión lo olvidó totalmente—. ¿Dónde tendrás la cabeza? —se reprochó ante aquel



imperdonable fallo en su siempre rigurosa lista de comprobación mental.

Debra alargó su brazo derecho buscando el bolso de Dior negro que le regalara, hacía apenas un mes, Robert Louis Sheridan por su primer aniversario de boda. Cuando hubo palpado el bolso que descansaba sobre el cuero blanco hueso del asiento del acompañante, sus dedos se colaron por la abertura superior intentando localizar el teléfono móvil que, seguro, descansaría en el fondo de aquella cornucopia de piel, sepultado bajo decenas de objetos que la mano de Debra iba removiendo como si de una batidora se tratara. Tras varios segundos sin noticias de su móvil — pero sí de su billetera de piel, del cepillo para peinar su larga y negra melena azabache, de la crema hidratante para manos Eucerin, del paquete de toallitas húmedas Kleenex, así como de una interminable lista de pequeños objetos que nunca podían faltar en su bolso—, Debra se dio por vencida y, como si de una cobra que saliera de su cesto de mimbre atraída por las dulces notas del *pungi* que tocara un encantador de serpientes, sacó suavemente la mano por la boca del bolso para volver a posarla sobre el volante diciendo, no sin un nuevo gesto de puntilloso reproche hacia sí misma:

—Da igual...; le llamaré en cuanto llegue a Grants.

## **OASIS DINER**

**Desayunos - Comidas - Cenas**

**Habitaciones disponibles**

**Salida**

Aquella última indicación no captó en lo más mínimo la atención de Debra, quien, todavía ensimismada en la idea de que tenía que llamar a Robert para avisarle de que había llegado bien, la miró de reojo sin interés alguno mientras la punta de su pie derecho continuó ejerciendo exactamente la misma presión sobre el pedal del acelerador que segundos antes.

El Mercedes Clase A rojo rebasó sin inmutarse la salida que metros antes indicara la señalización en el arcén de la interestatal 40, mientras los faros de xenón con luz de giro devoraban las discontinuas líneas blancas que, pintadas sobre el negro pavimento, separaban los dos carriles que conducían a Grants.

—No puede ser —dijo con extrañeza Debra, mientras fijaba su mirada en lo que parecía ser

una silueta que se dibujaba en mitad de la noche junto al arcén de la interestatal—. Parece... ¡una niña! —exclamó sorprendida, al tiempo que el corazón le daba un vuelco de desesperación.

Cuando el coche pasó a la altura de aquella figura que la luz de la luna nueva de mediados de julio recortaba en la fría noche del desierto, Debra giró la cabeza hacia la derecha para confirmar que, efectivamente, sus cansados ojos no la engañaban: una niña deambulaba perdida, en dirección a ninguna parte, por el arcén de la interestatal.

Sin pensarlo dos veces, frenó en seco e, inmediatamente, notó en su pie derecho el inquietante traqueteo del ABS clavando el pequeño Mercedes sobre el asfalto. Debra apenas pudo oír el estridente chirrido de los neumáticos quemándose sobre el pavimento: la súbita presión del cinturón de seguridad sobre su pecho, reteniendo los apenas sesenta kilos de su menudo pero estilizado cuerpo, puso su cerebro en modo «Debby, tenemos problemas». De repente, la idea de no haber mirado por el espejo retrovisor interior antes de frenar aceleró su corazón; esperaba que, de un momento a otro, el inminente impacto trasero de un sorprendido camionero destrozara su pequeño compacto con ella dentro; la corta vida de la congresista Debra Torres terminaría entre un amasijo de acero y cables de fabricación alemana sobre el frío asfalto de la interestatal 40, a tan solo unos escasos kilómetros de la casa que la vio crecer.

El Mercedes se detuvo completamente, y Debra comenzó a notar el acre olor a caucho quemado que desprendían los sobrecalentados neumáticos. Inmediatamente reaccionó y miró por el retrovisor, temiéndose la peor de las perspectivas posibles; sin embargo..., nada. La oscuridad más absoluta se reflejaba en el espejo interior: nada ni nadie transitaba por aquel tramo de la interestatal 40 a esas horas de la madrugada, salvo la desangelada figura de aquella niña que provocó su instintiva reacción segundos antes. Sí, en la distancia se recortaba, bajo la fría y lúgubre luz de la luna, una silueta que, no levantando más de metro treinta, parecía portar como único indumento un fino camión blanco que resplandecía en mitad de la noche como una tétrica luminaria.

—¡Oh, Dios mío! —reaccionó Debra, ante la certeza de que aquella niña estaba en serio peligro; para, acto seguido, asegurar el coche dirigiéndolo hacia el arcén.

Encender las luces de emergencia, quitarse el cinturón de seguridad y salir del pequeño Mercedes Clase A fue uno. Debra corrió sobre el frío asfalto de la interestatal, iluminando sus nerviosas zancadas los anaranjados destellos de los intermitentes y las cálidas luces rojas de posición traseras de su compacto. Mientras, el blanquecino perfil que motivara su instintiva reacción permanecía impávido a escasos metros de ella, con la mirada perdida hacia ninguna parte, entre las sombras de la amenazadora noche.

—¿Qué haces aquí, cariño? —preguntó Debra cuando llegó a su altura.

Unos inexpresivos ojos azul claro respondieron a la joven congresista, enmarcados en una

corta y rizada melena rubia, casi pajiza, a juego con una mortecina tez que, probablemente por el efecto de los diecisiete grados del desierto, parecía comenzar a adquirir una leve tonalidad violácea. Apenas aparentaba tener ocho años, pero Debra percibió inmediatamente que carecía de la jovialidad propia de esa edad. Quizá fuera por el frío, quizá por la desorientación o, quizá, el miedo; lo cierto era que aquella desconcertante niña parecía estar completamente en *shock*.

—Ven conmigo, cielo —le dijo Debra con voz melosa, mientras la rodeaba con sus brazos para proporcionarle algo de calor—. Estás helada —añadió cuando sus manos entraron en contacto con la nívea piel de aquella niña de mirada inmutable, escasamente abrigada por el blanco y fino algodón de un camisón moteado de pequeños ositos de color rosáceo—. Vamos al coche, amor.

Debra comenzó a caminar mientras, protegiéndola del frío con su cuerpo, hacía también avanzar a la niña en dirección a las cálidas luces del Mercedes. Hasta ese momento no se dio cuenta, pero, cuando miró al suelo para guiar los pasos de aquella criatura, se percató de que sus piececitos, casi cetrinos, estaban completamente desnudos. «¡Oh, Dios!», pensó Debra, dibujando un gesto de desazón en su rostro.

—Vamos, amor; en el coche te calentarás —continuó en tono dulce Debra, al tiempo que se esforzaba por que la niña acelerara el paso cuando notó que esta comenzaba a tiritar—. Ya estamos, cielo —dijo cuando llegaron a la altura del coche.

Debra abrió la puerta trasera derecha del Mercedes y, lo más delicadamente que pudo, acomodó a la niña en el asiento derecho para poder tenerla en el campo de visión del espejo retrovisor interior. Le ajustó el cinturón y, tras atusarle sus pajizos cabellos, cerró la puerta, rodeó el coche y, como una exhalación, se acomodó en el asiento del conductor. Puso la calefacción al máximo y, tras volver su cabeza para dirigir una preocupada mirada a la niña antes de iniciar la marcha, pensó: «¿A dónde te llevo yo ahora?».

—Allí —dijo de repente la niña, con insustancial voz, al tiempo que con su índice derecho apuntaba hacia adelante.

Debra dio un salto en su asiento, sorprendida por aquella inesperada y no solicitada respuesta a su pensamiento más inmediato. «Casualidad», se tranquilizó a sí misma, al tiempo que volteaba la cabeza en dirección hacia el lugar que señalaba el blanquecino dedo de la niña.

## OASIS DINER

**Desayunos - Comidas - Cenas**

## **Habitaciones disponibles**

### **Salida**

Si minutos antes no se hubiese abstraído en la obligada, pero incumplida, llamada a Bob, Debra habría caído en la cuenta de que aquella señalización no debería estar allí en realidad, ya que, tan solo unos cientos de metros atrás, su pequeño Mercedes rojo ya la había rebasado. Es más: Debra Torres debería haberse dado perfecta cuenta de que era imposible que aquella señal estuviera en aquel lugar, porque, sencillamente, hacía apenas unos segundos no existía.

—¿Vives ahí? —preguntó a la niña mientras dirigía su mirada hacia la imposible salida de la interestatal que anunciaba aquella señalización.

—Sí —respondió con un hilo de voz.

—Pues vamos allá —sentenció Debra echando un fugaz vistazo a través del espejo retrovisor interior, acompañado de una compasiva sonrisa, a lo que su menuda pasajera respondió con una inexpresiva mirada, no muy distinta de la que habría devuelto una inanimada muñeca de porcelana.

El pequeño compacto inició la marcha en dirección hacia aquella salida, abandonando la interestatal 40 mientras sus cálidas luces traseras se difuminaban entre las sombras de la fría noche. Como únicos testigos de lo allí acontecido, el negro asfalto y la pálida luz de la luna nueva de julio enmudecieron el último recuerdo de Debra Torres...; al menos..., en el mundo de los vivos.

«No se ve nada», pensó Debra mientras los faros del pequeño Mercedes se abrían paso en la oscuridad.

**OASIS DINER**

**A 5 Km.**

«¡Dios mío! ¡Cinco kilómetros ha caminado esta criatura!», se sorprendió para sus adentros, al tiempo que comenzó a notar cómo el coche vibraba al adentrarse en lo que parecía un camino de tierra, por lo que, para evitar dañar la suspensión, levantó el pie del acelerador unos milímetros.

—¿Vas bien, cariño? —preguntó a la pequeña mientras procuraba conducir lo más despacio posible para no inquietarla, con un camino por delante que prometía más de una dificultad.

—Ajá —asintió desde el asiento de atrás, en un tono apenas perceptible.

Debra miró por el rabillo del ojo a través del retrovisor interior para corroborar la respuesta de aquella niña que, con la misma inexpresiva mirada del principio, también la observaba a través del espejo. «Lo que debe haber pasado», pensó, correspondiendo a la fría mirada de la cría con una sonrisa forzada, no exenta de preocupación. Sí, Debra Torres podía imaginar perfectamente por lo que estaría pasando aquella criatura...; sí..., perfectamente.

«Campamento de verano Cheerios», le vino a la cabeza en ese preciso instante. Era lo que más nítidamente recordaba de aquel mes de julio de 1990, cuando, sentada frente al televisor, repetía la canción de la publicidad que, una y otra vez, pasaban en horario infantil de forma compulsiva. Era rápida y pegadiza, con un montón de críos sonrientes que se lo pasaban bomba en un campamento de verano que no parecía tener fin; una electrizante sucesión de imágenes, en las que, de forma muy poco subliminal, la caja amarilla de cereales Cheerios atrapaba y absorbía toda la atención de la cría de siete años que, por aquel entonces, era Debby. Quizá otra persona hubiera esbozado una melancólica sonrisa al recordar aquel recuerdo de la infancia; sin embargo, tal no era el caso de Debra Torres. Aquel mes de julio de 1990 ocurrió algo que siempre intentó enterrar en lo más profundo de su memoria; durante años lo consiguió, pero, aquella noche, veintiocho años después, una niña perdida se cruzó en su camino, en mitad de otra noche de julio, para desenterrar de entre sus recuerdos... *aquello*.

## OASIS DINER

### A 2 Km.

—Ya queda menos, amor —dijo Debra, olvidando momentáneamente el fugaz viaje a la memoria de su infancia—. ¿Cómo te llamas, preciosa? —preguntó a su pasajera, en un tono igual

de cálido que la temperatura alcanzada en el interior del habitáculo del coche minutos después de haber prendido la calefacción.

Sin embargo, la niña de pajiza cabellera no emitió respuesta alguna. Debra volvió a mirar de reojo hacia el retrovisor interior, el cual reflejó de nuevo aquellos inanimados ojos claros que, desde el asiento trasero, continuaban clavados en los de ella a través del espejo. «Pobrecilla», pensó, al tiempo que volvía a dirigir su mirada hacia el oscuro camino terrero que los faros del pequeño Mercedes iluminaban. «Sonámbula», era la única explicación que se le pasaba por la cabeza a Debra para aquello. En el fondo, no era algo descabellado para quien, a sus siete años, experimentó idéntico episodio que el de aquella anónima niña que, desde el asiento de atrás, no dejaba de observarla con mirada ausente.

A la pequeña Debby la encontraron desorientada en mitad de la madrugada de aquel sábado de mediados de julio de 1990. Tan solo llevaba puesto un minúsculo pijama rosa de dos piezas, en cuya parte superior un sonriente Winnie the Pooh contrastaba de forma obscena con los llorosos y aterrorizados ojos negros de aquella niña que, descalza, en mitad de la noche cerrada del desierto de Nuevo México, había caminado casi cuatro kilómetros desde su casa hacia ninguna parte. Debra Torres apenas recordaba nada de lo ocurrido, más allá de lo que le contaron unos padres que, desesperados por el temor a perder su única hija, la colmaron con una montaña de regalos días después de haberla encontrado tras horas perdida en la oscuridad de los alrededores de Grants. Sí, apenas recordaba nada de aquella noche, salvo los detalles inconexos que hilvanó en su pueril memoria y que, con los años, fue enterrando el olvido del tiempo. Sin embargo, algo ocurrió aquella madrugada; *algo* que Debra jamás fue capaz de recordar, pero que, en lo más profundo de su subconsciente, dormitaba como una feroz amenaza, y que, sin saber cómo, no obstante podía sentir, como si de un silencioso, pero constante, palpito se tratara.

Debra Torres calculó que aquellos dos kilómetros anunciados minutos antes ya deberían estar más que rebasados. Una nerviosa inquietud comenzó a recorrer su morena piel, al tiempo que sus oscuros ojos se esforzaban por divisar alguna luz próxima que le indicara la cercanía de aquel «Oasis Diner».

—¿Crees que falta mucho? —preguntó a su pequeña pasajera, sin despegar un solo instante la mirada del pedregoso camino por el que el Mercedes rojo avanzaba lentamente en mitad de la noche—. ¿Pequeña? —insistió, ante la falta de respuesta.

—Ji, ji, ji —rio de forma casi imperceptible la niña desde el asiento trasero.

—¡Muy bien! ¡Sabemos reír! —respondió Debra con una amplia sonrisa, casi eufórica, al ver

que su imprevista pasajera comenzaba a reaccionar.

Sin embargo, apenas unos segundos después, un velo de preocupación ensombrecía el rostro de Debra al comprobar que la oscuridad de la noche era lo único que se abría ante el haz de luz que proyectaba el compacto en su lento avanzar en mitad del desierto.

—Creo que nos hemos perdido, pequeña —aseveró, oteando entre las sombras nocturnas—. Habrá que llamar a la caballería —añadió, al tiempo que las luces de freno inundaron de súbito rojo la oscuridad que las rodeaba—. Voy a llamar al 911 —afirmó con decisión.

Se inclinó hacia el asiento del acompañante y alargó los brazos para coger el bolso de Dior negro con el que Robert Louis Sheridan la sorprendiera un mes atrás, cuando lo plantó ante sus ojos sobre la encopetada mesa de Le Diplomate de Washington en el que celebraban su primer aniversario —«un gasto excesivo..., además de poco romántico», pensó, aunque jamás se lo diría a un Bob que, con la mirada propia de un niño travieso, hubiese jurado que aquel regalo volvería loca a cualquier mujer—. Ahora sí, rebuscando con las dos manos, en apenas dos o tres segundos, Debra palpó su Samsung Galaxy S8+; lo asió, igual que un oso hubiera hecho con un salmón corriente arriba, y tras activar el luminoso teclado, se dispuso a pulsar los tres números que las rescatarían, a ella y a su pequeña pasajera, de la fría noche del desierto de Nuevo México.

## OASIS DINER

—¿Será posible? —dijo una estupefacta Debra Torres cuando, de reojo, adivinó los neones que, con toda seguridad, hacía unos instantes no estaban ahí—. ¿Es allí, cariño? —preguntó mientras levantaba la mirada para confirmar que lo que estaba viendo era cierto.

—Ajá —respondió con una dulce, aunque monótona voz, la niña desde el asiento de atrás.

—Increíble —dijo Debra, al tiempo que volvía a dejar en el interior de su Dior negro de aniversario el ya innecesario teléfono móvil. Aunque, si se hubiese fijado bien mientras se dispuso a marcar el 911 segundos antes, se habría percatado de que su celular no solo era ya innecesario, sino que, además, la parte superior izquierda de la pantalla le advertía de que era un objeto inútil en aquellas circunstancias: «Sin servicio».

Todavía confusa, reanudó la marcha en dirección a aquellos neones rojos sobre fondo amarillo que rompían la oscuridad de la noche, compensados, no obstante aquella estridencia, por el verde de dos palmeras fluorescentes que jalonaban el nombre de aquel lugar.

«Da pena», pensó mientras accedía al amplio estacionamiento que se abría ante ella, en el que descansaban dos solitarios vehículos: un gigantesco todoterreno gris y, lo que le pareció, un coche abandonado. No pudo evitar que una fugaz sensación de tristeza la inundara al pensar que aquel negocio lo habrían montado los padres de esa pobre niña; un negocio que, evidentemente, estaba condenado al fracaso en un lugar en mitad de ninguna parte.

—Pues..., ya hemos llegado, amiguita —dijo Debra, con un tono que denotaba claramente su satisfacción por estar a punto de devolver aquella niña a su familia. Quizá aún no se habrían percatado de su desaparición, ya que todo parecía calmado en aquel lugar, carente de la frenética actividad que se despliega habitualmente en esos casos; seguramente, la niña salió por alguna puerta trasera entreabierta, como le ocurriera a ella misma veintiocho años atrás; nadie habría advertido todavía la ausencia de la criatura por las ajetreadas tareas propias de un bar de carretera. En todo caso, lo que sí creía Debra Torres es que, aquella noche, le iba a dar la mayor de las alegrías a una familia trabajadora: primero sorpresa, después llantos, abrazos y, por supuesto, agradecimientos—. Vamos allá.

Descendió del pequeño Mercedes y, con suma delicadeza, bajó del coche a la criatura. A pesar de que la temperatura en el interior del habitáculo estaría a casi veinticinco grados, al tomar por los brazos a la niña para ayudarla a bajar pensó: «¡Dios mío! ¡Está helada!». Y, cuando esta puso sus desnudos piecitos sobre la punzante gravilla del estacionamiento, Debra decidió cogerla en brazos para, al menos, llevarla así hasta el liso cemento de la entrada al local.

—Ya estamos, princesa —dijo Debra mientras cargaba en sus brazos a la pequeña, una vez que hubo cerrado las puertas del coche.

Al notar el frío cuerpecito de aquella frágil y pajiza niñita contra su pecho, Debra se estremeció por unos instantes, lo que intentó disimular dirigiendo una dulce sonrisa a la fría e inexpresiva mirada de aquella criatura que apenas parecía sentir más que tristeza y desorientación. «Pobrecilla mía», pensó compasiva, mientras avanzaba sobre la gravilla del estacionamiento, haciéndola crujir bajo sus pies a cada paso que daba. «Suerte que no me puse tacones», cruzó fugazmente por su mente aquella prosaica idea al imaginarse en aquella misma situación sin su zapato plano.

Cuando hubo llegado a la altura de la terraza exterior del local, el contemplar la soledad del juego de mesas blancas y sillas rojas vacías que allí había, a la luz de los sórdidos neones de la fachada en mitad de la noche, inundó súbitamente de tristeza el corazón de Debra, imaginando la desdichada suerte que esperaba a aquel restaurante en apenas unos meses: probablemente tendrían que cerrar; seguramente, los padres de aquella pequeña lo habrían apostado todo a la ventura de aquel ruinoso negocio; y, endeudados hasta las cejas, se verían obligados a empezar de nuevo, quizá en otro estado, para dar algo parecido a un futuro a aquella pequeña que, ahora, desvalida y aterida de frío, Debra protegía de las sombras de la noche entre sus brazos.



Al subir los dos pequeños escalones que daban acceso al porche de entrada al local, pensó que sería buena idea entrar con la niña en brazos: «Menuda escena», imaginó mientras ahogaba una orgullosa sonrisa para sus adentros. «¿Me reconocerán?», volvió a pensar, regocijándose en la idea de que toda una congresista por Nuevo México fuera la que, en persona, devolviera a sus padres una hija desaparecida. «No te pases, Debby», zanjó el tema, no sin cierta inmodestia.

Llegando a la puerta acristalada de la entrada, le llamó la atención que, en ella, hubiera un A4 blanco sin texto alguno sujeto con unas tiras de celofán transparente; aunque, acto seguido, aquel pensamiento se esfumó de su mente por el pequeño equilibrio que tuvo que hacer para empujar la puerta con el frío peso de la niña a cuestas. Sin embargo, aquella maniobra apenas le supuso un leve esfuerzo, franqueando la puerta de entrada con menos dificultades de las que inicialmente esperaba. Y, cuando la puerta del local se volvió a cerrar tras las improvisadas compañeras de viaje, con un leve, pero firme, chasquido, en el ovalado y bien perfilado rostro de Debra Torres se dibujó una pequeña sonrisa de cómplice autosatisfacción.

—¿Hola? —preguntó con extrañeza Debra, manteniendo aún una ilusionada sonrisa en sus labios, a pesar de que allí dentro parecía no haber ni un alma—. Vaya —dijo, esbozando un pequeño gesto de decepción, al tiempo que, con sumo cuidado, descargaba sus brazos, depositando a la frágil niña sobre el ajedrezado linóleo del local, al que una combinación de cuadros rojos, blancos y negros le daba cierta sensación de calidez—. ¿Estás bien? —preguntó, inclinándose hacia la rubia cabecita que, ausente, perdía su mirada hacia el alargado fondo del vacío restaurante.

Debra se volvió a incorporar mientras pasaba su brazo derecho sobre los hombros de la niña en un gesto protector. Dirigió una inquisitiva mirada en derredor y, suspirando, volvió a preguntar:

—¿Hay alguien?

El silencio respondió. Todo en el interior de aquel restaurante permanecía en un inquietante orden. La extraña quietud del local hizo que un fugaz estremecimiento recorriera el menudo cuerpo de Debra. «¿Dónde estará todo el mundo?», pensó al escudriñar sus ojos el conjunto de mesas completamente vacías, aunque no menos que la metálica y desnuda barra, tras la que, en una perfectamente ordenada estantería, se apilaban platos, tazas y vasos de diferentes tamaños.

«Quizá salieron a buscar a la niña», trató de racionalizar mientras acariciaba el pajizo cabello de la pequeña que, a su derecha, permanecía de pie, sin pronunciar palabra ni realizar movimiento alguno. «Voy a ver», dijo para sus adentros, dirigiendo sus pasos hacia lo que se adivinaba como

una cocina al fondo del local, por ver si hubiera alguien en su interior. Inmóvil, y con su inexpresiva mirada de ojos claros, la pequeña permaneció de pie mientras Debra se separaba de ella lentamente.

Cuando Debra hubo avanzado varios metros junto a las vacías mesas del restaurante, una extraña sensación hizo que detuviera la marcha súbitamente. Algo en su interior le decía que las cosas no marchaban bien. De repente, a su memoria volvió aquella noche del verano de 1990, en la que deambuló perdida por el desierto de Nuevo México, al tiempo que un sordo escalofrío recorrió su espinazo. Sin embargo, frente a ella no había nada, más que el vacío y frío orden de aquel impoluto local.

Debra Torres, de pie sobre un cuadro de linóleo negro, sintió la irrefrenable necesidad de voltearse, aunque todo en su interior le gritaba que no lo hiciera. No obstante, haciendo caso omiso a sus instintos más primarios, lentamente comenzó a girar sobre sus pies, mientras sus profundos ojos negros buscaban aquello que la inquietaba: *algo* cuya presencia, sin el menor género de duda, Debra sentía detrás de ella, mirándola fijamente.

—¡Ay..., Dios! —pronunció, en una ahogada y apenas perceptible exclamación, cuando su mirada se reencontró con *aquello* que, veintiocho años atrás, sus infantiles ojos descubrieran en mitad de la madrugada, perdida en la nada del desierto, y que su memoria trató de enterrar durante décadas en lo más profundo del olvido.

—Ji, ji, ji —le respondió... *aquello*.

—Nooo... —musitó en un moribundo sollozo Debra Torres.

Pasaron los minutos... La misma quietud que recibiera a Debra cuando llegó a aquel solitario lugar permaneció inalterada en el exterior. Nada ni nadie quebró el silencio más absoluto en la noche del desierto que, hacía unos instantes, tan solo rasgara levemente la puerta de acceso al Oasis Diner tras cerrarse. No se escuchó ningún grito de sorpresa; nadie emitió ningún llanto de alegría; tampoco se adivinó agradecimiento alguno hacia la congresista Torres... Únicamente, un quejumbroso y sollozante lamento quedó ahogado entre las paredes de aquel misterioso... *restaurante*.

Transcurrieron las horas y la luna nueva de julio se fue difuminando de forma siniestra entre las sombras, las cuales se apoderaron del lugar bajo el silencio de la noche. En el estacionamiento, el pequeño Mercedes rojo de Debra permanecía inmóvil, en un tético descanso que se adivinaba eterno, de la misma forma que lo iba a ser para los otros dos vehículos que, junto

a aquel, permanecían inertes bajo los sórdidos neones del Oasis Diner.

Sí, todo quedó inalterado, igual que el tiempo en la inanimada maqueta del arquitecto que presenta un proyecto de obra. Sí; todo..., excepto ese A4 que fugazmente llamó la atención de la joven congresista cuando, cargando en sus brazos a la pequeña que aquella noche se le apareciera en el arcén de la interestatal 40, empujó la puerta de entrada al local. Aquel A4 ya no lucía blanco, sin texto alguno; ahora, en cambio, un negro y grueso trazo comenzaba a ejecutar sobre él las órdenes de una invisible y espectral mano:

BIENVENIDA, DEBRA TORRES

## V. MÍRAME

Eran las tres y media de la madrugada, y Michael Santoro permanecía tumbado boca arriba, sobre el camastro de la habitación 101. Las cercanas luces del vacío estacionamiento del Walmart Supercenter se colaban por entre el fino tejido de la cortina gris que apenas resguardaba la intimidad de un desvelado Santoro, reflejándose en el amarillento techo de aquel cuartucho de cuarenta dólares la noche. «A estas horas no encontrarán nada mejor», había sentenciado el espigado y desganado adolescente que hacía las veces de recepcionista, cuando los dos agentes del FBI, con la derrota en el rostro, entraron en el Beauty & Luxury Motel de Grants a eso de la una y media de la madrugada de aquel viernes de mediados de julio. Y, ciertamente, quizá en todo Grants no hubiera «nada mejor» a aquellas horas, pero, desde luego, seguro que no podía haber nada peor.

«Buena la has liado», se dijo a sí mismo Santoro mientras se incorporaba sobre el duro y ajado colchón en el que, en vano, había intentado conciliar el sueño durante casi hora y media. El runrún de lo de Larry *Ballena* Horton, y las explicaciones que tendrían que dar al día siguiente Bradley y él al director Van Keulen, consumían el ausente sueño del italoamericano.

«Confía en mí», le dijo a su compañero, una fracción de segundo antes de que dejara caer todo el peso de su pulgar derecho sobre el anaranjado botón que le invitaba a comprar en un clic. «Ya está; mañana lo tenemos», sentenció mientras Bradley miraba de reojo el iPhone X de su compañero, sin ocultar en su semblante el gesto propio de quien piensa «mejor me callo».

—No me lo explico —susurró mientras se levantaba del camastro—. Tenía que haber funcionado.

Era martes, y esa misma mañana, mientras curioseaban en la tienda de Larry *Ballena* Horton en Gallup, le oyeron contarle a un cliente que el jueves por la noche saldría de viaje para «reunirse con los chicos». Bradley disimulaba mirando el precio de unos guantes de caza, mientras que Santoro se probaba una gorra de camuflaje que no parecía quedarle mal.

—A ver si cazamos unos cuantos —dijo Horton, rodeado de las navajas multiuso y llaveros con motivos patrióticos que, colgando de sendos expositores giratorios, decoraban el mostrador tras el que relataba sus planes.

—Hay que hacer algo; esto se está llenando de extranjeros —le animaba un más que entusiasmado interlocutor, cuya oronda barriga denotaba que su ritmo de vida no sería muy diferente del de Horton.

Santoro se volvió hacia Bradley y le hizo un sigiloso gesto enarcando sus pobladas cejas. Bradley le respondió llevándose el índice derecho a sus finos labios para que guardara silencio.

—¿Dónde será esta vez? —preguntó con interés el voluminoso cliente.

Horton dio una prudente callada por respuesta, al tiempo que levantaba la mirada hacia aquellos dos tipos que, vestidos como un par de adolescentes, continuaban escudriñando entre el amplio catálogo de material militar y deportivo desplegado en los expositores de la Golden Gun Shop propiedad de Horton.

—¡Benny! —aulló el propietario del establecimiento, sin quitar ojo a Bradley y Santoro.

—¡Voooy! —respondió una juvenil voz tras la cortina que separaba la tienda de lo que parecía ser el almacén.

—Atiende a esos señores —ordenó Horton a un más que bien nutrido «Benny» que apareció tras la cortina.

El tal «Benny» echó un vistazo hacia los dos agentes del FBI y, con un gesto de evidente desagrado, se dirigió hacia ellos.

—¿Desean algo? —preguntó, mirando de arriba abajo a Bradley y Santoro.

Michael Santoro echó un vistazo a aquel muchacho que padecía una más que incipiente obesidad mórbida. Sabía que Horton no tenía hijos, por lo que el tal «Benny» —un calco juvenil de Larry *Ballena* Horton— tendría que ser su sobrino, o algo así. «Este se acaba de pajear», pensó Santoro, al comprobar que en la parte inferior de la camiseta blanca de Benny lucían unas recientes y *sospechosas* incoloras manchas de humedad. Apenas pudo reprimir ante aquel pensamiento una sonrisa felina que acentuó sus atractivos hoyuelos, imaginando a aquel muchacho, con sus carnes sueltas desparramándose sobre algún raído sofá en la trastienda, dándole a la zambomba con una mano, mientras que con la otra sostendría un pornográfico teléfono móvil de tarjeta prepago, rodeado de armas, municiones y demás efectos militares y deportivos de los más variado.

—Solo mirábamos —respondió Bradley, en tono distante.

—Si necesitan algo me avisan —dijo Benny, dándose media vuelta en dirección a su escondrijo tras la cortina de la trastienda. «Para seguir pajeándose, probablemente», pensó Santoro, dando rienda suelta a la gatuna sonrisa que intentó reprimir segundos antes.

—Vámonos —ordenó Bradley.

—Tengo una idea —dijo Santoro mientras salían de la Golden Gun Shop.

—Dispara.

—Podemos ponerle algo en el coche para hacerle seguimiento. De aquí a la frontera con México, si le seguimos de cerca, se dará inmediatamente cuenta de nuestra presencia. Así podremos seguirle desde varios kilómetros de distancia sin que nos advierta.

—No hay tiempo para pedir el dispositivo a Van Keulen y que nos llegue antes del jueves —dijo Bradley con un gesto de su mano derecha, desechando la idea de su compañero.

—No, si lo hacemos así. Sí, si lo hacemos a mi manera —dijo Santoro sin mirar a Bradley, mientras descendían por la avenida Logan.

Bradley se detuvo, giró el cuello una cuarta hacia su compañero y, mirándole extrañado, le preguntó:

—¿A qué te refieres?

Santoro también se detuvo y, con absoluta convicción, comenzó a gesticular frente a un Bradley que, mirándolo desde su casi metro noventa, escuchaba atentamente con los brazos en jarras.

—Amazon.

Aquella palabra salió de los carnosos labios de Santoro dibujando una sonrisa en la que sus profundos hoyuelos asemejáronse dos agujeros negros a punto de engullir el universo entero. La azulada mirada de Bradley se clavó en los oscuros ojos de su compañero, quien permanecía expectante, como el niño que espera las palabras mágicas de su padre: «Sí, puedes comer helado». Sin embargo, David Charles Bradley no pronunció las palabras mágicas que Santoro esperaba:

—Eso es mierda pura.

Más o menos, Michael Santoro sospechaba aquella respuesta, por lo que no se desanimó en absoluto, volviendo al ataque con su imaginativa propuesta:

—A ver... Si esperamos a que Van Keulen nos apruebe la solicitud, por mucho que lo agilice, hasta dentro de una semana no tendremos el dispositivo. En cambio, si lo pedimos por Amazon, mañana lo tenemos aquí, se lo colocamos a Horton en el coche y arreando. ¿Qué puede salir mal? ¿Quién se va a enterar? Cuando llegue a su destino se lo quitamos y ya está. ¡Es perfecto!

—No lo veo —respondió un seco Bradley—. Como algo salga mal nos va a caer una buena. No, no me parece buena idea.

Santoro no se amilanó ante la fría profesionalidad de su compañero:

—Piénsalo, David: no tenemos tiempo, y es la mejor opción. Nada puede salir mal. No sería más que un *complemento* al seguimiento. Nada más.

Bradley quedó pensativo unos instantes. Aunque a todas luces aquello era un disparate que les podía salir muy caro, en el fondo, Santoro llevaba razón: si tenían que seguir a Horton por las desiertas carreteras de Nuevo México a corta distancia, este no tardaría ni cinco minutos en darse cuenta de que tenía a alguien pegado al culo.

—Bajo tu responsabilidad —respondió, apartando la mirada de la de su compañero.

—¡Ese es mi David! —exclamó un Santoro que no tardó ni una fracción de segundo en sacar del bolsillo su iPhone X gris espacial de 64 GB, abrir la aplicación de Amazon y ejecutar con un clic su ingenioso plan.

—Me lavo las manos, ya lo sabes —sentenció Bradley, mirando de reojo el móvil de su compañero mientras este completaba el pedido.

—Sí, sí... Ya lo sé —respondió un ensimismado Santoro, sin levantar la cabeza mientras trajinaba en la pantalla de su móvil. En el fondo, sabía que Bradley era un tipo de ley y que jamás le dejaría tirado—. ¡Listo! Mañana está aquí —concluyó, dirigiendo una mirada de satisfacción a su compañero.

—Anda, vámonos.

«Gi-li-po-llas», se fustigó Santoro para sus adentros.

Apoyado contra el marco de la ventana de la habitación 101 del Beauty & Luxury, su mano derecha apartaba la fina y raída cortina gris que, de forma paupérrima, guardaba la escueta intimidad de aquel cuartucho de cuarenta dólares la noche. Ese hueco que formaba su mano entre la cortina y el marco era suficiente para ofrecerle, a través del sucio y frío cristal, una panorámica del cercano Walmart Supercenter. Las gigantescas torres de luz del vacío centro comercial proyectaban sobre el desértico estacionamiento un amarillento y vaporoso haz que difuminaba las sombras de la noche, en una tétrica y forzada calidez que, sin embargo, no era capaz de disimular la soledad de la madrugada.

«Siempre te pasa lo mismo», continuó mortificándose, mientras algo parecido a unas incipientes lágrimas comenzó a humedecer sus oscuros ojos. «Sienta ya la cabeza de una jodida vez», resonaba en su interior, al tiempo que su frente golpeaba suavemente contra el frío cristal, como si con ello fuera realmente capaz de aminorar su tormento interior.

Quienes conocían y trataban a Michael Santoro lo consideraban un tipo simpático; uno de esos tíos de chiste fácil y con la broma siempre preparada para cualquier situación, por muy peliaguda que esta fuera. Ello no quería decir que vieran a Santoro como un payaso, o algo por el estilo; en absoluto. Más bien, lo consideraban un tipo normal, aunque algo más chistoso que la media —a lo que su físico ayudaba bastante—. No, Michael Santoro no era uno de esos tíos cargantes, de gracias a destiempo, del que todo el mundo huye como de la peste. Y no lo era porque Santoro, sobre todo, era un tipo inteligente.

Sin embargo, él no lo veía así. Él mismo se consideraba «demasiado gracioso»; quizá «sobreactuado»; seguramente... «inmaduro», pensaba. Sí, «inmaduro» era la palabra exacta que le gustaba emplear para mortificarse. Y, en realidad, así podría pensarse de alguien que necesitaba llamar la atención constantemente, estar siempre en el ajo y obtener el reconocimiento de los demás. Sí, Santoro necesitaba caer bien, como si de un alcohólico que necesita de una copa tras otra hasta «coger el punto» se tratara. Buscaba —«sin encontrarla», pensaba— la aprobación de cuantos le rodeaban; necesitaba esa sonrisa cómplice en el otro que le hiciera sentir esa dulce sensación que relaja nuestros músculos cuando todo va bien y que nos permite levantarnos cada mañana con la mente limpia de preocupaciones. Sí, Michael Santoro necesitaba de aquella sensación, y cuando la conseguía, tan solo podía mantenerla en su interior apenas unas horas; luego, las dudas, las inseguridades y los temores más infantiles e irracionales se volvían a apoderar del atormentado espíritu de un Santoro que, de nuevo, iniciaba su mendigante y decadente deambular por las tabernas del reconocimiento social.

En realidad, Santoro no tenía motivo alguno para albergar en su interior ese tipo de



pensamientos: había nacido en una familia de clase media de Sarasota; su padre hizo fortuna en los ochenta en el sector de la restauración, contando ya con una cadena de locales de comida variada repartidos a lo largo del golfo de Florida, entre los cuales destacaban los cinco restaurantes de cocina mediterránea que, en los últimos dos años, estaban pegando fuerte e iban viento en popa. El pequeño «Mickey» era el menor de cinco hermanos, por lo que siempre fue tratado con especial cariño; de hecho, fue el único que decidió no dedicarse al negocio familiar e ir a la universidad, recibiendo el constante apoyo y esfuerzo de sus padres para que pudiera cumplir su sueño de ingresar algún día en el FBI. A pesar de ello, Michael Santoro siempre sintió ese vacío interior que la vida no llena; una incesante necesidad de caer en gracia que, a sus escasos veintinueve años, comenzaba a hacer mella en un tipo al que, en realidad, los demás consideraban brillante.

Desde que la consciencia de los recuerdos se atesorara en su memoria, Santoro había vivido en aquel constante bucle de inseguridades que siempre trató de enmascarar con un impostado carácter extrovertido. Sí, desde que fue consciente de su memoria...; o, al menos, desde que, a sus diez años de edad, le ocurriera un suceso que, a modo de terrorífica ceremonia iniciática, le hizo perder su infantil inocencia y seguridad.

—Tú y tus *grandes ideas* —murmuró—. «¿Qué puede salir mal?» —repitió entre dientes, recordando el lío en el que había metido a su compañero por hacerse el «listo»—. «Confía en mí» —mascullaba mientras a su mente volvía la imagen de un Bradley al que, con toda seguridad, le habría jodido su carrera a base de bien—. Listo...; que eres un *listo*.

Y es que David Charles Bradley no era un compañero más. Desde que Michael Santoro ingresara en el FBI, haría apenas cuatro años, tuvo compañeros de todos los colores: unos más leales que otros; algunos que le aportaron algo profesionalmente; y otros nada en absoluto —los menos, la verdad—. Sin embargo, lo de Bradley fue distinto: en apenas un año, se compenetraron a la perfección, a pesar de ser como el agua y el aceite; la autoridad y firmeza del de Tampa le proporcionó una seguridad a Santoro que le permitió sacar lo mejor de sí mismo como agente; formaban un buen equipo y, con Bradley liderándolo, Michael Santoro sabía que adquiriría una destreza profesional que le llevaría lejos dentro del FBI. Sin embargo, aquella noche, a Santoro le remordía la conciencia la idea de que Bradley le hubiera dado un voto de confianza aceptando su plan y que hubiera dejado en sus manos toda la operación. Su compañero pensó que Santoro era de fiar, que era lo suficientemente responsable como para pilotar y que era un tipo... *maduro*; le dejó los mandos y, sencillamente, los dos se estrellaron.

Michael Santoro dio un suave, casi inapreciable, puñetazo contra la frágil pared de su habitación. Sus descalzos pies se arrastraron pesadamente sobre la rugosa moqueta y, derrotado, se volvió a tumbar sobre el duro camastro de la 101. Tras casi una hora removiéndose entre las finas y descoloridas sábanas, finalmente, pudo conciliar un escueto... *sueño*.

«¿Qué hora será?», pensó Santoro. «¿Las cinco?», volvió a preguntarse en duermevela.

Estaba despierto... o, al menos, esa sensación tenía. Sin embargo, sus ojos era como si no estuvieran abiertos, aunque podía ver el techo. Sí, podía ver el techo, pero... aquel no parecía ser el techo de la habitación 101 del Beauty & Luxury Motel de Grants. No, aquel techo no estaba marcado por el amarillento y descuidado paso del tiempo, ni por las difusas luces del Walmart cercano.

Intentó moverse...; en vano. Sus músculos no respondían, mientras permanecía anclado a aquel duro camastro, cubierto por una fina y vaporosa sábana de tacto desagradable, como lo era la sensación de impotencia que comenzaba a inundar a un pavorido, aunque todavía sereno, Michael Santoro.

Intentó volver a cerrar sus ojos para conciliar de nuevo el sueño perdido...; también en vano. «¿Será un sueño?», pensó. «¿Una parálisis del sueño?», idea que desechó inmediatamente: «Yo no tengo esa mierda».

«El techo... Demasiada luz», pensó, mientras un fugaz escalofrío recorrió su inmóvil y relajado cuerpo.

«Og...; ooog...», intentó articular. Sí, podía sentir esos ahogados sonidos guturales luchando por salir de su garganta. Sin embargo, angustiado, era consciente de que no llegaban más allá de sus carnosos labios, los cuales permanecían sellados.

«Oggg...», volvió aquel ahogado y estéril intento por emitir algún quejumbroso sonido, mientras sus inanimados ojos continuaban fijos sobre aquel *desconocido* techo.

«Estoy soñando», intentó racionalizar. Sí, aquello debía ser un sueño. ¿Qué otra cosa podía ser? Era imposible que la habitación estuviera tan iluminada, y menos con aquella potente luz blanca. Las tres bombillas incandescentes de cuarenta vatios, que embutidas en el techo dentro de un insulso plafón oscuro, apenas podrían emitir la cuarta parte de aquel haz de luz que cegaba a un inmóvil Santoro. Sin embargo, tenía la extraña sensación de que aquel techo no le era del todo desconocido; en lo más recóndito de su memoria había un lugar para aquel imposible techo que, inquietante, se cernía sobre él.

Santoro volvió a hacer otro desesperado intento por mover alguno de sus músculos y, en aquella ocasión, sí obtuvo resultado. Sorprendido, se incorporó lentamente en el camastro sobre el que yacía inmóvil segundos antes, quedando sentado en el borde de lo que ya no era algo parecido a un colchón, sino... la taza de un... ¿váter público?

«¿Dónde estoy?», pensó extrañado Santoro, aunque no menos que cuando pudo comprobar que lucía unos infantiles pantalones cortos bajados hasta las pantorrillas. Rollo de papel higiénico en unas pueriles manos, le rodeaba el impersonal blanco y brillante alicatado que, efectivamente, le confirmaba que aquello eran los servicios de algún lugar público y que él no era el mismo Santoro de veintinueve años de edad.

«¡Es el Sarasota Square Mall!», pensó sorprendido, mientras contemplaba la inconfundible puerta metálica del lavabo de aquel centro comercial que, cerrada, ahora estaba frente a sus ojos. No es que fuera una puerta diferente a la de los lavabos de otros centros comerciales, nada de eso; pero sí lo era el extraño grafiti que, con rotulador negro de trazo grueso, alguien había estampado sobre el frío y gris metal de aquella puerta, el cual, en la pueril mente de un Michael Santoro de diez años, permaneció indeleble desde aquel verano de 1999:

## MÍRAME

«No es posible», mientras la mirada de un infantil Santoro, a la vez que extrañado adulto, recorría aquel estrecho cuarto de baño, al tiempo que una lejana música ambiental acompañaba el frío y silencioso vacío de los lavabos de un Sarasota Square Mall que, desde lo más profundo de su memoria, volvía del pasado en lo que, quizá, tan solo era un... *sueño*.

Sí, Santoro recordaba muy bien aquel lugar y lo que ocurrió aquel día que volvía a revivir, a cientos de kilómetros de distancia y diecinueve años después. Tan solo transcurrieron diez minutos desde que le dijera a su padre que necesitaba ir al baño y hasta que saliera de los lavabos; sin embargo, durante aquel escaso intervalo de tiempo, el pequeño Mickey dejó de ser el mismo para siempre.

Durante años, lo que le ocurrió a Michael Santoro en aquellos lavabos permaneció en su memoria como una descolorida fotografía de tonos sepia. Una fotografía perdida entre otras tantas que, junto a cientos, descansaba en el interior de algún olvidado álbum, en lo más profundo de un trastero, junto a decenas de objetos y cacharros ya inútiles, acumulando el polvo de la desmemoria. Resulta curioso cómo es la mente infantil: las malas experiencias —incluidas las más terroríficas— son moldeadas como barro entre las manos, creando inexistentes realidades que nos permiten continuar adelante con nuestras vidas. Cuando llegamos a la edad adulta, esas experiencias las recordamos de forma difusa, irreal, como las letras de un descolorido cartel que han sido borradas por el efecto del sol con el paso de los años y que nuestra imaginación trata de recomponer a su propia conveniencia, intentando adivinar qué se ocultaba tras aquel afiche que el tiempo enmudeció y cuya intrigante y difuminada composición nos puede llegar a obsesionar. Sí, el pequeño Mickey guardó en el desván de su memoria aquella experiencia del verano del noventa

y nueve; su infantil mente la moldeó como buenamente pudo, entre juegos y ensoñaciones, para poder continuar con su vida; en silencio, fue construyendo algo parecido a la realidad, lo que le permitió encajar en su pueril lógica aquellos extraños hechos. Sin embargo, Santoro cambió desde entonces; su confianza e inocencia infantiles desaparecieron en apenas diez minutos; diez minutos que su mente enterró en los más profundo de un imaginario desván, pero que, aquella noche, diecinueve años después, el capricho de los sueños le devolvió, no ya como una descolorida fotografía de tonos sepia, sino como una estridente película, a todo color y en alta definición.

«MÍRAME», le decía su cabeza mientras no podía apartar los ojos de aquel escueto grafiti que, estampado en la puerta del baño, le desafiaba diecinueve años después.

«Es un sueño...; es un sueño», se decía, aunque ello no aminoraba el ritmo de su acelerado corazón.

«¡Clac!», resonó en su cabeza la lejana puerta de acceso a los servicios al cerrarse, como lo hiciera diecinueve años atrás, mientras el pequeño Mickey permanecía sentado sobre la taza del váter, tan solo acompañado por los silencios que reforzaba la monótona y lejana melodía ambiental que aquella puerta acababa de romper de forma fría y metálica.

«Shiii..., shiii..., shiii...», comenzó a rasgar el melódico silencio un pesado arrastrar de pies que avanzaba desde la puerta recién cerrada.

El corazón de Santoro se desbocaba cada vez más, mientras aquellos cansinos pasos continuaban avanzando sobre el pulido suelo gris de los lavabos del Sarasota Square Mall. Perfectamente podían ser los pasos de un decrepito anciano, de un isquémico diabético o de un tullido; sin embargo, Michael Santoro sabía a ciencia cierta que no era el caso, porque el pequeño Mickey descubrió, diecinueve años atrás, de quién eran aquellos pesados pasos.

«Shiii..., shiii..., shiii...», continuaba resonando en la cabeza de un aterrado Santoro, mientras que un silencioso Mickey permanecía expectante, sentado sobre la fría taza del inodoro.

«Shi, shi, shi...», se aceleró la cadencia de aquellos pasos que se deslizaban cada vez más cerca de la puerta tras la que el pequeño Mickey se encontraba.

Y, de repente,... «SHI».

Un seco, corto y repentino paso se detuvo frente a la puerta del lavabo de Mickey. Sin embargo, el hueco bajo la puerta metálica tras la que la intimidad del pequeño Santoro quedaba resguardada no mostraba nada, tan solo el gris y despejado suelo que aquel crío de diez años contemplaba pasmado, con el rollo de papel higiénico entre las manos, como si del mágico anillo de Tolkien se tratara. Se abre la puerta, pero el pequeño Mickey ensarta en su dedo anular el anillo de poder higiénico que le hace desaparecer ante las mismísimas narices de aquel

antropomorfo ser que venía a comérselo. ¡Bien! ¡Estupendo! El pequeño Frodo Santoro ha conseguido escapar gracias a la mágica invisibilidad que le ha conferido el maravilloso anillo de celulosa de marca blanca, cortesía de la señora de la limpieza del Sarasota Square Mall. Todos aplauden, mientras el pequeño Mickey vuela ahora sobre el golfo de Florida, a lomos de un águila gigantesca que nadie sabe de dónde demonios ha salido. Sí, el pequeño Mickey se ha salvado, y el adulto Michael Santoro ya puede despertar de su pesadilla, ir al servicio, vaciar el depósito y despejarse con una relajante ducha.

Pero no, nadie aplaude. El pequeño Mickey continúa sentado sobre el sanitario, frente a la metálica puerta, mirando fijamente hacia la abertura inferior de esta, que solo le muestra el gris suelo de los lavabos. Ahí debería haber alguien; los pesados pies que se deslizaban sobre el pulido piso segundos antes, sencillamente, no están; pero, sin embargo, ahí deberían estar, frente a la puerta tras la cual permanece Mickey, asustado y expectante.

De pronto, escuchó que algo se deslizaba al otro lado de la puerta, sobre el frío metal. Algo vivo que parecía trepar hacia el inexistente dintel. *Algo...* que sonaba como los cansados pasos que súbitamente quedaron silenciados frente a la puerta del baño, pero que, ahora, subía por ella..., suave y lentamente.

«Shiiiiiiii...», subía y subía.

«Shiiiiiiii...», continuaba el suave y aterciopelado silbido de *aquello* que se deslizaba sobre la metálica puerta.

El corazón de Michael Santoro estaba a punto de salirse del pecho, mientras que el pequeño Mickey comenzaba a hiperventilar, con sus pequeños y oscuros ojos clavados sobre el gris y pulido metal de la puerta que se alzaba frente a él.

«Og...; ooog...», se esforzaba por gritar Santoro. Sin embargo, su ahogado alarido no podía escapar de sus sellados labios, al tiempo que, paradójicamente, los del pequeño Mickey permanecían totalmente abiertos, aunque sin poder emitir tampoco sonido alguno.

«Shiiiiiiii...», se deslizaba, cada vez más cerca del marco abierto en la parte superior de la puerta del baño que *protegía* al pequeño Santoro.

«SHI», se detuvo de súbito aquel sonido, en un último y seco movimiento.

De repente, ante los aterrorizados ojos del pequeño Mickey, algo blanco comenzó a asomar sobre la parte superior de la puerta del baño. Primero, apareció una bolita blanca que, sin embargo, a los pocos instantes se mostró como lo que realmente era: un dedo enguatado en látex blanco que, inmediatamente, mostró al resto de sus cuatro compañeros metacarpianos, reptando de forma siniestra sobre la parte superior de la puerta hacia el interior del baño. «Mickey Mouse»,

fue lo primero que le vino a la cabeza al pequeño Santoro al ver aquella blanca y enguantada mano; aunque, súbitamente, aquella infantil recreación se trocó en terror al comprobar que la siniestra mano flotaba en el aire, sin muñeca ni brazo alguno que la sujetase.

«Oggg...», intentaba gritar Santoro sobre su duro camastro, mientras aquella mano comenzaba a descender sobre el frío metal de la puerta del baño, ante los atónitos ojos de un paralizado Mickey.

Y no...; su anillo mágico de papel higiénico no lo podría salvar de aquella tétrica... *mano*, que ya no se le asemejaba como la divertida y enguantada de alguno de los amigos de Mickey Mouse. No; aquella... *mano* tenía vida e intenciones propias. Sin cuerpo alguno que la sostuviera, se desplazaba como una sobrealimentada araña blanca dirigiéndose hacia su segura presa; una presa que, sentada sobre el inodoro, esperaba aterrorizada a que, sin remedio alguno, en cualquier momento le saltara a la cara, inyectándole su letal veneno. El pequeño Mickey ya se veía paralizado por el efecto de la ponzoñosa picadura, y a aquella *mano-araña* rodeándole rápidamente con una sedosa y viscosa tela para, lentamente, succionar sus jugos, como había visto cientos de veces en los documentales de naturaleza salvaje de la tele.

Sin embargo, de repente, la siniestra y fantasmagórica mano se detuvo; se cerró en un puño, del que tan solo sobresalía un lúgubre dedo índice apuntando hacia el extraño grafiti que llamara la atención del pequeño Santoro minutos antes. De pronto, en la mente de los dos Santoro, al unísono, el divertido mundo de Mickey Mouse y sus amigos se trocó en el macabro mundo de la pata del mono de Jacobs, como si hacia un tétrico y desconcertante deseo cumplido señalara aquella horrorosa extremidad.

Pero no...; aquel blanco e impoluto dedo de látex no marcaba ningún inconfesable y avaricioso deseo pedido; no. Aquel dedo mostraba, ante los aterrorizados ojos de Michael y Mickey Santoro, cómo aquel extraño grafiti comenzaba a difuminar sus oscuras e indelebles letras marcadas sobre el frío metal. «MÍRAME» comenzó a fundirse en el gris de la puerta, para transformarse, poco a poco, con el mismo trazo grueso de rotulador negro, en otro texto bien distinto:

BIENVENIDO, MICKEY SANTORO

«¿Mickey?», resonó de repente en la cabeza de Santoro. «¿Ya has terminado?», volvió a resonar aquella voz más que reconocible para él. «¿Qué demonios haces, muchacho? ¡Llevas diez minutos ahí dentro, dale que te pego! ¡Termina ya!».

«¡Voy, papá!», resonó en la cabeza de Michael la infantil voz del pequeño Mickey.

Como si de una vaporosa nube que disipa el viento se tratase, aquella fantasmal escena que recreara la somnolienta mente de Santoro desapareció. La fantasmagórica mano de látex blanco se esfumó como si jamás hubiera existido, al tiempo que el pequeño Mickey se subía los pantalones, recorría el cerrojo del lavabo con un hábil y fugaz movimiento de muñeca y, como una exhalación, salía disparado de aquel lavabo que, durante diecinueve años, permaneció dormitando en lo más profundo de la memoria de Michael Santoro.

—¡¡¡Nooo!!! —consiguió por fin articular su angustiada garganta; y, bañado en sudor, en mitad de la madrugada, se incorporó como un resorte sobre el camastro de la sórdida 101 del Beauty & Luxury Motel de Grants.

## VI. VUELTA A GRANTS

—No debiste hacerlo —dijo un compungido Santoro, sin apartar la mirada del brillante y desgastado asfalto de la interestatal 40, sobre el que el sol de las tres de la tarde de aquel viernes de mediados de julio descargaba toda su fuerza, como el herrero su martillo sobre el incandescente metal.

—Olvidalo —le respondió Bradley, quien, con los ojos fijos en la salida 117, accionaba el intermitente derecho del Toyota Prius blanco de alquiler.

—¿Dónde vamos? —preguntó extrañado Santoro.

—A mear —respondió un escueto Bradley.

—¿No es esto la Ruta 66? —cambió de tema Santoro.

—No. La Ruta 66 va ahora por la interestatal —respondió Bradley mientras oteaba el desierto, en busca de algún lugar donde detenerse para orinar.

—Pero..., pasaba por aquí antes, ¿no? —volvió a preguntar un Santoro con la insistencia cansina y el impostado interés de quien tiene la mente en otro lugar, mientras señalaba con su cabeza hacia la solitaria carretera secundaria por la que se desplazaban tras tomar la salida 117.

—No. Antes de que construyeran la interestatal, quedaba al norte: lo que hoy es la Sparrow Hawk Road —respondió Bradley con cierto desinterés, mientras su mirada continuaba rastreando algún lugar que le ofreciera cierta intimidad para vaciar el depósito. Sin embargo, a sabiendas de que su compañero estaba tocado, decidió hacer un derroche verbal—: En algunos tramos, la Ruta 66 coincide con la interestatal; en otros no. Pero por este caminucho no ha pasado nunca... Más al norte...; al norte —concluyó, haciendo un gesto con su cabeza hacia la Sparrow Hawk Road, al otro lado de la interestatal 40.

—Ya —respondió un abstraído Michael Santoro, prestando apenas atención a las palabras de su compañero.



—¡Bingo! —exclamó Bradley al divisar, a pocos metros de la carretera, un más que escaso árbol de Josué.

—¿Ahí vas a mear? —dijo Santoro mientras contemplaba el esquelético árbol en la distancia—. Para eso podías haber parado en cualquier parte —se quejó, en un tono no exento de un agresivo reproche que confirmaba a su compañero que aquel no era el mejor día de Santoro.

David Charles Bradley se limitó a dirigirle una forzada mueca mientras detenía el Prius blanco en la cuneta, junto a aquel árbol que —Santoro tenía razón— no resguardaría la intimidad ni de una criatura de dos años; algo, por lo demás, totalmente inútil —a la vez que innecesario— en el abierto y diáfano espacio del desierto de Nuevo México. Pero bueno..., «David es así de... *especial*», hubiese pensado seguramente Santoro, de no haber tenido su cabeza flotando en el pasado.

Cuando Bradley detuvo el motor, el aire acondicionado se apagó. Una sensación de calor seco, amortiguado por el remanente de aire frío que permanecía en el interior del Prius, incomodó a Santoro. Sin embargo, cuando Bradley abrió la puerta del conductor para descender, el golpe de los casi cuarenta grados del desierto inundó el habitáculo del híbrido, abrasando los pulmones de un agotado y somnoliento Michael Santoro.

—Ahora vuelvo —dijo Bradley al cerrar la puerta.

Santoro siguió con la mirada a su compañero dirigiéndose al triste y solitario árbol de Josué, mientras, en la lejanía, se recortaba el gris edificio del Departamento de Policía de Laguna, alzándose como un lánguido oasis de hormigón en mitad del desierto. Aquella visión, más el tórrido calor que comenzaba a convertir el Prius en un horno, hizo que sus párpados comenzaran a rendirse.

—¡Ya está! Vámonos. —Dando un portazo Bradley.

Santoro entreabrió los ojos, con la sensación de haber despertado en otro planeta; quizá en un inhabitado y asfixiante mundo, orbitando a apenas unos miles de kilómetros de un abrasador sol. Y, con su camiseta azul marino pegada a un cuerpo empapado en sudor, acertó a preguntar:

—¿Ya?

—Te veo cansado —dijo Bradley, al tiempo que volvía a poner en marcha el Prius.

—No he pegado ojo en toda la noche —respondió Santoro, atusándose su ensortijado y sudoroso cabello, mientras el gélido aire acondicionado que volvía a convertir el interior del Prius en una zona habitable secaba su húmeda y pegajosa frente.

—¿Por lo de Horton?

—Sí —mintió.

—Ya te dije que estaba arreglado. Olvídalo —dijo Bradley, mientras abandonaba aquella raída carretera secundaria para tomar el acceso a la interestatal 40 nuevamente, a la altura de Mesita.

—Y yo que no debiste hacerlo: la decisión fue mía, y la culpa, por tanto, también. El único responsable de todo soy yo. —Pasándose las manos por su pesaroso y cansado rostro.

—Te contaré una historia... —replicó Bradley, levantando su huesuda mano derecha del volante para gesticular—. Llevo más años que tú en el FBI, y cagadas como esta tengo a cientos en mi expediente. ¿Crees que a mi edad seguiría persiguiendo a tarados en mitad del desierto si tuviera algún futuro? No, ¿verdad? Pues eso. David Charles Bradley está quemado en el FBI; no hay futuro para mí, más que seguir haciendo seguimientos de mierda, perdiendo horas de sueño por esas carreteras y contando los años para una jubilación también de mierda. Eso si no me pegan un tiro antes. ¿Entiendes?

—No —respondió Santoro con extrañeza, al tiempo que volteaba su embotada cabeza en dirección a su compañero.

—¡Joder! —exclamó un Bradley que continuaba sin despegar la vista del asfalto castigado por el sol—. Pues que, si alguien tiene que comerse el marrón, ese soy yo. Tú tienes un futuro brillante, y un error lo comete cualquiera. Yo, en cambio, ya estoy más que amortizado. Esta tarde, cuando lleguemos a Santa Fe, Van Keulen tendrá sobre la mesa el informe que le envié por correo electrónico esta mañana, mientras tú intentabas planchar la oreja. En el informe tampoco he puesto nada que no sea cierto, y lo lógico es que yo sea quien responda por lo que ocurrió: cuando nos pusieron como compañeros se esperaba que yo liderara y, por tanto, que yo fuera el responsable de todo. Tan solo asumo mis responsabilidades... y, de paso, permito que esto le sirva de lección a un tipo con un futuro prometedor en el FBI. Aprovéchalo y calla —concluyó, mirando de reojo a Santoro.

—¿Te refieres a mí?

Bradley respondió únicamente con el silencio, acompañado de una más que elocuente sonrisa de complicidad en sus finos labios.

—Sigo pensando que no debiste hacerlo —insistió Santoro.

—Me da igual —respondió en tono seco Bradley, volviendo a asir el volante con su mano derecha.

Aquella respuesta, y el que la mano de Bradley dejara ya de sobrevolar el salpicadero del Prius, dieron por zanjado el asunto. Santoro se acomodó en su asiento de tela gris oscura y, contemplando el ardiente asfalto que engullía el Prius en dirección a Santa Fe, dio por buena la decisión de su compañero. En realidad, el asunto de Larry *Ballena* Horton dejó de preocuparle la noche anterior; en su cabeza tan solo merodeaba, como la sombra de una bestia nocturna atraída por el metálico hedor de la sangre, lo que le ocurriera diecinueve años atrás.

A la altura de Bernalillo, y a apenas una hora de Santa Fe, Bradley abandonó la interestatal 25 para repostar.

—Me quedo aquí dentro —dijo un desganado Santoro cuando el Prius se detuvo junto a los surtidores de la estación de servicio Warrior Fuel.

«A este tío le pasa algo», pensó Bradley, apenas mirando de reojo a su compañero.

Descendió del coche e hizo un gesto al joven y dispuesto empleado de la gasolinera para que llenara el depósito, quien, inmediatamente, embocó la manguera en el costado del híbrido, mientras los párpados de Santoro volvían a cerrarse pesadamente, difuminando la escena en la distancia.

«MÍRAME», despertó súbitamente Santoro, dando un espasmo que le devolvió a la realidad desde la vaporosa entrada al mundo de los sueños. Se frotó sus enrojecidos ojos, al tiempo que comenzó a notar un nudo en la boca del estómago que aceleraba su entrecortada respiración. Sudaba; aunque sentía las manos frías, casi dormidas, recorriéndolas un desagradable hormigueo que intentó mitigar abriendo y cerrando los puños, obteniendo como respuesta un punzante alfileteo en las yemas de sus dedos.

¡Clac!; sonó la puerta del conductor al abrirla Bradley, lo que provocó que Santoro diera un respingo en su asiento.

¡Cloc!; sonó al cerrarla.

Mientras Bradley se ajustaba el cinturón de seguridad y pulsaba el botón de arranque del Prius, en un tono casi eufórico, exclamó:

—¡Buenas noticias, chico!

—¿Eh? —respondió un absorto Santoro.

—Me acaba de llamar Van Keulen... —interrumpió Bradley la frase a propósito, con la intención de crear una cierta tensión ambiental.

Sin embargo, Santoro permaneció inmutable ante aquel artificio de su compañero, perdido todavía en sus adictivas ensoñaciones.

—¿Qué coño te pasa? —Se volvió Bradley hacia él, abortando el inicio de la marcha que estaba a punto de ejecutar.

—Nada. Solo tengo sueño —le respondió toscamente, acompañado de un gesto para que iniciara la marcha, aunque sin dirigirle la mirada—: Vamos.

—Bueno...; pues lo que te voy a contar te va a animar —dijo Bradley, mientras los negros neumáticos del Prius blanco de alquiler comenzaban a rodar lentamente sobre el agrietado y remendado cemento de la estación de servicio—. Nos volvemos a Grants.

—¿Y eso? ¿Por qué me tendría que animar eso? —preguntó extrañado Santoro, fijando sus enrojecidos ojos en su compañero, quien comenzaba a tomar el cambio de sentido para reincorporarse a la interestatal 25, destino Albuquerque. Una vez que llegaran a la conocida como «Ciudad Ducal», deberían tomar la interestatal 40, destino Grants, lo que, en total, les llevaría una hora más de viaje. Sencillamente, en ya atribulado y confuso Santoro, no entendía nada.

—Ya me contarás qué demonios te pasa. —Bradley era un tipo al que le gustaba el orden; odiaba tener la angustiada sensación de que algo se le escapara de las manos y, desde luego, aquella inusitada actitud de su siempre sonriente compañero le desconcertaba y molestaba sobremanera.

—No me pasa naaada... ¿Me lo vas a soltar ya? —Se esforzó por dibujar una especie de sonrisa en sus gruesos labios.

—Vale —respiró profundamente Bradley, lo que hizo que su momentáneo enfado se disipara, como las escasas nubes que ceden ante una leve brisa de verano—. Me ha llamado el jefe mientras estaba pagando en la gasolinera... Volvemos a Grants.

—Eso ya me lo has dicho.

Bradley volvió a respirar profundamente tras aquella grosera interrupción. No se lo tomó en cuenta. «¿Qué coño le pasa?», pensó..., pero prosiguió:

—¿Conoces a la congresista Torres?

—Sí.

—Ha desaparecido. Esta mañana tenía que estar en Grants, para no sé qué rollo de una graduación...

—Pero ¿no son a finales de mayo las graduaciones?

—Sí, pero la retrasaron por ella. Al parecer, ella es de Grants, y estudió en el instituto de allá...

—Entiendo —asintió Santoro, quien comenzaba a tomar interés en el asunto.

—El caso es que, a las diez de la mañana de hoy, tenía que haber estado en la ceremonia de graduación, pero no se ha presentado. Además, anoche la esperaban sus padres en su casa, en Grants, pero no llegó. Salió de Santa Fe a eso de las nueve y media o diez de la noche del jueves, y debería haber llegado a Grants no más tarde de la una de la madrugada de hoy viernes. No ha dado señales de vida, y su marido tampoco ha tenido noticias. Es como si se la hubiera tragado la tierra.

—¿No puede ser que se haya ido de farra por ahí? —preguntó Santoro, esbozando una perversa sonrisa que remarcó sus atractivos hoyuelos.

En cualquier otra situación, aquella pregunta hubiera merecido el reproche de Bradley, como el del padre que reprende a su hijo de siete años que, en la cena de Acción de Gracias, delante de los abuelos, tíos y primos, hubiera soltado «culo». Sin embargo, viendo lo tocado que estaba su compañero ese día, Bradley lo aceptó con cierto... *humor*: el Michael Santoro de siempre estaba de vuelta.

—Imposible —aseveró—. La congresista es de esas que jamás se sale del guión...

—Como tú —interrumpió Santoro, dirigiéndole una sonrisa cómplice—: Una estrecha.

Bradley no pudo reprimir una sincera sonrisa en sus secas facciones, lo que borró de un plumazo las tribulaciones de un Santoro que comenzaba a estar en su salsa.

—Bueno...; el caso es que Van Keulen está dispuesto a olvidar lo de Horton si damos con la congresista, por lo que nos ha ordenado que volvamos a Grants y nos pongamos en marcha inmediatamente. Eso sí... —precisó, levantando su índice derecho como si fuera a dictar una sentencia divina—: Para el lunes tenemos que darle algo consistente a Van Keulen.

—¿Este lunes? —dijo un sorprendido Santoro.

—Sí, este lunes.

—¡Joder! Pues no sé si es mejor comernos lo de Horton... —dudó un instante—. Bueno...; comértelo tú... Porque así lo has decidido —concluyó, con un gesto de su mano izquierda, en un inequívoco «Tú mismo».

—Eso ya es cosa del pasado. Parece que Van Keulen se ha olvidado del tema; lo de la congresista es un hueso más gordo al que hincarle el diente. Si lo hacemos bien, habremos salvado el culo...; y hasta puede que nos den una medalla y todo. —Volvió a sonreír, lo que ya era todo un exceso en un mismo día para un David Charles Bradley más seco que el papel de fumar.

—Puede ser...; puede ser —dijo un meditativo Santoro.

—De lo de Horton se están ocupando ya en Santa Fe. No hay cuidado: ya aparecerá. Ha dejado de ser problema nuestro —sentenció Bradley, mientras dejaban atrás Bernalillo, enfilando la interestatal 25 en dirección a Albuquerque.

Sin embargo, Santoro sabía perfectamente que su compañero no se lo había contado todo; durante el tiempo que llevaban juntos formando equipo, el italoamericano aprendió a leer el huesudo y reseco rostro de su compañero como si de un mapa de carreteras se tratara. Tras unos minutos de incómodo silencio, Santoro se decidió a tirarle de la lengua:

—¿Y qué más?

Bradley no respondió inmediatamente, salvo que la media sonrisa que dibujaran sus finos labios pudiera entenderse como tal.

—Vamos. ¿Qué te guardas? —insistió Santoro, dirigiéndole una inquisitiva mirada.

Sin despegar la vista del horizonte de asfalto que se abría ante ellos, David Charles Bradley sujetaba firmemente el volante forrado de polipiel gris del Prius con unos alargados, pero

musculados, brazos que asomaban al final de las ajustadas mangas cortas de la camiseta de algodón blanca que lucía. Durante unos segundos, guardó para sus adentros el secreto que su compañero, sin duda alguna, sabía que escondía. Finalmente, lo escupió:

—Mañana tenemos visita.

—¿Qué visita? —Santoro sospechaba que las «buenas noticias» que le anunciara su compañero tenían gato encerrado.

—¿Conoces a Robert Louis Sheridan?

—¿No es ese el tipo tan famoso de Wall Street? Sí, el tío ese que sale por la tele dando consejos de inversión y todo eso, ¿no?

—Sí... Y, ¿además? —preguntó un enigmático Bradley.

Pensativo, Santoro respondió:

—No caigo..., la verdad.

—Es el marido de la congresista —precisó Bradley, con un gesto de incredulidad ante la ignorancia de su compañero en torno a los ecos de sociedad.

—¿No me jodas! ¿Va a venir? —Girando el cuerpo hacia su compañero.

—Mañana. —Sin mirar a Santoro.

—¿Y a qué viene?

—A joder, supongo. Por eso Van Keulen quiere algo para el lunes, por mínimo que sea. Con el marido de la congresista revoloteando por aquí, si no conseguimos algo rápido, el tipo puede montar un buen pollo; está podrido de dinero y, con solo levantar el teléfono, nos manda a toda la prensa aquí en un abrir y cerrar de ojos. —Volteó la cabeza hacia su compañero y, con una expresiva mirada azul, dijo—: Ya sabes cómo es esta mierda.

—Entiendo: el *regalito* de Van Keulen va envenenado —respondió Santoro, volviéndose a acomodar en su asiento para perder su mirada en el caliente asfalto que devoraba el Prius.

—Exacto —respondió, lacónico.

—Y ¿a qué hora viene?

—No muy temprano: Van Keulen me ha dicho que, probablemente, a eso de las seis de la tarde; Sheridan ya nos avisará cuando llegue a Grants. Tenemos toda la tarde de hoy y la mañana del sábado para hacer pesquisas y darle algún caramelo con el que entretenerse para que no moleste mucho.

—Bueno..., le pediré algún consejo de inversión; tengo algunos ahorrillos —dijo un sonriente Santoro, volteando su moreno y redondeado rostro hacia su compañero.

Bradley no le devolvió la mirada, pero sí dibujó una incontenible sonrisa en sus finos labios: aquel era su Michael Santoro.

Pasaron Albuquerque y tomaron la interestatal 40, dirección Grants. Eran casi las seis de la tarde de aquel viernes de mediados de julio. Michael Santoro, en el asiento del acompañante del Toyota Prius blanco de alquiler, pudo encadenar casi una hora seguida de sueño limpio, sin los recuerdos de la noche anterior, ni los de... diecinueve años atrás. La oportunidad que les ofreció Van Keulen con el asunto de la congresista Torres hizo que la mente del de Sarasota se despejara: «Una pesadilla». Sí, quizá solo fue una horrible pesadilla sobre una experiencia de la infancia que, tal vez, jamás existió. Sí, la mente de Michael Santoro se esforzaba por moldear el barro de su imaginación, buscando transformar aquel *sueño* de la noche anterior en eso: un sueño, tan solo; una pesadilla..., todo lo más.

Mientras, David Charles Bradley mantenía una ausente y monótona atención en el moderado tráfico de la interestatal 40, en el modo piloto automático que le permitía a su cabeza planear las acciones que llevarían a cabo antes del lunes: entrevistas a familiares y amigos y, la verdad, poca cosa más. «Escaso tiempo para construir algo sólido», pensaba. «Aunque..., quizá, lo suficiente como para sobrevivir después del lunes. Necesitamos algo que nos permita continuar con el caso después: algún testigo que la viera; su coche abandonado...; algo. A partir de ahí, la semana que viene podríamos trabajar con la compañía telefónica de la congresista y obtener algún dato de su posicionamiento GPS durante la noche del jueves al viernes. Sí, eso es: vamos a ir por esa línea de trabajo», continuó rumiando mientras su compañero, en el asiento del acompañante, dormitaba con la cabeza apoyada contra el cristal de la ventanilla del Prius, ajeno a las cuitas mentales de Bradley.

«Sí; si todo sale medianamente bien, el lunes tenemos algo para Van Keulen», pensó satisfecho Bradley, sin sospechar que, ese lunes, sería el último día que vería a su compañero.



## VII. 450 LOCKERBIE ST.

Jacob Steinberg echó un rápido vistazo al interior del local, al tiempo que con la mano derecha intentaba enjugar en vano el pegajoso sudor que impregnaba su frente de una desagradable sensación de cochambre. Mientras, su mano izquierda atusaba un lacio y castaño cabello que apenas podía ocultar la incipiente alopecia de un desmejorado cuarentón.

—¿Hola? —preguntó, recorriendo sus avellanados ojos el alargado y vacío restaurante en busca de algún alma.

El silencio hueco respondió.

—Lo que faltaba —murmuró Steinberg, mientras sus enharinados Oxford negros por el fino polvo del desierto comenzaron a romper el silencio al desplazarse sobre el ajedrezado e impoluto linóleo del local.

«No se parece al Oasis Diner de Plainfield», cruzó fugazmente por su mente al avanzar hacia la metálica y diáfana barra de aquel silencioso restaurante.

La luz de mediodía del desierto de Nuevo México apenas se colaba por entre las rojizas venecianas que, a juego con los cuadros rojos que salpicaban el blanco y negro del linóleo sobre el que Steinberg avanzaba lentamente, permanecían extrañamente cerradas. Sin embargo, ello no chocó en absoluto a este comercial venido a menos, más centrado en encontrar a alguien en aquel páramo de la restauración que en apreciar los detalles de su decoración.

«Necesito una ducha», le pedía su sudorosa y pegajosa piel, la cual comenzaba a echar en falta un mínimo de aire acondicionado en aquel *jodido* local.

—¿Hay alguien? —Mientras avanzaba por el espacio que se abría entre la metálica barra del restaurante y las mesas blancas que, fijadas cada una al suelo mediante un pie central en forma de alargado y estilizado cono negro, jalonaban unos asientos dobles forrados en capitoné de polipiel rojo, ribeteando los bordes de estos unas líneas blancas a juego con el centro de los respaldos, en los que unas gruesas franjas verticales, también blancas, marcaban la posición que debía ocupar cada uno de los cuatro comensales para los que había cabida en cada mesa.

Steinberg era bueno para los números. De modo inconsciente, tenía como pasatiempo contar y calcular cosas: escalones, árboles, coches... No era algo que su mente programara, sino que, cuando se daba cuenta, descubría que —en lo que él llamaba «momentos valle»— su cerebro había vagado en un sueño sin sueños, contando cualquier objeto que su capricho mental escogiera al azar. En realidad, no era un problema, pero Steinberg llegó a obsesionarse con aquellas pequeñas escapadas de su imaginación, atribuyéndolas a su autodiagnosticado TOC.

«Cuarenta», calculó su errante cerebro, al estimar que las diez mesas del local podrían albergar, cada una de ellas, a cuatro personas en sus respectivos asientos forrados. «Más diez, cincuenta», añadiendo los diez taburetes que, a juego con el capitoné rojo de los asientos, se alineaban a lo largo de la metálica barra del Oasis Diner. «Y... las mesas y sillas de la terraza exterior darían...», comenzaba su calculadora mental a procesar cuando, de repente, los imaginarios números de la monocroma pantalla de su entendimiento se borraron:

—¡Hola! ¿Hay alguien?

El silencio volvió a responderle; un silencio tan frío como el inquietante orden que reinaba en aquel local.

Mientras avanzaba de forma cauta y sigilosa sobre el linóleo ajedrezado, como si tuviera algún reparo inconfesable en romper el silencio que le rodeaba, su mirada recorrió los estantes que colgaban tras la metálica barra que quedaba a su izquierda: platos, vasos, tazas y fuentes de diferentes tamaños, perfectamente ordenados, y de un resplandeciente blanco que hacía sospechar que jamás hubieran sido usados; una línea de servilleteros de acero inoxidable llenos hasta los topes, y que deberían haber estado sobre las desnudas mesas blancas, indicaban que aquel día no había habido ningún servicio; lo mismo que los ordenados portamenús de metacrilato que, vacíos, permanecían también alineados junto a los servilleteros tras la barra. Quizá un triste y transparente bote de las propinas, con apenas unos centavos en su fondo, hacía barruntar que, alguna vez, aquel restaurante tuvo clientes; aunque los impolutos recipientes de ketchup rojos, así como los también immaculados botes amarillos de mostaza dulce, delataban que aquel lugar apenas había tenido clientela. «Se nota que lo han inaugurado hace poco», pensó Steinberg para explicar aquella diáfana estampa.

Al fondo del alargado y vacío restaurante, alcanzó a ver lo que parecía la cocina. Sí, al final de un pasillo de apenas dos metros de ancho, que se formaba entre los taburetes que jalonaban la barra del local y las mesas con sus respectivos asientos, se abría una pequeña ventana con marco de aluminio para despachar pedidos, de cuya base sobresalía un alargado poyo metálico en el que descansaba un desnudo pincho de acero para recoger comandas; y, junto a ella, una puerta batiente de contrachapado en madera color cerezo de una sola hoja parecía ser el acceso a aquel habitáculo que, efectivamente, tenía toda la pinta de ser la cocina.

Avanzó lentamente hacia aquella estancia, con la esperanza de que allí hubiera algún alma. Sin embargo, la ausencia de ruido alguno procedente de su interior hacía dudar a un cada vez más

inquieto Jacob Steinberg.

«Vaya pérdida de tiempo», pensó. «No tenía que haber parado aquí; ya estaría en el Sands Motel de Grants, duchado y como nuevo», volvió a pensar, arrepentido de haberse detenido en aquel lugar: la apenas media hora que tenía previsto parar para asearse y continuar la marcha se estaba alargando demasiado.

Cuando hubo llegado a la altura del marco de aluminio abierto que conectaba la barra con la aparente cocina, asomó la cabeza con prudente sigilo y exclamó a media voz:

—¡Hola!

El silencioso orden le respondió.

Apenas adentró su cabeza una cuarta por entre el umbral de la ventana, confirmó que aquello era la cocina. Una intacta e impoluta plancha de acero laminado, ollas y sartenes de todos los tamaños obsesivamente ordenadas, relucientes platos de blanca loza perfectamente apilados, así como unas paredes de brillantes baldosas blancas, le mostraban a Steinberg el aspecto que luce un restaurante de apenas unas semanas en funcionamiento.

—Aquí no hay nadie —concluyó, con un gesto de desagrado.

Cuando se incorporaba, notó cómo su recién estrenada camisa de cincuenta dólares *slim fit* de algodón blanco se le pegaba al torso, al tiempo que un avinagrado olor a sudor rancio le subía desde el pecho hasta una discreta nariz que en nada delataba que Jacob Steinberg fuera el hijo del rabino de la comunidad judía de Indianápolis.

—Me largo de aquí —dijo, sin intentar ocultar su enfado, con la esperanza de que alguien en aquel desierto restaurante oyera su indisimulada protesta, le pidiera disculpas y se deshiciera en parabienes en favor de un Steinberg más que acostumbrado a la táctica del cliente agraviado.

Sin embargo, el silencio le respondió de nuevo.

Steinberg giró sus polvorientos Oxford negros sobre el ajedrezado linóleo y, acelerando el paso hacia la salida, masculló indignado:

—¡A la mierda!

En apenas unas zancadas que quebraron el soporífero silencio del local, alcanzó la puerta por la que accediera a su interior minutos antes, y cuando su mano derecha se alargaba para asir el tirador de aluminio que lo sacaría de allí, a sus espaldas, escuchó una átona voz:

—¿Tienes prisa, Jake?

Se le heló la sangre. Sus ojos permanecieron fijos, sin parpadeo alguno, sobre el tirador que alcanzó a sujetar su mano. Por su cerebro, en una fracción de segundo, pasaron cientos de imágenes y recuerdos... Sí, Jacob Steinberg conocía aquella voz.

Empezó pronto como comercial. Con tan solo dieciocho años de edad, recién acabada la secundaria, Jacob Steinberg se lo dijo a su madre: no iría a la universidad. Aquello le rompió el corazón a Alissa Steinberg, aunque era preferible decírselo antes a ella que a un estricto Eitan Steinberg, rabino de la comunidad judía de Indianápolis. No es que su padre hubiera dado una paliza al joven Jake ni nada por el estilo, pero sí que le habría soltado un inolvidable sermón de casi una hora, en el que las palabras «vergüenza», «honor», «responsabilidad», «hijo único» y el recurrente «piensa en tu madre», seguramente, hubieran debilitado el ánimo de un muchacho que creía que su futuro estaba en comerse el mundo como vendedor, no en la medicina. «Con lo bien que sonaría lo de doctor Steinberg, hijo mío», siempre recordaba lo que le dijo su madre con abnegada resignación.

Sorteados los obstáculos familiares —llantos maternos y reproches paternos a la hora de la cena incluidos—, tras unos meses vendiendo suscripciones al *Reader's Digest* puerta a puerta, el joven Jake demostró que era bueno, muy bueno, a la hora de vender. Poco a poco, los reproches del padre fueron cediendo ante el consuelo de la madre: su hijo era feliz. Pasaron dos o tres años, y los lamentos por el doctor Steinberg perdido se transformaron en un indisimulado orgullo de la madre porque su hijo había sido capaz de comprarse una casa —aunque modesta— con sus propios medios en Fountain Square. El severo Eitan, por su parte, fue asumiendo la decisión de su hijo, hasta que el tiempo disipó sus recelos, como la niebla bajo el sol del mediodía.

Ya en 1996, a sus veintitrés años, Jacob Steinberg dio el salto al mundo de la informática. A principios de aquel año entró a trabajar como comercial de Eagle Computers, una pequeña tienda de ordenadores de Indianápolis que, desde finales del año anterior, no daba abasto vendiendo ordenadores personales con Windows 95 preinstalado. Steinberg supo aprovechar el momento y se subió a la ola que lo encumbraría años después a lo más alto. Sin embargo, para llegar hasta la cima el camino fue duro, como lo fue aquel año noventa y seis lleno de éxitos, pero también de un extenuante trabajo puerta a puerta, y del que se llevaría un inquietante recuerdo que volvió a su mente veintidós años después.

Sí, fue una tarde brumosa de primeros de noviembre la de aquel año, en la que las hojas de otoño comenzaban a teñir de marrón ocre las aceras de la calle Lockerbie. Jacob Steinberg había

tenido un día realmente provechoso, con casi veinte ventas en su haber que pretendía redondear en una de las zonas más prometedoras de Indianápolis. Aquella zona era realmente buena y la tenía que aprovechar.

Como siempre, recorrió varias manzanas, oteando las posibilidades que ofrecían los potenciales clientes: modelo de coche aparcado en la puerta; estado de conservación de la casa; si el jardín estaba bien cuidado o no; posibles niños en el hogar familiar; y un largo etcétera de detalles que, con los años, Steinberg fue sistematizando en su infalible estrategia comercial. Le gustaba ese análisis previo porque se familiarizaba con el entorno y, de paso, despejaba su mente mientras recorría el distrito.

El aire fresco de aquella tarde llenaba los pulmones de un Jacob Steinberg que, inundado por los reconfortantes y melancólicos aromas otoñales, avanzaba por entre la hojarasca seca de arce que crujía bajo sus pies. El encanto de la calle Lockerbie henchía sus avellanados ojos, al tiempo que una placentera sensación de paz le traía a la memoria fragmentos de aquel poema de James Whitcomb Riley: «Con el oro del sol de la calle Lockerbie...». Sí, Steinberg estaba encandilado por aquel lugar, rodeado de esos edificios históricos de ladrillo rojo que siempre atraparon su imaginación. «A través de los senderos oscuros y estrechos, con la sombra protectora de los árboles que ondean sobre el largo paseo marítimo...», continuaban acariciando su mente los versos de Whitcomb, justo al pasar a la altura del número 528, donde una placa conmemorativa le recordaba que, precisamente, se hallaba ante la casa museo del poeta. Allí se detuvo durante unos minutos, en los que su imaginación voló en lo que le parecieron horas, contemplando la coqueta sencillez del edificio, rodeado de un frugal, pero bien cuidado, jardín.

«Hay que trabajar, Jake», le interrumpió su yo más racional, mientras que el Jacob Steinberg más sensible comenzaba a notar en su brazo derecho cómo el prosaico peso del maletín de piel negro de cierre lateral, que lleno de folletos publicitarios, afiches y contratos firmados y por firmar —los menos estos últimos, ciertamente—, empezaba a arrastrarle de vuelta hacia la fría y numérica realidad.

Dando un leve suspiro, Steinberg retomó el camino hacia el principio de la calle Lockerbie, en dirección a la calle East, donde había dejado estacionado el Buick Electra marrón caramelo que, ese mismo año, compró de segunda mano en el Indy Cars & Trucks de Indianápolis por apenas cinco mil dólares —una verdadera ganga, gracias a la intercesión de su padre, amigo íntimo de Chuck Jones, el dueño del concesionario—. Cuando aparcó minutos antes, y tras enfilar la calle Lockerbie, había visto una casa que llamó su atención, por lo que, de vuelta al coche, pensaba hacer una visita allí para «tantear el terreno», como solía decir.

—Creo que era en el 450..., o algo así —murmuró mientras avanzaba sobre el gris cemento de la acera, sorteando los montones de hojarasca seca que se arremolinaban caprichosamente a su paso, sin poder, no obstante, resistir la tentación de pisotear furtivamente las tostadas hojas de arce más grandes que se interponían en su camino, para sentir ese crujido bajo el peso de sus pies que, a modo de relajante pasatiempo, le devolvía a los años en los que, de niño, su madre lo

acompañaba a la Hasten Hebrew Academy de Indianápolis en aquellas grises mañanas de otoño en las que el marrón rojizo de los árboles de Hoover Road inundaba los avellanados ojos de un pequeño Jake. Quizá, años después, cuando Jacob Steinberg alcanzara la cumbre del éxito como comercial, recordaría en algún fugaz instante esas pequeñas experiencias con una melancolía igual de breve que un sorbo de ardiente café. Sin embargo, hoy, en el arroyo, sus recuerdos apenas eran capaces de evocar la más mínima reminiscencia agradable del pasado, más que para derramar alguna irreflexiva lágrima mientras su memoria atizaba antiguas brasas.

—Aquí es —dijo, al tiempo que ajustaba a su cuello la discreta corbata de seda gris que, a juego con su traje de lana del mismo tono, destacaba de forma sencilla sobre el pecho de la camisa de algodón blanco que relucía especialmente en aquella plúmbea tarde de otoño.

Frente a él se erguía una casa que no se distinguía especialmente con respecto a las demás que jalonaban la calle Lockerbie. De dos plantas, construida de ladrillo rojo, rodeada por una pequeña verja a juego con el color de la fachada, un pequeño jardín bien cuidado decoraba el acceso a una coqueta puerta de roble rojo enmarcada en blanco, la cual conjuntaba con los cuatro alargados ventanales del frontispicio también enmarcados en madera pintada de blanco. «Una casa más de la zona histórica de Indianápolis», podría haber pensado cualquier otro; sin embargo, el avezado olfato comercial de Jacob Steinberg detectó una oportunidad en aquella casa que llamó su atención desde el principio.

Decidido, empujó la entreabierta cancela de la pequeña verja que apenas le llegaba a la altura de la cintura; enfiló el escaso camino empedrado que conducía hacia los dos escalones de madera que daban acceso a la puerta de entrada; y, tras fijarse en el nombre —«Familia Jenkins»— que rezaba en el buzón de correos de color verde oscuro que colgaba de la fachada a la altura de su pecho, de una ágil zancada superó el par de escalones, plantándose frente a la puerta de roble rojo que, con el número 450 en dorado envejecido, le ofrecía una escasa visión del interior de la casa a través de un estrecho cristal biselado lateral discretamente resguardado por una finas cortinas interiores de hilo en tono hueso.

Oteando el grueso marco blanco de la puerta en busca de algún timbre, su ausencia le obligó a utilizar la pequeña aldaba de bronce en forma de puño cerrado que pendía bajo el número de la casa.

Tac, tac, tac.

Se ordenó su, por aquel entonces, abundante y lacio cabello castaño mientras esperaba respuesta. Sin embargo, el silencio volvió a cerrarse.

Tac, tac, tac; arremetió de nuevo la pequeña y peculiar aldaba.

Tras unos segundos, Steinberg comenzó a impacientarse al no escuchar sonido ni movimiento

alguno procedente del interior del 450 de la calle Lockerbie.

«¡Mierda!», exclamó en su interior al pensar, molesto, que tendría que volver en otro momento para pelear aquella venta casi segura. Una familia de una zona de alto poder adquisitivo era un caramelo que Steinberg no podía dejar escapar.

Tac, tac, tac, tac; volvió a golpear, impaciente, el pequeño puño de bronce contra el rojo roble.

Tras unos instantes de desazón, Steinberg decidió dar media vuelta con una mueca de desagrado en su rostro.

Sin embargo, cuando su pie derecho ya descendía hacia el primero de los dos escalones de madera que conducían de vuelta al pequeño camino empedrado que atravesara minutos antes, pudo escuchar con claridad una voz que le hizo dar un respingo:

—¿Tienes prisa, Jake?

Aunque amortiguada tras el roble de la puerta, su lejanía, sin embargo, no ocultaba una voz sin acento alguno; una voz... sin alma.

Steinberg se detuvo en el primer escalón ya alcanzado; giró la cabeza en dirección a aquella voz que la puerta de entrada ocultaba; y, de forma instintiva, los músculos de sus piernas y torso hicieron el amago de deshacer los pasos dados para volver a plantarse frente al rojo roble desde el que, segundos antes, el silencio le respondiera y que aquella incorpórea voz rasgó con su enigmática pregunta. Sin embargo, un escalofrío recorrió cada una de sus vértebras, como los largos dedos del pianista que acarician un teclado.

«¡Vete!», retumbó una advertencia en el interior de su cabeza.

Durante unos instantes permaneció sobre el primer escalón de madera, de pie, con medio cuerpo girado hacia la izquierda, en una silenciosa batalla interior entre los ejércitos de la racionalidad y las desordenadas tropas de la guerrilla del subconsciente.

«¡Vete ya, Jake!», continuaba pugnando el interior de un Jacob Steinberg con los músculos más tensos que la piel de un tambor.

Tras unos segundos de indecisión, el rugido de una vieja motocicleta que pasó como una exhalación calle Lockerbie abajo rompió el silencio. Como si un resorte en las piernas tuviera, de un salto descendió los dos escalones; en apenas una fracción de segundo se vio frente a la cancela abierta en la pequeña verja que separaba la propiedad de la acera gris en la que se amontonaban

las hojas secas de otoño; y, antes de cruzar el umbral que le haría abandonar definitivamente el 450 de la calle Lockerbie, un hormigueo le recorrió el vello de la nuca, espoleándole para que escapara de aquel lugar de una vez por todas.

«¡Vete, Jake! ¡Vete de una jodida vez!».

Sin embargo, de pie frente a la acera, con aquella casa de ladrillo rojo a sus espaldas, algo en su interior le obligó a volver la cabeza y echar un último vistazo, con la seguridad de que, a un paso del gris cemento acolchado de hojarasca, nada podría ocurrirle.

«¿No lo ves, Jake? ¿Cómo coño puede saber tu nombre ese tipo? ¡Vete ya!».

En vano. Steinberg giró lentamente el cuello hacia la casa: todo continuaba igual; la quietud y el silencio reinaban en aquel lugar.

—Estás tonto —murmuró, con una nerviosa sonrisa de la que apenas fue consciente.

«No seas gallina», pensó mientras, súbitamente, sus músculos se armaron de un inusitado, aunque prudente, valor.

Lentamente, sus pasos volvieron a dirigirse hacia el pequeño camino de piedra que conducía a la casa. Sí, poco a poco, escudriñando su entorno, como el gato que acecha al ratón, Steinberg anduvo apenas unos pasos que, sin embargo, le parecieron una excursión, procurado que el hule vulcanizado de las suelas de sus negros zapatos se posara lo más delicadamente posible sobre el irregular mosaico de piedra del camino ajardinado.

Cuando nuevamente hubo llegado a los dos escalones de madera que daban acceso a la puerta de entrada a la casa, se detuvo frente a ellos, y tras un fugaz vistazo, sin apenas pensarlo, valoró que el crujido de la madera bajo la presión de sus pies echaría a perder su instintivo sigilo, por lo que decidió otear furtivamente a través del cristal de un alargado ventanal que quedaba junto a él, justo antes de los escalones.

Apenas tuvo que hacer esfuerzo alguno para que su mirada se colara en el interior de la casa: un visillo de lino color hueso, leve y oportunamente descorrido, le permitió vislumbrar una gran estantería repleta de libros que descansaba contra la pared de una estancia sin más luz que la que el fino cortinaje dejaba filtrarse a su interior.

«¡Vete!» aguijoneó su cerebro.

—Me largo —masculló, al tiempo que lanzaba una última mirada al interior de aquella habitación, llevado por una curiosidad que, en cualquier otra situación, comenzaría a ser malsana



—. Ya volveré otro día —mintió.

Sin embargo, cuando aquel último vistazo tras el cristal abandonaba ya la estancia, algo llamó su atención al fondo de lo que parecía un oscuro pasillo: una figura humana se recortaba en la penumbra, sin que Steinberg pudiera adivinar ni vestimenta ni perfil definido alguno, más que un alargado porte que permanecía inmóvil... ¿mirándole, quizá?

«¡Vete, joder!». No obstante, permaneció con la mirada clavada en aquella obtusa figura.

De pronto, el impávido habitante del 450 de la calle Lockerbie pareció avanzar entre las sombras que lo cobijaban, en dirección a la luz que se colaba por entre el delicado tejido de los visillos tras el cristal, momento en el que Steinberg echó instintivamente la cabeza hacia atrás, como el mirón que se ve sorprendido por su escopofóbica víctima. No obstante, su curiosidad pudo más, recuperando nuevamente su frente la posición inicial que abandonara hacía solo un instante.

Aquella figura avanzó un poco más hacia la luz de forma pesada, sin ritmo alguno al caminar, como si de un cuerpo inerte movido por alguna fantasmagórica fuerza se tratara.

Steinberg se agachó con cautela y, tras posar suavemente el maletín de piel negro de cierre lateral sobre el mullido césped que rodeaba el pequeño camino empedrado, se volvió a incorporar para, inmediatamente, ahuecar las manos sobre el cristal del ventanal y definir así más su visión hacia el interior de la casa. Aunque la adrenalina hacía galopar su corazón, la natural propensión al fisgoneo pudo más que la vergüenza a ser descubierto.

«¡Vete!», volvió a resonar en su cabeza, al tiempo que una fugaz visión congeló el gesto de un Steinberg que jamás hubiera dado crédito a lo que sus avellanados ojos creyeron ver en apenas una fracción de segundo.

—No... puede ser —susurró, apartando lentamente las manos del cristal, al tiempo que su semblante dibujaba la incredulidad más absoluta—. No..., no tiene... cara.

Aquella figura avanzó aún más a lo largo del lóbrego pasillo que resguardaban las sombras, hasta ser alcanzada por apenas unos jirones de tenue luz que se filtraban por los visillos del ventanal. Steinberg pudo ver entonces una enjuta y espigada silueta, enfundada en lo que parecía un desgastado traje negro, tan solo salpicado por el blanco de una camisa abierta a la altura de un cuello que discurría hacia el inexistente mentón de aquel ser sin rostro. Sí, tan solo una nívea faz, sin ángulos ni perfiles que la definieran, ni nada parecido a un atisbo de ojos, contemplaba sin mirada alguna, de una forma casi espectral, a un Jacob Steinberg desenchajado.

«¡Huye, joder!», estalló en su cabeza.

Súbitamente, hasta el último de sus músculos se tensó; sin saber cómo, su mano derecha barrió el aire hacia el suelo, cazando al vuelo el asa de su maletín con un inusitado juego de dedos; y, en apenas un suspiro, una inyección de adrenalina disparó sus piernas en dirección a la verja que deslindaba la propiedad, tiempo en el que acertó a adivinar que aquella *cosa* levantaba su brazo derecho para señalarle con el dedo índice de una enguantada mano blanca.

—¡Joder! ¡Joder! —mascullaba entre dientes al alcanzar la cancela abierta de la pequeña verja roja, momento en el que dirigió una fugaz mirada a la puerta de roble sobre la que el número 450 en dorado envejecido ya no tenía debajo una aldaba de bronce en forma de puño cerrado, sino, lo que le pareció, un ahora puño blanco del que sobresalía un dedo índice apuntando hacia él.

Steinberg corrió y corrió calle Lockerbie arriba, sin apenas respirar, como si le persiguiera el mismísimo diablo. Jadeante, y con el corazón a punto de reventarle el pecho, alcanzó en apenas unos segundos la calle East; se subió como un rayo en su Buick Electra marrón caramelo, lo arrancó y, esforzándose por respirar al mismo tiempo que la saliva que tragaba le abrasaba la garganta, salió disparado en un chirriar de neumáticos que, seguramente, algún vecino criticaría con vehemencia.

Jacob Steinberg jamás volvió a pisar aquella zona de Indianápolis. Su lado más lógico intentó racionalizar todo aquello —«Un efecto del reflejo de la luz, Jake; nada más», se esforzaba en creer—; aunque su lado más primitivo le decía que olvidara el asunto. Durante años se impuso el silencio y el olvido en la mente de un Steinberg que, sin embargo, en lo más profundo de su memoria, continuó atesorando los ecos de aquella tenebrosa e inhumana voz: «¿Tienes prisa, Jake?».

«¿Tienes prisa, Jake?», resonó en su cabeza veintidós años después, mientras un escalofrío recorrió su espinazo como una descarga de alta tensión.

Su mano derecha continuaba asiendo el tirador de aluminio de la puerta acristalada del Oasis Diner, sin apenas poder disimular un incipiente temblor que inutilizaba hasta el último músculo de su cuerpo, al tiempo que los terrores del pasado oprimían su pecho, convirtiendo su respiración en un frustrado y continuo intento por hiperventilar.

Shiii...; comenzó a deslizarse sobre el linóleo ajedrezado del local algo parecido a unos pies arrastrándose.

Steinberg permanecía inmóvil, con su temblorosa mano sujetando el tirador de aluminio de la

puerta, del que no levantaba su aterrorizada mirada.

Shiii...; continuó deslizándose... *aquello*.

Aunque los músculos de su mano asían con fuerza el tirador metálico, su cerebro estaba totalmente paralizado. «¡Abre la jodida puerta, Jake!», le gritaba una desesperada voz interior que, sin embargo, no obtenía respuesta de un Jacob Steinberg cuyas piernas apenas podían sostenerlo.

Shiii...; cada vez más cerca.

Steinberg, petrificado ante la acristalada puerta del local, temblaba como los pétalos de una amapola bajo la brisa de septiembre.

Shiii..., shiii..., shiii...; aceleró el ritmo aquel pesado y cansino arrastrar de pies.

—¡Vete, joder! —comenzó a gritar Steinberg, mientras sus ojos, fijos sobre el tirador de aluminio del que su mano derecha no se despegaba, comenzaron a manar unas desesperadas lágrimas de impotencia.

Shiii..., shiii..., shiii...; cada vez más cerca.

—¡Por favooooor! —parió su garganta un agónico ruego.

Shiii..., shiii..., shiii...; más cerca, más cerca.

«450», cruzó por su mente.

Shiii..., shiii..., shiii...

«Familia Jenkins», brotó de su aterrada memoria.

Shiii..., shiii..., shiii...; a apenas unos pasos tras él.

«¿Tienes prisa, Jake?», reprodujo caprichosamente su sobreexcitada amígdala.

SHI; se detuvo en seco tras él.

Steinberg podía notar a sus espaldas aquella presencia. Su mano continuaba siendo el tirador de aluminio de la puerta del Oasis Diner, paralizado, inmóvil, salvo por el inquietante temblor de unas piernas al borde de la rendición. Su mente le gritaba que abriera aquella «jodida puerta»,

pero sus músculos no respondían. Un sudor frío recorría su cuerpo, empapando su recién estrenada camisa de cincuenta dólares *slim fit* de algodón blanco. «Necesito ducharme», articuló de una forma casi estúpida el embotado cerebro de un Jacob Steinberg al borde del colapso.

Con apenas un hábil y sutil gesto de su antebrazo, aquella puerta podría haber quedado abierta; sin embargo, el agónico terror que atenazaba a Steinberg, con *aquello* tras él, le impedía movimiento alguno.

«Con el oro del sol...», mientras un gesto de agónica desesperanza intentaba dibujarse en su desencajado rostro. «Con el oro del sol... de la calle Lockerbie...», repetía su cerebro, festoneado de incoherencia.

Durante unos instantes, en el interior del Oasis Diner, todo permaneció en silencio. La luz del exterior se colaba por entre la rojiza veneciana que, cerrada, apenas le dejaba entrever, a través de la acristalada puerta, el blanco reflejo del sol estrellándose sobre la grava del estacionamiento en el que descansaba el moribundo Subaru SVX que el *jodido* McGregor ya no vería nunca más —«Ya no tendrás que repararlo, cabrón», cruzó por su mente, en pleno proceso de desconexión de la realidad—. Mientras, el silencio continuaba hermético tras Steinberg; sin embargo, sabía que *aquello* continuaba allí, observándole calladamente mientras las hechuras mentales de este comercial venido a menos se deslavazaban como un pelele de trapo mal cosido.

Sí, Jacob Steinberg sabía que había llegado su hora, aunque de una forma que jamás hubiera imaginado. No; no sería en un accidente de tráfico en uno de sus innumerables viajes a través de las solitarias carreteras de Nuevo México; no sería de un infarto que le reventara su más que trabajado corazón; tampoco lo sería por culpa de un atracador empapado en *crack* al que se le fuera la mano. No; Steinberg no se iría de este mundo como un vulgar número de una fría estadística policial. No; Jacob Steinberg lo haría de la más extraña y fantasmagórica de las formas. Sí, *aquello* haría el trabajo que veintidós años atrás no pudo ni comenzar.

Derrotado, y asumido su destino, Steinberg, con un hilo de voz que acertó a escapar de una garganta atenazada por el metálico sabor del terror, preguntó a *aquello* que permanecía tras él:

—¿Qué quieres?

Tras un tétrico silencio, una voz sin alma le respondió, a apenas unos milímetros de su oído derecho, susurrando:

—A ti.

## VIII. ÉXODO 33:23

—Mira, tu *amiga* —dijo a Santoro un David Charles Bradley que, la tarde de aquel viernes de mediados de julio, estaba especialmente animado.

—Sí, mi camarera... *especial* —respondió, con una mueca que no podía ocultar una sonrisa burlona.

Estaban de regreso a Grants para investigar la desaparición de la congresista Torres, tal y como les había ordenado esa misma tarde el director Van Keulen por teléfono cuando, viajando a Santa Fe, se habían detenido a repostar en la estación de servicio Warrior Fuel de Bernalillo. De vuelta a Grants, decidieron parar en el Sky City Travel Center Express para tomar algo y, de paso, preguntar por si alguien hubiera visto a la congresista la noche anterior. Lo que no esperaban era volver a ver tras la barra a Stephanie, la camarera con la que Michael Santoro mantuviera aquella misma noche una *amigable* charla.

—¡Vaya! ¡Mis clientes *favoritos*! —exclamó una sarcástica Stephanie, apuntándoles con su generosa delantera—. ¿Café otra vez, *encantos*? —preguntó, en un tono que, desde luego, constituía toda una declaración de guerra.

—Comeremos algo —intervino un conciliador Bradley mientras tomaba asiento en un desgastado taburete de espuma forrado en polipiel negra.

—¿Qué hay en el menú? —preguntó Santoro, tomando también asiento junto a su compañero.

Sin mediar palabra, Stephanie sacó sendas cartas de menús plastificadas tamaño cuartilla que portaba en el bolsillo derecho de un descolorido uniforme tirando a rosa; las puso delante de los dos agentes y, tras ello, de su bolsillo izquierdo sacó el pequeño bloc y el bolígrafo a los que la noche anterior no diera uso con Bradley y Santoro. Con gesto adusto, esperó impaciente a que sus dos clientes se decidieran.

Apenas pasó un minuto mientras los dos de Florida ojeaban los diez platos de la carta. El desordenado tintineo de los metálicos cubiertos chocando contra la loza que las decenas de comensales del restaurante hacían sonar a sus espaldas, acompasado por el delator sonido de las bandejas de falsa caoba al contacto con las mesas, era ahogado por el sordo murmullo de las

indescifrables conversaciones que sobrevolaban el inmenso local repleto de camioneros y demás viajeros en tránsito hacia sus anónimos destinos. En contraste, el silencio de Bradley y Santoro, mientras sus indecisos ojos recorrían los plastificados menús, impacientaba cada vez más a una expectante Stephanie que mantenía el bolígrafo apuntando hacia la virgen media cuartilla pautada de su pequeño y sufrido bloc de notas.

—El número seis —se decidió Bradley.

—Lo mismo —coreó Santoro—. Y café —añadió, dirigiéndole una forzada sonrisa a Stephanie, quien correspondió dibujando un más que expresivo culo de pollo en sus gruesos labios mientras inauguraba la media cuartilla pautada del pequeño bloc con una escueta anotación en azul vibrante: «2X6». Tras ello, sus rechonchos dedos recogieron con apremio los plastificados menús que los dos agentes todavía sostenían entre sus manos.

Stephanie se alejó tras la barra en dirección a la ventana de la cocina con la comanda mientras sus amplias caderas hipnotizaban a un Santoro impresionado por su más que generoso volumen.

—Tengamos la fiesta en paz —intervino Bradley para poner coto a la siguiente frase mordaz que, seguro, se estaría cociendo en los imaginativos sesos de su compañero.

—¡Ja, ja, ja! —carcajeó Santoro.

Tras colocar Stephanie la nota del pedido en la rueda portacomandas que pendía del marco de aluminio abierto en la cocina, volvió sobre sus pasos para atender a otros clientes que esperaban tras la barra. Al pasar de nuevo a la altura de Bradley y Santoro, este alargó el brazo; con un chasquido de dedos llamó la atención de la camarera:

—¡Perdona!

—¿Sí? —preguntó, con el despectivo gesto de quien se viera requerida por un pordiosero.

—¿Podemos hacerte unas preguntas? —interpeló Santoro, al tiempo que extendía sobre la fría barra metálica del restaurante su cartera abierta de piel negra, en la que una reluciente placa dorada acompañaba la fotografía de un juvenil Michael Santoro junto a unas intimidantes siglas en azul marino: «FBI».

—¡Hola! ¡Hola! —exclamó una más que sorprendida Stephanie—. ¿Y quién de los dos hace de Mulder y quién de Scully? —bromeó, sin apenas poder contener una sarcástica mueca que acentuó sus redondeados y sonrosados mofletes.

Santoro siguió la broma:

—Depende, aunque yo soy más de marcianos.

—¡Ja, ja, ja! —rio sin disimulo. Le hizo gracia el chiste a Stephanie—. Cualquiera hubiera dicho que fuerais federales, así vestidos.

—Es que somos como Peter Pan —intervino un agudo, aunque flemático, Bradley.

—¡Ja, ja, ja! —carcajeó una Stephanie cada vez más suelta con aquellos dos.

Santoro guardó su cartera de piel negra en el bolsillo trasero derecho de su vaquero al mismo tiempo que del bolsillo delantero izquierdo extraía su iPhone X gris espacial de 64 GB, el cual se desbloqueó al identificar las facciones del italoamericano, quien, en un rápido buceo entre los miles de fotografías almacenadas, le mostró a la camarera una imagen de la congresista Torres que se había descargado de internet mientras volvían de su abortado viaje a Santa Fe:

—¿Te suena?

Stephanie acercó su redondeado rostro al teléfono de Santoro, mientras su generoso busto se comprimía sobre el metal de la barra. No dudó ni un instante:

—La congresista Debra Torres. Todo el mundo la conoce.

—¿La has visto por aquí? —requirió Bradley con gesto esperanzado.

—Por supuesto; anoche mismo. Pasó justo detrás de vosotros —respondió, incorporándose tras la barra.

—¿Qué? —al unísono Bradley y Santoro.

—Sí —confirmó Stephanie, sin ocultar su satisfacción por haber desestabilizado a los dos agentes—. Cuando estábamos... *charlando*, pasó por detrás de vosotros hacia la salida. Serían casi las doce; lo recuerdo bien porque faltaba una hora para que acabase mi turno... —dijo, haciendo una pausa—. Termino a la una de la madrugada, ¿sabes, *guapo*? —concluyó, haciéndole un burlón guiño a Santoro, quien ni tan siquiera fue capaz de captar la broma porque su cabeza se giraba en ese preciso instante una cuarta hacia la sorprendida cara de su compañero.

—¡Hay que joderse! —exclamó Santoro.

—¿Estaba con alguien? —interrogó Bradley.

—No. Entró sola, sobre las once y media, y se fue sola. No iba con nadie.

—¿Notaste algo raro en su comportamiento? —preguntó Santoro.

—No, nada raro. Pidió medio bocadillo vegetal y café; pagó y se sentó en una de las mesas de ahí atrás; se lo comió y se fue. Nada fuera de lo normal. ¿Es que ha ocurrido algo? —indagó extrañada Stephanie.

—Nada de lo que debas preocuparte —intervino Bradley, en vista de que su compañero se arrancaba en ademán de soltárselo todo a la camarera.

—Ya —respondió con gesto de desencanto Stephanie.

—Gracias. Eso es todo —concluyó un cortante Bradley.

—Gracias, Stephanie —agradeció un comprensivo Santoro.

—No hay que darlas —correspondió la camarera, con un gesto de cierto recelo en su voluminoso rostro.

Mientras Stephanie se alejaba entre las volutas de murmullos que subían desde las mesas del restaurante, los dos agentes se miraron.

—Se le perdió la pista entre aquí y Grants —dijo Santoro—. Estuvo justo detrás de nosotros —añadió, haciendo girar su cuerpo sobre el taburete para dirigir la mirada hacia las mesas del local.

—Sí, eso parece —confirmó Bradley, acariciando su puntiaguda barbilla.

—¿Qué hacemos ahora? —Volviéndose hacia su compañero, quien permanecía con la mirada perdida, pensativo.

—Comemos y vamos para Grants. Después de instalarnos en el motel haremos algunas preguntas a la familia antes de que mañana venga su marido; con él por aquí danzando va a ser más un estorbo que otra cosa.

—¿Motel?

—Sí, nos instalaremos en el Beauty & Luxury de nuevo; no podemos perder tiempo buscando



otro alojamiento en Grants.

—Nos podemos alojar aquí; hay habitaciones —sugirió un esperanzado Santoro.

—Mejor en Grants, para no estar yendo y viniendo. Tenemos poco tiempo.

—Vale —respondió un resignado Santoro.

A los diez minutos volvió Stephanie con los platos: hamburguesa poco hecha con chile, patatas fritas, ensalada de aguacate y café. En apenas quince minutos dieron cuenta del menú —Santoro devoró hasta la última miga, mientras que Bradley bebió más café que comió—; pagaron —unas monedas de propina—; y, a eso de las siete y media de la tarde de aquel viernes de mediados de julio, abandonaron el restaurante del Sky City Travel Center Express.

—Vaya par —murmuró Stephanie mientras, tras las amplias cristaleras del local, los veía perderse entre el laberinto cromado de camiones que dormitaban en el estacionamiento. Aquellos dos habían empezado a caerle... *simpáticos*.

Sobre la ocho llegaron al Beauty & Luxury Motel de Grants: de nuevo la 101 para Santoro; la 105 para Bradley. Otra vez, el espigado y desganado adolescente que hacía las veces de recepcionista les hizo firmar en el libro de registro, les entregó las llaves y les recordó que los cuarenta dólares la noche no incluían desayuno.

Cerca de las nueve de la noche se plantaron en el 520 de la avenida Gunnison, un modesto barrio residencial de Grants donde vivían los padres de la congresista Torres y que a Santoro le pareció «escaso» al pensar en lo que podía llegar a ganar al año alguien como Debra Torres. Apenas estuvieron una hora hablando con un matrimonio Torres en permanente vigilia. No sacaron nada —algo que, por lo demás, esperaban—, más que cubrirse las espaldas con una obligada visita para que el marido de la congresista no tuviera después la excusa perfecta para montar algún tipo de drama que pudiera llegar a oídos de Van Keulen. En realidad, no sabían por dónde podría salir el esposo, pero era conveniente no dejar cabos sueltos y hacer aquella visita cuanto antes para así tener las manos libres el sábado, antes de la llegada de Robert Louis Sheridan.

«Buena gente», pensó Santoro de vuelta a la 101 del Beauty & Luxury Motel, a eso de las diez y media de la noche. No era la primera vez que había hablado con los padres de algún desaparecido, pero en aquella ocasión le tocó la fibra sensible el ver a un desesperado matrimonio Torres que había dado toda una vida para que su única hija llegara a lo más alto. Después de hablar con ellos, pudo comprender a la perfección el porqué seguían viviendo en

aquel barrio de medio pelo, siendo que su hija era toda una congresista: «Gente honrada», concluyó.

—Está jodido el tema —masculló Michael Santoro mientras comenzaba a descalzarse sobre la rugosa moqueta de la 101.

Desde que abandonaran el Sky City Travel Center Express aquella misma tarde, su compañero y él no dejaron de darle vueltas a lo que podría haberle ocurrido a la congresista: nada apuntaba a una desaparición voluntaria; desde el Sky City Travel Center Express hasta Grants no había ninguna salida que le hubiera permitido abandonar la interestatal 40; o la congresista se dirigió a otro lugar o algo ocurrió en los apenas diez kilómetros que separaban el Sky City Travel Center Express y Grants. Sí, el tema estaba «jodido».

Aquella noche Santoro no estaba para lindezas: sin cepillarse los dientes, se enfundó una ligera y amplia camiseta de algodón blanco que, junto a los bóxer que le acompañaran desde la mañana, harían las veces de improvisado pijama.

Se deslizó entre las finas y descoloridas sábanas del camastro sobre el que su agotado cuerpo intentaría descansar aquella noche, y cuando alargó su brazo izquierdo hacia la llave de la pared para apagar la escasa luz que iluminaba la habitación, su mano chocó con el entreabierto cajón de la mesita de noche. Curioso, zambulló su mano en el interior del cajón y palpó lo que, al tacto, parecía un libro: «La jodida Biblia de Gedeón», pensó.

—Buenas noches, Gedeón —musitó mientras apagaba la luz de la 101.

«MÍRAME», asaltó los sueños de Michael Santoro.

Entre las sombras de la 101 se colaba la lejana y vaporosa luz del Walmart Supercenter cercano.

«MÍRAME», volvió a agujijonear el cerebro de un profundamente dormido Santoro.

Sin embargo, aquel nebuloso requerimiento, ausente de voz alguna que lo acompañara, apenas perturbó el profundo sueño del de Sarasota, quien, envuelto entre dulces ensoñaciones, cambió mecánicamente de posición sobre el duro colchón.

Su agotado cerebro continuó sobrevolando los profundos valles del sueño, deteniéndose en los

incorpóreos hitos del día anterior que su caprichosa imaginación iba colocando aquí y allá.

«¡Hola! ¡Hola!», se le representó una Stephanie vestida como una imposible y sobrealimentada diosa griega.

«Termino a la una», continuó una insinuante Stephanie que, envuelta en vaporosas gasas blancas, atenazaba ahora entre sus voluminosos pechos la cabeza de un sofocado Santoro.

«Entre el Sky City Travel Center Express y Grants...», comenzó a manar una incorpórea voz de los orondos y turgentes pechos de Stephanie, entre los que se hundía cada vez más la cabeza de un Michael Santoro naufragando en el océano de sus sueños.

«¡Vaya! ¡Mis clientes *favoritos!*», seguía la voz de una voluptuosa Stephanie, desde la insondable profundidad de unos pechos entre los que Santoro se sentía desfallecer.

Sí, Michael Santoro se hundía y se hundía cada vez más en la carnosa inmensidad de la camarera del Sky City Travel Center Express, a la par que cada vez más falto de resuello.

«Déjame... respirar», rogaba Santoro entre las nebulosas del sueño. «Me... *ahogooo*», paralizado entre sofocantes fantasías.

Sin embargo, poco a poco, la imagen de una opresiva Stephanie fue difuminándose, como el vapor de una tetera hirviendo recién apartada del fuego. Michael Santoro, lentamente, fue recuperando el aliento, emprendiendo nuevamente el vuelo sobre las algodónadas nubes de sus ensoñaciones.

«MÍRAME», interrumpió de nuevo el empalagoso sueño de Santoro.

De repente, las ebúrneas y delicadas nubes sobre las que flotaba Santoro comenzaron a tornarse grisáceos jirones. Después, del gris panza de burro pasaron de súbito a un tormentoso negro que comenzó a angustiar el sueño del de Sarasota.

«MÍRAME», volvía a interponerse ante los cerrados ojos de Santoro, al tiempo que este descendía y descendía hacia un lugar que, cada vez más, se asemejaba a lo que debía ser el territorio muerto entre el infierno y el purgatorio.

Columnas de negros nubarrones acompañaban el vertiginoso descenso de Santoro. Inútilmente agitaba sus imaginarios brazos, intentando aferrarse a *algo* que, sin embargo, no encontraba.

Caía y caía, como un 747 en barrena en cuyo interior cientos de pasajeros chillaran, gritaran y patalearan, sabedores de que aquel vertiginoso descenso no era más que el último viaje hacia sus

destinos finales.

Aunque intentaba emitir algún articulado sonido, la garganta de Santoro permanecía herméticamente cerrada; sellada, más bien, por el terror a lo que sus caprichosos sueños le pudieran reservar al final de aquella caída hacia ninguna parte.

Los negros y cerrados nimbos comenzaron a teñirse de destellos rojizos, envolviendo el descenso de Santoro en una roja tormenta de frío y fuego.

«MÍRAME», volvió a dibujarse en la dormida imaginación del italoamericano.

«MÍRAME», se repitió en la, cada vez más, vertiginosa caída de Santoro.

«MÍRAME», mientras la angustia se apoderaba de sus sueños.

«¡MÍRAME!», una voz seca, átona, pero estruendosa, atronó esta vez en la cabeza de Michael Santoro. Su cuerpo, sobre el duro camastro de la 101, respondió con un mecánico espasmo que detuvo la caída de su sueño hacia los infiernos.

De pronto, bajo sus pies sintió tierra firme, rodeado sin embargo de la oscuridad más impenetrable. Una tétrica neblina surgía del suelo, acompañando la incertidumbre de un espantado Santoro, como las artificiales nubes de glicerol que envuelven al desconcertado borracho que deambula a tientas entre la estridente oscuridad de una discoteca de suburbio.

Sí, la oscuridad más absoluta rodeaba los sueños de Santoro, excepto por una lejana y tenue luz rojiza que podía vislumbrar entre la vaporosa bruma de sus ensoñaciones.

Santoro, atraído si más remedio por aquella luz, comenzó a caminar entre tinieblas, mientras sus inmateriales piernas se afirmaban sobre el crujir de lo que parecía una muerta hojarasca de otoño.

Avanzando entre impenetrables sombras, el crujiente sonido de las hojas secas bajo sus pies restallaba en su cabeza, mientras sus oscuros ojos se clavaban en aquel rojizo destello que, ahora, nítidamente, comenzaba a representarse en sus sueños como una puerta en mitad de la nada.

Santoro continuó caminando, guiado por una dulce y extraña atracción, aunque no exento de cautela, en dirección a aquella visión, cada vez más definida en su imaginación, materializándose en sus sueños como una enorme puerta de roble rojo enmarcada en gruesa madera pintada de blanco, de cuyo frontispicio pendía un 450 en dorado envejecido. Debajo de aquel número, una pequeña aldaba de bronce en forma de puño cerrado invitaba a ser golpeada.

Frente a aquella puerta se detuvo un Michael Santoro sin inquietud alguna; una contradictoria sensación de tranquilidad y confianza inundaba cada uno de sus inmateriales músculos. El silencio lo rodeaba.

Hipnotizado por el cálido resplandor que desprendía el roble rojo de aquella puerta, Santoro alargó su brazo derecho con decisión hacia la aldaba que pendía bajo el 450.

«Con el oro del sol...», susurró la oscuridad en los sueños del italoamericano, con sus dedos a apenas unos milímetros de acariciar aquel puño de bronce, mientras el rojo roble resplandecía cada vez con más fulgor en medio de las tinieblas, como si una extraña energía que manara del propio Santoro alimentara *algo* vivo en la madera de aquella enigmática puerta.

«Con el oro del sol de la calle Lockerbie...», continuaron susurrando los sueños de Santoro, con las yemas de los dedos notando ya en sus finas terminaciones nerviosas el frío bronce de aquella mano que...

«¿Mickey?», de repente tras él. «¿Ya has terminado?», mientras el sueño de Santoro se desmadejaba como un ovillo de sedoso perlé rodando por el suelo.

«¡Voy, papá!», respondió en sueños, al tiempo que sus párpados comenzaron a entreabrirse bajo la tenue luz que, desde el cercano Walmart Supercenter, se colaba por entre la fina cortina gris de la 101.

Entre las difuminadas figuras de la habitación, su aletargado cerebro buscó en vano aquella puerta de roble frente a la que segundos antes se encontrara. Sus perezosos dedos se movieron levemente en busca de la fría aldaba que a punto estuvo de asir; también en vano. Finalmente, sus ojos se abrieron, oteando entre los reductos de sombras de su imaginación aquel rojizo resplandor que en sus ensoñaciones le hipnotizara.

Durante unos minutos permaneció tendido sobre el duro camastro de su habitación de cuarenta dólares, recuperando la consciencia de la realidad a la que lentamente emergía. La pastosa lengua se despegó de su reseco paladar, al tiempo que su brazo izquierdo se alargó torpemente hacia la llave de la luz situada en la pared, en algún lugar entre el cabecero del camastro y la mesita de noche de contrachapado barato que apenas llenaba el escaso y tosco mobiliario de la 101.

—¿Qué es esto? —dijo, al advertir que su codo chocó con algo que había sobre la ajada mesita.

A tientas, alcanzó la llave de la luz. La habitación se iluminó tétricamente con la pobre potencia de las tres bombillas de cuarenta vatios que asomaban, como huevos desde el interior de una cesta invertida, del insulso plafón oscuro encajado en el amarillento techo de la 101.

—Pero... —Una Biblia de Gedeón abierta sobre la mesita despejó, como un cubo de agua helada, a un adormilado Santoro, borrando de su mente los tenues aguafuertes de sus sueños más inmediatos.

Todavía sin saber si aquello formaba parte de algún sueño tardío, sus dedos acariciaron el fino papel crema de aquella Biblia que, de forma incomprensible, se abrió ante sus legañosos ojos.

«Yo no saqué la Biblia del cajón...; creo», dudó en sus pensamientos, mientras acertaba a ver que uno de los versículos aparecía toscamente subrayado a lápiz:

### **23. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro.**

Ahora sí estaba seguro: si hubiera sacado la Biblia del cajón, recordaría a la perfección aquel versículo subrayado. Una sensación de inseguridad recorrió su mente, mientras que un escalofrío azotó su rostro.

«¿Habrá entrado alguien?», pensó, al tiempo que su mirada, en la distancia, buscaba el umbral de la puerta de la 101.

«Imposible», le confirmó la pequeña cuña de madera firmemente ajustada entre la puerta y el suelo enmoquetado. Uno de los primeros trucos que aprendió en los cursos de seguridad que recibiera en sus comienzos en el FBI era el de la cuña bajo la puerta de la habitación: «No hay puerta de hotel segura», advertía el fornido instructor O'Neill a sus jóvenes alumnos. Aquel truco lo aplicó desde el primer día Santoro, y la noche de aquel viernes de mediados de julio no fue una excepción.

«Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro», volvió a leer Santoro para sus adentros el Éxodo 33:23. Cualquier huésped anterior de la 101 podría haber subrayado aquel pasaje, pero, desde luego, ninguno podía haber dejado aquella Biblia sobre la mesita de noche. De eso estaba totalmente seguro Michael Santoro porque, cuando apagó la luz, sencillamente, sobre la ajada mesita no había nada.

Continuó con la mirada fija durante unos instantes sobre aquella Biblia abierta que desafiaba su razón, difuso, indeciso.

—¡A la mierda! La habré sacado yo mismo...; sonámbulo o algo así —concluyó sin más

pesquisas, cerrando acto seguido el libro de un manotazo, siendo todo uno el cogerlo por su cubierta de cartoné forrado en rojo, guardarlo en el cajón de la mesita y sellar este de un golpe seco.

Con decisión, apagó la luz de la habitación y se deslizó nuevamente entre las pajizas sábanas de su camastro. Durante media hora, más o menos, buscó nuevamente el sueño perdido, el cual recuperó tras casi una decena de cambios de posición sobre el duro colchón. Finalmente, su cerebro volvió a planear libremente sobre los profundos valles de la imaginación, en un sueño limpio que nada volvió a perturbar; ni tan siquiera el extraño suceso con la Biblia de Gedeón importunó el profundo descanso de un Santoro agotado. Quizá mañana volviera a darle vueltas al asunto de la Biblia; quizá..., pero no esa noche.

## IX. ROSIE

—¡Hola! —saludó de nuevo Larry *Ballena* Horton.

El silencio le respondió otra vez, tal y como lo hiciera la mañana de aquel mismo jueves de mediados julio con Jacob Steinberg.

Extrañado, giró su frondoso cuello hacia el fondo del alargado y vacío local.

—Nadie —murmuró.

Mientras su pulgar derecho acariciaba nerviosamente el óvalo azul incrustado en la llave electrónica inteligente de su 4x4, el sordo zumbido de los tubos fluorescentes que inundaban de luz blanca el interior del restaurante acompasaba las dudas de un Horton que no esperaba aquella desolación.

—¿Hay alguien? —preguntó al silencio.

Tras unos segundos oteando en rededor de su soledad, guardó en el bolsillo derecho de sus amplios pantalones de camuflaje MultiCam la llave de su Ford Explorer, para, acto seguido, comenzar a mover pesadamente sus varicosas e hinchadas piernas sobre el ajedrezado linóleo del local.

—¿Hola? —volvió a interrogar al silencio.

«¿Qué demonios...?», pensó para sus adentros mientras avanzaba lentamente en dirección a la metálica y desnuda barra de aquel deshabitado restaurante.

Cuando hubo llegado a la altura del primero de los diez taburetes forrados en rojo que jalonaban la barra, tomó asiento.

Psssss...; vació su aire la sufrida espuma forrada del taburete bajo el considerable peso de Horton.



«¿Estarán a punto de cerrar?», se preguntó, en vista del orden y pulcritud del local.

Volteó sobre el taburete sus ciento cincuenta kilos pasados. Su mirada azul claro recorrió el fluorescente silencio blanco, al tiempo que sus poderosos brazos se cruzaban sobre un pecho cuyo afeminado volumen quedaba discretamente disimulado por la amplitud de su camisa de camuflaje talla 8XL.

De pronto, de no se sabe dónde, a medio volumen comenzaron a sonar unos primeros acordes que sobresaltaron a Horton.

Instintivamente echó mano al cinto para notar la seguridad de su Glock de 1980. Y sí, allí estaba, bajo su amplia camisa 8XL, lo que calmó a un Larry *Ballena* Horton que, de inmediato, reconoció el inconfundible y nasal acento sureño de Alan Jackson con su *Livin' On Love*. Sin duda, aquellas dos cosas, como si de una mágica conjunción astral se tratara, actuaron como un bálsamo que amainó el momentáneo sobresalto de Horton.

Sonrió, al tiempo que sus rollizos dedos comenzaron a tamborilear sobre sus generosos muslos al ritmo del *Livin' On Love*.

La música continuaba sonando, acariciando los oídos de un Horton que se dejaba llevar por las dulces y adictivas notas de la melancolía.

—*Living on love, buying on time...* —canturreaba, casi entre susurros, mecido por los recuerdos que comenzaban a acudir a su mente, posándose en su memoria igual que una miríada de mariposas monarca en el noviembre de Michoacán.

Poco a poco, Horton fue zozobrando en el meloso pasado que le evocaba aquella canción. Sin apenas ser consciente de ello, la razón y motivo que le llevó al Oasis Diner fue difuminándose en su mente como un azucarillo en café caliente. Sí, nada comenzaba a importar ya, ni tan siquiera aquella ordenada soledad que le rodeaba.

—*Two old people, without a thing...* —continuó tarareando, al tiempo que una angustiada desazón comenzó a brotar de su pecho, escapando en un soplo ahogado, casi sollozante—: Mi... *Rosie*.

Una lágrima comenzó a descarrilar por su redondeada mejilla, aterrizando en unos carnosos labios que apenas podían disimular un incipiente temblor.

—Te echo tanto de menos..., *amor* —susurró, con la voz rota de dolor.

Conoció a Rose Taylor cuando todavía no era Larry *Ballena* Horton, sino solo Larry Horton, a secas.

Corría el año 1986 y, por aquel entonces, Larry lucía unos atléticos veinte años. Su rubio cabello cortado a cepillo reforzaba unas juveniles facciones que esculpían el rostro más deseado por las adolescentes de todo Gallup. Eso, más los ochenta kilos de menos que se definían en un cincelado y fibroso cuerpo, hacían de Larry Horton un verdadero caramelo. Sin embargo, él solo tenía ojos para Rosie.

Eran los años dorados de Reagan: la vieja y achacosa locomotora de América se deslizaba ahora, a toda velocidad, sobre los raíles engrasados con el crédito de millones de tarjetas que los americanos blandían en los comercios como si no hubiera un mañana, embrión de la burbuja que, décadas después, estallaría, llevándose por delante las ilusiones de tantos americanos, entre los cuales se encontraría un joven y ambicioso comercial de Indianápolis llamado Jacob Steinberg; un precio del petróleo por los suelos llenaba de confianza a una América que dejó de lamerse las heridas provocadas por la crisis de los rehenes en Irán; los Estados Unidos recuperaron su papel como vigía y guardián de Occidente; y, sí señor, volvían a plantarle cara a los rusos. Sí, aquellos años forjaron la personalidad de un joven y despreocupado Horton; un fibroso joven lleno de entusiasmo y vitalidad, para quien el futuro era suyo y, por supuesto, de América. Nada se interponía en el despejado horizonte de este muchacho, cuya única preocupación era conseguir el amor de Rosie Taylor.

No es que coincidieran en gustos —en realidad en nada—, pero sí había una química especial entre un exuberante Larry Horton y una Rosie Taylor que, con apenas dieciocho años, aparentaba uno o dos más que aquel. Más casera que él, Rosie apenas salía a la calle más que para realizar algún recado para su madre, viuda y afectada por un incipiente Alzheimer que acabaría con ella cinco años más tarde. Hacendosa y lectora constante, Rosie siempre lamentó el no haber podido seguir estudiando después de la secundaria. Larry, en cambio, vivía al día, para nada preocupado por el negocio de armas de su padre en la Golden Gun Shop de Gallup y en el que *ayudaba* una o dos horas al día; y, por supuesto, de estudiar ni soñarlo, más ocupado en el béisbol y las juergas con sus amigos los viernes noche en los billares de Tom el Gordo que en quemarse las pestañas entre toneladas de celulosa impresa. Sin embargo, a pesar de todo ello, entre Larry y Rosie había algo especial.

Ocurrió un domingo de mayo en que Rose Taylor y Larry Horton coincidieron en la iglesia presbiteriana de Gallup —Larry no es que fuera muy devoto, pero, desde luego, su madre lo tenía sentenciado si no veía a su vástago entre los parroquianos—. Un más joven y cabelludo pastor Phillips arengaba a su atenta congregación con algo acerca de la paciencia y misericordia de Dios —Horton apenas recordaría nada de aquel sermón, más que lo suficiente por si su madre le preguntaba—. Entonces, un agobiado Larry volteó la cabeza para dar un respiro a su embotado

cerebro por tanta palabrería; y, sí señor, tras él, sentada en aquel banco contiguo de madera pulida, estaba una Rosie de cabellos tan dorados como un amanecer de principios de junio entre trigales, quien lo miró con unos verdes ojos que a Horton le parecieron del color de las esmeraldas, engastados en una piel tan fina como los pétalos de la rosa de Alejandría. Ella le sonrió, regalándole el blanco de unos dientes de madreperla que iluminaron el atestado templo, como si todo el *jodido* coro celestial al completo hubiera bajado de los cielos para encandilar a un pasmado Larry Horton. Él, sencillamente..., se enamoró.

A partir de aquel día, el joven Horton se tomó más en serio aquello de ir a la iglesia los domingos. Furtivo, la buscaba con la mirada entre los bancos del templo. Torpe, disimulaba a la salida para encontrarse, de forma *casual*, con ella. Decenas de veces lo intentó..., sin éxito; salvo aquel domingo de mediados de julio en el que, sin saber el porqué —o tal vez sí—, ella se acercó a él para preguntarle, con una sonrisa que iluminó hasta el más recóndito y oscuro rincón de Gallup:

—¿Quieres pasear?

Hasta el último y cincelado músculo de Horton tembló. Casi se mea en los pantalones del domingo. Tan solo acertó a responder:

—¿Có... có... có... mo?

Rosie Taylor tenía claro que aquello era un «sí» —lo tenía más que calado—.

Durante más de una hora estuvieron paseando alrededor de la iglesia, hablando de todo y de nada. Lo repitieron cada domingo de aquel verano del ochenta y seis, algunas veces con la tía de Rose como carabina, aunque esta se cansó pronto —conocía a la familia de Larry y le parecían «de confianza», como solía decir—. En septiembre de aquel año, oficialmente, ya eran novios.

Un año después se casaron. Para entonces, Larry Horton ya había más que sentado la cabeza: se hizo cargo de la tienda de su padre; desde que empezaran los paseos con Rosie, las visitas los viernes noche a los billares de Tom el Gordo se cortaron en seco; y, por supuesto, comenzó a ahorrar. Sí, la mente de Horton permanecía constantemente ocupada, día y noche, mañana y tarde, verano e invierno, primavera y otoño, con el nombre y la dulce mirada de su Rosie.

Pasaron los años, pero la esperada familia no llegaba. Ilusionados, lo continuaron intentando durante los siguientes años; sin embargo, los niños seguían sin llegar. Finalmente, otro puñado de años después, tiraron la toalla. Decidieron dejar aquel capítulo en blanco, cerrando en silencio aquella puerta, tras la cual quedó una esperanza perdida para, no obstante, dar paso a una renovada y juramentada ilusión: acompañarse hasta el final de sus días.

Sin embargo, el final llegó antes de lo esperado: la «gran C» —Horton era incapaz de

pronunciar la... *palabra*— se llevó a Rose Taylor en el otoño del noventa y nueve.

La marcha de su Rosie le dejó una casa llena de recuerdos y una vida por delante vacía ya de lágrimas. Un buscado y trabajado desorden alimenticio le acompañó a partir de entonces, en una huida hacia el olvido que devoró al fibroso y musculado Larry Horton. Tan solo la dulce mirada de su amada permaneció indeleble en su memoria, acompañada de un *Livin' On Love* que, en sus últimos meses de vida, Rosie tarareaba día y noche mientras él la abrazaba, consumido por un ahogado e indisimulado llanto.

Sí, los últimos días en este mundo de Rose Taylor le dejaron a Larry Horton el regalo de la dorada voz de su Rosie en la memoria, tarareando aquella canción que, para Horton, se convirtió en *su* canción. Sí, aquella canción...; aquella canción y... *aquello* que creyó ver fugazmente junto al cabecero del lecho sobre el que las esmeraldas de su Rosie se apagaron en una mirada que a Horton se le antojó... *extraña*. «El ángel de Rosie», construyó en su imaginación para dulcificar aquel terrible momento.

Sonaron los últimos acordes del *Livin' On Love*. El silencio se cerró nuevamente en torno a Horton, tan solo rasgado por el sordo y fluorescente zumbido que iluminaba la quietud del local.

Un rayo de melancólica agonía laceró su pecho, al tiempo que el dorado anillo de boda que todavía lucía su anular izquierdo en recuerdo de su Rosie se paseaba por un rostro bañado en lágrimas que su gruesa mano trataba de enjugar. Mientras, un nudo en la garganta ahogaba los apagados sollozos que durante años el olvido intentó mantener enterrados, pugnando ahora por brotar como el magma desde la profundidad de las entrañas de un volcán durmiente.

Deshecho por la añoranza, Horton permanecía sobre aquel taburete forrado en rojo que, bajo la presión de su enorme trasero, resultaba grotesco, tal vez cómico para algún sarcástico observador. Sin embargo, nadie observaba a un desconsolado Larry *Ballena* Horton...; o, al menos, eso creía él.

¡Clac!

Algo quebró el silencio con un escueto sonido metálico que parecía proceder de la cocina que se adivinaba al final de la barra.

Horton giró sobre el sufrido taburete, volviendo su pesado cuerpo hacia aquel furtivo sonido que, como un ratón sorprendido en la cocina al encenderse la luz, volvió a ocultarse entre los recodos del silencio.

—¿Hola? —Mientras con premura la manga derecha de su camisa de camuflaje intentaba enjugar las lágrimas de su rostro.

Nada volvió a escucharse, más que el sordo y pesado zumbido de los blancos fluorescentes del techo.

Extrañado, Horton volvió a preguntar:

—¿Hay alguien?

De pronto, Alan Jackson volvió a llenar el local con su pausado acento de Georgia. Los acordes del *Livin' On Love* volvían a endulzar los oídos de Horton, quien, sin embargo, empezaba ya a hartarse de todo aquello.

—¿Es una *broma*? —preguntó, sin poder evitar que de su aún temblorosa garganta por el llanto escapase un pequeño gallo al final de la frase.

Una mal engrasada bisagra chirrió discretamente desde la puerta batiente de contrachapado que separaba el restaurante de lo que parecía ser la cocina.

—¡Oiga! —exclamó, levantándose torpemente, dando con ello un respiro al taburete sobre el que estaba sentado.

Apenas pudo dar algo parecido a unos pasos sobre el ajedrezado linóleo cuando, tras la única hoja en madera color cerezo de aquella puerta, surgió una figura que, bajo aquella fría y fluorescente luz, comenzó a bailar graciosamente al son del *Livin' On Love* que continuaba envolviendo el extraño orden del local.

—¿Ro... Rosie? —Un boquiabierto Horton.

Cualquier idiota se hubiera dado inmediata cuenta de que aquella no podía ser Rosie Taylor. Sin embargo, Horton estaba algo más que idiotizado por aquella escena —«anestesiado», quizá sería la palabra—.

Aquella figura tenía todas las trazas de su esposa muerta años atrás: sus dorados cabellos flotando entre las dulces notas de aquella canción romántica; la suave textura de su blanca y rosácea piel, iluminada bajo la blanca luz de los tubos fluorescentes cuyo zumbido había dejado de existir, ahogado bajo la poderosa voz del de Georgia con su *Livin' On Love*; y aquellas estilizadas caderas que enamoraran a un Larry Horton de apenas veinte años. Sí, tenía todas las trazas..., excepto por un *detalle* que parecía no importar a un Horton engatusado por aquella

visión: su *no Rosie* carecía de rostro.

Los suaves y sonrosados labios que deberían haber dejado entrever las radiantes madreperlas de Rose Taylor no iluminaban la cara de *aquello*. No; ni tampoco las verdes esmeraldas que años atrás llenaran de amor el joven corazón de Larry Horton estaban en aquel inexistente rostro. Sin embargo, nada de eso importaba ya a Larry; sencillamente, después de años de soledad, había recuperado a... *su Rosie*.

—Has vuelto —susurró Horton.

Mientras, *Rosie* bailaba y bailaba, en una danza que engatusaba a un cada vez más entregado Horton. No importaba que todo aquello desafiara cualquier lógica y razón. Tampoco importaba que *aquello* conservara extrañamente la turgencia juvenil que el tiempo y el cáncer robaran años más tarde a Rose Taylor. Tan solo importaba que allí estaba *ella*, frente a él, envuelta en un vestido corto de fina y vaporosa seda, de un azul tan claro como el despejado cielo de una soleada mañana de julio.

De pie, sobre el ajedrezado linóleo de aquel vacío Oasis Diner, sus varicosas piernas apenas podían sostenerle mientras contemplaba a *aquello* deslizarse graciosamente hacia él, al son de una música cada vez más alta a medida que se le acercaba con los brazos extendidos, invitándole a participar de aquella siniestra danza.

Solo la sugestionada imaginación de Horton podía adivinar una inexistente sonrisa en aquel rostro sin facciones que se le acercaba entre insinuantes contorneos. Sí, una *sonrisa* solo para él, mientras la vaporosa seda azul que *Rosie* lucía le regalaba los sugerentes contornos de una adolescencia que ya solo vivía en los recuerdos de Larry.

Sus piernas hinchadas avanzaron cansinamente hacia aquella *no Rosie*, hasta que, poco a poco, apenas un metro separó a aquellos dos cuerpos tan diferentes.

—Ven conmigo —susurró la *no Rosie*, con los brazos extendidos hacia él y una voz sin alma alguna.

Con los andares de un pato, Horton obedeció, dibujando en su hinchado rostro la sonrisa de un enamorado adolescente mientras, torpemente, avanzaba hacia... *aquello*.

Alan Jackson continuaba envolviéndolo todo, en un creciente volumen que se tornó atronador cuando, en mitad del pasillo de apenas dos metros de ancho que separaba la barra del local de las mesas jalonadas por los asientos forrados en capitoné, Larry y *Rosie* se fundieron en un abrazo.

—Amor —susurró al oído de Horton *aquello*.

Él no respondió. Aquel abrazo carecía de la calidez del amor, de la pasión..., de la vida. En aquel instante, Horton supo que *aquello* no era su Rosie, aunque, tal vez, ya lo supiera desde un principio. Sin embargo, no le importó: se parecía a Rosie y con eso bastaba.

«Es su ángel», pensó Horton mientras se entregaba a aquel abrazo sin alma.

«Es su ángel», continuó repitiéndose, al tiempo que su consciencia comenzaba a difuminarse en lo que le parecía un dulce y eterno sueño.

«Es su... *ángel*», concluyó el agotado cerebro de Horton al desconectar definitivamente de la realidad, conformándose con la idea de que *aquello* a lo que estaba abrazado esa noche de mediados de julio era el ángel de su Rosie.

Así despachó el asunto su deslavazado cerebro porque *aquello* que se apretaba contra su cuerpo era lo mismo que viera fugazmente junto al cabecero de la cama de Rose Taylor cuando esta dio su último suspiro en el mundo de los vivos. Sí, durante años quiso creer que lo que vio no era otra cosa que el ángel de su Rosie. Sin embargo, jamás se cuestionó nada acerca de la extraña mirada que los ojos color esmeralda de Rose Taylor le dirigieron en su último suspiro; una mirada que quizá, si Horton no hubiera rehuido su recuerdo entre los tramposos artificios de su imaginación, le habría revelado que *aquello* que creyó ver aquel día era cualquier cosa menos un ángel.

«Su... *ángel*», se quebró su razón mientras descendía a los infiernos abrazado a aquella... *cosa*.

## X. UN GATITO

No siempre tenía la posibilidad de salir a correr cuando estaba en alguna misión de seguimiento, pero si veía la ocasión, sin dudar, Bradley no la dejaba escapar. Y así ocurrió aquella mañana de sábado de mediados de julio.

Se despertó a eso de las seis y media. Como Santoro no daba señales de vida todavía, decidió enfundarse sus pantalones cortos para entrenamiento de secado rápido Under Armour y una camiseta negra de polipropileno semiajustada Helly Hansen que, a juego con sus Nike Revolution 3, completaban un conjunto que jamás faltaba en su bolsa de viaje por si se le presentaba la oportunidad de hacer algunos kilómetros. A eso de las siete, ya estaba tomando el camino de tierra que había a las espaldas del vacío Walmart Supercenter de Grants y que le conduciría hasta un extenuado río San José.

Bradley no era de *cacharritos*. Le gustaba sentirse libre cuando salía a correr, con sus muñecas desnudas, sin artefactos de última tecnología que le dijeran cuánto había corrido, cuántas calorías había quemado o no se sabe cuántas *chorradas* más que sacaban de quicio a un Bradley cuya única referencia para saber cuándo terminar eran sus propios límites y, por supuesto, la posición del sol. Los primeros rayos de la mañana le sugerían unas dos horas a sus musculosas y fibrosas piernas.

Sin embargo, David Charles Bradley no siempre fue un tipo a quien llamara especialmente la atención el ejercicio físico. En su adolescencia era un tirillas: alto, delgado, huesudo y sin músculo alguno que destacara; «David el Largo», le llamaban sus compañeros de instituto, aunque sin maldad alguna; su éxito con las chicas era escaso —más bien... nulo—; por tanto, y a la vista de aquel panorama, no le quedó otra que estudiar. Sí, lo que mejor se le daba eran los libros, lo que supo aprovechar —no tenía más remedio— para graduarse como el primero de su promoción en la Universidad de Tampa. La criminología era lo suyo, por lo que pensó que, con sus notas, eso de ingresar en el FBI sería «pan comido». Las pruebas físicas lo sacaron de su error: lo tumbaron a las primeras de cambio. Inmediatamente después de aquello, lo primero que hizo en Quantico antes de volver a Tampa fue buscar una tienda de deportes.

Durante un año entero, soleara o lloviera, diluviara o hubiera huracán, enfundado en su inseparable chándal gris —80% algodón y 20% poliéster— y en unas recién estrenadas, aunque poco exigentes, zapatillas Adidas, David Charles Bradley se recorrió Tampa y sus alrededores miles de veces, como si del mismísimo Rocky se tratara. Se impuso una rígida disciplina que



cumplía a rajatabla cada día de lunes a viernes: «Eres espartano, eres espartano», repetía para sus adentros el lema de la Universidad de Tampa, con la lengua afuera y el pecho a punto de reventarle mientras, puntual a las siete de la mañana, sus piernas devoraban los cerca de veinte kilómetros con los que siempre cumplía religiosamente antes de desayunar. Sus padres pensaban que a las pocas semanas se cansaría y lo dejaría, a no ser que antes le diera un telele por esas calles: «Señor Bradley..., sentimos comunicarle que su hijo se ha quedado seco en una cuneta de tanto correr», temía su padre una llamada por el estilo, mientras ya se veía consolando a la madre de David, histérica perdida. Sin embargo, su único hijo les sorprendió: en apenas dos meses, el antaño *tirillas* se convirtió en un fibroso y musculado David Charles Bradley; y, aunque su nueva musculatura tampoco era como para decir que se hubiera transformado en un Cassius Clay, la verdad, sí fue bastante como para disimular una huesuda fisonomía que a alguien podría haberle llegado a parecer la de un enfermo terminal; además, de tanto correr a la intemperie, adquirió ese atractivo tono de piel que te ahorra el tener que decir que eres de Florida. Finalmente, aparte de conseguir estilizar y disimular su leñoso casi metro noventa, fue admitido en el FBI a sus veinticinco años.

Desde entonces, Bradley no dejó de correr. Le cogió el gusto a aquello de aislarse del mundo durante horas; le encantaba sentirse solo mientras sus piernas consumían kilómetros y kilómetros; sentir sus pulmones quemando oxígeno le llenaba de un placer que ninguna mujer le había proporcionado jamás —aunque tampoco es que Bradley hubiera sido mucho de mujeres..., una o dos a lo sumo en toda su vida—; perderse en mitad de la naturaleza era una experiencia que llegó a convertirse en una verdadera droga con los años, a medida que el trato con la gente fue desencantando a un David Charles Bradley que, por lo demás, nos es que hubiera sido alguna vez muy sociable que digamos. Sencillamente, correr en soledad hacia el horizonte le daba la vida al de Tampa.

Y con esas, allí estaba él, corriendo hacia el fuego anaranjado que, entre los violáceos tonos del amanecer, encendía los azulados ojos de un Bradley que labraba con sus Nike Revolution 3 el reseco rostro del desierto de Nuevo México. Sin embargo, a pesar de que la mañana de aquel sábado de mediados de julio comenzaba a desperezarse con sus primeras luces, unas amenazantes nubes a la sudorosa espalda de Bradley anunciaban que, casi con toda seguridad, la temporada de lluvias —que se extendería hasta principios de septiembre— quedaría inaugurada aquel mismo día.

El frío aire de la mañana congestionaba las vías respiratorias de Bradley, proporcionándole una adictiva sensación que le empujaba a continuar forzando sus límites. Sus resacas fosas nasales se llenaban de los peculiares aromas del desierto, en los que los matices del alkali dorado y los contrastes de las mentas escarchadas se mezclaban con el petricor de las primeras gotas de lluvia que, en la distancia de algún lugar cercano, a buen seguro estarían ya humedeciendo los sedientos y polvorientos labios del desierto. Aquella soledad preñada de sensaciones llenaba de libertad al de Tampa; el silencio que acompañaba su rítmico resuello liberaba su mente del peso de la mediocre cotidianidad; y, de no ser por las cadenas de la condenada «responsabilidad», no hubiese parado de correr hasta que su nombre se hubiera olvidado entre los mágicos rincones del desierto de Nuevo México. Sí, David Charles Bradley se sentía libre en esos momentos, aunque

bien sabía que no era más dueño de aquella libertad de lo que podría serlo de la suya el preso en sus salidas al patio de la prisión.

Liberado de todo pensamiento, más que del de avanzar y avanzar, zancada tras zancada sus largas piernas devoraban el polvoriento camino que le llevaría hasta el hilo seco que era el río San José. Mientras, ante su sudoroso rostro, el rojo amanecer comenzaba a tornarse en un dorado destello a medida que el sol asomaba, lento pero implacable, sobre el desnudo horizonte del desierto. Sin embargo, los verticales cumulonimbos que a la espalda de Bradley se levantaban amenazadores sobre la pequeña localidad de Grants, anunciaban una titánica lucha entre los elementos por apoderarse de los dominios del alacrán y la serpiente de cascabel. David Charles Bradley, sencillamente, corría y corría.

No obstante el océano interior en el que estaba sumergida su mente, había algo que pugnaba por rasgar la paz en la que buceaba Bradley. Aunque no era algo que perturbara de forma consciente al de Tampa, sí que se manifestaba como una irregular, aunque constante, idea que asaltaba el mecánico ritmo de su cerebro. «¿Estará relacionado?», punzaba su espíritu, como la aguja de bordar que lacera el blanco y tensado lino sobre el bastidor de madera.

Cuando hubo llegado a la altura de la fina línea de agua que definía el esquelético lecho del río San José, se detuvo unos instantes. Sin embargo, aquella breve parada que podría haber roto el ritmo de su metódica marcha no fue algo programado: una extraña sensación inquietó a un Bradley que, no sabía cómo, se sentía observado.

Con el espigado torso arqueado, mientras apoyaba las manos sobre sus desnudas y huesudas rodillas, Bradley recuperaba el resuello, al tiempo que, con disimulo, sus azulados ojos oteaban alrededor. La razón le decía que estaba solo en mitad de aquel secarral, únicamente acompañado por alguna lejana chicharra que comenzaba a desperezar los deshabitados sonidos del desierto; su avezado olfato interior, en cambio, delataba una acechante presencia.

Tras un puñado de segundos que podrían juntar un minuto, Bradley se irguió sobre el horizonte con los brazos en jarras. Su mirada —ahora sin disimulo alguno— escudriñó el vacío: nada. Sin embargo, aquella sensación de sentirse observado —*vigilado* quizá— continuaba rondándole.

Con aquel runrún, dio media vuelta y reemprendió la carrera en dirección a Grants. Un proyecto de sol languidecía ahora a su espalda, mientras que unos poderosos nubarrones imponían su ley dominando el poniente. El desierto se oscurecía en amarillentos grises, al tiempo que una repentina brisa pregonaba la cercana tormenta, levantando jirones de fino polvo que se adherían al sudoroso cuerpo de un Bradley con la mosca detrás de la oreja.

«¿Por qué no lo dijeron?», pensó mientras aceleraba la carrera, espoleado por aquella duda que aguijoneaba sus entendederas y la desagradable sensación de sentirse todavía observado.

La apaisada silueta del Walmart Supercenter de Grants se recortaba a lo lejos. Las dos horas programadas de escapada se quedaron en apenas hora y cuarto. A las ocho y media estaría en el Beauty & Luxury Motel, se ducharía y esperaría a que Santoro dejara de «planchar la oreja». Entretanto, intentaría ordenar sus ideas y dar respuesta a aquella duda que surgiera como una fugaz chispa la noche anterior, en su visita a los padres de la congresista Torres, y que durante aquella mañana fue prendiendo lentamente en su mente como si de matojos secos se tratara.

A la altura del Walmart, la sensación de ser observado ya había desaparecido por completo.

—¿Vamos a desayunar al Denny's que hay junto al Walmart? —sugirió Bradley—. Estoy muerto de hambre.

—¿Saliste a correr? —Santoro sabía que aquel apetito en su compañero solo podía ser el fruto de una de sus escapadas matinales para hacer deporte.

—Sí, poco más de una hora.

—Hasta luego —se despidió de forma burocrática Santoro del recepcionista del Beauty & Luxury mientras abandonaban su angosto y escasamente decorado vestíbulo de entrada.

—*Taluego* —masculó entre dientes un incomprensible monosílabo el recepcionista, sin tan siquiera apartar la mirada de lo que parecía ser una desordenada pila de facturas que consumía toda su atención.

«Este ni se ha duchado», pensó Santoro, dirigiendo una fugaz mirada a aquel tocinoso, mal afeitado y peinado con cortinilla recepcionista que, bien entrado en carnes y en la treintena, en nada se parecía —salvo en la desgana— al espigado adolescente que cumplía con el turno de noche.

—¿Has dormido bien? —preguntó Bradley a su compañero mientras se disponían a cruzar la avenida de Santa Fe, a la altura del Walgreens.

—Sí —respondió con voz queda.

Bradley sabía que aquella respuesta encerraba algo más.

—¿Seguro? —volvió a preguntar—. Llevas varios días durmiéndote por las esquinas.

—Seguro —respondió Santoro.

En realidad no mintió, ya que, después del extraño sueño que tuvo y en el que Stephanie fue la estrella invitada, el *incidente* con la Biblia de Gedeón no perturbó su descanso posterior lo más mínimo, alargándose del tirón hasta eso de las nueve de la mañana. Sin embargo, la insistencia de Bradley le devolvió a la memoria el desconcertante asunto de la Biblia, el cual apenas era ya un humeante rescoldo cuando despertó.

Caminaron en silencio y con paso ligero en dirección al Denny's a lo largo de la solitaria avenida de Santa Fe, en cuyos márgenes los dispersos mechones de hierba seca hacían las veces de improvisada acera. De no haber sido por el plomizo cielo que amenazaba tormenta, la potencia del sol de Nuevo México a las diez de la mañana habría achicharrado a los dos agentes del FBI durante el escaso trayecto que separaba el Beauty & Luxury Motel del Denny's.

—Un Super Slam —pidió Bradley.

—Lo mismo —coreó Santoro.

La joven camarera —apenas tendría diecinueve— recogió las coloridas cartas de los menús, retirándose con una sonrisa que, desde luego, no fue precisamente en lo que se fijó un Michael Santoro que siguió con la mirada el estilizado y definido cuerpo de aquella jovencita de nombre Nicena.

—Deja de mirarla, depravado —dijo un severo, aunque sonriente, Bradley.

—Pero es que ese uniforme negro le queda tan bien... —se excusó Santoro, con sus hoyuelos perfilando una perversa sonrisa.

—¿Sabes una cosa? —cambió de tema Bradley, de una forma tan dramática que ensombreció la luminosa sonrisa de su compañero.

—¿El qué? —Santoro, con un amago de congoja que le secó la garganta. Sabía que esos giros repentinos de su compañero siempre tenían gato encerrado; lo complicado era adivinar su color.

Bradley adoptó una pose grave y, enarcando su ceja izquierda, miró fijamente a su compañero que, sentado frente a él en la pequeña mesa de madera para dos que habían ocupado cerca de la

barra del local, permanecía expectante ante aquel toque melodramático del de Tampa.

—Anoche...

—Sí —asintió Santoro, impaciente.

—Los padres de la congresista se guardaron... *algo*.

—¿Qué quieres decir?

Bradley acercó su rostro hacia su compañero y, bajando el tono de voz, dijo:

—Que no es la primera vez que su hija desaparece.

—¡No me jodas!

—Chsss... No levantes la voz.

—*No me jodas* —repitió Santoro, ahora en un susurro que quedó ahogado por el bullicio del local, inclinando su torso sobre la cuadrada mesa de madera para dos que les separaba.

—Sí. Anoche, antes de acostarme, estuve leyendo el pequeño informe que nos envió Van Keulen al correo electrónico... ¿Lo has leído?

—Ehhh... —dudó—; sí..., por encima —mintió.

—Ya —confirmó sus sospechas Bradley, con una mueca en sus finos labios—. Pues, al parecer —prosiguió—, de pequeña desapareció una noche; estuvo perdida durante varias horas y la encontraron de madrugada, totalmente desorientada.

—¿Cuándo fue eso?

—En el noventa...; tendría unos siete años. Precisamente ocurrió también en el mes julio de aquel año.

—¿Y qué más? —preguntó impaciente.

—Nada más. Lo que nos mandó el jefe solo tenía unos datos biográficos básicos —concluyó, echando el cuerpo hacia atrás en el respaldo de madera de su silla.

—¿Crees que aquello puede estar relacionado con la desaparición de ahora?

—Podiera ser —respondió Bradley, cruzando los brazos.

—¿Por qué se lo callarían los padres? —indagó un extrañado Santoro.

—Ni idea; aunque imagino que tal vez fue por vergüenza o pudor.

—Ya. Gente mayor.

—Tradicionales, más bien —aclaró Bradley.

—Entiendo —asintió Santoro—. Como los italianos, vamos —añadió, sonriendo.

—Sí. Italianos e hispanos están cortados por el mismo patrón —respondió Bradley, esbozando una sonrisa de complicidad.

—Racista.

—¡Ja, ja, ja!

—Vete a la mierda —le espetó Santoro, echando también su cuerpo hacia atrás mientras estiraba los brazos desperezándose.

—Los dos nos iremos a la mierda si no aclaramos esto antes de que esta tarde llegue su marido.

—¿Crees que debemos hacerle otra visita a los padres? —preguntó, con las manos ahora entrelazadas sobre su nuca.

—No creo que saquemos nada. Mejor indagar en la Oficina del Sheriff; veamos si guarda algo de aquellos años en sus archivos —dijo Bradley, apoyando sus desnudos codos sobre la mesa, mientras su puntiaguda barbilla descansaba sobre unos huesudos nudillos entrelazados.

—Podiera ser que la hubieran secuestrado y que el mismo tipo que lo hizo entonces hubiera repetido ahora, ¿no? Un pirado, o algo así, obsesionado con ella.

—Tal vez. También he pensado en esa posibilidad: un degenerado que hubiera mantenido durante años una obsesión latente, imposible de enfriar con alguien como la congresista, siempre en los medios de comunicación y constantemente en la boca de todo Grants. Tiene su lógica.

—Sí, la tiene —sentenció Santoro.

—Vamos a ver qué averiguamos del sheriff. He quedado con él para dentro de un rato. Por lo que me ha comentado por teléfono, tiene a todos sus hombres en el caso, pero sin hacer demasiado ruido para no embarrar el asunto —concluyó Bradley, al tiempo que enderezaba su posición sobre la silla de madera al ver que Nicena, la joven camarera, se acercaba sosteniendo en la palma de su mano derecha una enorme bandeja plateada que contenía un más que abundante desayuno para dos.

—Dos Super Slam, con zumo de naranja y café —desgranaba la sonrisa de Nicena mientras iba depositando cuidadosamente el contenido de su bandeja sobre la mesa.

—Gracias, Nicena —agradeció una babeante sonrisa del de Sarasota.

—Gracias —coreó un escueto Bradley.

—¡Que aproveche! —deseó Nicena, con una juvenil sonrisa que iluminó el rostro de un atontado Santoro.

La joven camarera se alejó entre las abarrotadas mesas del restaurante. Santoro no le quitaba ojo.

—Podría ser tu hija —dijo un sarcástico Bradley—. ¿Tú no eras católico? —Acomodando los cubiertos entre sus manos.

Aquella intrascendente y socarrona pregunta, sin embargo, volvió a reavivar en la memoria de Santoro el asunto de la Biblia por segunda vez aquella mañana. No obstante ello, en la sala de espera de las inquietudes del de Sarasota ya había otro *paciente* aguardando su turno desde hacía rato.

—Por cierto... —mientras ensartaba una salchicha en su tenedor—, la otra noche te noté quemado —dijo, sin mirar a Bradley.

—¿Cuándo? —Enarcó sus despobladas cejas con extrañeza.

—Sí, la noche de lo de Horton...; el jueves.

—No te entiendo.

—Era cuando hablábamos de lo de los libros de autoayuda —aclaró Santoro, al tiempo que, de un bocado, engulló media salchicha especiada.

—Ah..., *eso* —cayó en la cuenta, mientras troceaba los dos huevos fritos de su plato—. Sí, algo quemado estoy —confesó.

—Dijiste que me ibas a contar una... *historia*, pero me dio la sensación de que te quedaste a medias. —Devorando Santoro el resto de la salchicha ensartada en su tenedor.

Bradley dejó de trastear entre los huevos y la emprendió con el beicon.

—Cuídate de las envidias...; solo te recomiendo eso —previno a su compañero, sin levantar la mirada del plato en el que trajinaba con los cubiertos.

—Pues menuda *historia* la que me ibas a contar —continuó hurgando Santoro en el pasado de su compañero.

Bradley dejó descansar los cubiertos sobre su plato y, cogiendo el vaso de zumo de naranja con su mano derecha, con la izquierda, solemne, comenzó a gesticular:

—Cuando te dije que también había leído libros de autoayuda no mentí. Hubo un tiempo en que era lo único que leía...; a no ser que las etiquetas de Jack Daniel's también cuenten como lectura.

—Vaya —dijo Santoro, todo oídos.

—Llevaría cuatro años en el FBI —prosiguió Bradley—, y me parecía que iba a llegar a ser alguien importante en la Agencia. No es que me lo tuviera creído o que fuera un iluso, pero, la verdad, todos decían que era «muy bueno» y me fui haciendo un nombre entre mis compañeros. —Hizo una pausa, dio un trago corto al zumo de naranja y, tras dejar el vaso sobre la mesa, su mano derecha quedó libre para acompañar a la izquierda en un sincronizado baile que comenzó a hipnotizar a su compañero. Prosiguió—: Los jefes que tuve estaban encantados conmigo y, durante esos cuatro años, mi trabajo fue mi hogar. Siempre estaba dispuesto para cualquier misión; el primero en presentarse voluntario con una inocente sonrisa en los labios. Hasta tal punto era mi compromiso con la Agencia que solo fui a visitar a mis padres a Florida una vez durante todo ese tiempo. Un año después de aquella visita murió mi madre, y ahí empezaron los problemas —concluyó, tragando saliva.

—¿De qué murió?

—Eso es... *lo de menos* —respondió Bradley con tono áspero, el cual, sin embargo, no pudo



ocultar un leve quiebre en su voz—. Lo que importa de toda esta historia —continuó, recuperando la firmeza de su voz— es que, a partir de aquel momento, descubrí el material del que está hecho realmente el corazón de algunas personas. La muerte de mi madre me dejó tocado; lo pasé mal, pero nada que no pudiera solucionarse con algo de ayuda, por lo que recurrí a los libros esos que lees —a lo que una mueca de Santoro le respondió—. La verdad es que me sirvieron de algo los libros de autoayuda durante ese tiempo, no lo voy a negar; aunque tampoco sé si fueron realmente los libros o es que los seres humanos estamos programados para superar la muerte de nuestros padres.

—Ya —asintió Santoro, quien olvidó por completo el contenido de su plato, hipnotizado por el relato de su compañero y arrullado por los murmullos del local que les rodeaban.

—Aquello lo fui superando —prosiguió Bradley—, pero lo que no pude superar fue..., digamos..., la envidia de algunos... *compañeros* —concluyó, conteniendo la rabia entre sus apretados labios.

—¿Quiénes?

—Los nombres no importan...; además, no los conoces. Lo que importa de todo esto que te cuento es que, desde entonces, tuve que viajar cada mes a Tampa para acompañar a mi padre durante algunos días y ayudarlo a sobrellevar la pena, lo que aprovecharon aquellos... *compañeros* —apretó los dientes— para hacerme la cama. Me quedé descolgado del trabajo y comencé a notar que mi director me hacía el vacío; no es que fuera mal tipo, pero *aquellos* comenzaron a malmeter contra mí...

—Entiendo —interrumpió Santoro, echando el cuerpo hacia atrás, acompañado de un suspiro de rabia no disimulado.

—Medio año después ya estaba fuera del ajo, y mi lugar lo ocuparon *ellos*: los mejores casos, las mejores misiones y, desde luego, siempre en boca de mi director; ya sabes. —A lo que asintió con la cabeza Santoro—. Me fui deprimiendo, y el alcohol fue sustituyendo a los batidos de frutas; cambié las zapatillas de deporte por los bares y dejé de visitar durante algún tiempo a mi padre, lo que, estoy seguro, terminó por... *matarle*. —Hizo una pausa y, con sus finos labios temblando, sin embargo prosiguió—: La muerte de mi padre acabó de hundirme; me culpé de aquello y a punto estuve de abandonar el FBI. Fue entonces cuando recurrí a los psicólogos y a todas esas... *zarandajas*.

—¿Te ayudó?

—Me sacaron el dinero. Recurrí nuevamente a los libros de autoayuda y a grupos de ese tipo, pero fueron también un sacacuartos.

—¿Y cómo saliste del agujero? —preguntó Santoro mientras echaba el cuerpo hacia adelante.

—Te parecerá una gilipollez —prosiguió Bradley, ruborizándose levemente sus huesudas mejillas.

—Dispara.

—Una noche... —haciendo una minúscula pausa de reserva—, cuando volvía de una de tantas borracheras de no recuerdo dónde, me encontré en la calle con un gatito que tendría apenas semanas. Estaba esquelético y, aunque estábamos en pleno mes de agosto, temblaba como una hoja. Maullaba como un bebé y no dejaba de seguirme con el rabo levantado. Intenté ahuyentarlo varias veces, pero no dejaba de seguirme, mirándome con sus enormes ojos verdes, redondos como platos, y un cabezón más grande que su cuerpo. Maullaba y maullaba, taladrándome el cerebro, mientras yo aceleraba el paso. En un momento dado, me alcanzó y se coló entre mis piernas: me fui de bruces al suelo, y la hostia que me di fue de campeonato. No recuerdo ni cómo pude levantarme; tambaleándome, me llevé la mano a la nariz y noté el calor de una sangre que apenas pude ver porque iba borracho como una cuba. Cuando pude ponerme en pie, aquel condenado gato seguía mirándome, maullando a grito pelado con su rabo tieso y su boca abriéndose y cerrándose con un sonido que me taladraba los sesos. «Lo mato», recuerdo que pensé...

—No sigas —le interrumpió Santoro, con un gesto de pena en el rostro.

Bradley no le hizo caso y prosiguió, sin parar de gesticular con sus manos:

—Armé de fuerza mi pierna para descargar toda la energía que en aquel momento me quedaba sobre el raquíptico cuerpecito de aquel gato. «Te reviento», pensé.

—¡Para! —exclamó Santoro, aunque con un volumen que no fue suficiente como para romper los monótonos ruidos del restaurante, tan solo punteados por el irregular tintineo de los cubiertos al repiquetear sobre los platos.

—Sí...; me lo quería cargar. Sin embargo, no lo hice —Santoro respiró sin espirar—; una chispa de lucidez brotó de mi podrido cerebro. De pronto, los estridentes maullidos de aquel gatito me recordaron los sollozos que más de una vez yo daba encerrado en el cuarto de baño, pidiéndome ayuda a mí mismo. Me agaché, lo recogí entre mis brazos y el cabrón comenzó a ronronear como un taladro percutor. —Hizo una pausa, y Santoro pudo adivinar el inequívoco brillo de un proyecto de lágrima en el ojo derecho de su compañero—. Lo llevé a mi apartamento —prosiguió, mientras disimuladamente su dedo índice rebañó su lacrimal—, le di leche y, mientras lo miraba hundir su cabeza sobre el cuenco de cereales en el que vertí medio brik, mi cabeza se arregló.

—¿En serio? —preguntó un sonriente Santoro.

—Sí. Todo el dinero que gasté en libros de autoayuda, en grupos de mierda y en psicólogos no sirvió de nada; solo aquel jodido gatito me salvó. Me di cuenta de que el trabajo, la carrera profesional y todos esos inventos no son más que basura; que lo realmente importante es lo que tenemos dentro y lo que seamos capaces de ofrecer a los demás. De mí dependió la vida o la muerte de aquel gatito; una fracción de segundo y una simple reacción química en mi jodido cerebro decidiría si aquel bicho vivía o moría. Durante meses me consideré una puta mierda que no merecía el aire que respiraba. Sin embargo, la simple decisión de salvar a aquel gato provocó un clic en mi cabeza: «Eres un buen tío», pensé.

Se hizo el silencio. Tras unos segundos que parecieron minutos, Santoro, absorto, acertó a susurrar:

—Vaya historia.

—Solo trabajas por dinero —concluyó Bradley, mientras recuperaba los cubiertos para emprenderla nuevamente con su desayuno—. La vida está ahí afuera, y tu profesión no es más que el medio para conseguir las fichas que te permitirán seguir jugando esa partida que es tu vida. No te obsesiones con el trabajo y con todo ese rollo que llaman «crecimiento personal y profesional»; no son más que mentiras y, cuando te quieras dar cuenta, te mirarás al espejo y verás a un viejo decrepito que ha regalado sus días para engordar la vida de otros.

—Ya —acertó a responder un estupefacto Michael Santoro, que, sin embargo, alcanzó a preguntar—: ¿Qué fue del gato?

—Lo regalé a un restaurante chino.

—Vete a la mierda.

—¡Ja, ja, ja! Lo tuve unos días en mi apartamento, pero no podía hacerme cargo de él. Al final se lo regalé a una compañera que sí podía cuidarlo. El cabrón engordó y, unos meses después, estaba tan grande como tu cabeza —concluyó, sonriendo.

—¿Sabes? —Señalando a Bradley con el tenedor—. En verdad..., eres un buen tío.

—Vamos terminando, que tenemos mucho trabajo esta mañana y el sheriff nos espera—zanjó en seco el asunto Bradley, rehuyendo la mirada de su compañero.

Santoro obedeció. Mientras, el extraño suceso con la Biblia de Gedeón de la noche anterior quedó amontonado en su bandeja mental de temas pendientes. Apenas volvió a despegar el pico

más que para alabar el desayuno que les sirviera Nicena, así como, por supuesto, a esta —entre susurros, claro está, tan solo audibles por su compañero— cada vez que pasaba cerca de los dos agentes para atender las mesas de un abarrotado Denny's.

## XI. JENKINS

—¡Ufff! De aquellos años solo tenemos un montón de cajas con papeles revueltos y llenos de moho —dijo el sheriff del condado de Cíbola, atusándose sus plateados cabellos—. Hace unos años se rompió la cañería general que pasa por el sótano y este se inundó; el agua llegó hasta casi un metro. Todo lo que se pudo recuperar está ahí —continuó, señalando con la cabeza en dirección a la escalera que conducía al sótano—, acumulando polvo.

—Entiendo —asintió Bradley con desagrado.

—Acabaríamos antes si les cuento yo mismo lo que ocurrió aquellos días —propuso con seguridad el sheriff mientras se llevaba los pulgares a su cinto desarmado—. Lo recuerdo como si fuera ayer.

—Casi mejor —aceptó Bradley.

Santoro y él siguieron al sheriff del condado mientras este les acompañaba a su despacho. Aunque las instalaciones eran acogedoras, no obstante pedían a gritos una reforma.

### SHERIFF

**SAMUEL L. SMITH**

**Condado de Cíbola**

Se podía leer sobre el cristal esmerilado de la puerta del despacho del sheriff.

—Pónganse cómodos —ofreció el sheriff Smith a los dos agentes del FBI, extendiendo su brazo derecho con amabilidad, como si de un abanico se tratara, al tiempo que su mano izquierda cerraba la puerta del despacho tras él.

Tampoco es que aquel despacho tuviera mucho para elegir en cuanto a comodidades: dos escasas sillas metálicas que, a primera vista, invitaban más a permanecer de pie que a ocuparlas. Sin embargo, Santoro y Bradley descansaron sus posaderas sin rechistar para comprobar que, efectivamente, aquellas dos sillas podrían haber tenido perfectamente cualquier otra funcionalidad totalmente distinta.

El sheriff Smith tomó también asiento tras una escasa mesa de oficina que no dejaba mucho a la imaginación: una tabla de aglomerado de apenas metro y medio de largo, imitación en madera de pino, que se sostenía sobre cuatro patas metálicas negras en cuyas aristas comenzaba a adivinarse el efecto del óxido; varios montones de papeles oficiales de diferentes tamaños se repartían sobre ella de forma desordenada ante la ausencia de cajones donde guardarlos, más que en unos cercanos archivadores metálicos que, apoyados junto a la pared del fondo del despacho, parecían ya más que sobrealimentados; algunos objetos que parecían trofeos —toda la pinta de ser de pesca— hacían las veces de improvisados pisapapeles y portalápices; y dos pequeñas fotografías familiares —esposa en una, nietos sonriendo en la otra—, enmarcadas en sendos portaretratos de marcos plateados, aportaban a aquella escueta mesa cierto encanto y un discreto toque personal. Eso sí, la silla que ocupó Smith se veía bastante más trabajada que las dos que correspondieron a los agentes del FBI: acabados en tela negra y ruedas.

Estirando sus largas piernas bajo la escasa mesa de oficina, aquel sexagenario que, aunque en mangas de camisa, vestía el uniforme de sheriff con pulcritud, acarició su abundante y canoso mostacho a lo Tom Selleck, a juego con unos amables ojos claros que no desentonaban con la blanca y venerable tez que envolvía los dos metros de un delgado y huesudo Samuel Smith.

—Ni en un millón de años hubiese adivinado que eran del FBI —dijo con cierta sorna mientras su veterana mirada hacía inventario del de Sarasota y el de Tampa que, sentados frente a él, permanecían expectantes.

—¿Por qué lo dice? —preguntó extrañado Michael Santoro.

Smith tan solo respondió enarcando sus pobladas cejas blancas, bajo las cuales sus avejentados ojos claros apuntaron hacia la indumentaria de los dos agentes especiales.

—¡Ah, ya! —exclamó Santoro mientras se miraba su informal y casual vestimenta—. Es que vamos de incógnito —aclaró, al tiempo que Bradley, ruborizado, paseó su huesuda mano derecha por su alargado y reseco rostro, apenas iluminado por la grisácea luz que las amenazantes nubes de tormenta dejaban filtrarse por entre las ajadas venecianas que resguardaban la ventana del despacho del sheriff Smith.

—Entiendo —se limitó a asentir el sheriff tras echar un último vistazo a los de Florida.

Tras unos segundos, Bradley rompió el incómodo silencio hacia el que la cuestión relativa al fondo de armario de los del FBI había derivado:

—¿Qué nos puede contar de lo de la desaparición de la congresista cuando era pequeña?

El sheriff Smith echó el cuerpo hacia adelante, apoyó sus leñosos brazos sobre la escueta mesa y, entrelazando sus alargados y arrugados dedos, se arrancó:

—Bueno..., tampoco es que haya mucho que contar... —Bradley enarcó sus finas cejas—. Ocurrió en el verano del noventa..., creo recordar... Sí, ahora lo recuerdo: fue en julio del noventa. —Echó el cuerpo hacia atrás sobre el respaldo de tela negra de su silla de oficina con ruedas y, cruzando sus largos brazos sobre un pecho que años atrás debía haber lucido escultural, continuó—: Debra tendría unos siete u ocho años cuando ocurrió. Recuerdo bien cuando nos llamó el padre de Debby, a eso de las once de la noche de un viernes: nos dijo que la madre había ido a la habitación de la cría porque creía haber oído un ruido, pero que había desaparecido; que buscaron por toda la casa y los alrededores de esta, pero no aparecía; y que, por supuesto, estaban ya desesperados. De haberse tratado de una adolescente no habríamos hecho mucha cuenta del asunto hasta el día siguiente... Ya saben *lo bien* que se llevan los jóvenes y los viernes noche —acotó, a lo que Santoro respondió con una mueca de complicidad mientras cruzaba las piernas—. Sin embargo, tratándose de una chiquilla, y a esas horas, nos pusimos en marcha enseguida.

—¿Ya era usted sheriff por aquel entonces? —preguntó Santoro.

—Recién estrenado en el cargo aquel mismo año —respondió, sin ocultar su orgullo, al tiempo que, de reojo, echaba un vistazo a la reluciente estrella de seis puntas que pendía de su pechera.

—Prosiga, por favor —interpeló Bradley, echando el cuerpo hacia adelante para apoyar sus huesudas manos sobre el vaquero azul oscuro en tono Marlon que no podía ocultar lo puntiagudo de sus rodillas.

—Pues estuvimos varias horas buscando —continuó el veterano sheriff—, recorriendo los alrededores de Grants y rebuscando en todos y cada uno de los callejones de esta condenada ciudad. Todos mis hombres se dedicaron a la tarea y, tras unas cinco horas, mi ayudante Jones, que en paz descansa, la encontró...

—¿De qué murió? —interrumpió Santoro, con interés sincero.

—*Michael* —le requirió Bradley, dirigiéndole una mirada de acero.

—No, no importa —respondió el sheriff Smith—. Fue hace dos años, de una neumonía...

—Al caso, por favor, sheriff —le cortó con premura Bradley.

—Bueno..., pues a lo que íbamos... —estirando sus largos brazos sobre la mesa de su despacho para reanudar el relato—: Jones la encontró a las afueras de Grants, a unos cuatro kilómetros de la casa de los padres, a la altura del cañón del Lobo. Iba descalza y tan solo llevaba un pijama del... —dudó— oso *ese*..., ¿cómo se llama? —Chasqueó los dedos.

—¿Winnie the Pooh? —salió en su ayuda Santoro.

—Eso..., el oso... *ese*: el de la miel —respondió Smith, dando una palmada sobre la mesa que hizo tambalearse una de las fotografías que la adornaban...; quizá la de su mujer—. Pues eso —prosiguió—, que solo llevaba ese pijama en mitad de la noche del desierto, por lo que estaba helada de frío y temblando. Imagínense.

—¿Les contó algo? —preguntó Bradley.

—Nada —sentenció, con un firme gesto de su mano derecha—. Salvo... —dudó— aquel nombre que repetía...

—¿Qué nombre? —volvió a interrogar un ansioso Bradley.

—Creo que decía..., algo así como... ¿«Jenkins»? —Levantó la mirada hacia el techo, del que pendía un ventilador que, aquel día de amenazadora tormenta, resultaba del todo innecesario ponerlo en marcha. Tras unos segundos haciendo memoria, sus claros ojos se volvieron a posar sobre Bradley para concluir—: Sí, «Jenkins» era lo que repetía sin parar.

—¿Jenkins? —musitó Santoro.

—¿Llegaron a interrogar a alguien? —inquirió Bradley.

—No. Por aquel entonces —acicalando su blanco mostacho— solo había un Jenkins en todo el condado, y desde luego que no estaba en condiciones de ser sospechoso de nada.

—¿Por? —volvió a preguntar Bradley.

—Tomas Jenkins: noventa y siete años y con más temblores que un sonajero —zanjó las pesquisas de Bradley el sheriff.

—Vaya —reaccionó desencantado el de Tampa.



—De todas formas —volviendo a estirar el sheriff Smith sus largos brazos sobre la mesa—, tampoco hicimos muchas cuentas de aquello: la cría estaba totalmente desorientada..., como *ida*...

—Pero... —interrumpió Santoro.

—Aquel nombre lo podía haber escuchado en cualquier parte —se adelantó el sheriff a Santoro— y repetirlo como un loro en el completo estado de *shock* en el que la encontramos. Ya saben cómo son los críos a esa edad: son esponjas y lo absorben todo; repiten todo lo que oyen en la tele; y ese nombre lo podría haber escuchado la niña en cualquiera de esos dibujos animados... ¿Yo qué sé? El «pato Jenkins»..., o algún bicho de *esos* —concluyó, agitando su arrugada y huesuda mano derecha en el aire.

—Ya —aceptó Santoro.

—Sé lo que están pensando —continuó Smith, volviendo a echar su leñoso cuerpo hacia atrás —, y también lo he pensado yo: un tarado que la secuestró de niña y que, años después, obsesionado con ella, la vuelve a secuestrar. Pero no; no hagan cuentas de esa teoría —volvió a concluir, con otro gesto de desestimación de su mano derecha.

—¿Por qué? —requirió Bradley, echando su espigado torso hacia atrás, lo que le hizo sentir en sus costillas el duro e incómodo respaldo de la metálica silla que apenas podía recoger su casi metro noventa.

Smith hizo una pausa valorativa y, atusando nuevamente su frondoso mostacho plateado, respondió:

—La niña, al parecer, era sonámbula. Eso dijeron los médicos, aunque los padres juraban que no...

—¿Y lo era? —interrumpió Santoro.

—Si los médicos dijeron que lo era, pues... ¿qué quieren que yo les diga? Pues tendría que serlo, ¿no?; yo no soy médico —sentenció el sheriff—. Los padres no van a decir que su única hija está... *loca*..., por así decirlo —aclaró, dibujando un gesto de disculpa con sus leñosas manos.

—Respecto a los padres... —comenzó a decir Bradley, volviendo a echar su, por aquella silla de los demonios, maltratado cuerpo hacia adelante para apoyar sus manos nuevamente sobre sus huesudas rodillas.

—Lo sé: no les contaron nada de aquello —se volvió a adelantar Smith, con una sonrisa de complacencia en su veterano rostro—. Y jamás contarán nada de lo que ocurrió aquella noche del viernes al sábado; es como si la hubiesen borrado de su memoria... Lógico, ¿no lo creen así? —concluyó, con su mirada clara clavada en la azulada de Bradley.

—¿La... *viola*...? —se arrancó Santoro, dudando.

—¡No! —exclamó Smith, anticipándose por tercera vez, con una voz firme y profunda que acompañó de un leve temblor de indisimulada irritación en su envejecido rostro—. En absoluto —prosiguió, bajando el tono—. Se la examinó y estaba inmaculada —sentenció con severidad.

—Solo preguntaba —respondió Santoro, disculpándose, al tiempo que su moreno y redondeado rostro se ruborizaba.

—Lo sé, lo sé... —se disculpó a su vez Smith, aunque sin demasiadas concesiones—; pero aquella noche lo único que ocurrió es que la cría, sonámbula, en un descuido de sus padres, se levantó de la cama, salió de casa por la puerta trasera que siempre dejaban abierta y anduvo por ahí hasta la madrugada. Claro que tuvimos las mismas dudas que tienen ustedes ahora; sin embargo —echando el cuerpo hacia adelante—, tras varias semanas investigando, concluimos que no había más caso que ese —finalizó, dibujando una impostada sonrisa en sus apenas sonrosados labios.

El reseco y huesudo rostro de Bradley —aunque con ese atractivo tono que solo da el sol de Florida— no pudo disimular un gesto de cierta incredulidad ante las palabras del sheriff. Sin embargo, no se amilanó ante la edad y experiencia de Smith, por lo que, decidido, le espetó:

—Yo sí creo que las dos desapariciones están relacionadas de alguna forma.

Se hizo el silencio. Aquello no pareció gustar a Smith, mientras que a Santoro, desde luego, no le sorprendió la sinceridad y el atrevimiento de su compañero.

Tras unos segundos, el venerable y amable rostro que regalara el sheriff Smith al principio de la visita se tornó en uno bastante más que severo, lo que confirmaron sus palabras más inmediatas:

—Pues eso es todo, señores.

Sin apenas dificultad, su sexagenario y leñoso cuerpo se irguió tras la escasa mesa de oficina que, frente a los dos metros de aquel huesudo sheriff, lucía más escasa todavía. Con las manos sobre su cinturón de cuero marrón, se ajustó los pantalones del uniforme y, tras henchir su antaño musculado pecho sobre el que hogaño destacaba su plateada, reluciente y orgullosa estrella,

añadió:

—Tengo a todos mis hombres trabajando en esto —alargando el brazo izquierdo hacia el mapa del condado de Cíbola que, a sus espaldas, colgaba sujeto por chinchetas de diferentes colores sobre un enorme corcho cuyo único uso parecía ser ese—, recorriendo cada rincón del condado desde ayer... Si por un segundo hubiera pensado que la desaparición de Debra Torres de entonces y la de ahora estaban relacionadas..., no lo duden: el responsable ya estaría entre rejas. —Acercándose a los dos agentes, concluyó—: Cualquier ayuda es bienvenida y, por favor —mirándolos de forma adusta—, lo último que necesitamos es que se remueva el pasado para nada.

—De acuerdo —convino Bradley, poniéndose de pie. Santoro le imitó, aunque en silencio.

Smith acompañó a los de Florida hasta la puerta de cristal esmerilado de su despacho, la abrió y, tras salir al diáfano y estrecho pasillo, cambió de tema de esa forma que solo saben hacer los que peinan canas:

—Parece que va a caer una buena.

—Sí, eso parece —respondió un amable Santoro. Bradley, sin embargo, no despegó sus finos labios.

Sin mediar más palabra, continuaron avanzando por el estrecho y vacío pasillo hasta la salida de las oficinas, justo antes de la cual, dos viejas y enormes fotocopiadoras Canon que serían de los noventa se alineaban frente a la ventanilla abierta al público que, ahora desierta, apenas invitaba a realizar cualquier denuncia ciudadana. A su altura, Bradley se detuvo y, volteando su espigado cuerpo hacia los dos metros de sheriff que les iba a la zaga, dijo:

—Me gustaría que nos mantuviesen informados de cualquier avance en el caso.

—Por supuesto —respondió Smith, estirando su arrugado y orgulloso cuello—. Y yo a ustedes discreción —les advirtió.

—No lo dude. Gracias, sheriff. —Mientras asía el tirador de la acristalada puerta de salida que dejaba adivinar una plomiza mañana de sábado.

—Gracias —coreó Santoro.

Un gesto de Smith, llevándose su índice y corazón derechos a su plateada sien, respondió y despidió a un tiempo a los dos agentes del FBI mientras abandonaban las vetustas instalaciones de la Oficina del Sheriff, en cuyo estacionamiento semivacío les esperaba el Toyota Prius blanco de alquiler.

—Vaya carácter —rompió Santoro el silencio que reinaba en el interior del Prius.

—Sí —respondió un conciso Bradley mientras conducía.

—Más cerrado que el coño de una muñeca.

—Es normal... —respondió un comprensivo Bradley—; en estos pueblos no les hace mucha gracia que los federales se metan en sus *cosas*.

—¿No te dio la sensación de que sabía exactamente lo que le íbamos a preguntar y que tenía las respuestas preparadas?

—Exacto.

—¿Cómo te lo explicas? —Volviendo la cabeza hacia su compañero.

—Perro viejo. —Sin devolverle la mirada a Santoro.

—Y ¿ahora qué?

—Nos queda preguntar al marido cuando venga esta tarde —respondió, mientras llegaban a la altura del Beauty & Luxury Motel—. Quizá ella le contara algo de aquello y nos pueda aportar alguna pista.

—Sí, suele ocurrir.

—¿Qué quieres decir? —Mientras estacionaba frente al motel.

—Ya sabes... —gesticulando Santoro de forma burlona—, lo típico: una cena de enamorados; los dos abren sus corazones; ella se pone melancólica y empieza a contar cosas de su pasado que durante años ha encerrado en su afligido pecho; unas copas de más; ella llora relatando un trauma del pasado; él la abraza; y una cosa lleva a la otra...

—Eres un romántico.

—Normal; soy medio italiano. —Un sonriente Santoro.

—Sí, por ahí podrían ir los tiros —le confirmó Bradley mientras detenía el silencioso motor del Prius—. Además, él no es de por aquí y, si realmente quiere que resolvamos el caso, no creo que se guarde nada.

—Eso creo yo también —respondió Santoro mientras abría la puerta del coche para descender.

—Sigo pensando que las dos desapariciones están relacionadas. —Descendiendo también del coche Bradley.

—«Jenkins», «Jenkins»... —pronunciaba Santoro, pensativo—. Podríamos buscar en los archivos del FBI a ver si encontramos ese nombre relacionado con la congresista.

—Sí, ya lo he pensado. No me creo que ese tal «Jenkins» no existiera realmente: si la niña lo repetía en aquella situación debía de ser por algo.

—Estoy de acuerdo: de crío tragué mucha tele y jamás escuché ese nombre —dijo Santoro, sonriendo.

—¡Ja, ja, ja!

Sin embargo, a pesar de aquella ocurrente gracia, algo quedó encasquillado en la mente de Santoro: «Jenkins, Jenkins», repetía ahora para sus adentros mientras cruzaban el angosto y escasamente decorado vestíbulo de entrada al Beauty & Luxury Motel, sin apenas caer en la cuenta de que el tocinoso, mal afeitado y peinado con cortinilla recepcionista del turno de día les saludaba con un perezoso gesto de su mano derecha. Sí, el «jodido Jenkins» vino a ocupar ahora el trono de las obsesiones del de Sarasota, aunque, una vez frente a la ajada puerta de la 101 del Beauty, el extraño asunto de la Biblia de Gedeón acudió de nuevo a su mente, si bien fugaz, como el relámpago que destella entre las oscuras nubes de la tormenta.

—Nos vemos en media hora —irrumpió Bradley en los pensamientos de su compañero desde la puerta de contrachapado oscuro de la 105.

—Media hora... Sí —respondió un absorto Michael Santoro a su vecino de habitación.

Los umbrales de la 101 y la 105 engulleron a los dos agentes especiales, al tiempo que dos sordos y consecutivos chasquear de pestillos anunciaron una tregua para su intimidad.

## XII. SIN ALMA

«Campamento de verano Cheerios», cruzó como una ráfaga por la aterrorizada mente de una Debra Torres que retrocedía frente a aquella visión.

—Ji, ji, ji —reía *aquello*.

—Vete..., vete —apenas podía mascullar entre sollozos Debra.

Lo que antes fuera una desvalida y desorientada niña, ahora avanzaba como una fantasmagórica figura sin rostro alguno hacia la congresista, dibujando una inexistente sonrisa que, sin embargo, Debra adivinaba como tétrica ante sus horrorizados ojos negros, como lo estuvieran veintiocho años atrás, aquella noche de julio del noventa.

—¿Quieres jugar conmigo? —articuló una invisible boca, con una voz sin sentimiento alguno.

El zapato plano de Debra retrocedía torpemente sobre el ajedrezado linóleo del Oasis Diner, apenas ganando terreno frente a aquella *cosa* que continuaba avanzando hacia ella.

—Juega conmigo —insistió *aquello* que, embutido en su blanco y fino camión moteado de pequeños ositos de color rosáceo, caminaba hacia Debra extendiendo unos cetrinos brazos en los que, ahora, bajo la fluorescente luz del local, se podían ver claramente unas horribles venas azules que minutos antes no estaban allí.

—¡Vete, demonio! —pudo gritar finalmente Debra en un destello de instintiva lucidez—. ¡Maldita seas! —Girando su menudo pero estilizado cuerpo en dirección al fondo del vacío restaurante.

—Quédate conmigo, Debby —requirió *aquello* mientras continuaba avanzando hacia una Debra Torres que comenzó a acelerar el paso entre angustiosos sollozos.

—¡Socorro! —gritó cuando alcanzaba la puerta batiente de contrachapado en madera color cerezo de una sola hoja que daba acceso a lo que parecía ser la cocina.

—Ji, ji, ji —continuaba... *aquello*, cada vez más cerca.

De un solo golpe, Debra empujó la puerta con tal fuerza que su única hoja fue a estrellarse contra una pila de ollas que, segundos antes, se hallaban perfectamente ordenadas por tamaños sobre una estantería cercana, con un estruendo tal que despedazó el silencio de la fría e impoluta cocina en la que Debra acababa de irrumpir huyendo de *aquello* que la perseguía.

—No te asustes, Debby —rogaba esa voz sin alma.

El corazón de Debra latía desbocado en su pecho. La puerta de contrachapado daba unos últimos y lánguidos vaivenes hasta encajarse nuevamente en su marco, devolviendo el silencio robado a la cocina en la que, de pie, Debra Torres intentaba ahogar los aterrorizados sollozos que pugnaban por escapar de sus temblorosos labios, al tiempo que sus menudas y bien cuidadas manos buscaban en vano tapan sus oídos para no escuchar los insistentes reclamos de *aquello*.

—*Deebbyyy* —susurró la *cosa* en forma de niña tras la puerta.

Debra apretaba las manos contra sus oídos, con tal fuerza que sentía su cabeza estallar. De sus preciosos ojos oscuros, ahora cerrados con inusitada fuerza, brotaban unas lágrimas que arrastraban el rímel *waterproof* que, desde luego, no había sido testado para aquella enloquecedora prueba. Sus dientes, apretados a punto del quiebre, apenas dejaban escapar unos jadeantes sollozos de desesperación.

—Debby, juega conmigo...; como aquella noche... Ji, ji, ji.

Debra continuaba con los ojos cerrados, mientras sus manos seguían oprimiendo un cráneo en el que, no obstante, aquellas demoníacas palabras conseguían colarse para atormentar sus recuerdos. Sin embargo, la infernal voz de *aquello* sonaba más clara, más nítida..., como si... ya no procediera de detrás de la puerta que Debra, inocente, creyera protectora en su desesperada huida.

—Mírame, Debby.

Sí; aquella voz ya no procedía de detrás de la puerta batiente de contrachapado barato; de eso ya estaba totalmente segura Debra Torres. Lentamente, entreabrió sus ojos inundados en lágrimas negras; su rostro, surcado por ríos de terror, se giró cauteloso hacia la derecha, de donde adivinó que procedía el último requerimiento de aquel... *monstruo*; y sus menudas manos dejaron de oprimir sus oídos para posarse lentamente sobre unos temblorosos labios que apenas pudieron emitir un ahogado sollozo de terror.

—¿Debby? —requirió *aquello*, dibujando una sonrisa sin rostro que solo Debra podía adivinar.

Los negros ojos de Debra, vacíos de esperanza, se clavaron sobre aquella cabeza que, bajo unos pajizos cabellos, se asomaba sin rostro alguno por entre el marco de aluminio abierto en la cocina que ahora ya no servía para despachar pedidos, sino para que el terror continuara azotando la desesperación de una desencajada congresista.

—Hola..., Debby —volvió a proferir aquella *cosa*, con su inexpresiva cara de luna, blanca como la nieve, pero horrible como la muerte.

Debra dio unos inconexos pasos hacia atrás, lo que hizo que tropezara con una de las ollas que momentos antes la puerta de la cocina derribara con su violento movimiento: un metálico estruendo, hueco y breve, estremeció el tembloroso cuerpo de Debra; un ahogado grito de terror escapó de su atenazada garganta; y un mal traspies con otra de las ollas que se interpuso entre los zapatos planos de Debra Torres, dio con sus huesos en el frío y ajedrezado linóleo de la cocina del Oasis Diner.

—Ji, ji, ji —rio sin compasión alguna *aquello* mientras contemplaba a la congresista, humillada en el suelo.

—¡¡¡Vete, monstruo!!! —acertó a gritar mientras se arrastraba entre ruidosos cacharros.

—¿Sabes quién está aquí? —preguntó *aquello*, apoyando sus venosos brazos sobre el metálico poyo del marco abierto en la ventana de la cocina—. Ji, ji, ji.

—¡¡¡Cállate, demonio!!! —Arrastrándose, entre sollozos, sobre el suelo.

—Vive aquí, con nosotros. Ji, ji, ji.

—¡¡¡Maldito seas, bicho!!! —Continuó arrastrando su menudo cuerpo, mientras sus inundados ojos negros se dirigían hacia la puerta de la cocina.

—¿Te acuerdas de él? —Como si de una inocente niña que conversara plácidamente con alguien desde la ventana de su infantil habitación en una cálida mañana de primavera se tratara.

«Es fácil, Debby...», pudo pensar en una fracción de segundo el aterrorizado cerebro de Debra Torres. «Ponte de pie, abre esa maldita puerta y sal corriendo; no te podrá alcanzar si lo haces rápido», insistió la Debra más metódica. «¡Vamos! ¡Hazlo!», ordenó su lado racional.

De repente, la menuda Debby se irguió como un gigante sobre el linóleo de aquella ratonera en que se convirtió la cocina del Oasis Diner.



—Ji, ji, ji —volvió a reír estúpidamente *aquello* mientras contemplaba la escena desde su improvisada ventana.

«¡Hazlo ahora!», ordenó lo que quedaba de racional en el más que inteligente cerebro de Debra Torres.

—Una *sorpresita* te espera detrás de la *pueertecitaaa*... Ji, ji, ji —vomitó *aquello*.

Demasiado tarde: Debra ya había comenzado a cumplir las órdenes que, ella creía, la sacarían de allí; imposible detener el rumbo que su menudo cuerpo había ya emprendido antes de la tramposa advertencia de aquel monstruo; todos sus músculos, huesos y el ímpetu que solo da el deseo de sobrevivir, se dirigían de forma inexorable hacia la falsa madera de contrachapado en color cerezo que, sin la menor duda, cedería ante el decidido empuje de la congresista como lo haría el frágil diente de león en mitad de un huracán.

Una frenética sucesión de imágenes del pasado estalló en su mente durante la fracción de segundo que sus firmes y decididas manos tardaron en estamparse contra la puerta batiente de la cocina. Su corazón cabalgaba sobre las brasas del terror, bombeando a velocidad de vértigo la roja sangre que los tensos y ávidos músculos de la congresista reclamaban para escapar de aquel lugar infernal. «¡Vamos, vamos!», resonaba en su cabeza. «Campamento de verano Cheerios», volvió como una ráfaga a cruzar su mente. «Te quiero, Bob», impulsó definitivamente el empuje hacia la libertad de Debra.

¡¡¡BLAAAM!!!

Sin resistencia alguna, la frágil puerta de contrachapado barato cedió con un estruendo tal que apenas hizo audible el grito de rabia que escapó de la aterrorizada garganta de la congresista, al tiempo que uno de sus zapatos de suela plana volaba por los aires describiendo un proyecto de tirabuzón que en modo alguno llegó a ser doble. Un quejoso y seco crujir de goznes sentenció el sencillo ingenio batiente que separaba a Debra de la libertad, mientras que el carrusel de imágenes del pasado continuaba corriendo, infinito, por la película en cinemascopio que durante aquella fracción de segundo se proyectaba sobre su atenazada mente. Tan solo una fugaz imagen de su bolso de Dior negro que le regalara Bob, descansando sobre el cuero blanco hueso del asiento del acompañante de su modesto Mercedes Clase A rojo de 2009, rompió aquella tormenta de recuerdos, dando alas a su huida con renovadas fuerzas: «¡Tienes que llegar al coche como sea!», le gritaron sus entrañas.

Sin embargo, tras aquella puerta batiente había *algo* más que el diáfano pasillo de apenas dos metros de ancho que separaba la barra del local de las mesas jalonadas por los vacíos asientos forrados en capitoné. Sí, había *algo* más...; y contra *ello* se estamparon las esperanzas de Debra Torres, despanzurrándose sobre el ajedrezado linóleo del Oasis Diner como un animal que queda reventado en la cuneta de la interestatal.

—Ji, ji, ji —volvió a reír la diabólica... *niña*, gozando en la distancia del fracaso de una Debra que comenzaba su descenso a los infiernos.

—Hola, Debby —saludó *aquello* contra lo que se estrellaron de forma dramática las últimas esperanzas de la joven congresista.

De súbito, los confusos y olvidados recuerdos que intentaban arremolinarse en la turbulenta cabeza de Debra Torres se tornaron prístinos y ordenados como el agua de un estanque.

Veintiocho años atrás, la noche de un viernes de mediados de julio, la pequeña Debby Torres dormía. Su infantil cerebro —aunque más despierto que la media para una niña de siete años— comenzaba a diseccionar, con el afilado bisturí de la imaginación, las vivencias de aquel día que la oscuridad de la noche estaba a punto de guardar en el polvoriento cajón del pasado: una intensa mañana de juegos en el jardín de la casa con sus primos hermanos por parte materna Tomás y Teresa, ambos de cinco y siete años respectivamente; una casi infinita celebración de cumpleaños que se prolongó más allá de las seis de la tarde en la ostentosa casa de su inseparable amiga y compañera de colegio y pupitre Shirley Black; la promesa de sus padres de que, el próximo año, si sacaba buenas notas, tal vez pudiera ir al campamento de verano Cheerios; y unas dos horas, más o menos, persiguiendo a su madre por toda la casa mientras le relataba sus peripecias de aquel intenso día —incluidas las aceradas críticas que una severa Debby desgranaba hacia Linda Miller, la que ella llamaba su «anchienemiga», aunque sin llegar a entender las risas de su madre cada vez que pronunciaba aquel *irregular* adjetivo—, a buen seguro que habrían desfilado ya a esas horas de la noche por el quirófano de sus sueños. Sí, la pequeña Debby Torres dormía..., ajena a los monstruos que acechan en la noche.

Tan solo su rítmica y pueril respiración aterciopelada rasgaba el oscuro silencio de la habitación en la que una siempre sonriente muñeca American Girl se sentaba entorno a una pequeña e infantil mesa de té, acompañada de unos también sonrientes Winnie the Pooh, Piglet y Tigger, a quienes, para las próximas Navidades, se uniría —si Santa Claus no fallaba— Ígor. Sí, el pobre y tristón Ígor, porque «así se pondrá contento de estar con sus amigos», como rezaba la carta que tenía ya preparada desde hacía un mes, con franqueo bastante como para ir a Laponia y volver a Grants varias veces, lo cual, quizá, también pasaría aquella noche por la clínica de la imaginación de la pequeña doctora Debby.

Destapada hasta su diminuta cintura, un amplio pijama rosa de dos piezas era más que suficiente para abrigar a una Debby en cuyo pequeño pecho un sonriente Winnie the Pooh subía y bajaba al ritmo de la relajada y confiada respiración de la única hija del matrimonio Torres, al

tiempo que algún esporádico espasmo muscular de sus piernecitas confirmaba la profundidad del dulce sueño en el que comenzaba a sumergirse la pequeña. Sí; nada podría perturbar el tranquilo sueño de aquella niña...; o, al menos, nada debiera haberlo perturbado.

—*Debbyyy...* —rasgó el aterciopelado silencio de la habitación.

Sin embargo, la pequeña ni se inmutó.

—*Despierta, Debbyyy...* —volvió a rasgar el silencio.

Un leve espasmo de su pequeño pie derecho respondió a aquel susurro.

—*Debbyyy...*

Ahora sin respuesta alguna por parte de la pequeña, profundamente dormida.

Durante los minutos siguientes, el silencio volvió a mecer el sueño de Debby Torres. Pero, de repente:

—¡Despierta!

Aquello agrietó el sueño de Debby, quien, creyendo oír la voz de la «asquerosa» de Linda Miller, respondió balbuceando:

—*Anchienemiga.*

—¿Quieres ir al campamento de verano? —preguntó aquella voz desde algún punto de la oscura habitación.

—¿El de Cheerios? —Entreabriendo sus oscuros y adormilados ojos, al tiempo que una indisimulada emoción aceleró su corazoncito.

—Claro. Ji, ji, ji.

—¿Ahora?

—Ahora mismo. Vamos.

De pronto, la cerrada puerta de la habitación comenzó a abrirse de forma silenciosa, sin sonido ni chirrido alguno, de la mano de una invisible fuerza que la pequeña Debby justificó en

sus infantiles entendederas como «mágica». El oscuro pasillo se ofrecía inquietante, mientras que el profundo silencio alimentaba un creciente temor que comenzó a atenazar la anterior emoción de Debby Torres.

—¿Quién eres? —preguntó extrañada, mientras se incorporaba sobre la cama, oteando la impenetrable oscuridad de su habitación.

—Una amiga. Ji, ji, ji —respondió aquella voz, desde algún cercano lugar, entre las sombras.

—Pero... ¿mis papás? —Buscaba inútilmente en la oscuridad.

—No te preocupes; el señor Jenkins nos cuidará —respondió aquella voz, ahora dulce como el merengue.

De pronto, la figura de una niña surgió de la oscuridad, como si resplandeciera con luz propia. Sin mostrar su rostro, tan solo un largo y pajizo cabello, y embutida en un fino camisón blanco moteado de pequeños ositos en rosa, se dirigió lentamente hacia la puerta de la habitación recién abierta de forma «mágica». Cuando llegó a la altura del oscuro pasillo, sin volverse, dijo:

—Sígueme.

La pequeña Debby sonrió. Confiada, sin esfuerzo alguno saltó de la cama y, con unos rápidos y cortos pasitos cuyo sonido amortiguó la gruesa alfombra de la habitación, siguió a su nueva... *amiga*.

Sin saber cómo —aunque tampoco se lo llegó a plantear porque su tierna imaginación sentenció que aquello era, sencillamente, «magia»—, su nocturna *amiga* fue guiando a la pequeña Debby entre la silenciosa oscuridad de la casa, como una resplandeciente luminaria a la que seguía el pequeño trote de una feliz y confiada niñita; ni tan siquiera cuando pasaron a la altura de la entreabierta habitación del profundamente dormido matrimonio Torres, ajeno a aquella inimaginable escena, la pequeña Debby desvió lo más mínimo su atención de la hipnótica luz que emitía la inesperada visita que prometía la alegría, felicidad y diversión de ese machacón anuncio de televisión que, aquel verano del noventa, cautivó sus infantiles ilusiones.

La trasera puerta doble de la casa no fue obstáculo alguno para que Debby y su *amiga* prosiguieran con la intempestiva aventura de aquel viernes noche, ya que, aunque entreabierta —por aquel entonces, Grants era uno de esos lugares en el que todo el mundo se conocía y en el que jamás ocurría nada reseñable más allá de alguna esporádica e inusual pelea de borrachos—, la «magia» de aquella misteriosa visita, sin duda alguna, la habría abierto de todos modos con su fascinante hálito así hubiera estado sellada.

Ya afuera, una noche sin luna acompañaba a las dos figuras infantiles que avanzaban entre las

sombras, tan solo recortadas por la hipnótica y blanca luz que desprendía la improvisada *amiga* de una Debby Torres que, como un recién parido cervatillo siguiendo a su madre, le iba a la zaga con su descalzo trote y escaso pijama de dos piezas. Sin embargo, el frío de la desnuda noche del desierto en el que comenzaron a adentrarse al abandonar las mínimas y esporádicas luces de Grants, no inquietó lo más mínimo a Debby: una extraña sensación de cálido abrigo la arrullaba. Ni tan siquiera el duro y punzante suelo bajo sus delicados piecitos alteró el alegre paso de una pequeña Debby que, extrañamente, los sentía como si flotaran.

—¿Falta mucho? —preguntó una ansiosa Debby, siguiendo entre acelerados e irregulares pasitos a su misteriosa *amiga*.

—Ya falta poco —respondió, sin volverse.

—¿Y los demás niños del campamento?

—Nos están esperando, con el señor Jenkins.

—¿Quién es el señor Jenkins?

—Es un amigo muy simpático y muy bueno.

—¿Como un jefe de campamento?

—Ji, ji, ji... Sí, como un jefe de campamento.

—¿Y si alguien nos ve? ¿Y si nos hacen volver a casa antes de llegar? —preguntó con repentina inquietud la pequeña.

—Solo el señor Jenkins puede vernos. No te preocupes.

Aquello extrañó y tranquilizó al mismo tiempo a la pequeña Debby: ¿acaso no era todo lo de su *amiga* «mágico»? Sí, todo iba bien. «Qué tonta soy, ¿no?», pensó en su tierna inocencia.

Continuaron caminando en mitad de la madrugada cerrada del desierto de Nuevo México. El luminoso destello blanco de su *amiga* guiaba los pasitos de la pequeña Debby. Los nocturnos e inquietantes sonidos que a lo lejos arañaban la oscuridad, sin embargo, no importunaban el ilusionado ánimo de una Debby Torres que continuaba lanzando preguntas a su guía de pajizos cabellos, en una delirante conversación en lo que todo eran promesas de alegría y felicidad, de risas y juegos junto al crepitar de una cálida fogata nocturna, como en aquel pegadizo anuncio de televisión que atrapó la imaginación de Debby.

De pronto, en mitad de la nada, de la misma forma en que su noctámbula *amiga* comenzó a caminar aquella noche, sin más se detuvo. Aquella blanca luz que emitiera a lo largo de la furtiva escapada que compartieron se extinguió de repente. Debby, extrañamente, comenzó a sentir de forma súbita el frío del desierto, al tiempo que los terrores y sonidos de la noche empezaron a acelerar su corazoncito.

—¿Qué...? ¿Qué... pasa? —preguntó con voz trémula.

Su *amiga* no respondió. Ya no estaba.

—¿Amiga? —volvió a preguntar a la oscuridad, confusa.

El silencio volvió a responder.

Temblorosa, cruzó sus pequeños brazos sobre su frágil pechito que, aterido, intentaba entrar en calor, al tiempo que el castañeteo de sus dientecitos rompía los lúgubres silencios de la noche. El escaso pijama de dos piezas comenzaba a pasarle factura.

Desorientada, intentó caminar hacia ninguna parte, mientras que las plantas de sus pequeños pies eran asaeteadas por los invisibles arbustos que crujían bajo su minúsculo peso.

El desconsolado llanto no se hizo esperar; aunque no estridente, sino ahogado por el angustioso desasosiego.

—¡¡¡Mami, mami, mami!!! —Mientras su desorientada cabecita buscaba, en vano, entre la oscuridad—. ¡¡¡Mami, mami, mami!!! —Entre aterrorizados pucheros de desconsuelo mientras daba vueltas sin rumbo alguno en las sombras de la noche del desierto.

¿Cuánto no pasaría por la cabecita de la pequeña Debby durante la madrugada de aquel recién entrado sábado de mediados de julio del noventa? Desazón, llantos, gritos, angustia, congoja... Sí; la mente de una pequeña niña de siete años se descomponía en la oscuridad del desierto, sin nadie ni nada a lo que asir su desesperación. ¿Cuánto tiempo más estaría la pequeña Debby rodeada de los horrores que la acechaban en la inhóspita y fría noche? ¿Cuánto tiempo más tendría que sufrir su aterrado corazoncito los azarosos embates del miedo? ¿Cuánto tiempo más tendría que aguardar para conocer lo que el caprichoso destino le tenía preparado, agazapado entre las sombras como el monstruoso animal de un bestiario que acechara a su presa sediento de sangre? Solo el «señor Jenkins» tenía la respuesta.

La pequeña Debby se aferraba a sus infantiles esperanzas mientras continuaba llorando desconsolada, deambulando sin rumbo de aquí para allá, entre las sombras, sin que nadie pudiera atender su desaliento, más que un Winnie the Pooh de sonrisa congelada que, en la parte superior de su minúsculo pijama de dos piezas, se dibujaba como único testigo de las desesperadas

súplicas de su pequeña y desorientada propietaria.

Sin embargo, de pronto algo llamó la atención de aquel menudo rostro inundado en lágrimas. Temblando de frío, sus delgadas piernecitas avanzaron unos tímidos pasos hacia algo que sus pequeños ojos negros adivinaron en la oscuridad de la cerrada noche.

—¿Pa... pa... pi? —preguntó entre ahogados sollozos a lo que parecía una figura humana que avanzaba lentamente hacia ella.

Pero aquella figura no respondió, sino que continuó avanzando de forma pausada, aunque firme, hacia ella.

—¿Eres tú, papi? —volvió a preguntar, ahora con la seguridad que da la esperanza.

Pero no; aquella figura continuaba sin responder, avanzando lentamente hacia la pequeña Debby, quien, no obstante, permanecía expectante mientras aquella presencia comenzaba a definirse entre las sombras a medida que se aproximaba. Quizá en cualquier otra situación, el poderoso instinto de supervivencia que poseen los niños hubiera hecho que la pequeña Debby hubiera salido corriendo sin mirar atrás, a todo lo que hubieran podido dar sus menudas piernas; sin embargo, lo que se acercaba a ella lentamente en la negra madrugada del desierto era su única esperanza..., tal vez la última.

A apenas unos pocos metros de Debby, la callada figura terminó por definirse ante los asombrados ojos de la pequeña: un hombre de talla alto, delgado y espigado, enfundado en un avejentado traje oscuro, lucía una resplandeciente camisa blanca que parecía brillar con luz propia; lo mismo que unas enguantadas y relucientes manos blancas que a la confusa niñita se le asemejaron de dibujos animados; aunque un blanquecino rostro, sin rasgo humano alguno, hizo que el menudo cuerpo de Debby se estremeciera ante aquella extraordinaria visión. Al punto, la sorpresa de Debby no le impidió adivinar que tras aquel extraño *hombre* había algo que se movía, aunque no tardó en descubrir qué era.

—Ji, ji, ji —rio estúpidamente su *amiga*, asomando un también inexistente y fantasmal rostro tras la espigada y entallada figura en negro de su acompañante—. ¿Quieres conocer al señor Jenkins? Ji, ji, ji —añadió, entre más estúpidas risitas.

La enguantada mano izquierda de *aquello* comenzó a acariciar los pajizos cabellos de la *cosa* que asomaba tras *él*, al tiempo que alargaba su brazo derecho para tender su otra también enguantada mano blanca hacia una Debby más aterrorizada que asombrada.

—Ven con nosotros, Debby —profirió por fin *aquello* que respondía al nombre de «Jenkins».

—Sí, ven con nosotros —coreó la otra... *cosa* de cabellos pajizos, como si de un criado sin

librea se tratara.

Indecisa, la pequeña Debby dio un pasito hacia adelante, al que siguió inmediatamente otro hacia atrás para recuperar la posición inicial. Mientras, sus pequeños ojos negros permanecían abiertos como platos, intentando comprender aquello que escaparía a la comprensión de cualquier adulto.

—Ven; acércate, pequeña —dulcificó su voz el... «señor Jenkins», aunque sin alma ni sentimiento alguno.

—No —respondió con firmeza Debby, echando un par de pasitos hacia atrás.

De pronto, el rostro sin rostro de *aquello* reaccionó, dibujándose una sonrisa torcida en aquel blanquecino lienzo que debiera haber sido una cara.

—Ven —insistió *aquello*.

—No; eres malo —respondió la pequeña Debby, retrasando aún más su posición.

Al instante, en el inexistente rostro de aquel *ser* comenzaron a formarse decenas de terroríficos semblantes. En apenas una fracción de segundo, las caras de mujeres, hombres, ancianos y niños, todas de horrible y apesadumbrado aspecto, se dibujaron en la faz de *aquello*, cerrando aquel tétrico desfile de dolor una demoníaca sonrisa sin más expresión que la del terror asomando sus blancos y afilados dientes.

Debby Torres comenzó a chillar a pleno pulmón, como si —y así era en verdad— le fuera la vida en ello. Chilló y chilló, con un grito tan agudo y afilado que atravesó la silenciosa y fría noche del desierto. Y continuó chillando y chillando..., hasta que, de pronto, sus afinados oídos pudieron escuchar a lo lejos, como en un sueño:

—¡Debraaa!

Chilló y chilló más, sin apenas importarle el punzante dolor que comenzaba a atravesar sus pequeñas, pero potentes, cuerdas vocales.

—¡Debraaa Torreees! —volvió a escuchar en la cercana lejanía.

De pronto, aquellos dos fantasmagóricos seres, como si del falso humo de un barato truco de magia se tratara, desaparecieron entre las sombras de la noche, al tiempo que los temblorosos faros de un coche atravesaron la oscuridad en dirección al lugar en el que se encontraba una absorta Debby. Segundos después, a aquel luminoso traqueteo se sumó una poderosa e hipnótica



danza que, con sus rítmicos destellos en azul y rojo, rompió la oscuridad de la noche del desierto desde el techo del coche patrulla que conducía el ayudante Jones.

—Jenkins, Jenkins, Jenkins... —comenzó a repetir de forma compulsiva la pequeña Debby. Mientras, en las lágrimas que inundaban su pequeño rostro, se reflejaba el mágico encanto de aquel baile de luces rojas y azules que los negros e infantiles ojos de Debby no dejaban de mirar—. Jenkins, Jenkins, Jenkins... —repetía... sin parar.

—¿Te acuerdas de mí? —dijo... *aquello*.

Veintiocho años después, Debra Torres al fin recordó. Aquello que durante décadas enterró en lo más profundo de su memoria se ordenó en la metódica mente de Debra la madrugada de aquel viernes de mediados de julio, sobre el ajedrezado linóleo en el que sus temblorosas rodillas se clavaban, implorando a *aquello*:

—Déjame ir, por favor.

—Si nos lo vamos a pasar muy bien —intervino la otra *cosa*, acercándose hacia donde estaba Debra, postrada frente a *aquello* que la contemplaba sin rostro alguno, desde la torre oscura que era su enjuto y espigado cuerpo, alzándose sobre la desesperación de la congresista—; el señor Jenkins nos va a llevar de campamento. ¿Te acuerdas? Ji, ji, ji.

—¡Por favooooor! —suplicó Debra, entrecruzando sus menudos dedos en oración hacia *aquello* que, poderoso, se alzaba frente a ella, al tiempo que el anillo de bodas en oro blanco que lucía orgullosa en su anular izquierdo, promesa de amor eterno que le hiciera Robert Louis Sheridan, destelló en un instante fugaz.

*Aquello*, sin compasión alguna, extendió su brazo derecho, en cuyo extremo una enguantada mano, blanca como la nieve, comenzó a descender sobre la cabeza de la congresista, quien, entre baldías súplicas, continuaba arrodillada frente a aquel *ser* enfundado en la misma sobria indumentaria que, veintiocho años atrás, lució ante los aterrorizados ojos de la pequeña Debby.

Debra apretaba sus párpados, de los que brotaba un océano de desesperadas lágrimas. Sus dientes se juntaban con toda la fuerza de que disponían sus menudos maxilares, hasta el extremo de poder llegar a escuchar el sordo crujido de alguno de ellos. Rogaba y rogaba para que todo aquello no fuera más que una horrible pesadilla que, a la mañana siguiente, comentaría durante el desayuno entre relajadas risas. Sin embargo, Debra sabía que aquello era real, como lo fuera veintiocho años atrás; una inacabada ceremonia sacramental en la que ella era el cordero y que,

ahora —no le cabía la menor duda—, aquel espectro iba a terminar de officiar en aquel sórdido lugar.

En el baldío rostro de *aquello* que se alzaba frente a ella comenzaron a dibujarse las mismas caras que veintiocho años atrás lo hicieran en mitad de la cerrada noche del desierto, en una danza de horribles rostros que, como aquella madrugada, concluyeron en la maléfica sonrisa que hiciera chillar de horror a la pequeña Debby. Sin embargo, Debra Torres no quiso contemplar aquel carrusel del horror que se representaba en el *no rostro* de *aquello*: con sus oscuros y preciosos ojos sellados, sabía perfectamente cuál era el programa de actos para el terrorífico teatro de esa noche.

Y, en el preciso instante en que aquella demoníaca sonrisa asomó sus dientes bajo la blanca y fluorescente luz del Oasis Diner, *aquello* comenzó a desenguantar lentamente su mano derecha con la ayuda de su izquierda, dejando al descubierto un río de violáceas venas que llenaban de muerte una leñosa y cetrina garra que terminó por posarse sobre los negros cabellos de una Debra Torres entregada a su destino entre aterrados temblores.

Cuando aquella horrible garra entró en contacto con los bellos cabellos de Debra Torres, en una imagen casi obscena, la joven congresista dio un leve suspiro, casi inaudible. Su mente comenzó a deshacerse, a volatilizarse quizá; sus recuerdos —buenos y malos— empezaron a borrarse, en una veloz sucesión de imágenes que jamás volverían a su imaginación; su mente pasó, del colorido caleidoscopio de la vida, al gris mate de la muerte; y su alma, sencillamente, dejó ya de pertenecerle.

—*Jenkins, Jenkins, Jenkins...* —comenzó a susurrar una catatónica Debra Torres, con una voz átona, sin alma alguna, procedente de una ya inexistente boca en un rostro... *sin rostro*.

—Ji, ji, ji —rio de forma estúpida y diabólica su... *amiga*.

## XIII. SUEÑO

«Media hora», volvió a repetir Michael Santoro, ahora para sus adentros mientras su mirada recorría la pobre *decoración* de la 101. El duro camastro aún deshecho le recordó que el desayuno no era lo único que no incluían los cuarenta dólares la noche: «Un mes que estuvieras alojado en el Beauty, un mes que se tirarían sin limpiarte la habitación», pensó, torciendo una mueca.

Antes de asegurar el pestillo de la puerta de contrachapado oscuro de la habitación, hizo el ademán de buscar, en vano, el colgador de «No molestar»; al segundo recordó que aquel artilugio era una *exquisitez* que, desde luego, no iba con el Beauty & Luxury Motel. A cambio, la puntera derecha de su Nike Cortez blanca con Swoosh en negro, mediante un par de certeros golpecitos, ajustó bajo la puerta la cuña de madera de seguridad que, con disciplina militar, jamás olvidaba colocar allá donde iba, ya fuera un motel de mala muerte, ya fuera el mismísimo Ritz-Carlton de Nueva York —esto último, con su sueldo, jamás ocurrió y, desde luego, pocos visos había de que ocurriera algún día—.

«Media hora», volvió a pensar, dudando entre consumirla cambiándose a una indumentaria más acorde con la tormenta de verano que se cernía sobre Grants, o bien aprovecharla para echarse un rato y ganar algo de sueño al resto del día que prometía ser intenso. Finalmente, el Santoro más pragmático se impuso: «Voy a echarme un rato», pensó.

Sin siquiera plantearse el descalzarse —menos aún el correr las cortinas para impedir que entrara la escasa y gris luz de aquel encapotado día—, el de Sarasota se tumbó sobre la cama, no sin antes mirar de reojo la ajada mesita de noche para confirmar que, efectivamente, su superficie permanecía desnuda, sin Biblia de Gedeón alguna sobre ella ni nada en absoluto.

En cuanto sus huesos dieron contra el duro colchón de la 101, cada uno de los recónditos grises de su cerebro se rindió inmediatamente al soporífero efecto del poco descanso y el mucho desvelo de los últimos días. En apenas unos minutos su respiración se fue relajando, sus músculos apenas dieron un par de espasmos, su mente comenzó a desconectarse de la realidad y, sí, Michael Santoro quedó profundamente dormido.

En la 105, David Charles Bradley ordenaba sus ideas mientras, de pie, contemplaba la gris mañana de aquel sábado de mediados de julio tras el sucio cristal de la ventana.

«Jenkins..., Jenkins...», rondaba su cabeza.

—Tiene que haber algo... —murmuró mientras acariciaba su puntiaguda barbilla—. Tiene que haber algo... —Volviéndose hacia su bolsa de viaje negra Tom Binh que descansaba sobre el duro camastro de la habitación.

«Jenkins..., Jenkins...», seguía revoloteando en su mente, al tiempo que su huesuda mano derecha sacaba un plateado iPad Air de 64 GB del bolsillo frontal de su bolsa de viaje.

Tras pulsar el botón de encendido —pantalla en blanco, manzana mordida negra, línea de progreso y, finalmente, código de desbloqueo—, el iPad, mostrando un impersonal e insulso escritorio por defecto, logró conectarse a duras penas a la pobre, pero abierta, señal wifi del Beauty & Luxury Motel que lucía como nombre de red un «Luke, yo soy tu padre» bastante acorde con las pintas del recepcionista del turno de noche —quizá también con las del recepcionista de día, aunque sería más aventurado el afirmarlo—. Abrió Safari y, en la horizontal y alargada caja de búsqueda de Google, tecleó «Jenkins Nuevo México»: más de diez millones de resultados en menos de un segundo; ninguno de ellos, aparentemente, útil. Sin embargo, Bradley se empeñó en bucear en aquel océano de resultados, lo que le llevó casi una hora, olvidándose totalmente de la «media hora» convenida con su compañero.

—Ciudad fantasma de Jenkins en Nuevo México, aeropuerto de Jenkins, el jugador de fútbol americano Aaron Jenkins, Fundación Jenkins,... —murmuraba mientras sus azules ojos recorrían la pantalla retina del iPad, avanzando entre los millones de resultados devueltos por el buscador de Mountain View—. Esto es mierda pura —sentenció.

«Jenkins Grants», tecleó ahora en la ovalada caja de búsqueda, con similares resultados.

—Mierda pura —volvió a concluir, pasándose su huesuda mano derecha por un reseco y alargado rostro.

Sin embargo, uno de los resultados —tal vez en la undécima página— llamó su atención, aunque no estuviera —al menos eso creía— relacionado con el caso.

—*El éxodo de los Jenkins en la historia de los Estados Unidos*, de Philip J. Joyce —leyó con interés un Bradley totalmente abstraído, ajeno a la tormenta que comenzaba a descargar tras la ventana de la habitación—. Interesante. —Haciendo clic en el resultado del buscador, lo que le redirigió hacia una página de nulo diseño y sin publicidad, en la que una mínima reseña daba

alguna anónima información sobre ese título.

Durante unos minutos quedó sumergido en la lectura de la reseña de aquel libro, el cual, al parecer, versaba sobre la historia de una familia procedente de Europa, aventurando que llegó a América en el año 1502, embarcada en el cuarto viaje de Cristóbal Colón. Según la corta y poco específica reseña, en el libro se relacionaba el fracaso de aquel viaje frente a la costa de Jamaica con aquella extraña familia, de nombre desconocido y de cuya participación en la expedición de Colón jamás quedaron registros oficiales, perdiéndose su rastro precisamente en aquel desastre naval, para reaparecer misteriosamente más de trescientos años después, ahora en el recién fundado estado de Texas y bajo el apellido «Jenkins». Poca cosa más sacó Bradley de aquella reseña, salvo la relación que parecía establecer el libro entre aquella familia y las extrañas desapariciones de las personas que llegaron a tener contacto con ella, siendo lo más inquietante de toda la historia el que no todo el mundo parecía tener la capacidad de ver a sus integrantes y, sobre todo, el que muy pocos de quienes llegaron a hacerlo pudieron volver para contarlo, siendo tildados de locos estos últimos. Sin embargo, a pesar de lo escaso de la reseña y lo disparatado de las teorías que aventuraba, todo aquel asunto atrapó la imaginación del de Tampa, haciéndole perder toda noción del tiempo invertido trasteando en su iPad.

—Vamos a ver... —masculló mientras tecleaba en el buscador el título de aquel libro.

Como único resultado la misma reseña que había estado leyendo hacía un instante; nada más.

«Philip J. Joyce», tecleó ahora, con el mismo y solitario resultado.

—Ummm... —murmuró extrañado.

Intentó buscar el libro en diferentes tiendas digitales, pero sin resultado alguno, ya fuera en formato electrónico, ya fuera en papel, o ya fuera de segunda, tercera o novena mano; ni rastro del *puñetero* libro ni de su autor.

—¡Mierda! —exclamó al comprobar que el reloj de su iPad marcaba las 15:35—. He estado casi tres jodidas horas con esto. —Devolviendo el iPad Air plata en el compartimento delantero de su bolsa de viaje tras apagarlo y cubrir la pantalla retina con su funda Smart Cover de poliuretano en azul Alaska.

De un salto, y en apenas tres zancadas, salió de la 105, se plantó frente a la 101 y sus huesudos nudillos se estrellaron contra el contrachapado oscuro de la puerta de la habitación de su compañero.

—Este se ha quedado sopa —murmuró tras recibir el silencio como respuesta.

Cuando los nudillos de su alargada mano derecha iniciaban el ademán de volver a golpear la

frágil puerta de la 101, un sonoro trueno frenó en seco el intento.

—¡La hostia! —exclamó un asombrado Bradley ante la potencia de la tormenta que, en apenas media hora, comenzaría a descargar el contenido de sus entrañas sobre Grants.

Pensativo durante unos segundos, decidió finalmente que no valía la pena salir a investigar por ahí con la que se estaba preparando; además, ello le daría una tregua al cansancio acumulado de su compañero y, de paso, él podría seguir buceando por internet para ver si encontraba *algo* antes de que llegara el marido de la congresista la tarde de aquel mismo sábado.

—Descansa, chaval —musitó mientras sus huesudos nudillos se retraían, abortando un segundo intento de llamada a la puerta de la 101.

Bradley volvió a su habitación, sin ocultar sus finos labios cierta sonrisa de satisfacción al disponer de casi tres inesperadas horas libres para... *sus cosas*. «A ver qué nos cuenta el marido», pensó en descargo de su conciencia. Tampoco es que pudieran averiguar nada más antes de la llegada de Robert Louis Sheridan prevista para las seis de esa tarde, pero nunca viene mal encontrar una excusa para uno mismo..., por eso que llaman «higiene mental», podría decirse.

Mientras la puerta de la 105 se cerraba tras el de Tampa, un poderoso trueno hizo temblar hasta el último de los cimientos del Beauty & Luxury Motel.

—¡Joder! —exclamó.

Quizá Michael Santoro esperara que en su improvisado sueño —que no debiera haber durado más de media hora— apareciera la voluminosa Stephanie, o, tal vez mejor, una voluptuosa Nicena; sin embargo, ninguna de las dos camareras apareció en sus ensoñaciones de una temprana y grisácea media tarde. Al contrario, el de Sarasota estaba completamente solo, cual David Carradine en *Kung fu*.

La impenetrable oscuridad rodeaba a Santoro en sus sueños; mientras, bajo sus pies, sentía el crujido de las mismas hojas secas que en el sueño de la noche anterior acompañaran sus pasos entre tinieblas. A pesar de las cerradas sombras que envolvían al de Sarasota, comenzó a dirigir sus pasos hacia algo que, en la profunda oscuridad, fulguraba de forma tenue con un rítmico y dulzón latido rojizo que empalagaba sus dormidos sentidos. Aquel fulgor era apenas un minúsculo borrón de luz apagada entre las sombras, pero Santoro sabía perfectamente lo que era.

«Con el oro del sol...», sonó como una distante letanía en su cabeza. «Con el oro del sol de la calle Lockerbie...», siguió sonando a lo lejos, con la cadencia de una oración.

Lentamente, como ocurriera la noche anterior, su pausado avanzar fue definiendo ante sus oscuros ojos la misma puerta de roble rojo cuya aldaba en forma de puño estuviera a punto de asir. Sí, allí estaba de nuevo, con su grueso marco en madera pintada de blanco y el número 450 en dorado envejecido sobre su frontispicio, aumentando su rojo fulgor a medida que Santoro se aproximaba a ella, como si *algo* vivo la hiciera palpar ante su cercana presencia.

«Campamento de verano Cheerios», chirrió en su sueño una aguda e infantil voz. No obstante, continuó con su lento y cauteloso avance hacia aquella hipnótica y palpitante luz rojiza.

Cuando el de Sarasota se hubo plantado frente al rojo roble de aquella puerta, sintió de súbito una dulzona sensación de reconfortante calor que recorrió su cuerpo por entero. Ninguna inquietud atenazaba sus músculos, sino que la seguridad más absoluta guió su mano derecha hacia aquella pequeña aldaba de bronce que, de forma irresistible, invitaba a Santoro a asirla y llamar a esa misteriosa puerta. Y, a diferencia del sueño de la noche anterior, en esta ocasión nada interrumpió el contacto de los dedos de Santoro con el frío bronce de aquel puño.

«Tac, tac, tac», resonó en su dormido cerebro.

Nada ni nadie respondió.

Santoro dudó unos segundos. Sin embargo, cuando el pequeño puño de bronce estaba a punto de volver a golpear contra el rítmico fulgor del rojo roble bajo el impulso de su mano, en la cabeza del italoamericano retumbó el estruendo de una voz, poderosa como el trueno: «¡MÍRAME!».

Un estremecimiento sacudió su cuerpo, que respondió con un eléctrico espasmo de sus piernas sobre el duro camastro de la 101. Sin embargo, su cerebro no se despertó, inmerso todavía en su atribulado sueño.

La puerta de roble rojo comenzó a entreabrirse lentamente, sin sonido de cerrojo ni gozne alguno. Una luz blanca procedente del interior de lo que demonios guardara aquella puerta iluminó de forma gradual el moreno y redondeado rostro del italoamericano, ahogando al mismo tiempo el rojizo fulgor de esa extraña puerta.

Cuando las negras pupilas de Santoro se acostumbraron a aquella potente luz que rasgara las tinieblas de su sueño, pudo comprobar con sorpresa que aquello que con tanto celo protegía el rojo roble que se acababa de abrir era... «¿Un restaurante?», se preguntó en su fantástico sueño.

Dudó unos instantes ante el umbral de la puerta, aunque unos cercanos sollozos procedentes

del interior de aquel lugar llamaron su atención. Afinó el oído, si bien cuidándose de no traspasar el umbral que daba acceso a un ajedrezado suelo de linóleo en blanco, negro y rojo contra el que se estrellaba la fría y blanca luz de lo que tenía toda la pinta de ser un bar de carretera. Y sí, no le cupo la menor duda: aquellos sollozos eran de una mujer.

Ruegos, llantos y gritos de desesperación se sucedían mientras Santoro, con el corazón encogido, dudaba entre traspasar el umbral ante el que permanecía expectante para acudir al rescate de aquella mujer que, sin lugar a equívoco, se encontraba en serio peligro, o, por el contrario, continuar como silencioso oyente de aquella estremecedora escena. Finalmente, su natural tendencia al servicio y entrega hacia los demás hizo que se decantara por la primera opción.

Sin embargo, cuando los músculos de sus piernas recibieron la orden de su cerebro para que traspasara el umbral de aquella misteriosa puerta, su sueño se desvaneció como el humo de una vela recién apagada.

«Toc, toc, toc», escuchó en su evanescente sueño.

«Toc, toc, toc», volvió a escuchar, entre deslavazados hilos de ensoñaciones.

¡¡¡TOC, TOC, TOC, TOC, TOC!!!, atronó ahora en sus tímpanos, desperezándolos desde lo más profundo de sus amargos sueños hacia la superficie de la insípida realidad.

—¡Michael, despierta! —adivinó a escuchar Santoro tras la puerta de la 101 mientras sus oscuros y perezosos ojos se entreabrían.

¡¡¡TOC, TOC, TOC, TOC!!!, volvieron a golpear la puerta de la habitación que, de seguir recibiendo aquellos trastazos, no aguantaría más embates de semejante jaez.

—¡Michael, abre! —Pudo reconocer ahora la voz de su compañero.

—¡Ya va! ¡Ya vaaa! —respondió mientras intentaba incorporarse de forma torpe sobre el duro colchón de su habitación, del mismo modo que lo hubiera hecho un desesperado escarabajo panza arriba.

Los insistentes golpes y reclamos tras la puerta cesaron en seco, aunque el silencio no reinó de nuevo en la habitación a pesar de ello, roto por el incesante repiqueteo de la lluvia que se



estrellaba contra el cristal de la ventana de la habitación y que un impresionante y negro aguacero descargaba en esos momentos sobre Grants. Santoro, a duras penas, consiguió incorporarse sobre el camastro de la 101 mientras los retazos inconexos de su postrero sueño comenzaban a descomponerse en su cabeza, perdiéndose para siempre entre las poderosas fauces del olvido.

—¡Me cago en la puta! —exclamó Santoro, al tiempo que daba un salto hacia atrás sobre el colchón, en prevención de lo que acababan de ver sus adormilados ojos sobre la mesita de noche—. No puede ser; otra vez. —Contemplando, entre desconcertado y asustado, la Biblia de Gedeón otra vez abierta, desafiante, sobre el contrachapado barato de la ajada mesita, apenas iluminada por silenciosos y lejanos relámpagos que anunciaban la cercana agonía de aquella tormenta que, a buen seguro, tuvo que ser de las que se recordarían durante años en Grants.

Sus dos manos se pasearon por su recién despertado rostro e, incrédulo, volvió a echar un cauteloso vistazo a la Biblia, abierta exactamente por la misma página que la noche anterior se le ofreciera, en la que el idéntico tosco subrayado a lápiz del Éxodo 33:23 destacaba sobre el fino papel crema.

—¿Vas a abrir hoy o lo dejamos para el año que viene? —Un apremiante Bradley tras la puerta de la 101.

—¡Voy! ¡Voy! —Apartando la vista de aquella imposible visión mientras se apresuraba en dirección a la puerta de la habitación, al tiempo que, de un tosco y torpe manotazo, acertó a encender la escasa luz de la habitación.

Cuando Santoro abrió la puerta, un David Charles Bradley con cara de palo sobre su, de por sí natural, cara de palo aguardaba tras el umbral.

—¿Qué hora es? —Un desconcertado Michael Santoro.

—Las siete y media pasadas.

—¡Joder! ¿Tanto he dormido?

—Sí, de largo.

—¿Por qué no me has despertado antes? —preguntó, frotando con sus manos un todavía adormilado rostro.

—Llamé hace unas horas, pero como no contestabas supuse que te habías quedado dormido; llevas días necesitando un buen sueño. —Hizo una pausa y, señalando con su pulgar derecho hacia atrás sobre su hombro, añadió—: Además, con la que está cayendo ahí afuera no íbamos a

conseguir nada, más que calarnos hasta los huesos.

—Ya. —Sabía que aquella cara *doble palo* de su compañero solo podía traer malas noticias, por lo que preguntó—: ¿Y qué más?

Bradley no respondió, sino que se limitó a cruzar el umbral de la 101 para colarse en su interior. Santoro cerró la puerta sin quitarle ojo mientras dos líneas paralelas de extrañeza se dibujaban en su morena frente.

Sobre la rugosa moqueta de la habitación, el de Tampa puso sus brazos en jarras y, tras recorrer con su azulada mirada la más que mejorable y paupérrimamente iluminada estancia, soltó:

—¿Ahora te dedicas a leer la Biblia?

—¿Eh?

—*Eso*. —Con una delgada línea en sus labios, intento frustrado de sonrisa, apuntando su afilado mentón hacia la Biblia de Gedeón abierta sobre la mesita de noche, añadió—: Por eso no pegas ojo.

Un repentino sudor frío heló el rostro de Santoro. Sin embargo, esquivó el tema con sorna:

—Solo me entretengo con la sección de crucigramas. ¿Tú no?

—Ni siquiera he mirado en el cajón de mi mesita a ver si sigue ahí o si ya la han robado. —Sonriendo con un poco más de intensidad, pero no con avaricia, añadió—: Prefiero tener sífilis a meter la mano en ese cajón.

—Bueno, al grano; ¿qué ha pasado? —requirió Santoro, ansioso por desvelar el enigma que encerraba el jeroglífico que era el huesudo rostro de su compañero.

—Sheridan —respondió escueto, clavando su azul mirada sobre la oscura de su compañero.

—¿El marido? —preguntó extrañado, juntando sus pobladas cejas hasta casi formar una sola.

—Sí. Ha ocurrido algo.

## XIV. BOB

«¿Una... *chicana*?», recordaba Robert Louis Sheridan la pregunta que le hizo su padre cuando se enteró de que estaba *tonteando* en la universidad con una, entonces estudiante, Debra Torres.

El aguacero que golpeaba el negro asfalto de la interestatal 40 aquella oscura tarde de sábado, hacía que los frenéticos barridos de los limpiaparabrisas del pequeño y blanco Mitsubishi Mirage de alquiler apenas pudieran evacuar las oleadas de agua que impedían la visibilidad más allá de dos metros. Sin embargo, y a pesar de que los verdes ojos de Robert Louis Sheridan no se despegaban de los millones de gotas de agua que, furiosas, se clavaban en la carretera bajo la escasa luz de los desbordados faros del pequeño Mitsubishi, su mente permanecía ausente, sobrevolando las montañas de recuerdos que se agolpaban en su cabeza, bajo el arrullo de las noticias de las seis de la tarde que, a medio volumen, la KANM de Grants emitía desde el 90.3 FM.

Robert Louis Sheridan procedía de una de las mejores familias de Logan Circle, en Washington D. C. Hijo único de Robert William Sheridan, Bob era el heredero de un imperio financiero que su bisabuelo comenzó a construir de la mano de John Pierpont Morgan, continuando su abuelo con la tradición familiar de crecer al rebufo de los Morgan trabajando codo con codo junto a J. P. Morgan Jr., sentando así las bases de los mullidos y adinerados algodones entre los que habría de nacer el que se convertiría en esposo de la congresista Debra Torres, de Grants, Nuevo México, hija y nieta de hispanos cuyos orígenes, desde luego, eran bastante menos rutilantes que los de su familia política de Logan Circle. Sin embargo, el brillo del dinero y el poder que desde pequeño rodearon a Bob no impidieron que se fijara en aquella joven estudiante de derecho que, con una beca de mérito, coincidió con él desde su primer año en la Universidad de Columbia.

Lo cierto es que, a pesar de su cuna y de una fama de «engreído» mal ganada, Robert Louis Sheridan era un tipo sencillo. Tras finalizar sus estudios universitarios, decidió no implicarse en los negocios familiares de forma directa, sino que quiso probarse a sí mismo y apostó por hacerse un nombre con su propio esfuerzo e ingenio en Wall Street, amasando en pocos años una pequeña fortuna personal que, con apenas la treintena, le abrió las puertas de los más importantes medios de comunicación especializados en finanzas, convirtiéndose en habitual comentarista de renombre en ese mundillo. Desde entonces, ganado el respeto propio y el de su padre, comenzó a implicarse en la gestión del imperio familiar, aunque sin olvidar el gusto por las cosas sencillas que aprendiera en sus años universitarios de la mano de una jovencísima Debra Torres a la que le

costó hacerse un hueco en el seno de la brillante y estirada saga de los Sheridan. Sí, Bob era de esos tipos que, si vives al margen del mundo del *famoseo*, jamás jurarías que en su cuenta corriente el número de ceros podría llegar a superar las seis cifras: sencillo en el vestir, sin coche propio y de gustos relativamente *baratos*, su permanente y cercana sonrisa no era más que el reflejo exterior de alguien a quien confiarías tu destino sin pensarlo dos veces.

—La que está cayendo —murmuró Robert Louis Sheridan mientras estiraba su fibroso cuello por encima del sobrio volante del Mitsubishi Mirage de alquiler que se abría paso entre aquel aguacero de mil demonios.

Ya había dejado atrás el Sky City Travel Center Express haría cosa de unos diez minutos, por lo que, en apenas veinte más, debería estar alcanzando la salida de la interestatal 40 hacia Grants; sin embargo, con esa tormenta, quizá aquellos veinte minutos perfectamente podrían convertirse en treinta o cuarenta.

—¡Joder! —exclamó cuando una repentina cortina de agua, acompañada de una brutal ráfaga de viento lateral, provocó un sorpresivo vaivén del pequeño coche de alquiler que casi lo saca de la carretera.

Levantando el pie del acelerador, la aguja del velocímetro bajó de unos escasos ochenta kilómetros por hora a unos paupérrimos sesenta. Sus cuidadas y atractivas manos se aferraron con firmeza al volante, manteniendo la dirección del compacto japonés en el interior de lo que, con el permiso de los ríos de agua que barrían el negro asfalto, parecía su carril. Sin embargo, las inclemencias meteorológicas eran la menor de las preocupaciones en la bien amueblada cabeza de Robert Louis Sheridan.

«¿Qué habrán averiguado los del FBI?», pensó mientras una repentina sensación de angustia anidó en su estómago. «No tiene lógica», volvió a pensar, repasando mentalmente la línea de tiempo de los últimos días hasta la desaparición de Debra. «Habría notado algo», mortificándose ante una imposible desaparición voluntaria. «Es imposible que tenga nada que ver con... *aquello*», acudió a su mente la historia de la desaparición de Debra cuando era pequeña y que esta le contó hacía unos años.

—Es imposible —musitó mientras sus verdes ojos no se despegaban de las negras aguas que se desplomaban sobre el casi invisible asfalto de la interestatal—. No creo que tenga nada que ver. —Mientras en la KANM sonaba Josh Turner con su *Long Black Train*.

Sí, era impensable para Robert Louis Sheridan que aquella historia de veintiocho años atrás pudiera tener relación con la inusitada desaparición de una metódica y centrada Debra Torres que jamás mostró indicios de albergar trauma alguno por aquello; de hecho, cuando se lo contó a su futuro esposo durante una noche de copas, lo hizo a modo de divertida anécdota de *niña mala*. «No; imposible», apartó de su cabeza aquella más que remota posibilidad.

Mientras Josh Turner continuaba desgranando la letra de su *Long Black Train*, una incipiente sensación de melancolía comenzó a apoderarse del heredero de los Sheridan: porfió su felicidad a aquella morena de ojos negros que le robara el corazón en sus años de estudiante y, ahora, se sentía angustiado, sin rumbo, ante la perspectiva de perder la luz de su vida. Por su mente pasaban los duros años en los que los desplantes de su padre hacia «la chicana» casi dan al traste con aquella desigual relación que, sin embargo, Bob se empeñó en mantener a flote contra viento y marea, contando para ello con el clandestino apoyo de una madre cuya frase preferida de aliento era: «Ni caso; tu padre ya chochea». Y no es que su padre fuera especialmente grosero o desagradable delante de Debra, pero sí que destilaba esa altiva mirada envuelta en impostada educación hacia el que se considera inferior en la escala social y que una soberbia sonrisa jamás consigue ocultar, algo que no escapaba a la inteligente y perspicaz Debra Torres, orgullosa de sus humildes raíces y de las que jamás se avergonzó. Bob, sin embargo, nunca dejó de apostar por lo que le dictaba su corazón, a pesar de la multitud de ocasiones en las que una Debra desconsolada lloraba de impotencia rogándole que, por favor, su relación terminara por el bien de ambos. Al final, el tiempo le dio la razón a la madre de Bob: sí, el viejo «chocheaba»; y de la misma forma en que un día le viniera la ojeriza hacia su futura nuera, de pronto otro día, años después, sin más desapareció. Quizá fuera por el temor a que su hijo tomara una decisión irreversible que lo apartara definitivamente del entorno y los negocios familiares, o quizá por el hecho de que el nombre de Debra Torres, después de casi una década con una fulgurante carrera profesional como abogada y activista de los derechos civiles en favor de las minorías, sonara con fuerza en los cenáculos de poder del partido demócrata en Washington como imagen de un posible cartel electoral para captar el cada vez más importante voto hispano de Nuevo México. Sí, quizá una cosa, la otra, o ambas juntas, pero lo cierto es que, al final, el viejo Robert William Sheridan aceptó en la familia a la joven nieta de inmigrantes mexicanos, sin que jamás dejara entrever si lo hizo a regañadientes o de buen grado.

—Debby, Debby... ¿Dónde te has metido? —suspiró Bob mientras se esforzaba en recomponer en su memoria los recuerdos de los últimos días junto a Debra, buscando algún detalle, alguna palabra, algún gesto o cualquier otro resquicio para la esperanza.

La tormenta continuaba azotando el asfalto de la desierta interestatal 40, apenas moteada en su amenazante oscuridad por algún que otro par de lejanos puntos de luz rojos que, emborronados por el diluvio que prometía ser de los que harían historia, podían adivinarse como las luces de posición de otros desventurados conductores sorprendidos por el repentino aguacero, lo mismo que un ansioso Robert Louis Sheridan por arribar a Grants y recibir alguna noticia alentadora, por mínima que fuera.

—Aguanta, pequeño, aguanta —murmuraba al minúsculo compacto de alquiler mientras asía el volante como si le fuera la vida en ello.

Oleadas de cortinas de agua arreciaban con cada vez más potencia desde la profunda oscuridad de la tormenta, haciendo que el corazón de Robert latiera con la fuerza de un timbal

mientras intentaba mantener derecha la dirección del Mitsubishi Mirage que, a duras penas, resistía los continuos embates de un embravecido e irregular viento que azotaba sin compasión alguna todo lo que osara interponerse en su camino. Sin embargo, su cabeza continuaba dispersa, removiendo los rescoldos del pasado en busca de alguna explicación, mortificándose con los pensamientos más peregrinos.

—No puede ser que haya... *otro* —masculló con desconcierto—. Imposible —concluyó, apartando inmediatamente aquella idea de su atribulada cabeza, sin darle posibilidad alguna de enraizar en su ahora más que fértil imaginación.

Lo cierto es que Robert Louis Sheridan tampoco debiera haberse sentido culpable por barajar aquella idea, ya que, en una desaparición tan repentina y con tantas incógnitas, cualquier posibilidad debería ser tenida en cuenta, por disparatada que fuera. Sin embargo, en lo más profundo de su corazón sabía que aquello era imposible: hacía apenas un mes que habían celebrado su primer aniversario de boda; Debra, desde sus primeros años de amor universitario, puso siempre la condición de que aquel acontecimiento tan deseado jamás se produciría si no era aceptada por la familia de él; y, por eso mismo, Bob sabía que Debra era una mujer de palabra, de tradiciones bien arraigadas y para quien una promesa de amor lo era para siempre. «No, imposible», desterró definitivamente de su cabeza aquella tormentosa idea.

Josh Turner dio paso en la KANM al *To Say Goodbye* de Joey + Rory, cuyos primeros acordes terminaron por arremolinar todos los recuerdos que bullían en la cabeza de Bob en unas pequeñas perlas que comenzaron a brotar de sus enrojecidos lacrimales. Sí, aquello ya fue demasiado para Bob, quien no pudo evitar el recordar a su Debby mientras escuchaba la dulce voz de Joey en aquella canción tan llena de amor como de dolor, lo que hizo que su corazón se compungiera al volver a su memoria el triste destino de aquella voz que arrullaba sus oídos, siempre acompañada por su amante y amado esposo hasta aquel final que solo el maldito cáncer sabe pergeñar en su crueldad.

—Joder, tío —se dijo a sí mismo mientras su mano derecha se despegaba del volante para enjugar aquellas primeras lágrimas—. Vamos, Bob..., que todo va a salir bien. —Volviendo a asir con firmeza el sobrio volante de su sencillo compacto de alquiler.

En el preciso instante en que su mano derecha se volvió a posar sobre el volante, el fugaz y terrible fogonazo de un cercano y descomunal relámpago iluminó el oscuro horizonte durante una fracción de segundo que hizo que Robert amagara con agachar la cabeza instintivamente, siendo tal su intensidad que grabó en su retina, con los plateados tonos de una antigua fotografía de blancos y grises, la inmensidad del desierto que le rodeaba, abrumadora bajo el poder de la naturaleza desatada, y titánica ante la pequeñez de las construcciones humanas que, dispersas aquí y allá, apenas se adivinaban en aquella efímera instantánea.

—¡Hostia! —exclamó cuando, a los pocos segundos, un aterrador trueno hizo vibrar hasta la última junta del compacto japonés.

La KANM enmudeció en el 90.3 FM, sustituyendo su dulce ronroneo un irregular y desagradable zumbido de agitado avisero que Robert silenció inmediatamente apagando la radio. Cuando los números en azul espacial de la pequeña pantalla del equipo de audio del pequeño Mitsubishi desaparecieron, tan solo la cálida y tenue luz anaranjada que emitía el cuadro de mandos iluminaba el interior del reducido habitáculo, proyectándose sobre el atento rostro de un Robert Louis Sheridan que no despegaba los ojos del caudal de agua que se desplomaba desde un negro cielo azotado por los latigazos eléctricos de decenas de rayos que veteaban la oscuridad de la tormenta en una danza casi espectral.

La amarillenta luz de los faros del compacto apenas podía adentrarse en la impenetrable columna de gotas que, de forma frenética, bombardeaban el invisible asfalto sobre el que se deslizaban los pequeños y estrechos neumáticos del Mitsubishi de alquiler, el cual ya ni superaba los treinta kilómetros por hora mientras las escobillas del limpiaparabrisas intentaban achicar en vano el agua que golpeaba de forma compulsiva sobre un cristal que comenzaba a empañarse de forma alarmante.

—Lo que faltaba —masculló Robert mientras accionaba el sistema antivaho.

Una rabiosa columna de aire caliente rugió desde lo más profundo de las rejillas de ventilación del salpicadero, volatilizandó en apenas unos segundos el blanco y opaco vaho acumulado en los cristales, tiñendo nuevamente de oscuridad el parabrisas del pequeño compacto de alquiler, al tiempo que una agradable y cálida sensación recorrió súbitamente la piel de Robert. Sin embargo, la poderosa fuerza que desataba la tormenta mantenía ahora en alerta todos los sentidos del heredero de los Sheridan, tensos sus músculos mientras sus bien cuidadas manos se aferraban al insulso volante del Mitsubishi, como si de un salvavidas al que se asiera un náufrago en mitad de la tempestad se tratara.

—¡Dios! —Tras otro cegador relámpago, lívido como el rostro de la muerte.

¡¡¡BROOOMMM!!!; atronó medio segundo después mientras el blanco compacto de alquiler apenas avanzaba sobre el caudaloso y oscuro río en que se había convertido la interestatal 40.

De pronto, en la lejanía de la tormenta, Robert pudo vislumbrar lo que parecían las primeras y distorsionadas luces de Grants que, bajo aquel diluvio, se le asemejaron el mismísimo faro de Cabo Neddick, en Maine.

—¡Ya llegamos, Bob! —exclamó, dibujando en su atractivo rostro de triunfador una sonrisa nerviosa.

¡¡¡CRAAASSSH!!!; restalló como un látigo de fuego blanco un rayo de grosor descomunal sobre el negro horizonte de la tormenta.

Robert dio un instintivo brinco sobre su asiento, aunque ello no mermó lo más mínimo la fuerza que sus manos ejercían sobre el volante, firmes sobre aquel asidero a la vida como clavos en la madera fresca.

—Ese ha sido de los gordos —dijo, con el corazón latiéndole desbocado—. Ha caído cer...

No pudo terminar la frase. De repente, el pequeño compacto se frenó en seco, echando hacia adelante el cuerpo de un Robert que recibió en su atlético pecho el seco y ardiente latigazo del cinturón de seguridad que sujetaba su moldeado y bien cincelado metro ochenta y cinco, mientras que la amarillenta y escasa luz de los faros dejó de iluminar los millones de gotas que de forma rabiosa golpearan apenas un segundo antes el negro asfalto, reverberando ahora su pobre destello sobre una columna rojiza de agua que, a borbotones, comenzaba a subir por el parabrisas en un fenómeno que el boquiabierto Robert Louis Sheridan no alcanzaba a entender.

—¡El puto río San José! —llegó a exclamar cuando sus verdes y aterrorizados ojos comprendieron lo que estaba ocurriendo.

Sin embargo, ya era demasiado tarde para cualquier reacción: la escasa luz de los faros ya no era ni tan siquiera *escasa*, desaparecida sin más bajo una poderosa corriente de agua, entre rojiza y negra, que arrastraba el pequeño coche de alquiler sin posibilidad de control alguno por parte de Robert; la tenue y cálida tonalidad que emitía el cuadro de instrumentos convertía el pequeño habitáculo del Mitsubishi en un tétrico féretro sobre ruedas por cuyos cristales ya no se colaban las imágenes de la oscura tormenta, sino la más aterradora de unas salvajes aguas que comenzaban a cubrir por entero el compacto japonés; un ahogado e impotente rugido de motor terminó por enmudecer, dando rienda suelta al sobrecogedor bramido de un caudal desbocado que zarandeaba a su capricho la zozobra de aquel minúsculo utilitario de alquiler en cuyo interior un Robert Louis Sheridan desconcertado continuaba aferrado a su insulso, además de ya inútil, volante; y, finalmente, la antaño tenue y cálida luz del cuadro de instrumentos, tras un breve e intermitente destello, se oscureció para siempre.

Una vez que Robert alcanzó a convencerse de que el pequeño y modesto Mitsubishi de alquiler ya no estaba en condiciones de sacarle de aquel infierno de agua, soltó el volante para colocar sus brazos en alto, en un intento de que el techo de aquella *lavadora* en programa de centrifugado no se le viniera encima. Las palmas de sus manos presionaban sobre el suave tapizado blanco del techo mientras la ruidosa oscuridad multiplicaba su desconcierto y desesperación. Ruidos, entre metálicos y acuosos; incesantes golpes contra la carrocería del pequeño compacto que no paraba de avanzar hacia ninguna parte bajo el arrastre de un invisible y aterrador torrente de agua; y una inquietante sensación de fría humedad que comenzaba a subirle por las piernas, le gritaban al angustiado cerebro de Robert Louis Sheridan que las cosas se estaban poniendo feas..., *muy feas*.



—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! —gritó aterrorizado cuando notó que aquella ratonera sobre ruedas comenzaba a volcar.

En su hombro izquierdo sintió un repentino golpe seco contra la luna de su ventanilla y, a continuación, un agudo dolor irradiándose a todo el brazo. La humedad que segundos antes sintiera treparle por las piernas, ahora la notaba recorrerle todo el cuerpo, como si brotara de todos y cada uno de los rincones de aquel oscuro y mortal habitáculo. Segundos después, su rubia y ya despeinada cabeza estaba boca abajo, golpeando contra el húmedo techo del compacto, al tiempo que sintió flotar sus piernas entre una tan invisible como inquietante agua.

Intentó gritar de nuevo —bien sabe Dios que lo intentó—, pero cada vez que abría la boca tan solo un burbujeante y ahogado sonido podía escapar de ella. El pequeño utilitario japonés de alquiler no paraba de dar vueltas y vueltas, arrastrado por un brutal río San José que, en apenas unas horas, pasó de ser un moribundo hilo de agua a convertirse en un desbordado torrente que arrasaba con todo lo que se cruzaba en su camino de muerte y destrucción. Y sí, en ese camino se cruzó aquella tarde de sábado de mediados de julio Robert Louis Sheridan, atenzado por el desasosiego sobre el que anidaba la desaparición de su esposa, la joven congresista Debra Torres, y aterrorizado por lo que sus ojos inyectados en desesperación contemplaban en vivo y en directo sin terminar de creerlo.

Entre agua, barro, piedras y raíces arrancadas de las entrañas de la tierra, aquel torrente asesino, bajo las centellas que arañaban la oscuridad de la tormenta, sacó de la interestatal 40 al pequeño y blanco Mitsubishi Mirage de alquiler, arrastrándolo hacia un inhóspito destino en algún lugar en mitad del desierto de Nuevo México, con el infortunado Bob en su interior, quien daba vueltas y vueltas..., y más vueltas aún, mientras sus pulmones comenzaban a inundarse de agua y barro, en una frenética, pero baldía, pugna por sobrevivir.

No, Bob no pudo ni tan siquiera intentar abrir la puerta del conductor para escapar. Tampoco pudo romper la luna de su ventanilla ni la del parabrisas para salvar su vida. Imposible cualquier intento de huida del interior de aquel pequeño habitáculo que no paraba de girar y girar bajo el arrastre de las torrenciales aguas de un irreconocible río San José, dormido y exangüe durante casi cien años, mortífero y devastador la tarde de aquel sábado de mediados de julio de 2018.

El cuerpo del pobre Bob se batía sobre su asiento como un patético tentetieso, anclado por un firme y tenso cinturón de seguridad del que intentó zafarse ya demasiado tarde. Sus manos chapoteaban inútilmente sobre un negro y líquido barro que dificultaba cada vez más sus inconexos e inútiles movimientos en busca de un inexistente asidero a la vida, mientras que el pequeño compacto, minutos antes de color blanco ártico, lucía ahora negro como la muerte, arrastrado por un salvaje y rugiente lodazal que terminó por reventar las lunas de aquel otrora pequeño coche al estamparlo sin la más mínima piedad contra un conjunto de puntiagudas rocas entre las que quedó ensartado, embestido sin compasión por una incesante corriente de agua, barro y muerte que golpeaba, golpeaba y golpeaba aquel revoltijo de acero, aluminio, plástico y caucho en cuyo interior estaba a punto de exhalar un último aliento embozado en barro Robert Louis

Sheridan.

Imposible saber los últimos pensamientos que cruzaron por su mente mientras los pulmones le reventaban, hinchados de agua y lodo, aleteando en el interior de su dolorido pecho buscando un hilo de oxígeno que lo mantuviera unido a una vida que se le iba entre bocanadas de muerte. Quizá terror; quizá impotencia; quizá tristeza; sufrimiento sin duda. Sí; o quizá una vorágine de pensamientos, angustioso corolario de esos aterradores sentimientos que solo han de conocer los que serán arrancados de este mundo por el salvaje y brutal infortunio. Sí, tal vez.

Quizá también pudo haber un fugaz y doliente recuerdo hacia Debra; aunque quizá también lo pudo ser constante, entre desesperados forcejeos con la negra Parca, como si de un faro que guía al navegante en mitad de la tormenta se tratara. Sí, seguro que lo hubo; cualquiera que conociera a Bob no lo dudaría ni por un instante. Sin embargo, poco importaba ya cuál hubiera sido el último pensamiento del pobre Bob: ni él jamás lo podría recordar ya, ni a la *Debra* de ahora quizá le importara demasiado. Sí; poco importaba ya.

## XV. BOCA ABAJO

Aquella noche fue larga..., muy larga.

Serían cerca de las tres de la madrugada de aquel domingo de mediados de julio cuando Michael Santoro, tras despedirse de su compañero hasta la mañana siguiente, cerró la puerta de la 101, echó el pestillo y ajustó firmemente la cuña de madera entre el barato contrachapado y la rugosa moqueta de aquella anodina habitación de cuarenta dólares la noche.

«Las desgracias nunca vienen solas», pensó mientras su mano derecha buscaba a tientas en la pared la llave de la luz. Sin embargo, cuando las yemas de sus dedos palparon el interruptor, pensativo, entre las amarillentas sombras que se proyectaban desde el cercano Walmart Supercenter, decidió que aquella noche era preferible no contemplar la cochambre de la habitación en todo su *esplendor*.

—Estoy muerto —musitó mientras intentaba correr la fina cortina gris tras la ventana de la 101 para mitigar aquella nocturna y melancólica luz que se colaba entre las rendijas de un descosido tejido que, quizá, la década ahí colgado la superaba con creces—. ¡Arreando! —masculló tras varios tirones horizontales que apenas dieron resultado, más que mostrarle los desechos de la ya extinguida tormenta sobre el encharcado asfalto de la calle que se colaban entre los churretosos cristales de la ventana—. Ha caído una buena. En fin..., pobre Sheridan —concluyó, con un chasquido de su lengua, sonoro reproche de impotencia contra los caprichos del destino.

Entre ocres sombras dibujando siniestras figuras en la oscuridad, Santoro arrastró sus cansados pasos hacia el camastro que aquella madrugada habría de convertirse en el escenario sobre el que se representarían sus sueños.

—La Biblia de los... —murmuró cuando el rabillo de su mirada adivinó entre las sombras el reflejo de la Biblia de Gedeón abierta sobre la ajada mesita de noche. La tarde anterior, cuando Bradley sobresaltó su atribulado sueño para contarle que habían encontrado el coche de Robert Louis Sheridan, rebozado en barro en el fondo de un barranco cercano a la interestatal 40 y con el cuerpo del marido de la congresista Torres sin vida en el interior, olvidó por completo volver a guardar en el cajón aquella Biblia tras salir apresuradamente de la habitación—. Ahí te quedas —sentenció mientras, agotado, se dejó caer sobre el duro colchón de la 101.

En un ejercicio de contorsionismo imposible, se descalzó sus blancas y húmedas Nike Cortez, lanzándolas a continuación con desgana contra la rugosa moqueta de la habitación, que las recibió con un doble sonido hueco, siguiendo la misma suerte sus 501 en azul cielo, los cuales todavía conservaban en sus perneras unos irregulares rodales oscurecidos por los restos de agua con los que una lánguida llovizna tras la furiosa tormenta empapó al de Sarasota mientras su compañero y él contemplaban, desde la cercana interestatal 40, cómo los bomberos de Grants sacaban el cuerpo de Robert Louis Sheridan de entre un amasijo de hierro y barro, cruel e improvisada sepultura para alguien que aspiraba a algo con más... *glamour* en su última hora.

¡Cloc!; sonó sordo su iPhone X gris espacial de 64 GB cuando, alojado en el bolsillo delantero izquierdo de sus 501, chocó contra la moqueta de la habitación.

«Ha caído en blando», pensó mientras se desprendía perezosamente del cortavientos Nike negro por el que todavía se escurrieron algunas postreras gotas de lluvia que quedaran atrapadas entre sus pliegues, no sin antes palpar el tacto de su nueve milímetros en alguno de sus bolsillos, quizá el derecho. Inmediatamente después, él, su ajustada —aunque no demasiado— camiseta en azul marino y sus bóxer blancos del día anterior, los cuales todavía conservaban una digna pulcritud, se rindieron a un profundo sueño que no tardó ni diez minutos en abrazar al de Sarasota.

El cansancio acumulado y el escaso e irregular descanso de los últimos días, así como los extraños sueños que lo atormentaban cada vez que cerraba los ojos —por no hablar de una Biblia de Gedeón que no terminaba de encajar en la lógica de las cosas, revoloteando de forma constante sobre su cabeza como una molesta mosca cojonera—, terminaron por derrotar la duermevela de un Santoro que, aquella madrugada sí, tal vez conseguiría dormir a pierna suelta.

Ni insinuantes camareras, ni desolados e inhóspitos parajes oscuros, ni tampoco voz alguna procedente de no se sabe dónde, alteraron el dulce sueño de Michael Santoro. Tampoco extrañas aldabas de bronce, ni misteriosas puertas rojas a las que llamar, ni tan siquiera unos confusos y aterradores recuerdos de la poderosa y rica imaginación infantil del pequeño Mickey Santoro, nublaron su limpio, claro y sereno abandono al mundo en el que habitan los escurridizos asuntos de la fantasía. Sí; durmió y durmió hasta... *¿despertar?*

Su cerebro fue recuperando poco a poco la consciencia, esta vez clara e insípida, sin recuerdo de tardío sueño alguno —ni bueno ni malo— que se hubiera encasquillado en su adormecida memoria. «¡Bien!», pensó mientras la reconfortante sensación que solo da el saberse recompensado con un ininterrumpido y reparador sueño inundó sus entendederas.

El agradable crujir de articulaciones que, seguido de un dulce cosquilleo recorriendo hasta el

último milímetro de su morena piel, fue el sonoro premio que obtuvo al desperezarse tras su largo y plácido sueño. Un bostezo casi animal completó el cuadro de un Michael Santoro despatarrado sobre el duro camastro de la 101, el cual, sin embargo, se le asemejó en su agradable despertar mullido y digno colchón relleno de plumas de oca.

Con su mente emergiendo desde las oscuras profundidades del sueño, la sensación de bienestar que acariciaba todos y cada uno de sus músculos le hizo pensar: «*Como Dios*». Y sí, Michael Santoro se sentía como el mismísimo Dios tras... ¿cuántas horas?... ¿quizá nueve?, ¿tal vez diez?...; daba igual. «¡Brutal!», volvió a pensar, al tiempo que una amplia sonrisa de satisfacción se dibujaba en sus carnosos labios mientras sus ojos, todavía cerrados, se achinaban de forma perezosa, saboreando el empalagoso y adictivo dulzor del lento despertar.

Otro sonoro bostezo de buenos días —más modesto que el anterior— volvió a desperezar a Santoro mientras sus oscuros ojos comenzaban a abrirse lentamente como almejas al vapor. Sin embargo, la intensa luz de la avanzada mañana de domingo que el de Sarasota esperaba cegara sus ojos no estaba: la oscuridad de la noche, apenas veteada por las vaporosas y amarillentas luces del cercano Walmart Supercenter, fue lo único que recibieron sus negras y dilatadas pupilas.

«Qué raro», pensó mientras sus dedos comenzaban a frotar sus párpados.

«¿Qué hora será?», ahora sus manos paseándose por su rostro.

«Pero ¿qué mierda...?», cuando su índice derecho topó con algo rugoso y húmedo cerca de uno de sus atractivos hoyuelos. «¿Barro?», pensó.

Tras palpar entre sus dedos aquella sustancia, olerla y mirarla de cerca entre las sombras de la 101, efectivamente confirmó que era barro.

Inmediatamente coligió que debía de ser una salpicadura perdida en aquella noche de los demonios y de la que no se dio cuenta en su momento. Sin embargo, era demasiado fresca como para haber estado tantas horas pegada a su cara; además, en su fuero más interno sabía que, de haber ocurrido eso, se habría dado inmediata cuenta.

«Pero...», pensó confuso cuando algo fresco, húmedo y pastoso se estrelló contra su frente, con el inconfundible y pegajoso sonido que emite el barro al adherirse a la piel.

Su mano izquierda fue ahora la que limpió su frente, confirmándole al tacto que aquello era... ¿barro?

—Mierda de motel —murmuró mientras sus recién despabilados ojos se abrían como platos hacia el techo, buscando entre las sombras la gotera origen de aquel despropósito.

Sin embargo, nada: el diáfano techo, desnudo entre amarillentas sombras, se cernía sobre su desconcertada cabeza.

Se incorporó sobre el duro colchón y, de pie sobre él, rastreó aquel techo que no parecía rezumar absolutamente nada.

Limpió los restos de barro de sus manos sobre el azul marino de su camiseta y, tras echar otra infructuosa mirada al techo, masculló:

—Pues vaya.

Sin embargo, cuando agachó la cabeza para disponerse a despatarrar su cuerpo nuevamente sobre el ajado colchón, algo que sin duda era otra gota de pastoso barro se estampó desde el techo contra su antebrazo izquierdo.

Esta vez, cuando levantó de nuevo la mirada hacia el cetrino cielo de la 101, entre las sombras adivinó algo, difuso..., pero *algo*. Quizá un sinuoso efecto de la furtiva y escasa luz que apenas se colaba desde la calle, quizá el que Santoro todavía estuviera medio dormido o quizá, sencillamente, su imaginación; sin embargo sí, allí había alguna cosa que requirió la curiosa atención del de Sarasota, hasta el punto de preferir indagar entre las sombras a perder un segundo en encender la luz de la habitación.

—¿Qué mierda...? —murmuró.

Haciendo malabarismos sobre el duro colchón, se convenció de que sus intrigados ojos ya no daban más de sí: «Voy a encender la luz», pensó.

De pronto, y cuando el rabillo de su ojo derecho comenzaba a perder de vista el amarillento techo, en un equilibrio visual entre aquel y la llave de la luz de la pared, tuvo la impresión de que aquel indefinido *algo* se movió. Y sí, se movió.

Santoro canceló su incipiente viaje hacia la cercana llave de la luz para volver a centrar la atención en aquel fugaz movimiento en el techo. Su mirada indagó en aquello que, tan solo hacía un instante, se le mostrara como una difuminada sombra, pero que, ahora, presentaba un ovalado volumen que descendía lentamente desde el techo hacia él.

—¡Hostia! —exclamó, agazapándose hacia el lado del camastro más cercano a su pobre cabecero.

De aquello que lentamente descendía, comenzó a chorrear un hilo de barro que dibujó sobre el

duro colchón en el que minutos antes despatarraba Santoro todo su ser una irregular mancha oscura que hizo saltar en su mente una idea que dibujó en sus carnosos labios una sonrisa traviesa: «Creerán que me he cagado».

Aquel extraño bulto continuó su lento descenso mientras Michael Santoro no le quitaba ojo. «A ver si es que se está hundiendo el techo», pensó. Podría ser: después de la bestial tormenta de la tarde anterior, y teniendo en cuenta que los materiales de construcción de aquel *motelucho* difícilmente superarían el más mínimo control de calidades, la posibilidad de que aquel amarillento techo se viniera abajo no era, desde luego, ningún disparate.

Pero no, no era el techo. A medida que aquella forma descendía, los jirones de tenue luz procedente del Walmart Supercenter iban definiendo lo que se asemejaba a una cabeza envuelta en barro.

Santoro echó el cuerpo hacia atrás, aplastando su tensa espalda contra el raído cabecero del camastro sobre el que se acurrucaban sus desnudas piernas. Sus oscuros ojos, a punto de saltar de sus órbitas, asistían expectantes a esa extraña escena que ante ellos se desarrollaba, al tiempo que sus desconcertados pensamientos trataban de buscar alguna explicación lógica a todo aquello.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —exclamó aterrado al comprobar cómo *aquello* continuaba descendiendo sobre el camastro, definiéndose ahora también un cuerpo del que pendía aquella, ya sin la menor duda, cabeza untada en barro.

De un trastabillado brinco, saltó del colchón en dirección a la puerta de la 101. Sus descoordinados pies tropezaron torpemente con una de las Nike Cortez que desordenadamente descansaban en la oscuridad sobre la rugosa moqueta de la habitación, lo que hizo que el pobre Santoro diera con sus huesos contra el contrachapado barato de la puerta.

—¡Diosss! —exclamó mientras un agudo dolor punzaba su hombro izquierdo, irradiando una sensación de eléctrico calambre por todo su brazo que trató de aplacar presionándolo con una temblorosa mano derecha.

Con las piernas estiradas sobre la rugosa moqueta y el resto del cuerpo apoyado contra la puerta de la habitación, Michael Santoro dirigió instintivamente su aterrada mirada hacia aquello que le hizo saltar del camastro como un gato mareado.

De su garganta no pudo escapar ahora ni una sola sílaba ante aquella visión que jirones de sombras veteaban: colgando del techo, la clara y definida forma de un hombre que parecía sentado boca abajo, aunque sin silla ni asiento alguno, desafiaba cualquier vestigio de lógica. Aquello no podía ser cierto, y esa verdad se leía en el aterrorizado rostro de Santoro.

Gotarrones de barro se descolgaban de aquel horrible cuerpo, estrellándose contra el duro

colchón de la 101 con un desagradable sonido pastoso que erizó hasta el último vello de la espalda del de Sarasota.

Inmóvil, sobre el rugoso tacto de la moqueta, Michael Santoro apenas podía —ni quería— desviar su aterrorizada mirada de *eso* que colgaba del techo de forma imposible. Quizá un rápido y ágil movimiento le hubiera permitido abrir la puerta de la habitación y salir al pasillo del motel, donde, despavorido, gritaría y gritaría; todo el mundo, ante tal escándalo, acudiría en su ayuda y, tras corroborar con sus propios ojos lo mismo que él estaba viendo, le confirmarían que no había perdido un jodido tornillo. «¡Claro! ¿Por qué no?», pensó. «Si lo hago rápido...», volvió a pensar, iluminándose en su mente una pequeña llama de esperanza que, sin embargo, un frustrante cubo de agua inmediatamente apagó: «¡La puta cuña!». Sí, «*la puta cuña*» que siempre ponía de forma disciplinada bajo la puerta le obligaría a apartar la vista de *aquello*, aunque solo fuera unos pocos segundos, buscarla a tientas en el suelo, retirarla, recorrer el pestillo de la puerta, abrirla, ponerse en pie y salir corriendo. «Demasiado tiempo», cruzó por su mente, imaginándose que, durante ese lapso, aquella *cosa* bajaría del techo, se pondría a cuatro patas como un *puto* demonio y, de un salto, se abalanzaría sobre su espalda y lo devoraría como a un indefenso lechón. Sí, quizá la aterrada imaginación del de Sarasota estuviera en lo cierto; aunque también, quizá, sus elucubraciones no fueran más que el resultado de una adolescencia con un exceso de películas de serie B.

Su cabeza, avispero de ideas que zumbaban aterrorizadas en su interior, no acertaba a hilvanar plan alguno que pudiera hacer reaccionar a sus agarrotados músculos, duros como pan de la semana anterior.

«Un sueño, un sueño», quiso pensar mientras aquel colgajo continuaba rezumando hilos de barro sobre el camastro, como una grumosa estatua de arcilla invertida desafiando la gravedad, apenas lacerada por alguna furtiva voluta de difuminada luz nocturna que se filtraba desde el exterior a través del pobre cortinaje de la 101.

«Una pesadilla, una pesadilla», aterrado, esperando que *aquello* abriera la boca en cualquier momento para dirigirle alguna truculenta sentencia, como en una película de terror barata. Pero no; *aquello* no despegó sus embarrados labios para absolutamente nada, sino que, colgado boca abajo, permanecía en silencio, amenazando la escasa razón que le quedaba a Santoro.

Como una fulgurante lluvia de meteoritos, cientos de ideas atravesaban la oscuridad de sus pensamientos, apostando incluso a que su juicio se había perdido para siempre; hasta la palabra «esquizofrenia» pasó por su mente. Sí, tal vez aquel episodio de la infancia que recordara vagamente en uno de sus recientes e indeseados sueños fuera un temprano brote de esquizofrenia; a lo mejor no fue más que eso aquella tétrica mano que, en los aseos del Sarasota Square Mall, reptaba por la puerta del servicio tras la que el pequeño Mickey intentaba aliviarse en vano. «Sí, eso es: esquizofrenia», sentenció para sus adentros Santoro, apostándolo todo a la carta de su locura, como si aquello fuera la única escapatoria que le quedara para huir de aquella delirante escena.



Al filo de rendir su razón a la locura, y con el corazón a punto de reventarle el pecho, de pronto una idea se estrelló contra sus sesos: «¿Sheridan?». Sí, aquel tipo colgando tenía toda la pinta del marido de la congresista Torres: el barro, la misma posición en la que lo encontraron en lo que quedó de su coche... «El jodido Sheridan», confirmó para sus adentros, con una estúpida sonrisa de satisfacción al llegar a esa conclusión que para nada le sacaba del embrollo en el que estaba metido.

Sin embargo, aquella súbita idea le infundió una inusitada fortaleza —más por curiosidad que por valentía, la verdad—, lo que destensó sus paralizados músculos, aminorando el eléctrico dolor que azotaba su brazo izquierdo. Y, como si de un gato de la suerte chino se tratara, despatarrado sobre la rugosa moqueta como estaba y con su espalda medio recostada contra el contrachapado barato de la puerta de la 101, su mano izquierda se impulsó hacia atrás y, de un certero manotazo, dio de lleno contra la llave de la luz de la entrada a la habitación: un amarillento fogonazo procedente de las tres bombillas incandescentes de cuarenta vatios que se embutían en el insulso plafón del techo cegó sus oscuros ojos, al tiempo que un punzante dolor en sus nudillos le advirtió de que había descargado demasiada fuerza en aquel golpe.

—¡Ay! —exclamó.

Y, en aquel preciso instante..., despertó.

Con un espasmódico impulso, Santoro se incorporó entre fríos sudores sobre el duro camastro de la 101. Sus adormilados ojos, cegados por la luz de las nueve de la mañana que se filtraba entre el fino tejido de la cortina gris que a duras penas podía contener los rayos del sol de aquel domingo de mediados de julio, se dirigieron instintivamente hacia el techo de la habitación: nada, salvo algunos amarillentos y dispersos rodales de humedad resecos de, seguramente, años de antigüedad, mudos testigos del hecho cierto que una mano de pintura no le vendría nada mal a aquel sufrido techo; sin embargo, ni rastro de la momia embarrada de Robert Louis Sheridan.

Inmediatamente, sus ojos bajaron hacia el duro colchón sobre el que yacía, buscando algún vestigio del barro que chorreara aquel espectro que hacía solo unos instantes le aterrorizara: también nada; ni rastro de mancha alguna, salvo las propias de unas sábanas de higiene escasa.

«Una jodida pesadilla», acompañando su pensamiento de un sonoro bufido de alivio, agradable sensación de la que apenas pudo disfrutar durante unos escasos segundos.

—¡¡¡ACHÍSSS!!! —estornudó, con tal estruendo que sintió sus sesos licuarse.

Un tremendo dolor de cabeza golpeó sus sienes, al tiempo que unos largos y líquidos mocos colgando de su aguileña nariz atestiguaban que algo no iba bien. No, algo no iba bien.

—Me he resfriado —masculló mientras tocaba su sudorosa frente, caliente como una plancha.

La noche anterior, calándose bajo la continua llovizna tras la tormenta, le pasó factura al de Sarasota, lo que le confirmó el dolor muscular que recorría todo su entumecido cuerpo.

«Lo que me faltaba», pensó mientras hacía el amago de levantarse del camastro.

—¡Joder! —exclamó cuando intentó apoyarse en su brazo izquierdo: un doloroso y rápido calambre recorrió su nervio radial hasta estallarle en el hombro.

Su febril sangre se congeló en ese instante al retornar a su memoria el golpe que se dio durante la pesadilla que creyó finiquitada al despertar. Su corazón volvió a acelerarse mientras frotaba su dolorido brazo, al tiempo que a su mente volvió la horrible imagen de un enlodado Robert Louis Sheridan colgando boca abajo del techo de la 101.

Michael Santoro cerró sus ahora enrojecidos ojos, no sin antes colarse en su visión periférica la Biblia de Gedeón que quedó abierta desde la tarde anterior sobre la ajada mesita de noche: «¿Estaré volviéndome loco?», pensó mientras dejaba caer sobre el duro camastro el peso de su dolorido y sudoroso cuerpo.

«Esquizofrenia», cruzó por su febril cabeza.

## XVI. ENFERMO

—Tienes mala cara, muchacho —dijo Bradley mientras escrutaba con preocupación el cetrino rostro de su compañero desde el umbral de la 101.

—Sí, parece que he pillado una buena —corroboró Santoro, con unas ojeras como de aquí al jueves que viene.

—Mejor será que te quedes hoy en el motel y no me acompañes: estás tiritando.

—Sí, casi será lo mejor —asintió Santoro con resignación mientras, a duras penas, apoyaba su dolorido cuerpo contra el desgastado marco de la puerta de la habitación.

Bradley volvió a repasar aquel griposo metro setenta y tres que, entre fríos sudores, intentaba mantener un mínimo de dignidad, en lo que nada ayudaba el colgajo transparente que comenzaba a brotar de su enrojecida nariz y cuyo viaje hacia sus carnosos labios abortó ayudándose con el dobladillo de la camiseta azul marino que hacía las veces de parte superior de un improvisado pijama, en un hábil gesto que, a pesar de su eficacia, en nada mejoró el patético aspecto del de Sarasota. Sin embargo, el de Tampa no le echó cuentas a aquello; bien al contrario, se compadeció del lamentable estado de su compañero y, tras echar un último vistazo a las temblorosas canillas que asomaban por entre unos bóxer blancos que ya presentaban algún que otro amarillento manchurrón, dijo:

—Anda, acuéstate. Yo me ocuparé de todo. Estás fatal.

—¿Has quedado con el sheriff?

—Sí. Lo de Sheridan —Santoro dio un respingo al oír aquel nombre— lo ha complicado todo: lo suyo ha llegado a oídos de la prensa y, obviamente, lo de su mujer también.

—Era de esperar.

—Además, por lo que me ha comentado el sheriff por teléfono, parece que la congresista no es la única persona que ha desaparecido en los últimos días por aquí.

—¡Hostia! —pudo exclamar Santoro, juntando las pocas fuerzas que le quedaban.

—Al parecer —con gesto grave el de Tampa— desde el jueves se echa en falta a un comercial de una empresa de productos químicos de Albuquerque...

—¿El jueves? —interrumpió Santoro.

—Sí. Tenía que haber llegado aquel mismo día a la Bio-Pappel de Prewitt, pero no llegó y, desde entonces, no se han tenido noticias de él.

—*El jueves...* —murmuró Santoro, pensativo, con la mirada perdida por encima del hombro de su compañero.

—Además, está lo de Horton —prosiguió Bradley.

—¿Horton? —Centrando ahora su oscura y febril mirada en la azul y clara de su compañero.

—Van Keulen me ha llamado esta mañana: no hay ni rastro de él. —Con gesto grave.

—¿Qué? —Mientras otra líquida estalactita comenzaba a emerger de la congestionada y aguileña nariz de Santoro.

—Pues eso: ni rastro. Detuvieron ayer tarde a sus *amigos* cerca de la frontera con México, armados hasta los dientes, pero ni rastro de Horton.

—Vaya —respondió Santoro.

—Y, al parecer, los nueve *pajaritos* que cayeron en la operación no tenían ni idea de dónde se había metido.

—¿No lo estarán protegiendo? —Volviendo a limpiar cualquier resto de mucosidad de su congestionada nariz con su camiseta, lo que dejó un nuevo estampado acuoso en su dobladillo, a juego con el anterior.

Bradley, que apenas se fijó en aquel escatológico gesto, continuó con su relato:

—No creo. Los interrogaron durante varias horas y sus declaraciones por separado coincidieron: ni la más remota idea de dónde podría haberse metido Horton ni tampoco la más mínima noticia de él; como si se lo hubiese tragado la tierra..., y mira que está gordo. —

Esbozando una malévolamente mueca en sus finos labios.

—*El jueves...* —volvió a musitar Santoro, entre pensativo y febril, ajeno a la gracia que acababa de soltar su compañero.

—Me tiene que volver a llamar Van Keulen, pero ya me ha insinuado que mañana volvemos a Santa Fe: se van a hacer cargo de las tres desapariciones desde la central, por lo que mañana vendrá un equipo especializado en este tipo de casos y ya no tiene mucho sentido que continuemos aquí; así que tiene pinta de que estamos fuera del caso —concluyó, con un gesto de decepción que dibujó en su alargado rostro los amargos tonos del fracaso.

—Ya. —También un decepcionado Santoro—. ¡¡¡ACHÍSSS!!! —añadió de forma sonora.

—Ale, acuéstate ya y descansa —señalando con un huesudo y firme índice derecho hacia el interior de la 101—, que pasaré más tarde a ver cómo estás y te iré informando de lo que me cuenten el sheriff y Van Keulen.

—Está bien —obedeció.

—¿Quieres que te traiga algo de la farmacia?

Con un gesto de su mano derecha que podría considerarse como una moribunda negativa, el de Sarasota giró sobre sus descalzos talones y, arrastrando sus fatigados pies sobre el rugoso enmoquetado de la habitación, se perdió hacia el duro camastro sobre el que sudaría su griposo cuerpo el resto de aquel domingo de mediados de julio. Ni tan siquiera se preocupó por hacer el intento de cerrar él mismo la puerta de la habitación y, ni por supuesto, de repetir el obligado y militar ritual de colocar la cuña de madera bajo la puerta; su cabeza, sencillamente, estaba ya en otras... *cosas*.

Bradley le echó un último vistazo de afectada conmiseración mientras su compañero se alejaba como alma en pena; alargó su huesudo brazo hacia el metálico pomo de la puerta de la habitación y, tras adivinar en la distancia con el rabillo del ojo la Biblia de Gedeón abierta sobre la mesita de noche que la tarde anterior fuera objeto de sus mofas, tiró de él, cerrando suavemente la puerta con un leve chasquido que, no obstante, a Santoro le retumbó en las sienes con la intensidad de un disparo a bocajarro.

—Este se me muere —masculló entre dientes Bradley mientras su espigado cuerpo se alejaba por el soso pasillo del Beauty & Luxury Motel de Grants.

Entre renqueantes e irregulares concesiones al sueño, aunque con más desvelos que otra cosa, Michael Santoro pasó aquel domingo de mediados de julio sin salir de la 101.

En tres ocasiones más le visitó Bradley aquel día: antigripal de la cercana farmacia en una; menú para llevar del cercano Denny's en la segunda —del antigripal sí que dio buena cuenta el italoamericano, mientras que del menú solo media hamburguesa y apenas dos o tres patatas pudieron bajar por su inflamada garganta, lacerada por cientos de alfileres cada vez que intentaba tragar algo, al tiempo que se esforzaba por prestar una impostada atención a lo que le iba relatando Bradley acerca de su entrevista con el sheriff Smith—; y una tercera visita de mera cortesía para asegurarse de que su compañero se encontraba *bien* y confirmarle de paso que Van Keulen los quería el lunes en Santa Fe.

A eso de las nueve de la noche finiquitó Bradley la última de sus visitas a la 101, dejando a su compañero derritiéndose entre los sudores de unos treinta y ocho grados que se marcaban en el termómetro digital de quince dólares que, junto al escasamente efectivo antigripal, también compró en la cercana farmacia. Media hora después, Santoro logró encadenarse a un sueño que se abrió paso entre febriles ensoñaciones.

Exangüe, los primeros destellos de un vaporoso adormecimiento le alcanzaron rápidamente, aunque una desagradable sensación de indefinido escalofrío agujoneaba hasta el último de sus huesos, como si miles de hormigas en frenética procesión los recorrieran para, en su ordenado ir y venir, detenerse sobre las ardientes articulaciones de Santoro, mordisqueándolas con sus pequeñas y afiladas mandíbulas, lo que provocó más de un eléctrico espasmo en el sudoroso y febril cuerpo del de Sarasota bajo las finas y descoloridas sábanas que de forma escasa lo arropaban.

Difusas imágenes procedentes de lo más recóndito de su imaginación revoloteaban en su destemplada mente, azotada por los treinta y ocho de fiebre que no parecían tener la más mínima intención de bajar a treinta y siete, sino todo lo contrario. Tampoco es que fuera una desagradable sucesión de instantáneas, fruto de alguna inquietante pesadilla, pero sí que eran lo suficientemente perturbadoras e inconexas como para atribular más aún el enfermo sueño de Santoro. Así, su compañero Bradley aparecía en uno de aquellos ardientes fognazos mentales sosteniendo entre sus huesudas manos una aceitosa hamburguesa del Denny's que chorreaba generosos hilos de grasa líquida, acercándosela a un desganado Santoro mientras le decía: «Trágate-la de una pieza, muchacho». Tampoco faltó en aquellos destellos de febril fantasía la gris instantánea de un sheriff Smith repitiendo sin cesar: «Se la examinó y estaba inmaculada. Se la examinó y estaba inmaculada. Se la examinó y estaba inmaculada...». Y, como si de una estrella invitada se tratara, Robert Louis Sheridan terminó apareciendo en aquella sucesión de desconcertantes imágenes siendo sacado del interior de lo que quedó de su coche lo mismo que se sacaría a un flácido cruasán de una taza rebosante de espeso chocolate, a lo que el exánime cerebro de Santoro respondió con un imaginario y turbador relamer de labios.

Poca cosa más que encerrara lógica alguna se cruzó por la ardiente cabeza de Michael Santoro mientras su cuerpo sudaba entre las cetrinas sombras que se dibujaban en los rincones de la 101. Quizá alguna conversación de ese mismo día con su compañero, seguramente distorsionada por los caprichosos artificios de los sueños; quizá, también, los ecos de una semana que mejor hubiera sido olvidar; o quizá, sencillamente, una vaporosa mezcla de todo lo anterior, en un torbellino de recuerdos recientes que, pasados por la batidora de calentura que eran sus sesos, bien podrían haber tenido acomodo en alguna de las estampas surrealistas de Dalí. Sin embargo, sin rastro alguno de las inquietantes pesadillas que casi hicieron zozobrar su cordura en anteriores pernoctas, Santoro fue tejiendo poco a poco la seda en la que quedaría atrapado su sueño aquella noche.

Y, al fin, Michael Santoro se durmió profundamente en la soledad de su habitación de cuarenta dólares la noche, tan solo acompañado por la inoportuna gripe que cocía lentamente su sangre, así como por la inerte y silenciosa presencia de la Biblia de Gedeón que, abierta sobre la ajada mesita de noche, hacía ya tiempo que dejó de inquietar a un Santoro que terminó por considerarla un elemento más en la espartana *decoración* de la 101.

Probablemente serían las dos —quizá las tres— de la madrugada de aquel lunes de mediados de julio cuando a Michael Santoro le desveló... *algo*. No podría asegurar si tal vez fuera una voz, un golpe o, sencillamente, una sensación, pero de lo que estaba totalmente seguro era de que *algo* le hizo despertar.

Mientras se incorporaba sobre el duro camastro de su habitación, inmediatamente se percató de que febrícula alguna martirizaba ya su cuerpo; tampoco había ni rastro de sudores fríos ni de dolor articular alguno; y sí, se sentía bien, recuperado..., ¿sano? «¡Arreando!», pensó, dando por finiquitado su episodio gripal.

De un ágil y ligero movimiento de su brazo izquierdo, sin tampoco rastro alguno del dolor que lo atenazara el día anterior, se quitó de encima las finas sábanas que, a pesar de su pobre tacto, cumplieron bien con el cometido para el que fueron tejidas, lo que no dejó de agradecer un Santoro que se sentía como nuevo. Sin embargo, había *algo* que continuaba llamando su atención; *algo* que parecía proceder del otro lado de la puerta de la 101.

De un salto, igual de ágil y ligero que el anterior movimiento de su brazo, sus piernas abandonaron el ajado colchón para hacer aterrizar sus desnudos pies sobre la rugosa moqueta, la cual los recibió con un desagradable tacto que, sin embargo, apenas sintió Santoro, más atento a aquello que desveló su sueño que a las tristes sensaciones que los escasos *detalles* de la

habitación le pudieran transmitir.

Cauteloso como un gato, el de Sarasota guardaba el más absoluto sigilo mientras se aproximaba, entre las sinuosas sombras de la 101, a la puerta de la habitación. A pesar de que no se escuchaba sonido alguno procedente del otro lado de la puerta, Santoro podía notar que *algo* había tras ella; *algo* que, sin acertar la razón, le atraía poderosamente.

Su prudente avance llevó su menuda oreja izquierda hasta el frío contrachapado de la puerta, donde contuvo la respiración durante unos instantes para afinar el oído entre la oscuridad del silencio; sin embargo... nada. «Otro sueño», pensó mientras fruncía el ceño.

Sí, tenía toda la pinta de ser un sueño: la rápida y sorpresiva recuperación de su incipiente gripe no podía ser más que el fruto de la inmersión de su atormentada mente en otro extraño sueño. No obstante, Michael Santoro era un tipo curioso, por lo que no pudo resistirse, fuera o no aquello otra *jodida* pesadilla, a echar un vistazo por la mirilla de la puerta: negra oscuridad.

«Un sueño», volvió a pensar Santoro, ya que las escasas luces del pasillo del motel que siempre permanecían encendidas, proporcionándole una mortecina y deprimente iluminación a aquel tétrico corredor, en aquella ocasión estaban totalmente apagadas. Sin embargo, convencido de que aquello era un sueño más, decidió seguirle el juego a su imaginación y ver su apuesta: Santoro abriría la puerta de la 101.

Los dedos de sus desnudos pies buscaron en vano la cuña de madera que siempre colocaba bajo la puerta, aunque un chispazo de lucidez le recordó que, en aquel día de perros, su cabeza no estuvo para ese tipo de *gaitas*. Otro chispazo también le recordó que su compañero había sido el que cerró la puerta de la habitación en su última visita y que, por supuesto, el pestillo tampoco estaba echado. Finalmente, su mano derecha giró lentamente el metálico pomo de la puerta de la habitación, el cual destelló de forma fugaz entre las tinieblas de la 101 al recibir algún furtivo reflejo de luz procedente del cercano Walmart Supercenter.

«Qué raro», pensó cuando, asomando su cabeza por el entreabierto hueco de la puerta, se le mostró la total oscuridad en que se sumía el pasillo del Beauty & Luxury Motel.

Sin embargo, una vez más volvió a apostar todo a su curiosidad, convencido de que aquello era otro *jodido* sueño. Así, su cuerpo convirtió aquel hueco, por entre el cual se colaba la oscuridad procedente del pasillo, en umbral enteramente abierto a través del cual se plantó en mitad del corredor con los brazos en jarras, en una pose que, de haber habido algo de luz, ciertamente hubiera resultado cómica para cualquier espectador con un Michael Santoro en paños menores investigando Dios sabe qué en medio de la madrugada de aquel lunes de mediados de julio en un motelucho de mala muerte.

Tic, tic, tic, tic, tic, tic...; escuchó de pronto, como si las patitas de algún huidizo ratón



mecanografiaran su pavor en la oscuridad de aquel pasillo, lo cual no extrañó lo más mínimo a Santoro: «Hasta hay ratones», pensó.

Aquella idea le tranquilizó, convencido de que lo que le despertó no fueron más que las nocturnas rondas de algún infeliz roedor en busca de comida.

Tic, tic, tic, tic, tic, tic...; volvió a escuchar, aunque ahora, fugazmente, aquel sonido fue acompañado de un rápido y escaso destello blanco que, rompiendo la oscuridad, pareció desplazarse sobre la pared del fondo del pasillo.

—¿Qué demonios? —murmuró Santoro, arqueando sus pobladas cejas mientras comenzó un lento y cauteloso avance hacia el origen de aquel breve destello.

En esas estaba el italoamericano cuando, a la altura de la 105, volvió a oír las patitas de aquel... ¿ratón? Sí, las oyó nítidamente, pero acercándose ahora hacia su posición, repicando de forma imposible sobre la pared derecha del pasillo. «¿Los ratones pueden trepar por las paredes?», se preguntó un intrigado Santoro que, sin embargo, inmediatamente recibió respuesta a aquella duda de primera hora de la madrugada.

—Hos-tia-pu-ta —susurró Santoro, con los ojos abiertos como platos.

Tic, tic, tic, tic, tic, tic...

—¿Qué mierda...? —Mientras, aterrado, echaba el cuerpo hacia atrás.

En la oscuridad del pasillo, recorriendo la pared hacia Santoro, como si de una araña que se dirigiera hacia su presa a toda velocidad se tratara, una mano blanca se desplazaba sobre unos enguantados dedos, ágiles remedos de horribles patas.

Tic, tic, tic, tic, tic, tic...

«La puta... *mano*», asaltó la mente de Santoro el recuerdo de aquella espectral mano que el pequeño Mickey viera en los aseos del Sarasota Square Mall en el verano del noventa y nueve.

Tic, tic, tic, tic, tic, tic...; se aproximaba en la oscuridad del pasillo, atrapando hasta la más mínima partícula de luz que pudiera haber entre las sombras para producir un horrible fulgor, blanco como hueso seco.

Michael Santoro hubiera podido quedarse petrificado contemplando aquella siniestra *cosa* que parecía estar recubierta por un guante de látex; sin embargo, el de Sarasota no tenía la más mínima intención de quedarse allí parado a la espera de confirmar el material que recubría *eso*, por lo que

sus músculos respondieron inmediatamente para huir de lo que demonios fuera aquella macabra... *mano*.

«Una pesadilla; es una pesadilla», pensaba mientras sus descalzos pies volaban hacia el umbral de la 101. «No te pasará nada porque ahora despertarás. Sí, eso es: despertarás», se repetía su cerebro, en un intento por mitigar el pavor que ensartaba su razón.

Y, efectivamente, no le pasó nada cuando alcanzó el pomo de la puerta de su habitación, la cual cerró de un golpe seco que hizo temblar las frágiles paredes de la 101. Tiritando de terror, acertó a echar el pestillo mientras sus pies buscaban en vano la cuña de madera que aseguraría definitivamente la puerta frente a las intenciones de aquella *mano* que solo el mismísimo demonio podía saber cuáles eran.

«Ahora despertaré», se decía para sus adentros mientras, en silencio, todos sus sentidos intentaban captar algún movimiento, algún sonido o... *algo* tras la puerta. Sin embargo, nada manifestaba presencia alguna al otro lado del contrachapado barato de la 101: todo permanecía en silencio, al tiempo que la oscuridad más absoluta se colaba por la mirilla que Santoro —ahora más curioso que aterrado— escudriñaba sin resultado alguno.

—Una jodida pesadilla —masculló entre dientes mientras su corazón comenzaba a disminuir la vehemencia de sus latidos.

No obstante, Michael Santoro no despertaba todavía de pesadilla alguna, a pesar de que su cabeza le decía —más bien le exigía— que ya iba siendo hora de hacerlo, lo cual comenzó a inquietarle de nuevo, más aun cuando se percató de que las desnudas plantas de sus pies no le transmitían el desagradable tacto de la rugosa moqueta de la 101, sino el más frío y liso de un aparente linóleo que, desde luego, no debería estar allí.

Extrañado, sus oscuros ojos se volvieron buscando confirmar entre las sombras que, como no podía ser de otra forma, estaba en su cochambrosa habitación. Sin embargo, ningún elemento al que asir sus esperanzas asomó entre los jirones de cetrinas tinieblas que caían sobre aquel cuartucho; ninguna figura *familiar* aquietó las cuitas que hacían zozobrar su razón; ni el duro camastro, ni su ropa tirada de cualquier manera por el suelo, ni tan siquiera la Biblia de Gedeón abierta sobre la ajada mesita de noche, se asomaron a su nerviosa e inquisitiva mirada que recorría las sombras. «Ahora despertaré», volvió a concluir.

Pero Michael Santoro seguía sin despertar de aquel *sueño*, el cual comenzó a tornarse pesadilla cuando comprobó que las tenues vetas de amarillenta luz que apenas rasgaban la oscuridad de aquel cuarto no se colaban por entre el pobre tejido del cortinaje que escasamente debiera haber alcanzado a resguardar la sucia ventana de la 101, ya que, sencillamente, ni había grises y raídas cortinas, ni ventana, ni tampoco luz alguna que se colara desde el cercano Walmart Supercenter. Sí; Michael Santoro cayó en la cuenta de que sus ensoñaciones lo habían trasladado a

otro lugar que, desde luego, no era su habitación de cuarenta dólares la noche en el Beauty & Luxury Motel de Grants.

—Despierta de una... *jodida vez* —masculló con rabia, apretando los dientes.

Sin embargo, no despertó; o quizá... sí.

Eran las dos y media de la madrugada pasadas de aquel lunes de mediados de julio cuando unos ruidos procedentes del pasillo del Beauty & Luxury Motel desvelaron a David Charles Bradley, quien maldijo para sus adentros al que estuviera montando aquel jaleo a esas horas.

—¿Será posible? —murmuró indignado mientras la pantalla de su iPhone 7 plateado de 32 GB mostraba unas desesperantes dos y cuarenta de la madrugada.

Con una enervada vena latiéndole en su frente, el de Tampa juró ante aquel despropósito, al tiempo que, decidido, se dirigió hacia la puerta de su habitación con la intención de decir cuatro cosas bien dichas; aunque, cuando sus huesudos dedos hubieron llegado a la altura del pestillo para descorrerlo, su prudente talante se impuso y optó por echar antes un vistazo por la mirilla de la puerta de la 105.

«¿Qué coño hace?», pensó al ver a su compañero en mitad del pasillo haciendo el ganso.

—Se le ha ido la cabeza —musitó mientras lo veía correr en dirección a la 101, cerrándola a continuación de un portazo que hizo temblar las paredes de papel de fumar del Beauty—. ¡Joder! —exclamó.

Pensativo, dudó entre abrir e ir a ver qué narices le ocurría a su compañero o, por el contrario, dejar correr el asunto; finalmente optó por esta última solución, sabedor de que Santoro estaba enfermo y los últimos días no había descansado lo suficiente.

—Por la mañana hablaré con él —concluyó en un apagado murmullo mientras devolvía su espigado cuerpo hacia el espartano colchón de la 105.

No tardó en recuperar el hilo del sueño que rompiera el extraño comportamiento de Santoro, aunque no sin antes darle un par de vueltas a la estampa de su compañero en mitad del pasillo: parecía como... *asustado*; le extrañó el que, a pesar de estar iluminado el corredor, Santoro se moviera casi a tientas, como si estuviera ciego o caminara a oscuras; y, sobre todo, lo que más le

extraño fue el que, antes de iniciar aquella orate carrera hacia su habitación, la mirada de su compañero no se despegara de la pared del pasillo, como si estuviera viendo algo que solo un pirado pudiera contemplar.

«Mañana hablo con él sin falta», sentenció su cerebro mientras comenzaba a sumergirse de nuevo en un dulce y profundo sueño, ignorante de que aquello iba a ser imposible.

## XVII. ¿AMIGO?

«Es un sueño», volvió a pensar Michael Santoro en medio de aquella estancia que, a pesar de las sombras que sobre ella caían, estaba seguro de que no era la 101. «Un sueño», mientras giraba sobre sus descalzos talones para salir de la... *habitación*.

«La jodida mano», pensó, al punto de casi abrir la puerta para retornar al pasillo del Beauty. «¿Estará ahí, esperándome?», se interrogó, con la mano derecha sobre el pomo de la puerta, mientras su izquierda se encontraba a la orden de descorrer el pestillo. «¿Qué más da? Es un puñetero sueño», sin embargo decidió.

—Pero... —Un boquiabierto Santoro tras abrir la puerta.

La oscuridad que hacía tan solo unos instantes rompiera el blanco fulgor de aquella mano infernal ya no existía. Sí; ni la oscuridad, ni la *mano*, ni el pasillo, ni el motel..., ni nada.

—Es un sueño. —Con una sonrisa nerviosa mientras contemplaba, inquieto, aquel inesperado escenario que se mostraba ante sus sorprendidos ojos—. Solo puede ser un sueño —concluyó.

Y sí, no podía ser otra cosa que un sueño el que tras la puerta de contrachapado barato de la 101 no apareciera el corredor del Beauty & Luxury, sino el porche de entrada a un bar de carretera ante el que se extendía, en mitad de la noche cerrada, un semivacío estacionamiento de grava blanca sobre la que se reflejaban unos difuminados destellos de neón que permitían adivinar tres solitarios vehículos.

El frío de la oscura noche erizó el vello de un Michael Santoro tan solo vestido por los escuetos bóxer blancos y la camiseta azul marino que hacían las veces de improvisado pijama, escaso indumento para los rigores nocturnos del desierto, además de poco digno por los *adornos* que, en forma de resecos fluidos corporales, lucía.

—¡Joder! —exclamó en medio de una incipiente tiritona que le hizo volver a refugiarse en el interior de la... ¿101?

No, definitivamente, aquel lugar no era el Beauty & Luxury de Grants, ni lo que acababa de cerrar era la puerta de su habitación de cuarenta dólares la noche: su oscuro contrachapado barato

había sido sustituido por una acristalada puerta que resguardaba una rojiza veneciana por entre la que se colaba el frío reflejo exterior de los neones que destellaban desde la fachada de aquel local que, sin lugar a dudas, tan solo podía existir en la febril imaginación de Michael Santoro.

## BIENVENIDO, MICHAEL SANTORO

«Un sueño», se confirmó a sí mismo al adivinar, entre las rojas venecianas, escrito a mano sobre el frío cristal, un saludo de bienvenida que solo podía proceder de lo más profundo de su fantasía; aunque, quizá, también pudiera ser el fruto de su... ¿locura?; o, quizá, ¿esquizofrenia? «Un sueño...; nada más que un sueño», pensó, intentando ajustarse de nuevo a la fina línea de su cordura.

Apartando las venecianas, la yema de su índice derecho acarició aquel *saludo* manuscrito sobre el cristal: «Rotulador», confirmó su cerebro, al que, como un latigazo de alta tensión, acudió el recuerdo de diecinueve años atrás que, también con rotulador negro de trazo grueso, apareciera escrito sobre la metálica puerta de los lavabos del Sarasota Square Mall tras la que el pequeño Mickey perdió su inocente seguridad infantil. «MÍRAME», volvió a reproducirse en la memoria de un Michael Santoro con la mirada perdida sobre aquel cristal, tal vez esperando a que, en cualquier momento, aquellas fantásticas e irreales imágenes se esfumaran con un temprano despertar.

Pero el de Sarasota no despertaba; no, no despertaba. Sin embargo, en lo más profundo de los terrores que habitaban en su memoria, Michael Santoro temía que, quizá, en realidad ya lo hubiera hecho.

Aturdido en una bruma de confusión, dio un par de toscos pasos hacia atrás, inseguros, torpes..., temerosos, al tiempo que la yema de su índice derecho se alejaba del frío cristal sobre el que continuaba escrito aquel endiablado *saludo*, lo que provocó que, sin mano alguna que las apartase ya, las rojas venecianas rasgaran el silencio con un leve, pero agudo, sonido metálico al volver a chocar contra la puerta acristalada del local. Sin embargo, Santoro no despegaba su oscura mirada de aquellas tres palabras que todavía podía entrever a través de las rojizas tablillas de las venecianas; tres nítidas palabras que no se difuminaban ni desaparecían; tres palabras que solo podía haber escrito sobre aquel imaginario cristal una fantástica mano que únicamente podría habitar en sus sueños. Sí; Michael Santoro no le quitaba ojo a aquellas tres palabras, y ello a pesar de que aquello —su confusa razón le decía— no podía estar ocurriendo de verdad.

—Despierta ya —se ordenó a sí mismo, musitando entre dientes mientras daba otro par de torpes pasos hacia atrás.

Con sus ojos todavía clavados sobre la puerta acristalada, su campo visual pudo ampliarse lo suficiente como para poder confirmarle que estaba en un lugar imposible, a lo sumo *probable* en el variado catálogo de sus recientes ensoñaciones.

«¿Qué coño será este lugar», pensó, extrañado de no encontrar entre sus recuerdos registro alguno de aquel extraño local, a no ser por...

—¿Este suelo...? —murmuró, bajando la mirada hacia el ajedrezado linóleo en blanco, negro y rojo sobre el que sus desnudos pies descansaban, preciso instante en el que fue consciente del afilado frío que punzaba sus plantas, aunque no más que el recuerdo que atravesó su cerebro al percatarse de que aquel suelo no le era totalmente desconocido.

«Aquel sueño...», forzó su memoria, recordando aquellos quejumbrosos sollozos de mujer que atribularan uno de sus recientes sueños. «Es un sueño», confirmó con aquella coincidencia.

Como si se quitara un enorme peso de encima con aquel pensamiento, exhaló profundamente, inundando de confianza su confusa cabeza. Tranquilo, calmado, pausado, levantó la mirada y recorrió aquel escenario en el que se representaban los caprichos que aquella noche pergeñaba la febril mente de un Santoro que comenzaba a sentir verdadera curiosidad por conocer qué encerraba aquella caja de sorpresas que era su cerebro.

—Un *diner* —murmuró.

Sí, de un *diner* tenía las trazas aquel lugar: un alargado espacio con un alargado pasillo que se formaba entre los inconfundibles asientos de ese tipo de bares de carretera, así como la también alargada barra que era jalonada por unos taburetes igual de vacíos que aquel local. Sí; vacío y... silencioso. Tan solo el ahogado y monótono zumbido de los tubos fluorescentes que inundaban de una química e impersonal luz blanca aquel lugar, rompía el extraño silencio que competía con el no menos misterioso orden y pulcritud que lo anegaba. «Un sueño», volvió a pensar sin embargo. Y como aquello era *su* sueño, Michael Santoro decidió echar un vistazo a aquella creación de su imaginación.

Avanzando sus descalzos pies sobre el frío linóleo, Santoro se paseó, curioso, por los rincones de aquel restaurante, limpios, ordenados hasta el detalle, de una forma que hubiera llegado a inquietar al de Sarasota de no ser porque aquello era... *un sueño*.

De pronto, sobre el pulido linóleo del suelo, entre las patas metálicas de uno de los taburetes que se alineaban frente a la barra del local, Santoro adivinó lo que parecía ser un azulado brillo que le resultó inconfundible: «Ford», leyó en silencio, reconociendo inmediatamente el óvalo azul incrustado en una llave electrónica inteligente que algún comensal de aquel imaginario restaurante habría perdido; aunque —cruzó por su mente— también existía la posibilidad de que aquella llave

simbolizara *algo* en aquel sueño que, con toda seguridad, le tocaría interpretar.

Intrigado, se inclinó para coger aquella llave y, cuando sus dedos palparon el logotipo del gigante de Michigan, una extraña sensación recorrió sus terminaciones nerviosas: «Demasiado real para ser un sueño», pensó en una fracción de segundo cuando las yemas de sus dedos entraron en contacto con aquella llave, quizá perdida, quizá olvidada, seguro soñada. Sin embargo, aquella sensación se esfumó del mismo modo que llegó, dando paso a una curiosidad que le hizo preguntar en voz alta:

—¿Hola?

El silencio le respondió, tan solo arañado por el frío zumbido del blanco fluorescente que pesadamente caía desde el techo del solitario local. No obstante, Santoro no esperaba menos en *su* sueño.

Decidido a seguirle el juego a sus fantasías nocturnas, el italoamericano se acercó a los ventanales del restaurante para comprobar si aquella llave tendría o no correspondencia con alguno de los tres coches que, hacía unos instantes, vislumbrara en el semivacío estacionamiento.

—¡Bingo! —exclamó entusiasmado cuando, tras pulsar el botón central de la llave electrónica con la que apuntaba hacia el estacionamiento exterior por entre las tablillas de las rojizas venecianas que resguardaban los ventanales del local, los intermitentes de uno de los vehículos se iluminaron con unos destellos anaranjados que quebraron el remanso de la noche, como piedra que rompe la serenidad de un estanque—. El Explorer —confirmó, con una sonrisa de satisfacción dibujándose en sus carnosos labios.

Sin duda, aquello debía significar algo en el jeroglífico de sus enrevesados sueños. Sin embargo, apenas tuvo tiempo para descifrar aquella piedra de Rosetta que desafiaba su curiosidad.

—Hola, Mickey —sonó a sus espaldas.

Santoro se volvió de forma brusca hacia aquella voz. Todos y cada uno de sus músculos se marcaron en sus desnudas piernas, al tiempo que la tensión se reflejó en su redondeado rostro. Sus ojos, sin embargo, como si de un pescado muerto se tratara, apenas reaccionaron ante lo que articuló aquel saludo y que, tras la barra, desafiaba toda razón.

—Ho... hola —articuló un boquiabierto Santoro.

—Hace mucho tiempo que te esperábamos —continuó tras la metálica barra del local un imposible interlocutor.



—¿Sí? —Un pasmado Santoro que, sin embargo, para sus adentros intentaba ubicar a aquel personaje salido de sus sueños.

—Sí.

—¿Por qué...? ¿Por qué no tienes cara? —se atrevió a preguntar Santoro; al fin y al cabo, aquello no era más que el fruto de su imaginación, ¿no?—. ¿CÓ... cómo puedes hablar, si no tienes boca? —Achinando sus negros ojos.

No respondió, sino que se limitó a hacer un gesto en su cara sin rostro que Santoro interpretó como una mueca torcida, aunque jamás podría llegar a explicar cómo demonios pudo llegar a tener aquella sensación.

—¿Eres un camarero o algo así? ¿Un camarero... raro? —volvió a preguntar Santoro, dibujando una media sonrisa en su rostro. Sí, el italoamericano tenía la intención de pasárselo bien en *su* sueño, y aquel extraño personaje le venía que ni pintado.

Continuó sin responder, más que con un gesto que sacó de debajo de la barra unas enguantadas manos blancas que, hasta ese momento, permanecían ocultas. Sin embargo, Michael Santoro ni se inmutó en lo más mínimo, volviendo a atacar con otra ráfaga de sarcasmo:

—Sí, por lo visto eres el jodido *camarero*.

—Eres gracioso; eso me gusta —respondió su interlocutor sin rostro.

—Además, con ese traje negro quedas perfecto tras la barra —continuó Santoro, aunque iniciando unos disimulados pasos en dirección a la puerta del local, la cual le quedaba todavía a unos seis o siete metros de su posición.

—Sí, me gustas. Siempre me has gustado, ¿sabes?

Aunque aquel tipo tras la barra, con un rostro sin rostro blanco como la luna, pudiera resultar tético, en el caso de Santoro hasta le resultaba gracioso, como si de un desafiante juego para la imaginación se tratara.

—Entonces... ¿tú eres el de la puñetera mano? —preguntó el italoamericano, añadiendo otro par de disimulados pasos en dirección a la puerta del local.

—Me has descubierto, Mickey —levantando sus enguantadas manos en el aire, como si alguien le apuntara con un arma—. ¿Me vas a detener, Mickey? —añadió, en tono sarcástico.

—Puedo hacer contigo lo que quiera; solo estás en mi cabeza —respondió Santoro, sonriendo, y añadiendo otro par de pasitos hacia la puerta.

—¿Tú crees? —cuestionó desafiante, al tiempo que sus enguantadas manos bajaban nuevamente para reposar sobre la metálica barra del local.

—¿Y qué si no? Solo eres el fruto de mi imaginación..., quizá mi locura, ¿no?

—Tal vez sí...; o tal vez seas tú quien está en nuestra cabeza.

Aquella respuesta descolocó a Santoro, quien, intrigado, detuvo sus prudentes pasos hacia la puerta de salida para, en cambio, centrar su atención ahora en desentrañar aquel acertijo que parecía plantearle aquel tipo sin cara.

—¿«Nuestra»? —preguntó Santoro.

—Nuestra —respondió, escueto.

—¿Quiénes sois? —Poniendo sus brazos en jarras, en una estampa que en muy poco dignificaba la imagen de un Santoro en paños menores.

—Tú mismo lo has dicho, ¿no? —Esbozando una inexistente sonrisa que solo Santoro podía apreciar. Una leve pausa, y continuó—: Tu imaginación..., tu locura... O, tal vez, siempre nos buscaste y solo ahora nos has podido encontrar. —Inclinando su espigado cuerpo sobre la metálica barra, como si desafiara con aquella duda la razón de Santoro.

El italoamericano respondió con una sonrisa nerviosa ante aquella cuestión que le planteaba su fantasmagórico interlocutor, pareciéndole como si aquel personaje nacido de su imaginación repitiera las palabras de alguno de los *jodidos* libros de autoayuda que acostumbraba a leer. «Putos libros de autoayuda», pensó, a lo que siguió un apremiante requerimiento:

—Explícate. Sin... *acertijos*.

—Nunca has sido feliz, ¿verdad, Mickey?

—¡Ja! ¿Eres adivino, además de camarero?

—Podría ser —respondió con seguridad—. Sin embargo, lo sé todo acerca de ti: y no, no eres feliz; nunca lo fuiste.

Un nudo en la garganta de Santoro estranguló sus palabras. Aquel *ser* sin rostro, nacido de su imaginación, se le mostraba en uno de sus sueños como si de un psicoanalista del tres al cuarto se tratara, escudriñando en las profundidades de su mente para sacar a flote las frustraciones más ocultas de un Michael Santoro que, efectivamente, se reconocía en ellas.

«Un sueño», volvió a pensar Santoro, no viendo el momento de despertar.

—¿Tú crees que es un sueño? —preguntó aquel tipo, tras la metálica barra de aquel extraño y solitario local—. Yo creo que, más bien, esto es el fin de tu infelicidad; la entrada a un mundo nuevo que siempre buscaste, en el que nadie te juzgará y en el que no necesitarás mendigar el reconocimiento de los demás. Imagínate un mundo en el que no existan las falsas sonrisas; un mundo en el que no tengas que esforzarte por descifrar los rostros de los demás para adivinar qué piensan de ti, sus falsedades, sus velados secretos, sus verdades a medias o sus mentiras ocultas tras los rostros maquillados por la ignominia. Sí, imagínatelo, Mickey.

«Tocado», pensó Santoro. Aquel tipo era listo y le tenía tomada la medida al de Sarasota.

—Al parecer, sabes mucho de mí; aunque no me extraña, siendo como eres solo un producto de mi imaginación —le espetó Santoro, iniciando nuevamente otra tanda de disimulados pasos laterales hacia la puerta del local.

—Si solo soy un producto de tu imaginación, ¿por qué me temes?

—¿Yo? —Santoro, con una sonrisa nerviosa—. ¿Temerte? —Con orgullo herido.

—Eres libre de irte —señalando su enguantada mano derecha hacia la puerta del local—; es tu sueño, ¿no?

Santoro abortó su sigilosa huida, curioso por conocer más sobre sí mismo por *boca* de aquel engendro de sus fantasías. Quizá ese tipo sin rostro era *él* mismo, un Pepito Grillo de sus propias inseguridades.

—A ver..., cuéntame más. —Cruzando los brazos, de pie sobre el ajedrezado linóleo, e inclinando una cuarta su cabeza sobre su hombro izquierdo, expectante.

—No necesitas que te cuente más: todo lo que yo sé ya lo sabes tú. Lo único que necesitas es liberarte de todos tus miedos, de tus frustraciones, de tu mediocre día a día, de...

—Y *tú* me vas a ayudar —interrumpió Santoro.

—Eres alguien especial...

—¡No me jodas! —volvió a interrumpir Santoro, con una amplia sonrisa que convirtió sus atractivos hoyuelos en dos pozos negros—. No me digas que soy el jodido *elegido*. Gracias tío, me has llegado a la patata. —Dándose unas palmaditas en el pecho.

—Solo unos pocos sois capaces de vernos, y solo vosotros sois dignos de formar parte de nuestra familia.

—Espera, espera... ¿Me estás diciendo ahora que *sois* una «familia»? ¿Como los Manson o algo así? Este sueño ya se está liando demasiado.

—¿Todavía crees que todo esto es un sueño? ¿Y si te dijera que no lo es? ¿Y si te contara que he venido de la noche de los tiempos a por ti? ¿Que tienes la cualidad de vernos y, por tanto, estás obligado a formar parte de la cadena que nos une al origen mismo de lo que *vosotros* llamáis «humanidad»?

Aquello terminó de confundir a Santoro, temiendo que su sueño pasara a pesadilla en un abrir y cerrar de ojos.

—Bueno, se acabó. Me largo de aquí —concluyó el de Sarasota—. Cuando despierte le daré una vuelta a todo lo que me has contado. Muchas gracias. —Arrancándose en dirección a la puerta del local.

—Si vas a salir ahí afuera, quizá necesitarás... *esto* —dijo el tipo sin rostro tras la barra mientras se desprendía del guante de látex que cubría su mano derecha, al tiempo que la hundía en uno de los bolsillos del raído y avejentado traje negro que pareciera haber lucido durante cientos de años.

Santoro no perdía ripio de los gestos de su interlocutor, quien, a los pocos segundos, sacó de aquel viejo traje, como el mago que saca un conejo de su chistera, un teléfono móvil.

—Ten, es el tuyo —le ofreció el tipo tras la barra, sosteniéndolo en una cetrina y leñosa mano, surcada de violáceas venas que, a la vista, no eran plato de buen gusto.

—¿El mío? —preguntó Santoro, intrigado.

—Sí, acércate y verás —respondió, aproximándolo al campo de visión de Santoro.

El italoamericano dudó durante unos instantes —como no podía ser de otro modo, a pesar de que tuviera claro que aquel tipo habitaba solo en sus sueños—, más aun cuando comprobó que,

efectivamente, aquel teléfono era su iPhone X gris espacial de 64 GB.

—¿Cómo coño...? —farfulló Santoro, aunque, al instante, sus dudas se encarrilaron hacia la irracional lógica de aquel sueño.

—Es tu teléfono, ¿no? Lo necesitarás si vas a salir por ahí. —Manteniendo el iPhone frente a los sorprendidos ojos de Santoro.

«Bueno..., si esto es un sueño, seguiré sus *reglas*», pensó el italoamericano, acercándose a la barra con decisión. «Cuanto antes termine todo esto, mejor», al llegar a la altura del taburete forrado en rojo que, frente a la barra, creaba una distancia que, no obstante su convicción, Santoro consideró suficiente y... *prudencial*.

Mirando de cerca a aquel tipo, al italoamericano le pareció más siniestro aún, más tétrico quizá; hasta pudo percibir cierto olor a *viejo*, como a libro antiguo. No obstante, Michael Santoro ya se estaba cansando de todo aquello, quería despertar y entendía que la única forma de hacerlo era cogiendo el condenado teléfono y largarse de allí.

—¡Arreando! —soltó el de Sarasota, al tiempo que alargaba su mano izquierda para coger su iPhone.

Quizá Santoro esperara alguna treta por parte del tipo sin rostro; sin embargo, no hubo trampa alguna cuando el italoamericano, con un rápido y ágil movimiento de su mano, asió el teléfono que sujetaba la cetrina mano de aquel personaje por cuyo nombre, por cierto, Santoro comenzaba a sentir curiosidad.

En un abrir y cerrar de ojos, el iPhone gris espacial de 64 GB cambió de manos sin más contingencia que un leve —más que leve, minúsculo— roce de yemas entre los índices de aquellos dos personajes que, en aquel extraño y escueto local, contrastaban por sus también extrañas y escuetas indumentarias. Tal vez Michael Santoro sintiera repugnancia por aquel microscópico contacto, pero lo supo disimular bien; o tal vez no fuera repugnancia lo que revolvió su vacío y enfermo estómago en aquella insignificante fracción de segundo, sino una repentina e intensa sensación de modorra que en nada se correspondía con el sueño en el que, se suponía, Santoro estaba profundamente sumido. Sin embargo, aquella sensación apenas duró el suspiro en el que el italoamericano arrebató el teléfono de la cetrina mano de aquel enjuto y espigado tipo sin rostro, un suspiro en el que Santoro, con la llave electrónica del Ford Explorer estacionado en el exterior del local en una mano, y su iPhone gris espacial de 64 GB en la otra, se dio media vuelta y enfiló los escasos metros que lo separaban de la acristalada puerta de salida de aquel fantástico restaurante.

Mientras sus descalzos pies caminaban de forma apresurada sobre el ajedrezado y frío linóleo del local, su cabeza esperaba alguna *ingeniosa* —quizá inquietante— frase de despedida por

parte del tipo sin rostro; sin embargo, no despegó el pico. Aquella indolencia verbal volvió a reactivar la más reciente curiosidad de Santoro, quien, ya frente a la puerta de salida, y adivinando de nuevo entre las rojizas tablillas de las venecianas aquella misteriosa frase de bienvenida escrita sobre el cristal en rotulador negro de trazo grueso, se detuvo en seco y, de espaldas a su reciente *amigo*, con voz firme preguntó:

—Por cierto, ¿cuál es tu nombre?

Tras unos segundos, que a Santoro le parecieron horas, aquel tipo, con una voz átona, ahora sin alma alguna, respondió.

## XVIII. OBSERVADO

No es que estuviera teniendo un mal sueño, nada de eso; pero aquella noche, en la cabeza de David Charles Bradley bullía algo que, a decir verdad, sacó de quicio el dulce y profundo sueño en que se había sumido tras el extraño *numerito* que Santoro montó en el pasillo del Beauty & Luxury Motel haría apenas unas dos horas.

Serían ya las cinco y media de la madrugada de aquel lunes de mediados de julio. El runrún de lo de su compañero fue haciendo mella en el subconsciente del de Tampa hasta que las fantasías que sus sueños construyeran aquella noche comenzaron a deshacerse como castillos de arena. Finalmente, sus ojos se abrieron a la oscuridad de la 105.

«Tengo que ir a echar un vistazo; me preocupa», pensó Bradley.

Enfundado en un ajustado pijama azul a lo *Star Trek*, el de Tampa incorporó su espigado y huesudo —aunque fibroso— cuerpo sobre la moqueta de la habitación, cuyo rugoso tacto no percibió en sus pies a causa de los gruesos calcetines de algodón blancos que siempre calzaba cuando se sumergía entre las sábanas, una manía que, hiciera frío o calor, arrastraba desde los cinco años de edad, más o menos.

Pensativo, David Charles Bradley consumió los apenas seis pasos que separaban el camastro de la puerta de contrachapado barato de la habitación. Entre las sombras, sus alargados dedos acertaron a descorrer el pestillo para, después, girar con sigilo el pomo de una puerta que, sin chirrido ni sonido alguno que pudiera quebrar el pesado silencio, franqueó el paso del de Tampa hacia el escasamente iluminado pasillo del Beauty & Luxury.

La vaporosa luz procedente del corredor apenas se colaba una braza en el interior de la 105 cuando Bradley, sorprendido, asomando la cabeza hacia la habitación de su compañero, vio que la puerta de la 101 estaba abierta.

—¿Qué demonios...? —maldijo entre dientes.

Extrañado, y con el ceño fruncido, caminó lentamente hacia aquella puerta abierta de la que no salía luz ni sonido alguno.

—¿Michael? —Asomando su huesudo rostro entre las sombras de la 101.

No hubo respuesta alguna.

—¿Michael? —insistió, ahora introduciendo la mitad de su espigado cuerpo en la oscuridad de la habitación.

¡Clic!; al accionar su mano derecha la llave de la luz.

La pobre iluminación de la 101 se desparramó a duras penas desde el techo, revelando al de Tampa el desastroso desorden de su compañero, lo cual, sin embargo, no le extrañó; como tampoco lo hizo el inconfundible olor dulzón de la enfermedad que flotaba en aquel ambiente de derrota.

«¿Dónde coño estará?», pensó, al comprobar que Santoro no estaba en la habitación.

—¿Michael? —volvió a repetir no obstante la evidente ausencia de su compañero.

A pesar de que difícilmente Michael Santoro pudiera hallarse en algún rincón de aquella escueta habitación, el de Tampa inspeccionó los escasos metros cuadrados de la 101, corroborando que, efectivamente, su compañero se había esfumado. Sí; ni bajo el camastro sobre el que Santoro sudó el domingo anterior su inopinado proceso febril; ni tampoco al otro lado de la cama como consecuencia de alguna nocturna y traumática caída; ni tan siquiera el desvencijado armario empotrado, y menos aún el nada agradable cuarto de baño —con más herrumbres que blancos, por cierto—, albergaban rastro alguno de un Michael Santoro que parecía haberse volatilizado.

«Habrà ido a la recepción a por algo», se dijo para sus adentros mientras sus azules ojos recorrían por última vez aquella cochambre de sábanas echas jirones, ropa tirada por el suelo y, en pocas palabras, desorden en estado puro, marca inequívoca de la factoría Santoro. Sin embargo, algo parecía dar cierto... *equilibrio* a aquella estancia sin equilibrio alguno: la Biblia de Gedeón abierta sobre la ajada mesita de noche, a la que Bradley lanzó una indiferente mirada antes de abandonar la 101.

«Qué raro...; es como si hubiera alguien... ¿observándome?», asaltó su razón mientras apagaba la luz al salir de la habitación.



—¿Mi nombre? —respondió el tipo sin rostro tras la barra—. ¿Qué más da? ¿Velasco, Alonso, Sancho, Lope...? Cualquiera serviría.

—¿Por qué mexicanos? —preguntó, curioso, Santoro, al tiempo que se volvía hacia su interlocutor.

—Castellanos más bien —respondió con indisimulado orgullo aquel tipo.

—¿«Castellanos»? —Frunciendo el ceño, con más curiosidad todavía.

—Es una historia muy, muy, muy larga... —comenzando a gesticular con su cetrina y desnuda mano que, quizá por el efecto de la luz, pareció a Santoro garra en un impás de apenas medio pestañeo—; aunque también podría darte otros nombres más antiguos, quizá impronunciables, o también más nuevos, como..., tal vez..., ¿*Jenkins*? ¿Te gusta más *ese*, Mickey?

Al escuchar aquel nombre, la sangre de Santoro se heló —mejor dicho: se congeló—. Sí, aquello continuaba siendo un *jodido* sueño para el de Sarasota; sin embargo, el escalofrío que recorrió su cuerpo en aquel instante no le pareció, en absoluto, un sueño —ni a lo sumo una pesadilla—, sino más bien real...; real e inquietante.

Aquel *amigo* de nocturna ensoñación se transformó, en mucho menos que un instante, en un terrorífico ser cuando Santoro interpretó que en aquella faz sin rostro se dibujaba una horrible sonrisa, siniestra e inquietante como la del Gato de Cheshire, brutal y traicionera como la de John Wayne Gacy. Apenas fue una fugaz instantánea, fruto quizá de un caprichoso juego de luces, o quizá también de una febril y sugestionada imaginación; sin embargo, aquella terrorífica sonrisa se grabó en la retina de Michael Santoro como solo pueden hacerlo las cosas terrenas.

Con la cabeza confusa como la de un boxeador sonado, el de Sarasota se dio la vuelta, abrió la acristalada puerta del local y, sin mirar atrás, franqueó el umbral de lo que creía —más bien *deseaba*— fuera el final de aquel sueño que ya comenzaba a tornarse en pesadilla. Sin indulgencia alguna, el oscuro frío del desierto azotó sus desnudas piernas, estremeciéndose lo mismo que juncos en un día de tormenta, al tiempo que hasta el último vello de su cuerpo se erizaba mientras el desasosiego inundaba su confundido cerebro al comprobar que todavía continuaba perdido en aquel inquietante sueño, el cual, sin embargo, le transmitía unas sensaciones que se le asemejaban demasiado... *reales*.

Sobre la grava del estacionamiento se proyectaban los fríos neones de la fachada, formando incoherentes y fantasmagóricas formas que, entre difuminados verdes y estridentes rojos, hipnotizaron a un cada vez más confuso Michael Santoro. Tan confuso estaba el de Sarasota que ni cuenta se dio de que una figura se recortaba entre las sombras de la noche, también confusa, como si buscara algo o a alguien en los diáfanos rincones del estacionamiento sin hallarlo. Tan solo cuando aquella figura emitió una ahogada letanía que a Santoro se le asemejó como si pronunciara

su nombre, el de Sarasota se percató de aquella presencia que terminó por confundirle aún más.

—¿David? —murmuró Santoro al creer adivinar a su compañero en aquella figura.

—¿Michael? —Afinando el oído, le pareció escuchar, aunque con un tono lejano, distorsionado.

—¿David! —exclamó, con el corazón acelerado.

—¿Michael? —volvió a escuchar, procedente de aquella figura que continuaba, confusa, buscando en la oscuridad.

—¿David! ¡Aquí! —Mientras aceleraba su paso el italoamericano en dirección al estacionamiento en el que aquella figura vagaba sin sentido alguno—. ¿Qué coño estará haciendo? —murmuró, sin llegar a calibrar que aquello no era ni medio normal, a no ser que se tratara de otra escena de su extraño y absurdo sueño.

—¿Michael?

—¡Estoy aquí! —insistió Santoro—. ¡Mierda! —exclamó cuando las plantas de sus desnudos pies entraron en contacto con la blanca y punzante grava del solitario estacionamiento.

Caminando con precaución, como si sobre brasas lo hiciera, Santoro alcanzó unos metros más allá a aquella figura que parecía la de su compañero. Y sí, era él: un David Charles Bradley que, con su espigado y huesudo porte en la oscuridad de la noche, y enfundado en aquel pijama, recordaba más al señor Spock que a un agente especial del FBI.

—¿David? —Cuando llegó a la altura de su compañero.

Sin embargo, lejos de responderle, Bradley continuaba con sus extrañas pesquisas entre las sombras de la noche, ajeno totalmente a los requerimientos de Santoro, como si estuviera en otro lugar, quizá en un sueño ajeno.

—¿Qué coño haces, David? —Alargando su brazo derecho en dirección al hombro de Bradley, quien, de espaldas, continuaba escudriñando en la oscuridad—. ¿Qué demonios...? —reaccionó extrañado cuando su mano, cuyos dedos todavía sostenían la llave electrónica inteligente del Ford Explorer, alcanzó el hombro de su compañero, vaporoso como el aire, sin resistencia física alguna, como si de un holograma proyectado se tratara.

Santoro no esperaba aquello, por lo que casi se da de bruces contra la grava del estacionamiento al traspasar el cuerpo de su espectral compañero, quien continuó impávido con su

misterioso afán, ausente de aquel lugar y de aquel tiempo.

—No puede ser más que un sueño —masculló, razonamiento que aquietó su inquietud y amansó su desasosiego, al tiempo que veía alejarse en la oscuridad del desierto a su compañero, desdoblado en otra dimensión, quizá paralela.

A solas de nuevo, en mitad de aquel frío y oscuro estacionamiento en la noche del desierto de Nuevo México, Michael Santoro intentó recuperar las riendas de sus fantasías desbocadas..., en vano. Únicamente pudo ubicar el lugar en el que aquel extraño sueño se escenificaba cuando, mirando en rededor, los rojos neones sobre fondo amarillo, jalonados por dos fosforescentes palmeras que al italoamericano le parecieron algo *kitsch* —o sin el «algo»—, le mostraron el nombre de aquel bar de carretera: «Oasis Diner», pudo leer.

Estrujándose los sesos, rebuscó en el trastero de su memoria por si encontraba alguna justificación para el nombre de aquel lugar; sin embargo, nada. No; al italoamericano no le sonaba de nada el nombre de aquel lugar, quizá un indescifrable capricho de su febril mente, o quizá el residuo de alguna fugaz parada para comer en algún viaje ya olvidado a través de alguna carretera ya perdida en su memoria. Seguramente, de haber sido de Indianápolis —como el infeliz de Jacob Steinberg—, aquel nombre le hubiera traído algún recuerdo, pero no era el caso.

Sin tiempo para preguntarse más nada en torno al nombre de aquel lugar, una leve brisa se levantó desde el poniente, portando en el viento los fríos lamentos de las cercanas reservas Zuñi y Navajo, cortando como helado cristal el semidesnudo cuerpo de un Santoro que, a pesar de lo que creía, estaba muy lejos de despertar de aquel sueño con ínfulas de pesadilla que, sin embargo, comenzaba a parecerle demasiado real, lo que atestiguaba una piel que, más que de gallina, de avestruz parecía.

Tiritando, dudó entre volver al interior del restaurante para entrar en calor o, en cambio, seguir explorando por los retorcidos senderos de su fantasía. Lo que vio a continuación, sin embargo, le hizo decantarse por la segunda opción.

—Me cago en la... —Cuando miró en dirección a la puerta de entrada al local.

A cuatro patas, con la barriga donde debiera estar la espalda y la espalda donde la barriga, en una postura imposible para persona o animal alguno, lo que parecía una niña de cabellos pajizos *caminaba* en dirección a Santoro, como una horrible araña sin rostro que desafiaba la escasa lógica que aquella noche rodeaba al italoamericano.

—Ji, ji, ji —rio aquel engendro, embutido en un, tan inocente como aterrador, camisón blanco moteado de pequeños ositos de color rosa—. ¡Mira lo que hago, Mickey! —exclamó—. ¿Quieres jugar conmigo? —desafió nuevamente la razón de Santoro.

Aquello no podía ser fruto de su imaginación: jamás su mente, por muy febril que estuviera, podría pergeñar tal engendro, horrible como la infantil voz que brotaba de aquella cabeza sin cara alguna, en una contorsión inhumana y aterradora. Por un instante, ante aquella certeza, las desnudas piernas de Santoro flaquearon, por lo que casi da con sus huesos sobre la blanca grava cuando comprobó que, tras aquel Can Cerbero con forma humana que hacia él avanzaba, emergía la espigada y sinuosa figura del tipo sin rostro que tras la barra le habló a Santoro hacía unos instantes, entonces afable y hasta *amigable*, ahora poderoso y amenazador.

—¡Dios mío! —exclamó Santoro, al tiempo que los músculos de sus temblorosas piernas se tensaron de pronto, inyectados en una adrenalina que aceleró el corazón del italoamericano hasta casi hacerlo estallar.

Tras unos segundos de aterrado desconcierto, Santoro decidió que ya había tenido bastante y que, desde luego, no se iba a quedar allí de pie, aterido, esperando a averiguar si aquello era una grotesca pesadilla o, por el contrario, una espantosa realidad.

Como pudo, cual gato saltando entre brasas, sus descalzos pies corrieron sobre la punzante grava en dirección al único lugar que la noche cerrada le ofrecía como vía de escape en aquel angustioso sitio. Y así, en paños menores, con el iPhone X gris espacial de 64 GB en su mano izquierda y la llave electrónica inteligente del Ford Explorer en la derecha, Michael Santoro huyó hacia los tres vehículos que dormitaban en el frío estacionamiento de aquel fantasmal restaurante, al tiempo que a sus espaldas oía aquella horrible voz acercarse mientras crepitaba, cada vez más próxima, la grava bajo el peso de aquella *cosa* a cuatro patas:

—¿No quieres jugar conmigo, Mickey?

«¡Calla, zorra!», estalló en el interior de la cabeza de Santoro cuando llegó a la altura de un enorme Ford Explorer gris metalizado que, aterrizado, inmediatamente reconoció al destellar sus cuatro intermitentes tras accionar la llave a apenas un metro de distancia del imponente 4x4.

—Horton —articuló, al recordar que días atrás estuvo trasteando bajo aquel coche para colocar el *puñetero* geolocalizador comprado por Amazon.

Sin tiempo a zozobrar en la confusión, el Mercedes Clase A rojo de 2009 estacionado junto al Ford le encendió una nueva alarma a Santoro: «¿Debra Torres?», pensó. Y, por deducción, asoció el viejo Subaru SVX, que descansaba junto a los otros dos vehículos, al comercial de la empresa de productos químicos de Albuquerque que, según le comentó Bradley, desapareció también el jueves anterior. Una terrible certeza aterrizó entonces sobre su atenazado cerebro: sí señor, aquello ni era un sueño ni una *jodida* pesadilla; aquello estaba ocurriendo de verdad.

—¿Cómo coño...? —musitó.

—¿Quieres jugar con el señor Jenkins? —oyó de pronto a sus espaldas, a apenas metro o metro y medio de distancia.

—¡Hija de puta! —exclamó, al tiempo que, de un manotazo, abrió la puerta del Explorer, se subió a él, lanzó su iPhone sobre el asiento del acompañante y arrancó aquel monstruo de 365 CV de potencia, haciéndolo derrapar marcha atrás sobre la grava del estacionamiento del Oasis Diner.

Entre que no estaba acostumbrado al poderío de aquel revolucionado motor que transmitía toda su potencia a unos neumáticos que serpenteaban sobre la grava del estacionamiento sin estabilidad ninguna, y que sus pies no lograban hacerse al tacto de unos pedales que resbalaban bajo la presión de sus desnudas plantas como sardinas frescas entre los dedos, Santoro no supo ni cómo llegó a enderezar el salvaje brío del 4x4 y salir de aquel estacionamiento, dejando atrás aquella parada de monstruos, únicamente posible quizá en una pesadilla, o quizá en la locura de una mente enferma.

Al salir al camino de tierra de acceso, viró a la izquierda sin apenas reducir la velocidad, lo que casi provoca el vuelco del 4x4 que, sin embargo, Santoro pudo evitar con un hábil volantazo que enderezó la dirección hacia lo que se adivinaba a lo lejos como una carretera principal: «¿La interestatal 40?», se preguntó esperanzado. Sí, pudiera ser: tenía toda la pinta.

—¡Vamos! ¡Vamos! —exclamó, con alegría nerviosa, insuflándose ánimos mientras en el retrovisor izquierdo veía empuñarse las luces de aquel condenado lugar.

A pesar de que aquel camino de tierra tenía más agujeros que cráteres la Luna, Santoro no aminoraba la velocidad, lo que hacía que el italoamericano pareciera un saltimbanqui sobre el asiento del conductor cada vez que el Explorer hundía sus espectaculares neumáticos en algún, no menos espectacular, bache; aunque, la verdad, tampoco es que Santoro tuviera la cabeza para eso de la «seguridad» en aquellos momentos, y menos aún para pensar en ajustar el asiento a su estatura, ciertamente más menuda que la de un Larry *Ballena* Horton que acostumbraba a llevar el asiento a todo lo que daba de sí para atrás, por lo que el italoamericano tenía que hacer unos malabarismos increíbles para mantener la presión adecuada sobre los pedales del freno y el acelerador —«Menos mal que es automático», llegó a pensar—, lo cual comenzaba ya a pasar factura a sus entumecidas y cansadas piernas.

Las antes lejanas luces de la carretera que divisara Santoro se acercaban cada vez más mientras los potentes faros del Ford Explorer de Larry *Ballena* Horton rompían la oscuridad cerrada de la noche en abruptos e irregulares saltos, acompañados por el crujir de las consistentes suspensiones del Explorer resistiendo los embates de aquel sendero de cabras que hacía las veces de camino. Sin embargo, aquella cada vez más creciente cercanía de las amarillentas luces de servicio de la carretera, que a Santoro se le representaban como faro en mitad de la tormenta, no podía mitigar la angustia que ahuecaba las entrañas del de Sarasota, temeroso de que, en cualquier instante, con casi total seguridad, alguno de esos fogonazos de los faros del Explorer en su frenético sube y baja le mostrara, como un espectro de leyenda urbana, a otro de esos horribles

personajes de barraca de feria que seguramente también habitarían en aquel lugar y que —Santoro no lo dudaba— no dejarían que escapara tan fácilmente: «Algo traman», pensó.

Pero no; Michael Santoro, entre atribulados pensamientos y azarasas cuitas, logró alcanzar el negro, liso y sedoso asfalto de, sí señor, la interestatal 40; y ello sin que se le apareciese espectro alguno ni monstruo del más allá —ni del más acá— durante los casi veinte minutos que duró su trayecto desde aquella parada de monstruos que respondía al nombre de «Oasis Diner» hasta la insulsa y gris interestatal 40 que, sin embargo, al italoamericano se le representó en aquella ocasión como una *jodida* explosión de luz y color.

—¡A tomar por culo! ¡Bichos hijos de putaaa! —exclamó triunfante cuando enfiló la interestatal, dirección Grants.

Al mismo tiempo, pero en distinto lugar, mientras su compañero estallaba en júbilo, David Charles Bradley enfilaba otra recta bien distinta: la del escueto pasillo del Beauty & Luxury Motel de Grants en dirección a la recepción, todavía rondándole el runrún de que alguien le estuvo observando en su visita a la 101.

—Buenas noches —saludó el de Tampa cuando llegó a la altura del diáfano mostrador de la recepción del motel.

—¿Eh? —Volviéndose sorprendido el joven recepcionista del turno de noche, quien no pudo evitar el hacer un exhaustivo repaso visual a Bradley, embutido como estaba este en aquel pijama que, desde luego, no podía por menos que llamar la atención de un adolescente bien curtido en eso de las series intergalácticas.

Sin esperar a que aquel chaval le hiciera el saludo vulcano, Bradley se adelantó y le preguntó si había visto pasar a su compañero.

—No. No ha pasado nadie esta noche por aquí —respondió con indiferencia, tras lo cual devolvió la mirada a la pequeña pantalla de una tableta Samsung que volvió a acaparar toda su atención.

—Pero... —lo intentó de nuevo Bradley, aunque abortó su requerimiento en vista de que aquel espigado e indolente recepcionista había dado ya por zanjado el tema—. Gracias —musitó.

Un gesto de la mano izquierda del recepcionista le respondió, si bien, más que respuesta,

Bradley lo interpretó como un «Déjame en paz» —más acertada esa apreciación, la verdad—.

Confundido, David Charles Bradley se devolvió a la 105, no sin antes volver a echar un vistazo a la habitación de su compañero, la cual continuaba sin rastro alguno del italoamericano.

—¿Dónde coño se ha metido? —murmuró extrañado, al tiempo que volvió a notar aquella inquietante sensación de ser observado que revoloteó sobre su cabeza anteriormente. No obstante, en esta ocasión, esa sensación era diferente. Sí; quizá ahora era más intensa, más poderosa, más... aterradora.

Sin más pesquisas, algo en su interior le dijo al de Tampa que abandonara la 101, lo que cumplió con disciplina militar, con la absoluta seguridad, sin embargo, de que la mirada de *algo* que no acertaba a adivinar se clavaba sobre su nuca, examinándolo como el depredador que acecha a su presa, en la distancia, oculto entre las siniestras sombras, presto para abalanzarse sobre la indefensa espalda de un desconcertado Bradley que, acelerando el paso, buscó refugio entre las cuatro paredes de su habitación.

¡Clac!; sonó el pestillo de la 105, inundando en un baño de tibia y comfortable seguridad el cerebro del de Tampa.

## XIX. FAMILIA

Suave como la seda, el Ford Explorer de Larry *Ballena* Horton continuaba deslizándose sobre el pulido asfalto de la interestatal 40. Mientras, Michael Santoro, eufórico como un colegial el último día de clases, comenzaba a disfrutar de aquella extraña y casi acrobática conducción, llegando incluso a acariciar la posibilidad de comprarse un monstruo como aquel cuando las cosas volvieran a la... *normalidad*.

«¿Y si ha sido un toque de atención de tu conciencia?», pensó, resistiéndose a creer que todo lo ocurrido hubiera sido real de principio a fin. «Sí, se te ha ido la jodida olla, te has levantado sonámbulo y has ido a parar a mitad del desierto», razonó. «Sí, eso es: como la jodida congresista», concluyó, cerrando el círculo perfecto de sus perfectos razonamientos en aquella *perfecta* madrugada de un lunes de mediados de julio.

Sin dar cabida alguna a más preguntas —quizá del estilo: ¿qué *coño* hacía conduciendo el coche de Larry *Ballena* Horton?— que pudieran estropear aquel instante en el que Santoro se justificó a sí mismo con el todo y la nada, el italoamericano por fin vio la *jodida* luz, hallando aquella extraña madrugada la *verdad* que explicaría todas las tribulaciones que desde niño lo persiguieron, convirtiendo su joven vida en una vorágine de inseguridades que siempre le hicieron sentirse, si no inferior, sí al menos *diferente*.

—Tienes que dejarte ya de psicólogos y de esas mierdas de la autoayuda: necesitas un puto psiquiatra —dijo en voz alta, convencido de que la extraña experiencia de aquella madrugada había sido el aldabonazo que necesitaba su cabeza—. Es todo química; la jodida química —concluyó, asiendo con seguridad el volante de cuero genuino que otrora sujetara con orgullo el malogrado Horton.

«Castellanos... ¿Quién coño son los *castellanos*?», rumió para sus adentros aquel gentilicio de lejanas reminiscencias, casi medievales, al recordar los retazos de la conversación que mantuvo con el tipo sin rostro tras la barra de aquel endiablado local. «Esquizofrenia...; seguro», sentenció su cerebro, vagando de un extremo a otro, como un cansino péndulo que fuera de aquí para allá y de allí para acá, una y otra vez, y otra, y otra..., y otra vez más...

—Está claro: ya tenías la jodida cabeza podrida, y la fiebre te la terminó de pudrir —convino consigo mismo, volviendo su péndulo mental a arremeter ahora en la otra dirección—. Sí, así es —asintió, acompañando su sentencia con un firme movimiento de cabeza hacia adelante.



Y con el firme propósito de visitar a un especialista de la cabeza en cuanto saliera de todo aquello, y sin olvidar su improvisado deseo de convertirse en feliz propietario de un *juguete* como el que le transportaba por la interestatal 40, Michael Santoro continuó hilvanando las más variopintas explicaciones para los extraños sucesos que le acontecieron aquella madrugada, sin percatarse de que el imponente 4x4 del infeliz de Horton era lo único que circulaba por aquella carretera, extrañamente solitaria cuando los primeros tonos del amanecer comenzaban a tinter de violáceas líneas la oscuridad de la moribunda noche.

## OASIS DINER

### Próxima salida

—Pero... —Sin poder articular más palabra.

Quizá un efecto combinado de luces le estaba jugando una mala pasada al bueno de Santoro. Sí, era posible; tal vez lo hubiera visto ya en alguno de los episodios de *Brain Games*, con un sonriente y dinámico Jason Silva explicando algún fenómeno similar en el que el cerebro, sugestionado por una oportuna conjunción de circunstancias, cree ver lo que en realidad no es.

—Eso es...; jodido Jason Silva —masculló mientras su mano derecha golpeaba el volante para reafirmar su más inmediata y, por lo demás, lógica conclusión—. Sí..., el muy *puñetero*.

Convencido sin más con aquel razonamiento, el de Sarasota volvió a sumergirse en el hipnótico pasar de líneas discontinuas entre las que el Ford Explorer transitaba, blancas como la nieve sobre un asfalto negro como...

—*Jenkins* —murmuró al venirle a la mente la imagen de aquel tipo de rostro blanco embutido en un avejentado traje negro, sublimación de todos sus miedos e inseguridades.

«Seguro que hay una explicación para todo», pensó, convencido de que las visiones que aterrorizaron su mente en aquella sonámbula escapada nocturna tendrían algún nombre científico. «Habrá algún libro por ahí que trate del tema», continuó con su runrún, volteando la cabeza de forma instintiva hacia el iPhone X gris espacial de 64 GB que descansaba sobre el asiento del acompañante, alivio de repentinos apuros de sabiduría enciclopédica gracias a su todopoderosa conexión de datos. «Luego lo buscaré», pensó, inundando su cerebro de empalagosas endorfinas la idea de que lo que le había ocurrido tendría, con toda seguridad, tratamiento.

—¡Ja, ja, ja! ¡A David le da un infarto cuando me vea aparecer con el coche de Horton! — exclamó entre risas, tornándose estas de inmediato en nerviosos gruñidos al acudir a su cabeza aquella desconcertante pregunta a la que su razón trataba de dar esquinazo de forma contumaz.

«¿De dónde ha salido el puto coche, Michael...? ¿De dónde coño ha salido?», acechaba en su subconsciente aquella inquietante pregunta, amenazadora igual que el fino borde junto al precipicio de la locura por el que caminaba su cordura.

—Pues lo encontraste, sin más. —Gesticulando con su mano derecha—. Casualidad. Esas cosas pasan, ¿no? —En un insano diálogo consigo mismo.

## OASIS DINER

### Próxima salida

Un oscuro pozo de angustia se abrió paso entre sus entrañas, al tiempo que el metálico sabor del terror paralizó su garganta. «Algo no va bien», pensó de forma equivocada, ya que, en realidad, la cosa no es que no fuera «bien», sino que iba rematadamente mal para un Michael Santoro que comenzaba a sospechar que toda aquella historia estaba lejos de haber terminado. «Sí, Michael, ponía lo que has leído», pensó, rindiéndose a un súbito desasosiego.

Los primeros rayos del alba comenzaron a colarse por la luna trasera del Ford Explorer, inundando su amplio habitáculo con la reconfortante calidez de los primeros apuntes del amanecer, algo que, sin embargo, en nada amainó la turbación en la que el de Sarasota zozobraba. Así, inquieto, recorriéndole un frío hormigueo por todo el cuerpo, apenas volvió a percatarse de que, en los más de veinte minutos que llevaba rodando por la interestatal 40, el gigante de Michigan que conducía era lo único que por allí circulaba.

—¡Vamos! ¡Vamooosss! —Pisando hasta el fondo el acelerador a todo lo que daba, haciendo caso omiso al punzante dolor que atravesó hasta el último y más diminuto hueso de su desnudo pie.

«Grants tiene que estar ya cerca», calculó mentalmente, seguro de que no más de cinco minutos le separaban de ver, recortando el horizonte, la silueta del Walmart Supercenter. «Ya llegas, ya llegas», porfió.

## OASIS DINER

### Próxima salida

La garganta hecha lija, la lengua poco más que jirones de trapo, y unas manos frías como el hielo, daban fe y testimonio de un Michael Santoro cuyo cerebro comenzaba a hacerse añicos, como lo hiciera su inocencia diecinueve años atrás. Sin embargo, exprimiendo el escaso ánimo y las pocas energías que le quedaban, su pie derecho no cejó en su afán.

—¡A la mierdaaa! —Sin disminuir ni un ápice la presión que ejercía sobre el acelerador.

Con el corazón casi a doscientos, a la par que la aguja del velocímetro, Michael Santoro estaba convencido de que le quedaban segundos para divisar los primeros contornos de Grants. Sin embargo, los segundos pasaron, también los minutos y, después..., más minutos.

«No puede ser...», en su mente cada vez más agotada. «No puede ser», repitió su cansado y confundido cerebro.

—¡Ay! ¡Joder! —reaccionó al sentir en su entumecida pierna derecha el eléctrico latigazo de un calambre muscular que Santoro temía desde hacía ya un buen rato.

Levantando repentinamente el pie del acelerador, los 365 CV de potencia protestaron, desplazándose bruscamente la aguja del velocímetro hacia la izquierda, descendiendo a unos dramáticos cincuenta kilómetros por hora que terminaron de hundir en el desasosiego a un Michael Santoro que comenzaba a sospechar que, quizá, jamás llegaría a Grants.

## OASIS DINER

### ¿Quieres jugar con nosotros?

Le confirmó aquella... *señalización* que apareció de repente de la nada, tormento de lo que el italoamericano consideraba su «mente enferma».

Rendido, Santoro decidió no oponerse más a aquello que le tuviera preparado su destino, entregándose sin más dilación al desenlace de aquel irracional entresijo en que se había convertido su realidad, por lo que, marcando el intermitente a la derecha, giró el volante forrado de cuero genuino hacia el arcén de la interestatal, no sin antes echar un vistazo por el retrovisor interior para asegurarse de que ningún otro vehículo viniera por su lateral, algo totalmente innecesario, como inmediatamente iba a comprobar.

Detenido el motor, Santoro permaneció durante unos instantes —quizá minutos— en el interior del Explorer, pensativo, mientras los primeros hilos de luz del alba se transformaban en ardientes haces que anunciaban un día especialmente caluroso en el desierto de Nuevo México, algo que, sin embargo, al italoamericano ya no preocupaba lo más mínimo.

Sospechando lo que le esperaba, alargó su brazo derecho en dirección al asiento del acompañante para alcanzar su iPhone X. Cuando sus dedos palparon el móvil, volvió a su memoria, como si de un lánguido recuerdo de años atrás se tratara, el instante en el que apenas un microscópico epitelio de su mano entró en contacto con la cetrina garra de aquel tipo sin rostro, imagen mental que, con un gesto de derrota, le hizo murmurar:

—Ya.

Acercándose el teléfono al rostro, una tímida llama de esperanza todavía pugnaba por mantenerse viva en su corazón. Sin embargo, Michael Santoro sabía a la perfección que su iPhone X gris espacial de 64 GB jamás podría desmentir lo que, de forma fugaz, como un fulgurante chispazo en la oscuridad que amaga con mostrarte la realidad para robártela un instante después, creyó ver en el espejo retrovisor interior cuando hizo la maniobra de giro hacia el arcén de la interestatal.

—Vale —dijo, dando un profundo suspiro—. Pues ya está. —Mientras su móvil de alta gama le devolvía un mensaje de error al no poder identificar la aguileña nariz que coronaba su moreno y redondeado rostro, siempre graciosamente punteado por los dos hoyuelos que, en aquella ocasión, el sistema de reconocimiento facial del iPhone no fue capaz de reconocer.

Durante unos segundos dudó entre desbloquear manualmente el terminal o dejar correr el asunto. «¿Para qué?», se preguntó, a sabiendas de lo que se iba a encontrar a continuación. Sin embargo:

—Uno-nueve-nueve-nueve —pronunció mecánicamente su código de desbloqueo—. *Sin servicio* —dijo, con desgana, al comprobar que no tenía cobertura en un punto de la interestatal 40 en el que ello, sencillamente, era imposible—. ¿Lo dudabas? —se preguntó, irónico.

Sosteniendo el teléfono en su mano derecha, con la izquierda ajustó el retrovisor interior hacia

su cara. En aquella ocasión no dudó y, decidido, estiró el cuello hasta ver su reflejo en el espejo. «Tampoco está tan mal», pensó.

Y así estuvo el de Sarasota un buen rato, admirado de cómo era posible que, sin ojos, pudiera ver; que, sin boca, pudiera murmurar; que, sin nariz, pudiera respirar. Sí, realmente sorprendente para un Michael Santoro que, presumido, tan solo echaba de menos sus inconfundibles hoyuelos mientras su mano izquierda palpaba aquel rostro sin cara.

—Qué cosas —se limitó a decir.

Abrió la puerta del Ford Explorer y, cuando su mirada sin ojos recorrió el asfalto por si viniera algún vehículo que pudiera arrollarle, cayó en la cuenta de que aquello era un páramo. Sí, la interestatal estaba desierta a primera hora de la mañana de un lunes: «Imposible», hubiera jurado en cualquier otra circunstancia; sin embargo, aquella circunstancia era, digamos..., *especial*, por lo que no le sorprendió lo más mínimo aquella desolación.

Cuando sus pies se posaron sobre el negro asfalto, calentado por un sol que comenzaba a empoderarse sobre el horizonte, le resultó agradable la cálida sensación que recorrió sus descalzas plantas. «Quizá no sea tan malo», pensó mientras sus piernas se estiraban, gozando de una inesperada sensación de libertad que hacía años —quizá décadas— no sentía. «Puede ser», mientras recorría su cuerpo un cosquilleo de indisimulada satisfacción.

—¡A tomar por culo! ¡Arreando! —Mientras lanzaba hacia los confines de la interestatal 40 su iPhone X gris espacial de 64 GB, crujiendo con un lejano sonido a plástico barato cuando impactó contra el solitario asfalto—. Ahí van mil dólares en chatarra —añadió, con un gesto de liberación que, ciertamente, en aquel instante se le asemejó ansiada desde lustros.

Desperezándose en paños menores, su cabeza volteó en rededor de aquel escenario, propio de algún extraño episodio de *La dimensión desconocida* y en el que *él* sería el protagonista de una fantástica historia de final incierto y sorprendente. «¿Y si fuera una jodida cámara oculta?», pensó, esbozando una sonrisa torcida en su *no rostro*.

Quizá estuviera perdiendo la cabeza —o quizá ya la hubiera perdido totalmente—, pero lo cierto era que Santoro empezaba a sentirse cómodo en aquella desconcertante situación. Y es que su castigado cerebro comenzaba a jugar con las *interesantes* perspectivas que le ofrecía todo aquello; hasta llegó a preguntarse si tendría *superpoderes* o algo por el estilo, idea que le hizo soltar una ruidosa carcajada que sonó grotesca en mitad de aquella solitaria carretera.

—¡Ya no tendrás que trabajar más, tío! —exclamó, sin ocultar una sincera satisfacción ante aquella perspectiva.

En aquellos tira y afloja estaba la cabeza del de Sarasota cuando, de repente, en el horizonte

del cada vez más ardiente asfalto se comenzaron a recortar varias figuras que parecían avanzar hacia su posición.

—Bueno...; ya vienen —suspiró con alivio Santoro, sin albergar duda alguna de quiénes eran los que se aproximaban.

Cinco formas... *humanas* se fueron definiendo a medida que avanzaban hacia él. Con el sol de la mañana a sus espaldas, dos de aquellas figuras le resultaron inequívocamente familiares: alto, espigado y de traje negro el uno; de estatura infantil, pajizos cabellos y camión blanco la otra. Las otras tres resultaban inconfundibles en aquel contexto: «Horton, la congresista y el comercial», pensó, sin equivocarse ni un ápice.

Paciente, sereno y expectante, Santoro decidió esperar a aquel espectral séquito y ponerse cómodo. Recostándose sobre la trasera del Ford Explorer, y mientras el calor del sol de la mañana acariciaba su recién estrenado *rostro*, su cabeza comenzó a bullir entre interrogantes: «¿Quiénes son?»; «¿De dónde han salido?»; «¿Castellanos?»; «¿Por qué no tienen cara?»; «¿Serán más?»; «¿De qué coño viven?»; «¿Serán inmortales?»; y así una detrás de otra, entre inquieto e ilusionado, como crío que estrenara cartera el primer día de colegio.

—Pues nada...; ya iremos viendo —masculló—. Siempre has sido un tío de mente abierta, ¿no? Pues eso —sentenció.

Sin prisa, los cinco de la interestatal continuaron caminando hacia Santoro, seguros de que el destino de este estaba sellado, sin escapatoria alguna en aquel lugar tan solo posible en un universo paralelo, ya fuera en la realidad, ya fuera en la mente enferma de un lunático. Quizá esa misma certeza fue la que aquietó el ánimo del italoamericano, quien, agotado por los angustiosos réditos de años de inseguridades y disimulados desasosiegos, terminó claudicando ante la promesa de un futuro, al menos..., *diferente*.

A apenas un par de metros del de Sarasota, aquel dispar y extravagante quinteto se detuvo. Al frente, el tipo enfundado en su ajado traje negro encabezaba el grupo —«Jenkins», recordó Santoro—, como el patriarca de un siniestro clan que sin duda era. En la blanca luna que ocupaba el espacio en que debiera haber existido el rostro de aquel tipo, comenzaron a delinearse cientos de rostros a una velocidad que, a pesar de ser frenética, dejaba adivinar el sufrimiento y dolor que se contenía en aquel níveo espacio ovalado, como si de un cofre de cristal que atesorara los terrores de miles de personas de siglos atrás se tratara.

—No te asustes, Mickey —por fin habló el tipo de las mil caras, mientras estas continuaban en su frenético discurrir por aquel *rostro*—. Lo que ves no es más que la carga de dolor que he asumido para salvar a quienes sois... *especiales*.

—¿*Especiales*? —interrogó Santoro, interesado por las implicaciones de aquella palabra en

la inexistente boca de *aquello*.

—Tenéis un don: la capacidad de ver lo que los demás no pueden ver. Ese don os hace diferentes, especiales, casi divinos...; sin embargo, no sois conscientes de ello, lo que os hace sufrir cuando, intentando congraciaros con los demás, descendéis a su mediocridad.

—¿Quieres decir que eres como un... *Jesucristo*, o algo así? Sí, ¿una especie de *mesías* de gente... *rara*?

La sucesión de delirantes imágenes de rostros pavorosos se detuvo en aquel punto para volver a mostrar aquella sonrisa que, entre inquietante y diabólica, se le mostrara tras la barra del Oasis Diner la noche anterior, lo que hizo brotar en Santoro un repunte de desconfianza.

—Algo... *así* —respondió a la pregunta de Santoro, con una voz sin alma alguna que dejó en el aire una duda que heló el corazón del italoamericano.

—¿Estáis... *muertos*? —preguntó, sin poder reprimir una angustiada curiosidad.

Tras unos silencios sin respuesta, franqueado un par de pasos atrás por sus cuatro acompañantes —«Escabeles», pensó Santoro—, aquel *mesías* del más allá respondió:

—Nadie muere en nuestra familia: somos eternos, Mickey. Igual que *tú*.

Aquello, la verdad, no disgustó al de Sarasota; es más, sintió cómo se le erizaba el vello de la espalda en una inyección de adrenalina. «Eterno», acarició su mente.

—Y... ¿lo de la cara? —preguntó Santoro, señalando hacia aquella sonrisa que, sin dejar de parecerle endiablada, comenzaba a despertar su interés por descifrar el misterio que encerraba.

Enseñando unos dientes que a cualquier otro hubieran aterrorizado, aquel que parecía responder al nombre de «Jenkins» —o quizá al de «Velasco», o al de «Alonso», o a los otros más que Michael Santoro era incapaz de recordar ya— respondió a un impávido y expectante Santoro:

—El rostro no es más que la exteriorización de las miserias humanas, el reflejo de la falsedad, la máscara tras la que el hombre esconde la traición. Así, la vejez es la pesada condena que el tiempo impone al cuerpo, magnánima justicia que recae sobre el contenedor de la ignominia, de la envidia y el odio que habitan en el hombre; y es esa vejez la que, como pendón que anuncia un divino castigo, se refleja en la decadencia que los años van marcando en el rostro. Sí, Mickey, el rostro no es más que el peor reflejo de las debilidades humanas y, por ello, nuestra familia ha renunciado a él desde la noche de los tiempos.

«Acojonante», pensó Santoro, arrancándose a continuación:

—Pero...

—Lo sé —le interrumpió, alzando su blanca y enguantada mano derecha para enfatizar su respuesta—. Te estás preguntando por lo que ves en mi... *cara*. —Santoro asintió. Continuó—: Es mi carga, mi obligación, mi... *misión*. Solo los que pueden ver a un *sin rostro* son puros de alma, limpios de corazón, dignos de ser eternos en nuestra familia, y mi encomienda divina es buscaros y reuniros, como herederos de un futuro en el que el género humano y sus miserables cuitas desaparecerán de la faz de la tierra. Sí, Mickey, ese es mi deber desde hace eones: encontraros y limpiar vuestros rostros de la impureza humana; asumir yo la maldad que habita en vuestras almas y apartarla del mundo, almacenándola en mi interior por siempre jamás —concluyó, bajando su mano enguantada para recogerla junto a su mano izquierda.

—Entiendo —mintió.

En realidad, Michael Santoro solo alcanzó a comprender apenas una cuarta —o quizá menos — de todo aquel relato; no obstante, necesitó de pocos argumentos para ser convencido de algo de lo que, en realidad, ya estaba convencido. «¿Serán vampiros?», acertó a pensar mientras miraba a aquel fantasmal grupo en ese páramo, llamándole especialmente la atención un grotesco Larry *Ballena* Horton sin cara al que a punto estuvo de soltarle algo así como: «Buen coche, ¿eh?»; aunque se lo pensó mejor —ciertamente, no era momento para ello—.

—Y... ¿solo sois vosotros? —preguntó, aunque sospechaba la respuesta.

—Somos legión —respondió aquel que habló tras su enigmática sonrisa.

Y, sin mediar más palabra, dio media vuelta, imitándole sus cuatro acompañantes para emprender la marcha hacia un desconocido destino más allá del horizonte que el sol del desierto de Nuevo México ocultaba con una luz que comenzaba a ser cegadora.

Michael Santoro, apoyado todavía contra la trasera del Ford Explorer gris metalizado de... ¿*Horton?*, echó un vistazo a aquel grupo que se alejaba lentamente, como rebaño pastoreado por el tal «Jenkins». Pensativo, por su cabeza cruzó un último recuerdo hacia su compañero: «David fliparía». Y, la verdad, David Charles Bradley, más que «flipar», habría *alucinado* con todo aquello.

—Pues... arreando —murmuró—. Vamos allá, con mi nueva... *familia*. —Despegando su espalda de la trasera del Explorer.

Con paso lento, aunque decidido, los descalzos pies de Michael Santoro comenzaron a caminar sobre el rugoso y caliente asfalto de aquella extraña interestatal 40, siguiendo a aquel inusual y no



menos fantasmagórico grupo que, sin embargo, no dejaba de ser su nueva... *familia*. Sí, extraña; pero, al fin y al cabo, *familia*.

## EPÍLOGO

Todo aquel asunto terminó saliendo en los medios, como no podía ser de otra forma con una congresista de los Estados Unidos, un agente del FBI, un miembro de los Patriotas Unidos y un comercial anónimo de origen judío —para añadir más morbo al tema— desaparecidos en algún lugar perdido de la mano de Dios en pleno desierto de Nuevo México.

Sin duda alguna, la palabra «extraterrestres» fue una de las preferidas en los titulares de los medios más sensacionalistas, seguida de cerca por la apuesta siempre segura del «Área 51»; aunque otras referencias como «drogas», «cárteles mexicanos», «mafias de la inmigración» y «redes de prostitución» no les fueron a la zaga; hasta hubo incluso algún medio que llegó a hablar de «círculo amoroso», aunque aquello tuvo poco recorrido. También se llegó a hacer un capítulo especial en *Investigation Discovery* sobre el tema, con alguna repercusión que llegaría incluso a los tribunales por la denuncia de algún familiar lejano de Larry *Ballena* Horton que, no obstante, al final no terminaría en nada.

De no haber sido por la prensa amarilla, el asunto habría muerto en apenas un par de semanas, ya que la prensa llamada «seria» tan solo dedicó al tema de las desapariciones más que un titular en portada con ocasión de la muerte de Robert Louis Sheridan, hecho que sí tuvo cierta repercusión en los medios de comunicación especializados en finanzas por ser aquel una figura de renombre en el mundillo. Sin embargo, salvo por algún que otro programa menor en alguna televisión local —más centrado en lo escabroso del tema que en la información—, el interés del público fue languideciendo los meses siguientes hasta que, un año después, a excepción de en la memoria de los más cercanos a los desaparecidos, el tema murió.

Y por supuesto que en la cabeza de David Charles Bradley permaneció vivo el asunto, fresco como la mañana de aquel lunes de mediados de julio de 2018 cuando descubrió que su siempre risueño compañero no había vuelto a la 101 del Beauty & Luxury Motel de Grants. Y sí, lo buscó hasta en el último mohoso rincón de aquel motel de medio pelo; porfió por encontrarlo en las manzanas de alrededor; removió cielo y tierra en todo Grants buscando a su compañero; se recorrió todo el condado de Cibola en apenas dos días, algo insignificante en comparación con los meses posteriores que dedicó a rastrear por todo el estado de Nuevo México algún indicio que le indicara el paradero de Michael Santoro, lo que terminó por costarle el reproche de Van Keulen, más de un expediente disciplinario y, finalmente, su salida voluntaria del FBI.

Un año y medio después, el de Tampa ya se había establecido en Albuquerque como detective

privado. Es cierto que podría haberlo hecho en la soleada California y vivir a cuerpo de rey con los cientos de casos que, con toda seguridad, los adinerados vecinos de la península le habrían encomendado, sin más complicación en su mayoría que la búsqueda de algún caniche perdido, o los sencillos, sórdidos y *entretenidos* casos de adulterio; sin embargo, Bradley prefirió abrir oficina en Albuquerque para continuar arando el reseco rostro de Nuevo México en busca de su compañero, del que estaba seguro que algún día encontraría —vivo o muerto, pero lo encontraría—.

Lo cierto es que llegó a obsesionarse con la extraña desaparición de su compañero —lo cual no era reprochable en absoluto—, quizá porque, en parte, se sintiera responsable, quizá porque algunos *compañeros* intentaron ensuciar su nombre con sospechas infundadas, haciéndose eco de las poco contrastadas informaciones que publicaron ciertos medios. Sí que era verdad que se encontró el teléfono de Santoro hecho añicos a pocos metros del Ford Explorer de Larry *Ballena* Horton, en plena interestatal 40, lo que algunos quisieron relacionar con oscuras tramas en las que podría haberse visto implicado el de Sarasota, lo cual casi salpica también a Bradley; aunque no era menos cierto que había una serie —mejor una montaña— de elementos sospechosos que, cuando menos, debieran haber dado pie a una investigación mucho más profunda que la que se llevó a cabo por el FBI, la cual, de paso, podría haber hecho más hincapié en limpiar la imagen de uno de sus agentes más prometedores, no dándole carpetazo al tema en apenas unos pocos meses como se hizo, lo que dejó una nube de oscuras sospechas sobre la memoria de Michael Santoro, lo mismo que sobre un Bradley al que muchos llegaron a considerar poco menos que un apestado dentro de la Agencia. Sí, David Charles Bradley se obsesionó con aquel asunto, lo mismo que, sin saber el motivo, con aquel libro cuya escueta reseña encontrara por internet y del que jamás volvió a encontrar más información.

Ciertamente que lo del libro cualquiera lo habría considerado poco menos que un disparate; sin embargo, por aquellas cosas de los sinuosos caminos que cada cabeza se empeña en tomar, a Bradley le recordaba a su compañero, tal vez porque supo por casualidad de la existencia de aquel misterioso libro la tarde del sábado de mediados de julio de 2018 en la que murió el marido de la congresista Torres, momento a partir del cual comenzaron a sucederse los extraños acontecimientos que desembocaron en la desaparición de Santoro. El caso es que lo buscó de nuevo por internet, pero aquella mínima reseña que encontrara en una más que mejorable página jamás la volvió a encontrar; también lo buscó en librerías, incluidas las de libro antiguo, así como en mercadillos de todo jaez, pero sin resultado alguno. A pesar de todo, el de Tampa no cejó en su búsqueda hasta que, finalmente..., desistió.

Aquella cálida mañana de primeros de agosto de 2018, un taimado comercial de Dallas, de nombre Andrew L. Webber, registraba frenéticamente todos y cada uno de los rincones de la habitación 105 del Beauty & Luxury Motel de Grants en la que se alojara la tarde anterior para

hacer noche en un viaje que le llevaría hasta la pequeña, pero coqueta, localidad de Flagstaff, Arizona. Tenía la *costumbre* de, antes de realizar el *check out*, hacer inventario de todos aquellos objetos —la mayoría inútiles— que otros huéspedes olvidaran o perdieran en los cientos de habitaciones en las que Webber se iba alojando, una práctica que fue convirtiéndose en vicio durante los casi veinte años que llevaba como viajante de comercio para empresas de lo más variado —aquel verano de 2018 representaba a Curtains and Designs, una pequeña empresa familiar de cortinajes de Dallas con más de ochenta años en el mercado y para la que Webber llevaba trabajando tan solo dos meses— y que, por supuesto, aquella mañana no fue diferente.

Armarios, cuarto de baño, colchón, moqueta..., nada escapó al exhaustivo registro de este orondo comercial que, bien entrado en la cincuentena, en vano intentaba disimular una indisimulable calvicie con un poco discreto peinado de cortinilla. En efecto, nada escapó a su escrutinio..., excepto el cajón de la ajada mesita de noche de la 105.

El tiempo se le echaba encima a Webber, por lo que, sospechando que en aquel cajón solo podría descansar la típica Biblia de Gedeón, omnipresente en la mayoría de las habitaciones de hotel de América —de las que ya acumulaba varias, por cierto—, decidió no hurgar en su interior...; o quizá sí.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué tenemos aquí? Y parece caro. —Con una sonrisa de oreja a oreja cuando, casi ya con un pie fuera de la habitación, abrió el cajón de la mesita... por si las moscas—. *El éxodo de los Jenkins en la historia de los Estados Unidos*, de Philip J. Joyce —leyó la desgastada cubierta de piel curtida en rojo Burdeos del libro que ocupaba el lugar de lo que, supuestamente, debía ser una sencilla Biblia de Gedeón—. ¡Al saco! —concluyó, metiendo el libro en el fondo del bolsillo exterior de su bolsa de viaje de piel negra que, saltaba a la vista, necesitaba ya de un más que merecido retiro.

Con aquel trofeo en su haber, del que ya aventuraba sacar unos buenos dólares en alguna vieja librería de libros antiguos de Dallas, abandonó la 105, que le despidió con un suave y leve chasquido al cerrarse su puerta de contrachapado barato tras él: ¡Clac!

22 de noviembre de 2019

## NOTA DEL AUTOR

Querido Lector, gracias por elegir mi segunda novela: *Oasis Diner*.

No me cabe la menor duda de que, si has decidido leerla, eres de esos a quienes les gusta sentir ese rápido y eléctrico latigazo recorriendo el espinazo que solo proporcionan los relatos de terror. Desde luego, deseo y espero no defraudarte con la historia que hoy te he traído y, por supuesto, que te haya gustado.

Alguien dijo —y si eres un «Lector Constante» sabrás perfectamente de quién te hablo— que lo que más terror nos produce es lo cotidiano, algo con lo que estoy totalmente de acuerdo. Y es que, precisamente, es la inseguridad dentro de la cotidiana seguridad lo que más nos inquieta, nos altera y, seguramente, nos aterroriza. Sí, no me cabe la menor duda y, seguramente, en ello estás de acuerdo conmigo.

Partiendo de esa certeza, se me ocurrió el hilo argumental de esta novela en uno de esos viajes que todos hemos hecho por carretera alguna vez —ya sea por trabajo, ya sea por placer— y en los que siempre nos cruzamos durante el trayecto con esos bares, restaurantes y ventas de carretera que, con cartelería y nombres de lo más variado, se nos muestran y ofrecen como oasis en mitad del desierto de asfalto tras horas al volante. Seguro que sabes a lo que me refiero porque, sin duda alguna, tú también lo habrás experimentado.

Pues imagínate por un instante en esa situación tan común en la que tus entumecidas piernas te piden una tregua, tu estómago lleva ya un rato rugiendo y tu garganta, seca como la lija, pide a gritos un refresco —por no hablar de la desagradable sensación de hormigueo que te recorre las encías si eres fumador—. Sí, seguro que te acuerdas de esas sensaciones y de cómo se incrementan cuando tus cansados ojos divisan, a lo lejos, ese típico bar de carretera en el que, a buen seguro, el mostrador de su barra estará repleto de sugerentes platos que, antes ya de detener el motor del coche, tu imaginación habrá comenzado a saborear.

Y ahora, imagina que en uno de esos inocentes lugares de fugaz descanso, a los que, confiados, entregamos unos breves instantes de nuestra vida sin apenas —o sin el «apenas»— reparar en quién lo regenta, en qué hay más allá de sus ajetreadas cocinas o en qué oscuros secretos se encierran tras sus puertas, nos encontramos con la peor de nuestras pesadillas, en un lugar perdido en mitad de la nada y del que, a ciencia cierta, jamás podremos escapar.

Sí; quizá —o quizá no— alguna vez pensaste en ese hipotético escenario; sí, hipotético, aunque inquietantemente... *posible*. Si en algún fugaz pensamiento durante uno de tus viajes por carretera llegaste a albergar esa peregrina idea, sin duda alguna habrás coincidido con el mismo pensamiento que yo también tuve en algún momento y que fuera el embrión de *Oasis Diner*; en caso contrario, la próxima vez que divises, en la soledad del asfalto, bar, venta o restaurante alguno, como oasis que aparece en mitad de la nada para solaz de tu cansado cuerpo, quizá —y solo quizá— prefieras seguir adelante y no tentar los oscuros recovecos de tus pesadillas.

M.A. Vegara

## **SOBRE EL AUTOR**

**M.A. Vegara** nació en Silla, Valencia, el 25 de febrero de 1971.

Estudió derecho en la Universidad de Valencia, desarrollando su actividad profesional en el sector de las telecomunicaciones, lo que continúa compaginando con la creación literaria.

Autor de *Wild Jack*, *Oasis Diner* es su segunda novela, centrada en los subgéneros fantástico y de terror, los cuales son los preferidos por el autor y a los que dedica un espacio semanal en su blog [mavegara.blog](http://mavegara.blog), en el cual puedes conocer más sobre su labor creativa.

# ÍNDICE

OASIS DINER

PRÓLOGO

I. STEINBERG

II. HORTON

III. BRADLEY Y SANTORO

IV. DEBRA TORRES

V. MÍRAME

VI. VUELTA A GRANTS

VII. 450 LOCKERBIE ST.

VIII. ÉXODO 33:23

IX. ROSIE

X. UN GATITO

XI. JENKINS



XII. SIN ALMA

XIII. SUEÑO

XIV. BOB

XV. BOCA ABAJO

XVI. ENFERMO

XVII. ¿AMIGO?

XVIII. OBSERVADO

XIX. FAMILIA

EPÍLOGO

NOTA DEL AUTOR

SOBRE EL AUTOR

ÍNDICE